MÍSTICOS



editorial
siete islas

MÍSTICOS

UNA HISTORIA DE ROCK ADOLESCENTE

ROMINA NARANJO

editorial
siete islas

© Título: Místicos. Una historia de rock adolescente
© Romina Naranjo

ISBN: 978-84-128900-5-1

Primera edición: noviembre 2024

Edición: Editorial siete islas www.editorialsieteislas.com
Correctora: Marta Mozo
Ilustrador: Andrea García Grande
Maquetación: David Márquez

Visite nuestro blog: https://www.editorialsieteislas.com/blog y nuestro canal de Youtube

Si quiere recibir información sobre nuestras novedades envíe un correo electrónico a la dirección:
editorialsieteislas@gmail.com

Y recuerde que puede encontrarnos en las redes sociales donde estaremos encantados de leer sus comentarios.

#misticos #editorialsieteislas

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin la autorización previa por escrito del editor. Todos los derechos están reservados.

A todos aquellos que alguna vez se han
sentido inmigrantes en su propia piel.
Exiliados en su cuerpo.
Incomprendidos en sus sentimientos.
Con sus voces silenciadas.

La música nos abraza sin condición.
La música nos acepta sin juzgar.
Aférrense a la música.
Ábranle su corazón.
Su sonido callará todo lo demás.

Romina Naranjo

«Prefiero que la gente me odie por ser quien soy
a que me ame por ser lo que no soy».
KURT COBAIN

«Un amigo es aquel que te da la libertad de ser tú mismo».
JIM MORRISON

«El miedo está allí donde no hay amor.
El amor está allí donde no hay miedo».
AXL ROSE

«Vive rápido. Muere de viejo».
LEMMY KILMISTER

«Si pierdes tus sueños, es muy probable que pierdas tu mente».
MICK JAGGER

«Uno puede superar cualquier cosa si lo desea lo suficiente».
NIKKI SIXX

«Todo va a estar bien al final. Si no está bien, no es el fin».
JOHN LENNON

«La música nunca puede ser mala, digan lo que digan del rock and roll».
ELVIS PRESLEY

«A veces quieres rendirte, pero si no te rindes, serás recompensado».
JIMI HENDRIX

«No me importa morir mañana.
He vivido en toda la extensión de la palabra».
FREDDIE MERCURY

«Es difícil ser libre, pero cuando funciona, ¡vale la pena!».
JANIS JOPLIN

«No vuelvo por donde vine. Nunca miro atrás».
ENRIQUE BUNBURY

«La música es lo único que te da mucho y no te quita nada».
AMY WINEHOUSE

PRÓLOGO

The tune will come to you at last
when all is one and one is all, that's what it is
to be a rock and not to roll
and she's buying a stairway to heaven

Año 2016.
Tanatorio San Miguel.
Las Palmas de Gran Canaria.

A mi modo de ver, una de las mayores injusticias llevadas a cabo en el mundo del *rock* —desde que me había aficionado al programa de la MTV *Behind the Music* me las daba de mucho más entendido de lo que en realidad era— había tenido lugar en el año 1962, cuando la fraternidad universitaria de Texas, Alpha Phi Omega, nominó a Janis Joplin para el más que dudoso honor de ser el «hombre más feo de todos los campus».

A Janis la afectó tanto este asunto que, tras escribir una carta a la universidad, recogió sus estrafalarias prendas de vestir y, tanto ella como su impresionante voz, abandonaron Texas rumbo a San Francisco. No volvería a pisar su tierra natal hasta mucho después, convertida en una de las cantantes de *rock* más célebres de la historia, pero con la autoestima hecha pedacitos, hasta tal punto que su fulgurante carrera y exótica vida se verían abocadas a un trágico final casi antes de haber empezado.

Yo, que en aquel entonces contaba dieciséis años y no sabía muy bien lo que unas frases mal escogidas pueden causar en la seguridad de una chica, estaba a punto de ser partícipe de una escena muy similar a la protagonizada por los Alpha Phi Omega. No podía prever las repercusiones que mis inmediatas palabras iban a tener en mi vida y en las de la persona a las que iban dirigidas, pero, para ser justos, ninguno de los implicados en esta historia imaginaba siquiera el súbito desastre natural que se nos venía encima a todos. Y ustedes tampoco, pero vamos a encarar el asunto desde el principio y ya llegaremos al drama después.

Aquel viernes por la noche, con una temperatura de unos veinticuatro grados, Las Palmas de Gran Canaria lucía… como cualquier otra noche de finales de verano: coches, multitud de personas llenando terrazas, cruzando pasos de peatones y atestando las paradas de las guaguas en tropel mientras se formaban grupitos y corrillos de universitarios, colegas de instituto, familias de pocos miembros y solteros en edad de merecer que salían a estrenar el fin de semana con toda la intención de comerse un rosco y beberse unas cuantas Tropicales bien frías para bajarlo.

Yo lo veía todo desde la protectora sombra de mi madre, cuyo semblante serio y andares medio torcidos a causa del duro trabajo que realizaba y de las horas que pasaba de pie se me quedó grabado desde que volvió de casa de mi primo, a eso de las cuatro de la tarde, y me dio la noticia.

La madre de Fernando Álvarez había muerto dos días antes a consecuencia de un cáncer de mama que se la había llevado casi más pronto de lo que nosotros habíamos tardado en asimilar la noticia. A Nando, como yo le conocía desde los cinco años, le cambiaron de su colegio superpijo en Ciudad Jardín, donde vivía, al de Guía, donde estudiaba yo. Desde el primer recreo que

pasamos juntos y el tío se jugó un cromo místico del Cholo Simeone en su pose defensiva de mediocentro frente a un Butragueño cualquiera sin que le importara la posibilidad de perderlo, entendí dos cosas: que para Nando el valor material tenía un significado muy distinto al que tenía para mí y que iba a por todas.

Decidí hacerme su amigo desde ese momento y, por alguna extraña suerte de casualidad, él pensó lo mismo. No nos habíamos separado desde entonces. Y creíamos, con esa fe inquebrantable que da el atravesar juntos la adolescencia, que no lo haríamos jamás. Menudos pringados…

—Entrar y salir, que mañana tenemos que madrugar.

Asentí más por no entrar en discusión que porque la cantinela de mi madre, que me venía persiguiendo desde Guía, me pareciera bien.

Al morir la señora Álvarez, mi progenitora había perdido el color de la cara y ahora, casi tres días después, seguía sin recuperarlo. En un principio se había negado de forma categórica a ir a Las Palmas un viernes por la noche a un funeral, a una boda o porque ya fuera primavera en El Corte Inglés. No obstante, lo había estado rumiando sola mañana, tarde y noche, y, por lo visto, había cambiado de opinión. De ahí que esa tarde, volviendo yo de casa de mi primo, me hubiera sorprendido con la información de que acudiríamos a presentar nuestros respetos a la madre de Nando.

Y allí estaba yo, escondido detrás de mi flequillo oscuro demasiado largo, intentando no tropezar con los altos escalones de mármol que le conferían al tanatorio San Miguel un aspecto más propio de un hotel que del lugar al que uno va a despedirse de sus difuntos. Mis deportivas, unas Mercurial Superfly a las que le tenía más cariño que a muchos miembros de mi familia, refulgían con su verde desvaído bajo los tremendos focos, y cuando nos paramos delante del cartel que anunciaba, por apellido del finado, a qué sala debía uno dirigirse en función del muerto al que fuera a ver, los ojos de mi madre, hasta entonces desenfocados por ese halo de angustia cuyo motivo yo solo podía achacar a la impresión de que una contemporánea en edad a ella hubiera pasado a mejor vida, se clavaron en mí. Noté como sus potentes rayos X maternales me atravesaban entero. De aquella radiografía nunca salía nada bueno.

—Con el chándal de ir a la cancha y las zapatillas más rañosas que tenías en casa… ¡Ya te podías haber cambiado antes de salir, Fran!

Puse los ojos en blanco, aunque me cuidé mucho de corregirla. Una cosa era que no me gustara el diminutivo —ni, ya puestos, el nombre en general—, y otra que fuera a ondear un capote rojo delante de mi madre cuando me echaba la bronca. Ya tenía dieciséis años. No era tonto del todo.

—No me diste tiempo ni a ducharme. —Era verdad.

—Si hubieras estado en casa a tu hora… —Eso también era verdad.

—La madre de Sebas sacó comida. No le iba a hacer el feo.

Mi madre arrugó las cejas y yo compuse esa cara de inocencia que había perfeccionado con los años. Ni loco me hubiera perdido la merienda que mi tía nos dejó sobre la mesa del ordenador de mi primo cuando llegamos de fingir que nos jugábamos la final de la Champions dándole patadones a un balón que, por más que cogiera aire, siempre escoraba a la derecha. Un adolescente tenía derecho a ir bien comido por el mundo, ¿no?

Por lo visto, a mi madre no se le ocurrió nada que pudiera excusarla de invitarme a salir por patas y rechazar el aperitivo de su cuñada, así que rebufó y devolvió la atención a las pantallas del tanatorio, que en ese momento se acababan de actualizar, igualito que si estuviéramos en el aeropuerto.

Cruzamos cuatro salas, con su zona acristalada y sus ataúdes cromados correspondientes, antes de encontrar a gente cuya cara me sonara. Cuando los vi, una sensación de irrealidad se apoderó de mí. Me estiré las mangas de la sudadera y, aunque no quería por nada del mundo hacer contacto visual, me vi obligado a dejar que aquel decorado tenebroso penetrara en mis retinas, de donde temí que ya nunca volviera a salir. El olor de las flores, el murmullo de la gente, las lágrimas y esa… esa especie de incomodidad que se te pega al cuerpo cuando estás rodeado de muerte, igual que la capa de sudor después de entrenar, me hicieron sentir mareado. El cruasán caliente que me había preparado mi tía amenazó con salirse por donde había entrado, aunque no en las mismas condiciones.

Por distraerme, me pregunté cuánta sal necesitarían los hermanos Winchester para desposeer todo aquel tanatorio del mal rollo que daba tanto muerto y, a mi pesar, se me escapó una media sonrisilla. La serie *Sobrenatural* era la única razón de que fingiera que estar allí no me provocaba ganas de cagarme encima. El rollo de los difuntos no me iba para nada en la vida real.

—Entrar y salir… —empezó mi madre (Dios, qué cansina era).

—Que mañana tenemos que madrugar. Que sí, estate tranquila.

Me alejé de ella en busca de pastos más verdes… o lo que venía a ser lo mismo, otras personas conocidas. No tardé nada en reconocer al padre de Nando, de pie junto a la cristalera que daba al cubículo donde, imaginaba, porque ni de coña iba a mirar, estaría la caja que contenía los restos de su madre. Mi amigo, más tieso que si llevara un palo metido por el culo, ocupaba uno de esos sillones de piel que ponen para que los familiares más cercanos no pierdan detalle en ningún momento de quién entra y quién sale.

Llevaba vaqueros oscuros y una chaqueta americana; el pelo, cortado según el último peinado de Beckham, como siempre; la cara, destrozada por un dolor que, aunque no se mostraba en lágrimas gordas cayéndole por las mejillas, estaba ahí, bien visible para cualquiera que se atreviera a mirarlo.

Mi amigo ya nunca más sonreiría con los ojos ni sería el crío despreocupado que yo había conocido. Esa parte de él reposaba tras el cristal, dentro de la caja. Junto a su madre.

—Te acompaño en el sentimiento, tío.

Le extendí la mano, donde llevaba un reloj heredado de mi padre que te decía el estado de las mareas y cuál era la mejor hora para pescar. Era, junto a mis zapatillas, una de mis más valiosas posesiones.

Nando asintió y me dijo algo que sonó a «gracias», pero que pareció querer decir «sácame de aquí». No pude hacer más que sentarme a su lado mientras estiraba el cuello para ver dónde se había metido mi madre, a quien toda la prisa parecía habérsele transformado en nerviosismo mientras intentaba dar el pésame al padre de Nando. Bien. Por lo menos había alguien más torpe que yo.

—¿No ha venido Aníbal?

Nando, que pareció agradecer sobremanera que algo lo distrajera del lugar en el que estaba, levantó la cabeza. Señaló con la barbilla hacia los sillones de enfrente, donde se encontraba nuestro tercer mosquetero junto a toda su familia. Aníbal Luján, que, pese a tener nuestra edad nos sacaba a los dos cabeza y media, amén de unos veinte kilos, llevaba una coleta grasienta sujeta con un cordel, unas gafas redondas demasiado pequeñas para su cara y, a modo de atuendo elegante para la ocasión, una camiseta con el logo de Batman en tonos grises.

—Me pregunto cuántas mierdas del murciélago tendrá en su armario.

Sonreí a las palabras de Nando, aunque la voz no me pareció la suya.

—Teniendo en cuenta su obsesión… yo diría que ni él lo sabe.

—¿Crees que se hace pajas pensando en Bruce Wayne?

Asentí.

—Y se limpia con las camisetas que se le van quedando pequeñas, pero solo con las que no tienen el logo impreso en formato original.

—Dios… ¿te acuerdas cuando le regalamos aquella que nos hicieron en la copistería de tu barrio?

Nando mostró un amago de risilla.

—El muy cabrón no paró de decir que por más que le hubiéramos cortado la etiqueta, sabía que aquel no era un producto oficial de DC Comics.

—Y luego el pijo soy yo.

—Hombre, Nandito, él puede ser un *frikazo* de la novela gráfica, pero tú no te compras la gomina en el HiperDino.

Estaba más que dispuesto a seguir la pulla hasta el infinito y más allá, sobre todo porque eso nos abstraía tanto a mí como a mi amigo de la fea realidad que estábamos viviendo. Como colegas, entendíamos que en algún momento de nuestras vidas tendríamos que hacer frente a situaciones como aquella, pero ninguno de los dos estaba preparado para asumir lo que era perder a una madre con dieciséis: él como hijo directamente damnificado, y yo como mejor amigo del alma que no tenía ni puta idea de qué hacer o decir, más allá de pagar todas las *papapizzas* que tomáramos para cenar desde ese momento y hasta el fin de nuestros días. Sin embargo, mis buenas intenciones de relajar el ambiente gracias a las coñas que siempre protagonizaba Aníbal —miembro inestimable del grupo, pero foco central de nuestras mejores burlas— se vieron truncadas cuando mi madre eligió ese momento para reaparecer. Me cogió del brazo y me dijo, literal, que no molestara a Nando, porque «bastante tenía el pobre», y que fuera educado y saludara a los demás.

Me cortó la retahíla antes de poder decirle que dudaba mucho de que mi amigo sintiera como una molestia mis necesarias ocurrencias y chascarrillos, pero igual que no puedes vencer a un *T. rex* a gruñidos, tampoco podías discutir con Adelaida, aunque tuvieras los mejores argumentos. Y no, este no es el nombre real de mi madre, pero como se entere de que la he mentado para contar la historia, me arranca los cables del ordenador de un fregonazo. Mejor no arriesgarse.

Cruzamos el corto espacio que separaba la zona donde se encontraba la familia directa de la difunta hacia el opuesto, donde Aníbal y los suyos charlaban con un par de personas que yo no había visto en la vida, pero que se presentaron como «los tíos de Nando». Mi colega levantó la cabeza y me hizo un gesto solemne con su barbilla triple, con aquel punto de misterio que seguramente habría visto mil veces hacer a Batman cuando se reunía en la azotea de la estación de policía de Gotham City con el detective James Gordon. Joder, al final el *frikismo* se pega.

—¿Qué pasa, tío?

Aníbal se removió haciendo crujir el material del sillón para que yo pudiera sentarme entre él y la menuda figura que estaba a su lado. Mientras mi madre expresaba sus condolencias a aquellas personas que ella tampoco había visto jamás, me fijé en la impresionada cría pecosa y desgarbada que se encajaba entre el corpachón de Aníbal y la figura, igualmente ancha, de otra mujer. La cría, de pelo rubio oscuro recogido en una trenza, llevaba un par de esas zapatillas cuyo talón se ilumina al andar y un chándal rosado que mostraba a la perra de la Patrulla Canina, reconocible para mí solo porque el nombre de la serie estaba serigrafiado a lo largo de una de las perneras y era imposible no fijarse.

Aunque podría haberme mordido la lengua y no haberme metido donde nadie me llamaba, supongo que, para que haya historia, uno tiene que sentar ciertas bases; plantar determinadas semillas y esperar a que germinen. Una de ellas, la más importante y centro del que sería aquel jardín donde todos íbamos a vivir una odisea que ni los protagonistas de *Jumanji*, había sido la muerte de la madre de Nando. La otra, que tiraba por derroteros mucho más personales, la iba a provocar yo solito.

Con un codazo, le hice una señal a Aníbal y cuando tuve su atención, señalé a la niña sentada a mi lado, cuyos ojos azules, enormes en su pequeña cara pálida, hacían esfuerzos por no mirarme a pesar de que era evidente que no me quitaba la vista de encima. Modestia aparte.

—Con lo que molas tú, con tu rollo de cómics y superhéroes… y que la cría que encontraron tus padres en el contenedor de orgánicos haya salido tan cutre.

Mi amigo, lejos de salir en defensa de su hermana, soltó una de esas risas roncas que su eterno problema de vegetaciones había hecho ya tan reconocibles para el resto. Llegaría el momento en que yo, o cualquier otro, pagaría muy caro mirar dos veces o mencionar siquiera el nombre de Marta Luján, pero ese día no era el momento presente.

—Y damos gracias por que no se haya puesto alguna porquería de Barbie o Mi Pequeño Poni.

—¿En serio, Marta? —Negué con la cabeza y se me movió el flequillo. A la niña le tembló el labio inferior y un poquito de culpa se me atrancó en el pecho. Por desgracia, no fue suficiente —. Oye, que no pasa nada, solo eres una cría. Cuando te hagas grande y obesa igual que tu hermano, ninguna de estas mierdas te cabrá.

—¡Serás cabrón!

Solté una risa y finté cuando el enorme puño de Aníbal vino hacia mí. Yo, con la agilidad que me daba ser una mosca en comparación con su tamaño, escapé loco del golpe, y estaba tan entretenido comportándome como un auténtico imbécil pese a encontrarme en un tanatorio, que no me di cuenta ni de la expresión alucinada de Nando, que seguramente fliparía de vernos de coñas con su madre muerta de cuerpo presente, ni del profundo y extremo dolor que reflejaba la mirada de Marta, a la que, sin saberlo, había herido en lo más hondo con una burla que yo habría tachado de broma inocente. Empate técnico, Janis Joplin.

La guasa me duró poco, claro. Adelaida volvió a tirarme del brazo y lo hizo con tanta fuerza, que me levantó del sillón como si no pesara más que un tomate pocho. Seguía teniendo la cara rara, pero ahora enmascaraba esa sensación con otra que me era muy conocida, la de «hablaremos en casa y te vas a cagar».

—¿Ya nos vamos? Como tenemos que madrugar y eso…

Me echó una mirada que no dejaba lugar a dudas: me la iba a cargar en cuanto no hubiera testigos delante. Aceptando lo inevitable y recordando con cariño los mandos de la Play, que sabía que iba a tardar mucho en poder volver a tocar, me despedí de Nando y Aníbal con gestos de cabeza y seguí a mi madre por los pasillos, evitando prestar atención a las salas que nos íbamos cruzando, ni tampoco poniendo demasiado énfasis en los susurros amenazantes que me iba soltando y que dejaban caer palabras como «decepción», «vergüenza ajena», «mal comportamiento» y un montón de perlas más que no me apetece señalar.

Sí. Lo sé. Llegados a este punto, debo reconocer y reconozco que no estaba actuando como un chaval modelo. Y no culparé a la edad ni a las hormonas. La realidad era que estaba frustrado, dolido y hecho una mierda, porque mi madre nos había liado a todos por su cuenta y riesgo en una historia que nos iba a cambiar la vida, y no precisamente para bien. Por algo que a mí todavía se me escapaba, y que como era un crío nadie se había tomado la molestia de explicarme,

en poco menos de una semana, mi familia, natural de Guía desde tiempos de mi bisabuelo, se mudaba. Y no a Gáldar, no. Ni a Tejeda. Ni siquiera nos íbamos a Tenerife… aunque bueno, quizá eso podría ser peor. Madrid. Nos pirábamos a Madrid.

Dos años, nada menos. Por una mierda de contrato cerrado que prometía curro para mis padres e instituto para mí. Encima no iba a poder graduarme de la ESO con mis compañeros. Salíamos por patas a finales de aquel verano porque mi padre, que toda la vida había trabajado en la cooperativa de taxis de la isla y se encontraba más feliz que una perdiz, de repente había aceptado una oferta salida de la nada a la que mi madre no había dejado de echar flores.

Que si «oportunidad», que si «ganancias», que si «salvar el núcleo familiar»… Y no era yo de prestar mucha atención a gritos y peleas, sobre todo desde que los Reyes me habían traído una tele para mi habitación y pillaba el *Behind the Music*, cuyo volumen estratosférico me libraba de tener que compartir las zonas comunes de la casa, pero, a veces, las broncas eran demasiado seguidas como para que pudiera evadirme, y el tono mucho más alto que las canciones de Motörhead que tanto me gustaba escuchar.

Había pasado algo entre mis padres el último año. Algo que, no siendo yo la herramienta más brillante de la caja, deducía que no podía ser muy bueno si mi padre había aceptado vender la licencia de su taxi canario y pillarse otra en una ciudad donde todos hablaban como si les cobraran por letra pronunciada.

Decir que no estaba contento se quedaba corto. Decir que a nadie le importaba una mierda lo que pensara, también.

—Verás cuando lleguemos a casa y tu padre se entere del bochorno que me hiciste pasar –decía mi madre—. No vas a pisar la cancha mientras me acuerde. ¡Y tengo muy buena memoria!

Me mordí el interior del cachete para no decirle que mi padre seguramente estaría muy ocupado empaquetando cuarenta años de su vida en cajas de HiperDino y sacos de Bricomart como para tener tiempo y ganas de echarme la bronca, pero cerré la boca. Quizá fue esta la decisión más inteligente de cuantas tomé esa noche…

Podía culpar a Adelaida, aunque todavía no sabía el alcance exacto de sus acciones. Quería hacerlo porque había sido ella la instigadora de todo aquel éxodo que nos iba a llevar más allá de todo lo que conocía y apreciaba en mi vida, pero, por más que me hubiera gustado decirle sus verdades, seguí callado: primero, porque enfadado o no, aquella mujer era mi madre, y el que no admita que su madre mosqueada le acojona, miente; segundo, porque su cara, aquella expresión desconocida hasta el momento para mí que le había visto poner al enterarse de la muerte de la madre de Nando, amén de la que mostró después de darle el pésame a su padre, se me había quedado grabada.

El gesto me valió para callarme la boca y dejar que la bronca siguiera todo el camino hasta Guía, convencido de que la mudanza, el cambio y todo lo demás tenía que ver con un «tirar hacia adelante» que Adelaida necesitaba para valorar la vida que tenía y que otras, como la madre de Nando, había perdido.Estaba equivocado, por supuesto.

Y las broncas con mi padre nada tenían que ver con el inconformismo de mi madre ni con que la isla se le quedara pequeña o quisiera darme a mí —como si hiciera falta para mis ambiciones profesionales— unas mejores opciones académicas. Lo descubriría más tarde, a la vuelta de esos dos años que nos habíamos dado de plazo, y que, una vez que pasaran, lo cambiarían todo. Y alerta de *spoiler*: no para mejor.

1

Desde lo alto de la ciudad vimos aviones pasar,
me preguntaba si tengo miedo a volar.
Vimos nuestro mundo arder,
soñamos con escapar…

Año 2018.
Aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas.
Madrid.

Lo único que nos dio esperanzas, tanto a mi padre como a mí, de que aquel viaje merecería la pena, era que íbamos a poder ver a nuestro querido Atleti jugar en el estadio Vicente Calderón, y quizá, siendo optimistas, incluso llevarse algún título europeo importante.

Poco nos imaginábamos nosotros, pobres colchoneros entusiastas, que la estabilidad de nuestra familia, al igual que la querida casa del equipo cuyos colores idolatrábamos, estaban a punto de ser demolidas sin remedio. Así las cosas, íbamos a tener que tirar con los restos del naufragio que llevábamos a cuestas, apretar los dientes y soñar con un milagro para poder sobrevivir. Menos mal que por lo menos sobre el terreno de juego teníamos a Koke.

—Chesco, ¿no facturas la mochila?

Negué casi antes de terminar de oír la frase.

—Llevo toda la noche cargando la Switch. Voy a darme un atracón de Pokémon antes de llegar a Las Palmas.

Mi padre se encogió de hombros, como dándome por perdido y seguramente sin pillar del todo la mitad de las palabras que contenía mi frase. Él sí había facturado, claro: su enorme equipaje, amén de las esperanzas, sueños y aquel contrato de trabajo por dos años que al final había tenido más letra pequeña que oportunidades para nosotros. Fueron tiempos jodidos. Llegar de fuera como taxista a una ciudad como Madrid, donde la piratería del transporte público había provocado que las cooperativas actuaran con más celo que el novio de una actriz porno, te garantizaba malas caras y poca ayuda. A mi padre no le pusieron las cosas fáciles. Hacerse a un mapa urbano que le era completamente desconocido desembocó en la pérdida de un montón de clientes y, por lo mismo, el dinero escaseaba. Mi madre se puso a currar de telefonista, modista, limpiadora de escaleras a domicilio —lo siento, es una coña que me sale sola— y cualquier cosa que le salió al paso, pero ni aun así pudimos permitirnos renovar estadía.

Por suerte para los implicados, o por lo menos para papá y para mí, nos volvíamos allá donde pertenecíamos: nuestra añorada Gran Canaria. Él, con ganas de recuperar su licencia y volver a las rutas de siempre; y yo, a dos meses de cumplir los dieciocho, a empezar en la autoescuela y encontrar atajos por los que perderme de casa el mayor tiempo posible.

La cosa seguía tensa de cojones, por si se lo están preguntando. De fortalecer el núcleo, nada.

—¿No le vas a dar ni una oportunidad a la peli que ponga Iberia?

Puse los ojos en blanco detrás de mi flequillo. El pelo, que se me rizaba en las puntas, me bajaba ya de los hombros. Mi estilo había variado un poco, pero que nadie se crea que me había

subido a la parra por vivir en la gran ciudad. Seguía llevando mis chándales cuando la ocasión lo ameritaba —vamos, cuando los dos pares de vaqueros que tenía, y cuya colección no pensaba aumentar, estaban para lavar— y ahora mi vestuario era en un noventa y nueve coma nueve por ciento negro: zapatillas, camisetas, sudaderas y demás. La única prenda de color que poseía era mi camiseta del Atlético de Madrid, y la lucía con orgullo, aunque la hubieran cagado cambiando el escudo.

—Como si tú no te fueras a poner a roncar nada más sentarte.

Mi padre sonrió de medio lado. Tenía astillado un colmillo y cada vez que separaba los labios, la melladura hacía que cualquiera que estuviera cerca de él se quisiera reír también.

—Es un mecanismo ancestral.

—Eso y que volar te acojona.

Me puso la manaza en el hombro.

—Pues también. Pero si echan *Rocky*, me despiertas.

En cuanto pasé el control de seguridad y accedí al avión procuré abstraerme, sobre todo de Adelaida y su angustia por encontrar y usar todos los baños posibles antes de que la altura le impidiera levantarse de su asiento.

La relación con mi madre seguía siendo difícil. Y uso ese adjetivo porque me he prometido contar esta historia con la madurez que me da estar a un puto soplo de ser mayor de edad, pero no se engañen, señores, la cosa estaba tan jodida como ir a los penaltis y tener bajo palos a David de Gea.

Cuando los motivos de nuestra huida a la Península se hicieron por fin públicos para mí, me sentí traicionado, lleno de una rabia que nunca hasta ese momento había tenido que gestionar. Me la habían jugado antes, claro: alguna pibita que me gustaba y había pasado de mí, un amago de colega que al final no se había portado bien, discusiones tontas… Cosas que ni de coña me habían preparado para descubrir que mi familia, el lugar en el mundo donde se suponía que me tenía que sentir seguro, se había ido a la mierda. Desmoronado totalmente. Y aquello, ni el mejor contratista lo iba a poder levantar.

—Fran. ¡Fran! ¡El respaldo! Que dice la chica que tienes que ponerlo vertical o no despegamos.

Le di a la palanca sin girarme a mirar a mi madre. Conecté los cascos a la Nintendo Switch e intenté que mi última captura Pokémon me entretuviera, aunque tuviera la cabeza en las nubes, y no precisamente porque estuviéramos a punto de echarnos a volar. En unas pocas horas volveríamos a casa o, por lo menos, a la isla que antes lo había sido. No viviríamos bajo el mismo techo que antes, ni siquiera en el mismo pueblo, pero con todo, al menos sabría qué hacer y hacía dónde escapar cuando la situación se me antojara insostenible.

No le deseo a nadie enterarse de una verdad tan fea como la que tuve que enfrentar yo estando en tierra extraña y sin ningún contacto cercano con amigos. Salir a la calle desesperado y no saber para dónde correr había sido horrible. La impotencia sentida entonces me acompañaba todavía ahora.

—Ya avisé a Rita de que estamos a punto de despegar para que vaya a buscarnos —oí decir a mi padre con la boca pequeña—, aunque yo pagaría más a gusto un taxi, la verdad.

Sonreí con malicia.

—No la vas a dejar coger el coche tranquila ni cuando cumpla treinta años de carné, ¿verdad?

—Se cargó mi embrague a la semana de aprobar el práctico, Chesco. A la semana.

—Que sí, pa. Duérmete, anda.

Resoplé y volví al juego. Una de las muchas cosas buenas que tenía retornar a Gran Canaria era que veríamos más a mi hermana Rita, aunque ella pasara la mitad del tiempo en Tenerife, donde se había ido a vivir con su novio.

Nos pasábamos catorce años, y aunque ella era una chica y, por tanto, nuestras diferencias irreconciliables, admito sin vergüenza que es uno de los miembros de mi familia que mejor me cae, aunque se haya mudado a la parte fea del archipiélago.

De Rita aprendí muchas cosas. Lo que era el *rock*, por ejemplo, aunque sus gustos eran muchos más suaves y pastelosos que los que había ido desarrollando yo. Me abrió las miras a un mundo de guitarras eléctricas potentes y gritos desgarrados, y aunque no comulgué del todo con su amado Kurt Cobain ni terminaba de gustarme del todo la forma de cantar de Axl Rose, aquella chispa implicó para mí mucho más de lo que en un principio pude esperar. Rita seguía escuchando *rock* suave, como lo llamaba yo, pero del líder de su Nirvana mamé una grandiosa lección: que, a veces, la música necesita estar lo bastante alta como para que no puedas oír tus propios pensamientos. En aquellos meses había llevado aquella cita por bandera. Y en los que estaban por venir, casi me la iba a tener que tatuar.

Aterrizamos en el aeropuerto de Las Palmas y, después de darle para atrás una hora al reloj, esperamos con infinita paciencia en las cintas de equipaje a que salieran nuestras maletas. Terminaba agosto y el calor se hacía notar. Turistas, viajantes varios que venían a disfrutar de nuestro buen clima y que hablaban en todos los idiomas y acentos posibles, sudaban y se arremolinaban estirando los pescuezos como si les fueran a dar un premio por ser los primeros en coger los macutos.

Una vez localizadas nuestras cosas, y con el modo avión desactivado por fin, revisé las notificaciones con un soplo en el pecho. Había hecho todo lo posible —y más incluso— por mantener una relación fluida con Aníbal y Nando, mis dos mejores amigos, pero la distancia y la imposibilidad de visitarnos había enfriado la relación. Era de esperar, supongo, aunque no por eso me había dolido menos.

Casi desde que tenía memoria, aquellos dos y yo habíamos sido como el pan, el jamón y el calorcito de una buena plancha —lo siento, no soy muy fan del queso y la historia la estoy contando yo—. Habíamos vivido juntos todas las etapas de la pubertad que nos habían tocado padecer: el primer grano, la primera polución nocturna, la obsesión por las empalmadas y el absurdo de intentar controlarlas… Nos habíamos partido la cara unos por otros, peleado con profesores por defender al damnificado y, en definitiva, sido amigos hasta el fin. Bueno, corrijo: hasta que mi madre, con sus cagadas, le puso fin.

Ahora, y después de haber suplicado, solo me quedaba esperar que el hecho de estar a punto de terminar el Bachillerato en el mismo instituto que ellos sirviera para acercar posiciones. Que yo supiera, no había sido sustituido en el clan, y en nuestras partidas *online* parecía que seguíamos formando tan buen equipo como siempre, pero el tiempo es inexorable, y mientras sigas vivo, pasa para todos. Y al pasar, nos va cambiando.

Sabía que yo era diferente y me acojonaba vivo pensar que pronto iba a descubrir hasta qué punto lo serían ellos también.

Salimos por la puerta de llegadas y reconocí a lo lejos la vieja Nissan Vanette verde de mi padre. Sonreí. Ese puto coche nos iba a enterrar a todos. Rita empezó a saludar desde lejos abriendo y cerrando los brazos efusiva, esperando que corriera hasta ella o algo así. Me eché a reír. Yo la quería mucho, eso era verdad, pero otra cosa muy distinta era que lo demostrara en público. Hasta ahí podíamos llegar.

—¿Has podido arrancarla bien? Ya sabes que mi coche no va con normas mecánicas normales, sino con maña.

Mi padre prácticamente le arrancó las llaves a Rita, que le dio un abrazo a mi madre y luego me miró a mí de arriba abajo. Levanté la mano derecha, donde llevaba un anillo conmemorativo para apoyar a los clubes moteros. Se puso la mano en el corazón.

—Cada día más orgullosa.

Le contesté endilgándole mi mochila. Mi hermana era una friki del gimnasio. Que demostrara lo fuerte que estaba.

—No flipes. Lo hago por la herencia.

Me dio un abrazo robado en toda regla y después ayudó a cargar el maletero mientras mi padre, hablando solo, empezaba a recolocar el asiento y decirle punto por punto todas las cosas que veía que había hecho mal. Mi madre, que estaba muy callada desde que habíamos aterrizado, se había sentado ya en el asiento del copiloto y miraba alrededor con una mueca extraña de incomodidad. Por lo visto, yo no era el único que tenía dudas sobre cómo se presentaba el panorama ahora que los exiliados habían vuelto al hogar.

Tiré de la puerta corrediza y rocé la rodilla de Rita con la mía cuando ella terminó de abrocharse el cinturón.

—¿Hasta cuándo te quedas?

—Nos da tiempo de un par de capítulos de *Hijos de la Anarquía*.

—Perfecto— contesté yo.

Mi padre sintonizó *Kiss FM* y la voz de Freddie Mercury nos acompañó cuando cogimos la GC-1 dirección a Telde. Fue imperceptible, y si te metías en la conversación que Rita intentaba desesperada hacer amena, lo mismo no te dabas ni cuenta, pero la frialdad entre mis padres, que pese a estar sentados uno al lado del otro, ni se miraban ni se tocaban, bajó varios grados la temperatura de la isla entera. Y la cosa ya estaba bastante helada en Madrid.

Gran Canaria estaba llena de fantasmas, pero no todos eran de esos que los hermanos Winchester podían expulsar con un poco de sal de roca y un cántico en latín.

Me puse los cascos y me tapé la cara con el flequillo. Rita me tocó el brazo, pero no abrí los ojos para mirarla. Mi padre giró a la derecha. Empezó a sonar *Highway to Hell*. Me pareció de lo más místico lo bien que nos venía el tema.

Como no nos iban a dar las llaves de nuestra nueva casa hasta el día siguiente, pasamos por La Atalaya y compramos pollo del bar de Li antes de girar a la izquierda y aparcar delante del número sesenta y tres, la casa donde habíamos vivido a.M., que era como yo había bautizado a la época antes de Madrid. La casa de mi infancia estaba ahora alquilada por pisos, lo que había sido una buena idea porque dejaba beneficios tanto para mis padres como para mis tíos. Como uno de ellos estaría vacío hasta finales de verano, habíamos decidido pasar una noche en familia antes de comenzar lo que esperábamos fuera la mudanza definitiva. Ya se vería cómo iba la cosa a la mañana siguiente, pero no las tenía yo todas conmigo.

Vivir en Las Palmas capital implicaba mejoras en muchos sentidos, pero también era más caro. Era un cambio realmente sustancial para un chaval como yo que se había acostumbrado a poder ir a todas partes caminando y, una vez en la capital del reino, no había tenido más narices que aprender a usar el metro si se quería mover.

—¿Te harás otra vez a los espacios pequeños después de haber estado en Madrid?

Miré a Rita con asombro.

—Justo estaba pensando en eso, la verdad.

—Mente colmena, como siempre.

—Pues es raro con tu cerebro chicharrero asomando de vez en cuando.

Empezó su retahíla de «los tinerfeños son amigos, no comida», pero yo la ignoré con el aprecio que me otorgaba estar frente a mi hermana preferida, aunque fuera la única que tenía.

Cargamos lo indispensable escaleras arriba, con el olor a pollo frito amenizándonos el esfuerzo. Se puso la mesa y la conversación fluyó más o menos de manera pacífica. Yo recorrí las habitaciones y me empapé de recuerdos felices, de momentos y tiempos más sencillos cuando era un crío y creía que estar excluido de las verdades de la casa era una injusticia. Qué no habría dado yo por quedarme en la ignorancia un poco más, pensé con rabia creciente. No saber la verdad habría hecho que pudiera mirar a mi madre a los ojos sin culparla de todos los males de mi universo, o que pudiera tener una charla con mi padre sin preguntarme una y otra vez cómo un hombre tan orgulloso y fuerte había tragado con aquella mierda en vez de romper con todo, que es lo que habría hecho yo en su lugar.

—Lo hace por ti. Y por mí, incluso. Por la familia. Por mantener unido lo que queda. Por amor —me había dicho Rita meses atrás una de las veces que nos visitó en Madrid.

Yo le hice un mal gesto, algo de lo que me arrepentí enseguida porque mi hermana no era culpable de aquella realidad. Aunque la quería y venía de los mismos padres que yo, ella era mayor, vivía por su cuenta y su vida estaba en otro lugar. No estaba igual de afectada que yo. No podía entenderme por más que dijera que sí.

—Pues si el amor es esa mierda, no lo quiero.

—Chesco, no seas imbécil.

—¿Imbécil? ¿Yo? —Me levanté de un salto de la que era mi cama en aquella habitación madrileña tan calurosa y con unas vistas horribles—. ¡Ella ha jodido la familia! ¡Lo destrozó todo! ¡Nos arrastró aquí! ¿Y para qué?

—Para empezar de cero.

—¡Pero si vamos a tener que volvernos con el rabo entre las piernas!

Rita había suspirado. Y sé, porque así lo sentí, que quiso consolarme, pero nada en el mundo habría podido calmar el fuego que me quemaba las entrañas desde que había conocido la verdad. Nada podía hacerlo todavía, y habían pasado dos años.

—Fran… ¡Francisco! ¡Que vengas a cenar!

Se me cerraron los puños. Los recuerdos, envenenados, tétricos, llenos de dolor sin digerir, se me subieron por la garganta y me empujaron la lengua. Rita se dio cuenta y me hizo un gesto imperceptible con aquellos ojos suyos tan grandes, pero ni ella, que siempre había sido algo así como un bálsamo para mí, habría podido callarme.

Nadie habría podido.

—¡Que no me llames así! ¡Que no me gusta!

Adelaida parpadeó, pero mi madre era mi madre, después de todo. No se iba a achicar por que yo le alzara la voz. En ese campo, ella jugaba en casa.

—Pues te aguantas, porque ese es tu nombre. Te lo puse yo.

—Eres la única que no se entera de que prefiero que me llamen Chesco. ¡Chesco! Hasta mi abuela se lo aprendió, y mira que le cuesta memorizar entre todos los nietos que tiene. ¿Por qué para ti es tan difícil entenderlo? ¿Por qué tienes que coger las cosas que apreciamos los demás y joderlas?

—Fran… no me hables así.

—¡Chesco! —Grité tanto que hasta mi padre se levantó de la silla. La grasa del pollo le

manchaba los dedos. Estaba tan alucinado que no dijo nada—. ¿Que no te hable cómo? ¿Con la verdad? Pues te aguantas. Te la comes. Por lo menos yo te la suelto en casa, donde conoces a gente y sabes por qué puerta salir, no como tú, que decidiste ser sincera después de arrancarnos todo lo que conocíamos y llevarnos a esa mierda de pueblo de Madrid donde, como estábamos solos, no nos quedaba más remedio que aguantarte. Por eso lo hiciste, ¿no? Para que no tuviéramos otros cojones que quedarnos contigo a pesar de lo que hiciste.

—¡Francisco!

—¡Que es Chesco, joder! ¿Sabes qué? Llama a tu amante, ese con el que le pusiste los cuernos a papá, y le cuentas que tu mierda de plan es intentar mantener unida a una familia que te cargaste tú solita follándotelo.

Los gritos a mi espalda fueron tremendos. Épicos. Juro que nunca se oyó en aquella calle cosa igual, y tenía vecinos de los que fumaban porros y tiraban las chustas por el balcón cuando los pillaban. No sé quién intentó agarrarme del brazo ni quién levantó la voz más alta de las tres personas que quedaron a mi espalda cuando salí de la cocina, abrí la puerta de un tirón y me precipité escaleras abajo. Me latía la sangre en los oídos, me quemaba la garganta de unas ganas de llorar que ni de coña iba a dejar salir. Todo dentro de mí era confusión, desorden. Dolor y negación a la vez.

Yo solo quería sentarme a comer pollo frito con mi padre mientras soñábamos con que nos devolvieran nuestro escudo para poder comprarnos con entusiasmo la camiseta del Atleti de la nueva temporada. Quería ver una serie con mi hermana y compartir con ella referencias de esas que nadie más pillaría. Quería poder volver a ver a mi madre como quien había sido antes de enterarme de lo que había hecho y no sentir aquel rencor ponzoñoso siempre que escuchaba su voz. Quería, por encima de todas las cosas, llamar a las puertas de Nando y Aníbal y que estuvieran allí para recibirme, que el tiempo no hubiera pasado y siguiéramos siendo los mismos chiquillos que la última vez.

Quise todo lo que, en aquella noche de verano, que suponía feliz por estar de vuelta en el que antaño había creído mi hogar, no iba a poder tener. De modo que crucé calles, plazas, pasos de peatones y parques para perros. Aceleré el paso y me alejé de la zona residencial. Caminé deprisa, más y más deprisa y, cuando llegué a la tercera farola de la salida del pueblo, conecté la música del móvil, que no me había sacado del bolsillo desde que llegáramos al aeropuerto, subí el volumen hasta que me palpitaron los tímpanos y eché a correr.

2

I see my red door,
I must have it painted black
maybe then, i'll fade away
and not have to face the facts

IES Mesa y López.
Presentación de segundo de Bachillerato.
9:00 h de la mañana (aproximadamente).

Esperen, esperen… No vamos a cruzar las puertas de la cárcel de la enseñanza todavía. En parte, porque quedan un par de asuntos bastante interesantes que me gustaría señalar antes de que entremos en esta parte de la historia.Y también porque no tengo ninguna prisa por empezar las clases, para qué nos vamos a engañar. ¿Todo el mundo conforme? Vale. Pues tiramos para atrás una semana.

Con Rita de vuelta en Chicharrolandia, me quedé solo ante el peligro. Allí, en medio de las caras largas y los discursos a media voz de mis padres, cuyo tema seguía yendo de mal en peor.

Cabe señalar que no sufrí un castigo especialmente monumental después de mi tremenda salida de tiesto del día que volvimos a Las Palmas. A ver, Adelaida contenta conmigo no estaba, eso sobra decirlo, pero tampoco es que me chillara ni lanzara rayos por los ojos cada vez que se cruzaba conmigo. Eso sí, en mi casa se batió el récord de días seguidos en que una madre puede hacer potaje de lentejas para almorzar. Y sin *nuggets* de pollo para acompañar el mal trago, debo decir. Ni un triste huevo me freía para hacer menos desagradables los almuerzos.

Me imagino que me merecía los caldos y la política del silencio. Solo se dirigía a mí —vocalizando el «Francisco» como si estuviera en la ruleta de la suerte y por cada letra le fueran a dar pasta— para darme alguna instrucción de cara a la mudanza que nos pegamos toda la semana previa al inicio de las clases.

Apenas si pude hacer vida social ni reconciliarme con mis antiguos dominios, aunque me figuro que era parte del castigo de Adelaida. Mi padre pasaba poco por casa. Había recuperado su licencia de taxi y ahora andaba a la caza de clientes que le dejaran un buen dinero con el que pudiéramos remontar el vuelo. Habíamos vuelto, sí, pero el hogar no era ni de lejos el mismo.

—Con carreras que van del Mercado Central al Hoyo no saco ni para pipas— le oía quejarse mientras yo empaquetaba con mimo mis preciados discos y mis camisetas de bandas de *rock*—. Lo que necesito es ir y venir del aeropuerto.

—Ponte por la estación. Con los cambios de carreteras y horarios, las obras y todo eso, seguro que más de un despistado pierde la guagua y necesita un taxi.

Mi madre ponía de su parte, pero claro, aunque mi padre asentía y seguía decidido a hacer que aquel despropósito de familia se mantuviera a flote, la afrenta estaba ahí y los cuernos, aunque se los tapara bajo la gorra que solía llevar cuando trabajaba, no eran fáciles de esconder.

Yo intentaba reconciliarme con la imagen de Adelaida como madre, pero hasta el momento no me estaba resultando especialmente fácil conseguirlo. Vamos, que me iba de culo.

—¿Has terminado ya con todo eso, Francisco? ¡Venga, que tenemos que cargar el taxi para dar otro viaje!

Me mordí una respuesta que pudiera desembocar en más potajes, o lo que era peor, en toque de queda para ver los canales nuevos de aquel maravilloso aparato satélite que mi padre había pillado no sé dónde y gracias al cual veíamos toda la Liga —¡ole, ole, ole! ¡Teníamos al Cholo Simeone!—. Terminé de embalar los últimos vinilos que había ido acumulando. La colección, modesta pero coqueta, la había iniciado mi hermana cuando le había dado el siroco de comprarse un tocadiscos. Al principio pensé que era una de esas excentricidades que solía hacer Rita, o que se le habían acabado los colores de Converse All Star y ahora empezaba con otra obsesión distinta, pero con el tiempo, aquella maletita, con su aguja y su girar perpetuo, acabó significando para mí mucho más que para ella. No extrañó a nadie que acabara regalándomelo. De hecho, ahora que lo pienso, puede que dármela hubiera sido su plan desde el principio. Sonreí al coger el último disco, uno de Héroes del Silencio que habíamos comprado justo antes de irnos a Madrid. La pegadiza melodía de *Entre dos tierras* empezó a resonar en mi memoria, al igual que la reminiscencia de aquella tarde con mi hermana donde, además de levantarle un menú completo en el McDonalds, habíamos pasado unas horas maravillosas juntos, charlando de todo y de nada a la vez.

—La que duerme con Kurt Cobain estampado en el pecho— había criticado yo mirando con ojo crítico la portada de *Senderos de traición*.

—En la variedad de roqueros está el gusto, Chesco.

Le hice una pedorreta infantil. Ella sonrió con los ojos, ocultos por unas gafas de sol de lo más estrambótico.

—¿*Rock* en español? ¿En serio?

Devolvió el vinilo a la bolsa cuando nos detuvimos en la parada de la Global. Mi hermana y su manía de no conducir.

—No solo de Motörhead vive el hombre, Chesco. Dale una oportunidad a Bunbury. Además… —se bajó las gafas y me hizo un guiño— dime que no es clavado a Jim Morrison.

—Ya sabía yo que algo había…

Rita levantó la mano para detener a la guagua.

—No cabía duda, hermanito. Anda, saca el bono, que ya me has sangrado bastante hoy, rata.

Nos habíamos mudado a una de las traseras de Guanarteme. Matriculado yo en el IES Mesa y López, instituto en el que había cursado parte de la ESO a pesar de vivir en Guía, resultó de lo más práctico que el piso familiar estuviera por la zona. La capital grancanaria era un terreno más amplio para que mi padre lo pudiera cubrir con su taxi y también implicaba nuevas opciones laborales para mi madre, que se había liado la manta a la cabeza y había actualizado su currículo, en el que se ofrecía como auxiliar de atención de personas en situación de dependencia, para emprender la búsqueda de nuevos horizontes laborales.

Cuando subimos la última caja un sábado a mediodía, yo ya estaba baldado. Empecé a fantasear con buscar un buen gimnasio y hacerme una tabla de musculación que me hinchara un poco para Navidades, pero la verdad es que no tenía ni idea de por dónde tirar. La zona había cambiado mucho en dos años. Por suerte, el instituto seguía emplazado donde siempre. También el Casa Ricardo seguía en su sitio, y la pizzería ‘O Sole Mio. Las paradas de guaguas amarillas que nos conectaban con San Telmo y Triana estaban visibles, aunque la obra de delante de El Corte Inglés había jodido un poco los recorridos.

Podía ver la avenida de Las Canteras desde el minúsculo balcón de casa, y fantaseando con las

tiendas y el ambiente roquero y de pubs para todas las edades con olor a salitre con el que pronto empezaría a coquetear de nuevo, fui templando los nervios… porque con el final de la mudanza, las excusas para no quedar con mis dos mejores amigos se iban acabando.

Adelaida aflojó las cadenas, y como una Kalheesi más o menos cuerda, me dio permiso para cogerme la 105 y subir a San Andrés, para que Nando, Aníbal y yo protagonizáramos nuestro épico reencuentro en el lugar donde, por casualidades de la vida, se había convertido en uno de nuestros puntos de unión: el Pepe Chiringo de la BP de San Andrés.

El sábado por la tarde cogí la guagua vestido con mis mejores vaqueros y una de mis camisetas de *Sons of Anarchy*, y por el camino fui acordándome de todas esas veces en las que los tres nos habíamos visto en ese mismo sitio y hablado hasta la sequedad bucal mientras hacíamos cola para optar a una mesa grasienta y un par de combinados de papas y pechuga. Viviendo yo en Guía, Nando en Ciudad Jardín y Aníbal por Vegueta, buscar zonas intermedias que no favoreciera a ninguno de los tres y, a pesar de ello, conseguir seguir quedando a menudo, habían sido los principales retos de nuestra amistad. Nos había ido bien cediendo un día uno y otros días otros —dependíamos más que nada de la pasta que tuviéramos para transporte y cena.

Con todo, vernos nunca nos había dado pereza a ninguno de los tres, claro que ahora las cosas eran distintas, porque yo volvía de más allá del archipiélago y dudaba mucho de que me esperara un paseíllo de honor al reencontrarnos.

Aunque el viaje no había sido cosa mía, para un adolescente con la edad y la problemática hormonal que atravesábamos nosotros en ese momento tan crítico de nuestras vidas, mi partida había resultado poco menos que una traición. Con Nando hundido después de la muerte de su madre y Aníbal perdido en su mundo de murciélagos y tanques de ácido que convertían a gente normal en psicópatas, Chesco, el ancla del trío, los había dejado naufragar.

Dudaba mucho de que mi regreso fuera a ser similar al que, un día, el frente atlético le daría a Fernando Torres cuando volviera a vestir nuestros colores. Aunque esperaba que, por lo menos, no me abuchearan. En fin, al lío.

Las diferencias estaban ahí, por supuesto. No había más que echar un vistazo rápido para apreciarlos. Nando había crecido unos cuantos centímetros y llevaba el pelo oscuro peinado para atrás con gomina; su ropa, aunque no voy a entrar en marcas —a no ser que alguien quiera patrocinar esta historia (hablaremos de *cash* cuando termine de contarla)—, estaba plagada de cocodrilos y demás señas que indicaban a las claras lo de siempre: que era el que más dinero manejaba del grupo. Se sacó la mano del bolsillo y saludó a los lejos. Ya estaban en cola. Seguramente los habría llevado su padre en aquel cochazo que se gastaba. Aunque más alto, Nando seguía sin ganarme en estatura.

Me acerqué despacio, no por crear *hype* ni nada, sino por nervios. Levanté un poco de polvareda con las Fila negras y fingí un interés que no sentía por el precio de la gasolina. ¡Menudo robo! (Y eso lo sé sin tener todavía el carné).

Aníbal estaba justo al lado de Nando. Lo reconocí al vuelo. Era, con diferencia, el que menos había cambiado de los tres. También había crecido, sobre todo a lo ancho. Me mordí una sonrisa. Mi amigo llevaba una enorme sudadera negra con el logo de Batman serigrafiado y unas deportivas de caña alta a medio atar. Rechoncho, pero con las formas mucho más grandes que antaño, se había cortado la coleta, aunque no por ello su pelo ligeramente ondulado parecía tener mejor pinta. Con algunos mechones sobre la cara y aquellas gafas redondas, Aníbal parecía un John Lennon al que habían metido una manguera de aire por la boca. Eso sí, cuando estiró la mano para saludarme y vi la envergadura de sus dedos, me di cuenta de que ese era un dato que

me llevaría a la tumba. El Beatle relleno te podía hacer una cara nueva de un solo sopapo. Y sin despeinarse.

Ocupamos una mesa con vistas al surtidor de Sin Plomo 95 y pedimos un par de combinados de papas con pechuga y, para Aníbal, un bocadillo con todo —literal, para mí que entre aquellos dos panes cabían hasta las siete medallas que Ash tuvo que recolectar en la primera temporada de Pokémon—. Después se hizo un silencio raro. A ver, hablamos, claro. Que si que tal la familia, que si cuántos clubes controlas en el GTA, que si te has dejado seducir por el lado oscuro del Fortnite o sigues siendo de la resistencia, la salida de CR7 del Real Madrid y lo que eso supondría para el resto de equipos… En fin, que dimos vueltas como una peonza tirada con maña para no enfrentar el tema en cuestión.

Se me atragantó la pechuga y me quemé la boca de la prisa con la que empecé a comer, y no por hambre, sino porque la amargura de notar lo raro que era todo se me hacía insoportable. Les conté de Madrid y de cómo el tema de sentirte un pez mediano en un estanque inmenso no compensaba cuando te perdías todos los días en el metro. Ellos me hablaron de sus cosas, de sus viciadas y movidas, pero no había nada profundo. Y a ver, somos tíos y adolescentes. No es que nunca nos hubiéramos puesto a hablar de sentimientos y esas mierdas, pero no habíamos profundizado mucho porque no nos había hecho falta para conectar de verdad. Si uno de los tres estaba mal, no tenía que narrarle al resto el motivo: nos comíamos unas alitas de pollo grasientas, caminábamos un rato, poníamos música y, dos o tres horas después, todo el mundo volvía a su casa sintiéndose nuevo y perteneciente a una manada. Ahora, a mi manada le había pasado algo raro. Mis ñus no hacían piña. O lo que era peor: habían iniciado una estampida sin mí.

—¿Cómo llevas lo del volver al insti después de haber estado dos años fuera?

Nando, siempre tan práctico, tiró por el tema educativo para llenar los silencios, aunque más le habría valido dejar que los únicos sonidos que se percibieran fueran los carrillos de Aníbal devorando el pepito de pechuga como una puta boa constrictor se comería un hámster. ¡Qué manera de masticar tenía el colega! ¡La madre que lo parió!

—Si fui capaz de encontrar la parada para venir aquí, seguro que me adapto otra vez. —Me encogí de hombros mientras giraba la rosca de la botella de agua y me echaba un trago—. Vaya mierda de accesos tiene ahora Mesa y López.

—Es por la metroguagua.

Aníbal, que por lo visto había decidido dejar de engullir para formar parte de aquella conversación penosa, nos hizo mirarlo.

—¿La qué?

—Metroguagua —me repitió, pero me quedé igual de manco con esa información—: una especie de… guagua que va por raíles, pero por encima de la tierra. Por eso tienen levantada toda la zona de El Corte Inglés. Mi madre fue a descambiar el otro día una falda que le regaló mi padre por su aniversario y tuvimos que dar mil vueltas.

Estaba por suicidarme clavándome un tenedor de plástico de los que nos habían dado con los combos. En serio.

—Una guagua que va por raíles encima de la tierra, no por asfalto, por raíles. —Los dos asintieron—. Vamos, que van a hacer un tranvía, como el de Tenerife.

—Aquí lo llamamos metroguagua.

Y los vecinos a las roscas les decían cotufas, pero no por eso eran menos roscas.

—Pues muy bien. Superinteresante.

Pinché papas y pechuga con saña y me los metí en la boca. ¡Coño! ¿Es que esa mierda no se

enfriaba nunca? Y ya era raro, teniendo en cuenta lo glacial de aquel reencuentro.

Cuando no nos quedó nada en las bandejas ni excusas para seguir ocupando la mesa, nos salimos fuera. No es que nos pudiéramos mover mucho. En esa zona y sin coche, poco más que deambular por los alrededores de la gasolinera se podía hacer. Además, Nando había especificado que su padre los recogería allí a la hora convenida. Yo asentí, porque ¿qué más me quedaba? Estaba claro que mis antiguos mejores amigos habían acordado llegar y volverse juntos, y lo más probable es que estuvieran locos por poner fin a aquel despropósito de quedada. Con el bajón empujándome los hombros, tenía que reconocer que yo también.

—Te podemos dejar en la parada si quieres— se ofreció Nando, dando por liquidada la noche, por lo visto.

—Deja, está ahí mismo. Solo tengo que cruzar.

Los dos miraron la autopista: ese par de carriles oscuros donde los coches se precipitaban de uno a otro lado a toda velocidad.

—No hay paso de peatones.

Sonreí.

—Bah, no es la primera vez. Soy rápido.

—Ya, pero no es seguro, Chesco. Y encima vas vestido de negro.

—Y la iluminación en este tramo es malísima. —Aníbal giró la cabeza. Se le metió un rizo en el cristal.

—Si con eso se van a callar… que me cruce tu padre, Nando. Me da igual.

El arreglo pareció bastarles. Me imagino que así se sentirían menos culpables por, ¡qué sé yo!, ¿seguir adelante con sus vidas mientras yo peleaba por intentar mantener la mía en tierra hostil? Quería preguntarle a Nando cómo llevaba lo de su madre. Y a Aníbal por su familia, sin duda la más normal y estructurada de todas. Quería hacer planes para el lunes, cuando estuviéramos en clase, saber qué asignaturas habían cogido, si se oía algo del posible tutor o tutora que nos podía tocar, empezar a desempolvar los motes y rezar a los dioses de las enseñanzas públicas porque nuestros profesores favoritos no se hubieran jubilado todavía. Por querer, quería sugerir que nos cogiéramos la Global, tiráramos a Las Arenas y nos diéramos un paseo por el parque de la Música, o que nos sentáramos bajo la estatua de Alfredo Kraus a ver pasar parejitas a las que poner caras de asco, aunque por dentro nos preguntáramos cómo sería ir arrimando cebolleta un viernes noche. Joder, quería saber si alguno de ellos tenía a alguien, si a alguna de las que habíamos conocido en el colegio le habían crecido las tetas y estaba disponible. Quería… Quería a mis amigos. Pero Nando sacó el móvil cuando llamó su padre y Aníbal miró el reloj, tan feliz de ver las agujas como lo estaría un yonqui justo antes de pincharse. Yo quería a mis amigos, pero ellos, o bien habían dejado de quererme a mí o ya no estaban allí.

Apesadumbrado, me subí en el asiento trasero del BMW del padre de Nando, que repostó de paso que nos recogía e inició maniobras para poner el morro de su buga en dirección volver a casa. Sin ganas de hablar, me sorprendió escuchar como Aníbal decía no sé qué de un campamento en el Garañón donde por lo visto estaba su hermana, aunque no presté demasiada atención. Tampoco eché cuenta de lo que sonaba en la emisora de radio, así que supongo que no sería nada reseñable. Me gusta pensar que tengo el oído selectivo y que, ante música que no vale la pena, me vuelvo sordo por elección.

No recuerdo si me llevaron a casa o me dejaron en las cercanías. Solo sé que no tuve que esperar a la guagua y que, con las manos en los bolsillos y la capucha de la sudadera puesta, deambulé por Guanarteme hasta que encontré la fachada de mi edificio. Saqué las llaves del

bolsillo, esas que llevaba sujetas al pantalón con una cadena, y suspiré antes de meterla en la cerradura. No abrió a la primera. Ni a la segunda. Típico: si una de las copias tenía que estar defectuosa, que fuera la de Chesco. «¿Es que no me puede salir nada bien hoy, joder?».

Le di con el pie y al final la cerradura cedió. Subí las escaleras y pasé por el rellano sin dar la luz. Utilicé la linterna del último iPhone que había heredado de Rita para abrir la puerta de casa. Dentro estaba oscuro, pero se oía el leve murmullo de algún programa que seguramente estaba viendo mi madre al fondo, en su habitación. Apostaría el pie de los chutes buenos a que era algo relacionado con sobrevivir en una isla siendo famoso o alguna porquería similar. Entré en el salón, donde mi padre estaba arrebujado debajo de su manta. Tenía puesto un auricular y el otro le colgaba del pecho hecho un nudo, lo que me hacía sospechar que pronto me mandaría al chino más cercano para pillarle otros.

—Qué temprano. ¿Quién te trajo?

—El padre de Nando.

Asintió. Intercambiamos miradas.

—¿Cómo está? Por lo de su madre y eso.

—Tirando. —Mentir por desconocimiento de la información seguía siendo mentir. Me bajé la cremallera de la sudadera—. No tiene muchas ganas de hablar de eso.

—Normal, que se te muera la madre siendo crío… es lo peor que te puede pasar.

—Supongo.

Y sé que mi padre lo dijo en plan «valora a la tuya que todavía la tienes, aunque haya metido la pata hasta el corvejón y luego removido todas las arenas movedizas hasta salpicar a la familia y llevarnos a la mierda», pero ni él hizo por profundizar ni yo tenía cuerpo para darme por enterado de la metáfora. Le dije que me iba dentro y él asintió y siguió enganchado a las reposiciones de esa serie donde policías y forenses trabajaban juntos y resolvían casos imposibles.

Ya en mi habitación, a solas, podía mostrarme todo lo desanimado que quisiera. Lancé las zapatillas donde cayeron y me saqué la cartera y las llaves del bolsillo. Pensaba dormir tal como estaba, y ya que no me iba a cambiar, conecté los auriculares al ordenador y, cuando este arrancó, subí el volumen antes siquiera de comprobar si estaba ya lo suficientemente alto como para que mis pensamientos se quedaran atontados.

Abrí YouTube y busqué en mis favoritos. En cuestión de segundos, la voz de Freddie Mercury en el Live Aid de 1985 perforó mis tímpanos, lo que me dio unos valiosos segundos de irónico silencio. Grabé un audio y se lo envié a Rita. Respondió con el gif de referencia que había esperado de ella. Sonreí. Echaba de menos a mi hermana. Y a mis amigos.

La cámara cambió de enfoque. La pantalla del ordenador se quedó oscura y me reflejó a mí, todo pelo negro demasiado largo y ojos vacíos de expresión. También me echaba de menos a mí.

Siento el exceso de drama, pero en este punto de la historia es necesario para entender por qué pasó lo que pasó después. Igual me he alargado un poco, pero bueno, ya estamos listos para volver al presente. El lunes siguiente fue la presentación de segundo de Bachillerato. Y una vez que entré en el instituto sin mochila, sin estuche y sin la menor intención de tomar anotaciones de ninguna clase, el principio del fin se me vino encima.

3

¡De nuevo hablando tú de cosas que no sabes!
Eres un imitador como tu voz, la cual no es tan grave.
Lo único grave es que te crean,
pero, aunque la mentira tiene patas, tarde o temprano cojea.

IES Mesa y López.
Presentación de segundo de Bachillerato.
9:00 h de la mañana. Segunda parte.

Me convertí en leyenda cuando me expulsaron de clase el primer día por llamar sinvergüenza a una profesora. En mi defensa tengo que decir que se lo merecía; en su defensa, que ella tenía como veinte testigos contra mí.

No me acuerdo exactamente de qué me motivó a ponerme en pie en clase de Literatura y soltarle la perla a la que, encima, era nuestra tutora, pero lo que sí tenía fresco en la memoria era que Aníbal y Nando habían estado de mi lado. Por injustificado que hubiera sido mi brote, desproporcionado y sin sentido, ellos me dieron la razón y sacrificaron dos recreos de castigo a mi lado. Los tres, unidos ante la adversidad, nos comimos los bocadillos rancios de la cafetería mientras ordenábamos la biblioteca como parte de nuestro arresto domiciliario. También nos sacaron del equipo titular de educación física. Calentamos banquillo con suma indignación, pero ni aun así el trío flaqueó.

—Es su pérdida —decía Nando mientras miraba con desdén cómo el resto de nuestros compañeros se pasaba aquel balón prehistórico por una cancha que, sin duda, había visto tiempos mejores—. Son unos cojos. Sin nosotros, el medio campo pierde calidad.

Y yo le sonreí para darle la razón, porque cuando un colega asume las consecuencias de unos actos que no le pertenecen, y lo hace solo por ti, tú tienes que estar ahí a muerte. A las duras, las maduras y las que se tercien. A no ser, claro, que tu madre sea infiel a tu padre, se joda el núcleo familiar y el continuo espacio-tiempo te envíe dos años a la Península, donde ni amigos ni pachanga futbolera ni nada.

Con todo, aquel jueves de finales de septiembre me personé ante la puerta de rejas que daba entrada al IES Mesa y López, mi antiguo y, a la vez, actual centro de estudios. No reconocería ante nadie que lo había echado de menos, que uno tiene su caché, pero cuando toqué el timbre y la amable voz de Celia, la conserje de mañana, me respondió antes de abrir, se me escapó una media sonrisilla. Bajé los escalones con la ligereza que te da no llevar material de ningún tipo y saber que el mal trago va a pasar pronto. Igual que cuando tu madre te daba el Motilium para las diarreas. Un sorbo rápido y para casa hasta el lunes, porque encima habíamos tenido la suerte de que el viernes era festivo. Empezábamos bien.

Estiré el pescuezo todo lo que me daba la columna, pero no había rastro del pelo engominado a la perfección de Nando ni de aquellos mechones ondulados y despeinados de Aníbal. No habíamos ido juntos, y peleaba en cada bocanada de aire para que eso no me afectara. Me decía, y casi me estaba creyendo, que habíamos sido prácticos. Ya no vivíamos donde antaño y ahora

tendríamos que cuadrar nuevos horarios y hacer planes alternativos a nuestras rutas acostumbradas. Además, ellos habían seguido yendo a clase allí mientras yo me perdía entre el gentío madrileño. Sus padres habían acomodado sus trabajos para llevarlos y traerlos y no iban a cambiar todo eso de la noche a la mañana porque yo hubiera vuelto. Y mucho menos después de la mierda de cena de reencuentro que nos habíamos marcado. Habría sido un detalle de la hostia, pero no lo esperaba. Ya casi no esperaba nada de nadie.

Llegué a la recepción, donde el tutor de guardia asignado estaba repartiendo los horarios en papel. Me guardé el mío en el bolsillo trasero de los vaqueros, esperando recordar sacarlo antes de ponerlos para lavar. Como venía siendo habitual, nos reunieron en la cancha, a la que se accedía cruzando una zona acotada con mallas que daba la sensación de llevar al patio de la cárcel. Era más o menos verdad.

Los muros seguían decorados, al igual que las ventanas exteriores que daban a la calle. El IES Mesa y López destacaba por sus colores alegres, un grito chillón a la inclusión del colectivo LGTBIQ+ que se había ampliado hasta pasillos y demás zonas comunes, con lo que se pretendía darle un tono alegre a un lugar donde, daba igual de qué color pusieras las paredes, se daba física y tecnología. Y eso no lo arreglaba ni el mejor arcoíris del mundo.

Conforme llegaba más y más gente y los cuchicheos se convertían en charlas en un tono cada vez más alto, aparecieron también abrazos, algún que otro beso robado con timidez, chocapuños cutres o demás intentos de saludo *cool* que a la mayoría le quedaban tan grandes como esas nuevas sudaderas que tanto se habían puesto de moda. Había tantos Tupac por metro cuadrado que me mareé. Reconocí muchas caras a pesar de los estragos que la pubertad hace en los jóvenes, y otros tantos me reconocieron a mí. Actué lo mejor que pude con aquellos a los que recordaba y compuse una cara de póker decente cuando se me acercó peña que no recordaba haber visto en la vida. «¿Qué pasa, godo?», «¿cómo es vivir una hora en el futuro?», y un largo y penosísimo etcétera fueron algunas de las cuestiones que más se repitieron durante los eternos veinte minutos que tardó en ponerse en marcha la megafonía, mecanismo que tenía el instituto para avisar de los cambios de clase y del inicio o final de las mismas.

Si había algo que teníamos que reconocerle al Mesa y López era que, quienquiera que programara las *playlists*, se merecía como mínimo un poco de respeto del personal estudiantil. A menos que fuera festividad especial, rollo Día de Canarias o Navidad, siempre pinchaba temazos de *rock* que taladraban los oídos hasta que no podías oír ni tus propios pensamientos… ni las paridas que soltara el vecino. No solían dejar las canciones enteras, pero unos pocos acordes y algunas estrofas eran suficientes para animar el espíritu.

La reconocible voz, aguda y chillona al extremo de Axl Rose nos bañó mientras se desgañitaba cantándonos *Welcome to the Jungle*, una curiosa elección habida cuenta de que era nuestro primer día de encierro. Una ironía muy fina, DJ, eso te lo concedo.

Estábamos a un par de minutos de las nueve y media cuando el de guardia nos guio al aula situada a la derecha de la cancha. La clase de música. Por lo visto el tiempo transcurrido no había cambiado las costumbres. Empezamos a arremolinarnos en torno a la puerta, porque una cosa era que ninguno de los presentes quisiera estar allí y otra muy distinta querer comerse la presentación de pie. El que entraba primero cogía silla, y ese era el fin último de las prisas. Dudaba mucho de que a alguien le importara si había habido cambios en el personal docente, cuáles eran las nuevas optativas —que yo había marcado en la matrícula, pero de las que no me acordaba— o lo altos que tenían los espíritus nuestros profes y *profas* de cara a aquel nuevo curso.

El rollo sería el de costumbre, a lo que había que sumarle la consabida charla de «si os roban un móvil ridículamente caro, no esperéis que el instituto se haga cargo de pagarlo», igual que todos los años.

Cuando crucé el umbral, volví a levantar la cabeza. Allí, como por encanto, estaban Nando y Aníbal. No tenía ni idea de cómo habían podido traspasar la marabunta sin que yo me diera cuenta ni tampoco por qué habían esperado a entrar en el aula para levantar las manos y saludarme, pero poco importaban todas esas incongruencias en nuestra recientemente tirante relación, pues ambos, sentados juntos y con un pupitre vacío a su lado, me hacían señas. Volvía a haber equilibrio en el multiverso.

Me acerqué y la sonrisa boba se me hizo todavía más ancha al darme cuenta de que Aníbal llevaba puesta una camiseta que lucía en su pechera el Guantelete del Infinito, artículo más que codiciado aquel año tras el estreno de *Vengadores: Infinity War*. Ya iba a abrir la boca para hacer un chascarrillo sobre los chasquidos y dejarme caer como un fardo en la silla que me habían guardado cuando algo, o alguien, para ser más preciso, me golpeó el hombro. Moví la cabeza y por un instante —glorioso, efímero— el pelo me tapó la cara del culpable de que casi me comiera la silla donde había estado a punto de sentarme. El pibe, chaval, chiquillo, escoria humana salida del inframundo más nauseabundo conocido por el hombre, llámenlo como quieran, traía la mano estirada y respondía al gesto de Nando y Aníbal. El aparecido soltó una mochila Nike en el suelo, la movió con el pie y, esquivándome igual que Iniesta colándose entre los defensas del equipo contrario, me fintó dejándome con un palmo de narices y de pie como un imbécil al lado de quienes, yo creía, me habían estado esperando (y que ni siquiera me habían visto).

—¡Ese Guille! —soltó Nando pronunciando la ge con una especie de cadencia argentina de lo más ridícula.

Aníbal también participó de aquella absurda bienvenida, claro. Llamó al recién llegado algo que no supe a qué coño venía, lo que no era raro, porque, por lo visto, me estaba perdiendo mucho por allí.

Analicé al parásito como si me hubieran implantado un escáner de retina: alto, vaqueros medio caídos, cinturón grueso, camiseta de los Ramones lo bastante desgastada como para que no pareciera que se la había comprado en Primark el finde anterior para el postureo, chaqueta vaquera con un par de parches estratégicos, pelo largo por los hombros, rubio. Lo repetiré: rubio. Era un jodido Ricitos de Oro al que solo le faltaba la tabla de surf y el collar cutre de conchas marinas. Casi podía imaginármelo moviendo la mano de lado a lado mientras levantaba los dedos pulgar y meñique. Dios, qué puto asco.

Carraspeé, aunque de pura rabia bien podría haberles lanzado un lapo que los hubiera alcanzado a los tres.

—¡Ey!

—Tío, cada año llegas más tarde al primer día.

Nando y Aníbal intercambiaron un gesto de hombros para incluir al rubiales en la coña. Se me quedó mirando, como analizando si mi sudadera de Lemmy o mis Hypervenon pasaban su criba.

—Este es Chesco —dijo Nando, porque parecía que presentarnos era necesario—. Estudiaba aquí antes de irse a Madrid dos años.

—Y parece que no ha perdido la costumbre de no traerse ni una libreta para apuntar el horario.

Fui a abrir la boca, aunque no sé para decir qué, pero el aparecido se me adelantó.

—Ya no hace falta ir anotando, ahora nos lo dan impreso a la entrada. —Y como si no hubiera

quedado ya lo suficientemente claro que era un listillo pedante subnormal, abrió la mochila, sacó una carpeta de fundas y, de una de ellas etiquetada como «varios», extrajo una copia perfecta del horario. Puto Bisbal de AliExpress. Tócate los…—. ¿Ves? Lo reparte el profesor de guardia. ¿No te dieron uno cuando llegaste?

Abrí la boca y otra vez me la cerraron. Otra vez.

—¿Chesco? No se habrá enterado o ya lo habrá perdido —señaló Aníbal.

—¿Para qué va a querer el horario? En la ESO ni siquiera se compró los libros.

El Bulerías frunció el ceño. Que tirria le estaba cogiendo, de verdad.

—¿No compraste los libros? ¿Y cómo aprobaste el curso?

Me crucé de brazos. El gesto hizo que la hebilla metálica de la pulsera que llevaba puesta se me clavara en el pectoral, pero ni loco iba a darle a Guiiilleeermo la satisfacción de ver cómo me quejaba.

—En septiembre. Y pasé limpio. —Aprovechando el momento de silencio, apostillé por dármelas de guay—. Ustedes tienen nueve meses de curso y tres de vacaciones; yo estudio el par de semanas antes de los exámenes extraordinarios.

El nuevo parpadeó un par de veces. Tardó tanto en volver a hablar que pensé que se había bugueado.

—¿Y eso te funciona?

Señalé el aula con un gesto evidente.

—Voy a la misma clase que tú, ¿no?

Esperé a que mis amigos dijeran algo. O me jalearan. ¡Joder, aquella remontada había sido mística! Me habían quedado ocho, nadie daba un euro por mí y pasé de curso sin arrastrar ninguna. ¿Acaso no era digno de mención? Pues por lo visto… no.

Esperé y me quedé esperando hasta que el de guardia se personó en el aula y llamó al orden para iniciar la presentación. Pidió a los rezagados que nos sentáramos y ahí, en ese preciso momento, tuvo lugar un mínimo momento de tensión, cuando Nando y Aníbal se dieron cuenta por fin de que, en su afán por guardarle sitio al rubio, no se habían acordado de hacer lo propio por mí.

Balbucearon alguna tontería, pero yo tenía las orejas calientes y estaba tan dolido que bajé la barbilla y ocupé un sitio en la fila de atrás, a la derecha. Por pura y maldita casualidad, podía verlos desde donde estaba a los tres juntos compartiendo confidencias y risitas cómplices cuando el profesor repetía las mismas historias de siempre, aderezadas todas ahora con ese halo de aparente importancia que se da siempre al último curso.

—Ahora son ustedes los veteranos del centro y esperamos que se comporten como tal —empezó a decir después de sentarse en la mesa, como si pretendiera pasar por un tío enrollado. —Vamos a habilitar un programa de hermano mayor para que, de forma voluntaria, ayuden a los alumnos de primero en la adaptación al centro, ya que ustedes se conocen todas las normas y, seguramente, vienen decididos a respetarlas.

Risitas. Soltó la advertencia de los móviles, largó el rollo del respeto al profesorado y a los compañeros, el del cuidado al material y presentó las caras nuevas: el de Tecnología había cambiado, cosa que en otras circunstancias me habría alegrado, porque en segundo me las había visto feas con él; la de Lengua, aquella mujer que hablaba sola y a la que no le gustaba ninguno de sus alumnos, repetía puesto. Se llamaba Dora, pero nosotros la habíamos apodado la Desquiciadora. La tía llevaba una mochila a clase. Se lo había ganado a pulso.

Los últimos veinte minutos pasaron sin que me enterara de nada como era costumbre, solo que, en vez de estar apretando los dientes muerto del asco y de los celos, me habría pasado el rato rajando con mis amigos, esos que no habían girado la cabeza ni una sola vez durante los acostumbrados puntos del discurso a los que siempre respondíamos para ver si yo había cogido las referencias. Seguramente estaban demasiado ocupados explicándole las coñas al surfero de rebajas, que no parecía muy espabilado.

Cuando nos invitaron a salir ordenadamente —y nosotros abandonamos el aula de música en tropel y chillando como si hubiera un incendio, por supuesto—, me planteé no esperarlos. De hecho, estaba tan mosqueado que me subí la cremallera del suéter a pesar del sofoco y tiré para afuera, preguntándome si una sobredosis de azúcar de Casa Ricardo me animaría o acabaría por matarme en la acera, rollo River Phoenix. No parecía un mal final, pero se me truncó cuando me dieron alcance. Para mi desgracia, vinieron los tres.

—Volvemos a tener a la Desquiciadora este año.

—Y a Don Limpio en Mates.

—Por lo menos Sergi nos da Inglés. Para uno que me cae bien…

Separé los labios, tentado a recordar una exposición particularmente épica y bilingüe en la que los tres nos habíamos coronado de tal manera, pese a no pronunciar bien una sola palabra, que nuestro profesor favorito nos había aprobado. «Por las risas», dijo. Era un cabrón decente. Ojalá hubiera tenido el ánimo para alegrarme de que siguiera con nosotros, pero no era así, de modo que seguí callado.

—Oye, Chesco, como mañana no tenemos clase, habíamos pensado echar una pachanga en la cancha, ¿te apuntas?

Toda esperanza volvió a mí ante las palabras de Nando, que, vale, ya sé que lo he descrito como lo más de lo pijo, pero era un portero de la hostia al que no le importaba ensuciarse si con eso podía pararte un penalti. Con cambiarse luego el conjunto de estar bajo palos le iba bien. Sí. Solía llevarse muda. Dos para ser exactos. No me hagan hablar.

—Necesitamos un mediapunta zurdo como tú. —Aníbal, que si bien no era muy futbolero, sí tenía el gen friqui lo bastante desarrollado como para que el rollo juego le molara, se quitó las gafas para limpiárselas con el bajo de la camiseta—. Chesco tiene un disparo mortífero casi imparable.

—Eso cuando no manda la pelota a la obra más cercana —sentenció Nando, sabiendo que con eso me iba a picar—. Tengo acumulación de balones de la BP. ¿Qué dices? ¿Riegas el barrio con algunos, cojo?

Por un perfecto segundo, todo pareció ser como siempre, pero los segundos, igual que los buenos riff de guitarra, no duran eternamente.

—Me vendría de lujo tener asistencias por la izquierda.

Moví la cara a tal velocidad que creo que uno de los ojos se me quedó bizco. Me había metido tanto en el momento que me había olvidado del acoplado. Volví a cruzar los brazos. Joder, ¡puta hebilla!

—¿De qué juegas?

Sabía la respuesta. Fijo.

—Delantero.

Por supuesto.

—¿Equipo referente?

Como dijera el Madrid le separaba los brazos del cuerpo. Avisado estaba.

—No es que sea forofo de ninguno en sí. Veo a la Unión Deportiva porque mi abuelo siempre ha sido socio del club. Y me gusta la manera en que se mueven en medio campo los del Barça, pero tampoco es que me vuelva loco.

Se encogió de hombros y yo… yo desprecié la respuesta con toda mi alma, porque si hubiera dicho que era merengue, por lo menos habría tenido unos colores que respetar —o ausencia de ellos, si nos ponemos picajosos— pero ¿no tener equipo? ¿Cómo podía un chaval no tener equipo? Eso era no sentir nada, el equivalente a estar vacío por dentro.

¿Y ese quería que yo le diera asistencias? Iba a tener suerte si no lo dejaba colgando de una grúa de una patada en los cojones.

Lo más digno habría sido negarse a la pachanga, alegar tener cosas que hacer, planes con otra gente. Tendría que haberlos dejado con un palmo de narices en venganza a lo que me habían hecho durante la presentación, pero ni soy un Corleone ni tan rencoroso como para rechazar un órdago así, de forma que asentí, porque me moría de ganas de recuperar aquello. Después de varios ruegos y chantajes, acordamos jugar en La Atalaya, en el mismo terreno que nos había visto cambiar de botas, crecer y mejorar.

El nuevo no la conocía, pero aquella cancha había sido regada con nuestra sangre —y con pota de Aníbal, que había tenido una vez un corte de digestión por zamparse un bocadillo de dos mordidas antes de echar a correr—. Era nuestra casa. Nuestro jodido Vicente Calderón.

—Mañana entonces —sentencié como quien firma un contrato vinculante—. Sobre las cinco y media en la esquina de la plaza. No lleguen tarde. Y traigan agua.

Poco más había que añadir.

Aquella noche no pegué ojo. Tenía tal subidón que cuando me comí las galletas apoyado en la barra de la cocina, lo hice mirando a un punto fijo, masticando como si en cada mordida pudiera visualizar pases y jugadas. Me sentía igual que La Roja en Johannesburgo, nervioso y consciente de que algo grande, muy grande, estaba por pasar. Nunca he sido adivino, pero ese día lo clavé, aunque todavía no lo sabía.

Cogí la 105 hasta Guía después de solicitar el permiso paterno para pasar parte del viernes fuera y aprovechar la tesitura para visitar a mi abuela ya que baja al norte. A Adelaida no le hizo mucha gracia que mi padre me diera dinero para la guagua y un poco más para algo de picar por si nos cogía la noche entre jugadas, pero como me había levantado el castigo, ahora no se podía retractar.

Mientras oía una mescolanza musical que iba desde Canserbero a Elvis Presley, pasando por mis siempre presentes Motörhead y algún que otro tema suelto de los Guns N’ Roses por culpa del hilo musical del instituto, miraba mi reflejo por la ventana intentando que el nerviosismo no le ganara la partida a las ganas y la ilusión. Quizá la sensación rara con mis amigos se disipara en cuanto pasáramos juntos el tiempo suficiente. Quizá, en cuanto rodara el balón y llegara la primera hostia, la frialdad desapareciera, y para cuando la rodilla en cuestión criara costra, ya seríamos inseparables otra vez. Y, con suerte, nos libraríamos del rubio, que parecía el típico reemplazo malo que hacen las segundas partes de las pelis cuando el caché del titular es demasiado para poder pagarlo. Sé que sueno como un chulo, pero estaba cagado y a algo me tenía que agarrar.

La guagua me dejó en el Mercado Central. Después de unos diez minutos de paseo, entré en la plaza de La Atalaya con la botella de agua de dos litros, mis zapatillas de fútbol sala —cuya suela tenía ya dos agujeros, pero todavía daban guerra— y mi camiseta del Atlético en una bolsa.

Esperé a mis compañeros de fatiga, que fueron aparecieron poco a poco, como un cuentagotas bien engrasado.

Que yo hubiera elegido para la ocasión una camiseta negra no era cuestión de destino. Casi toda mi ropa era de ese color, así que a nadie llamaría la atención vérmela puesta. Ahora bien, que lo hicieran ellos… pareció algo simbólico. O una casualidad de la hostia.

Apoyé el pie en el muro que tenía detrás y crucé los brazos. Nando, el primero en llegar, hizo lo propio y empezó a realizar una serie de estiramientos que con el tiempo no habían dejado de dar ni un poco de vergüenza ajena y que culminaron con él doblado hacia adelante con las manos apoyadas en las rodillas. El tal Guillermo llegó después. Se había hecho una coleta y, como nosotros, venía de oscuro, con la sudadera anudada a la cintura. Se sentó en un saliente con una pierna debajo de la otra. Cuando apareció Aníbal, resollando por el esfuerzo y sudando ya antes de empezar, su logo de Batman pareció llenarnos todo el campo de visión. Puso la mano en el muro para coger aire y se alineó con nosotros.

Con los cuatro presentes, sentí la necesidad de decir unas palabras rollo presentación de clase, pero con vistas a que el juego fuera lo más limpio (¡y un cojón!) y entretenido posible, pero antes de que pudiera abrir mi bocaza y cargarme, sin saberlo, un momento que iba a ser trascendental, se dijeron dos frases que marcaron un hito y el rumbo de nuestras vidas.

—Chacho, viejos, no pude quitármela de encima. Mi madre me obligó a traerla.

Ese fue Aníbal, que movió la cabeza haciendo que sus gafas a lo Lennon se le resbalaran un poco por la nariz sudada. La segunda voz llegó de enfrente y sonó justo después de que el obturador de una cámara se disparara y nos capturara a los cuatro allí, echados de cualquier manera contra el muro de la plaza.

—¡Parecen los miembros de una banda de *rock*!

Y sonriendo, con una Nikon de enorme objetivo tapándole la cara enmarcada por rizos castaños, Marta Luján, que ya no llevaba zapatillas de luces ni pantalones de la Patrulla Canina, disparó otra foto. Y luego otra más. Así, sin más, echó a andar la maquinaria de una idea que ese mismo día empezaría a germinar.

4

Te fuiste y no consigo olvidarte.
Me sigue tu fantasma en los escaparates.
Encuentro tu reflejo y huellas de tu esmalte,
señales de un olvido que llegó muy tarde.

La Atalaya de Guía.
Cancha de fútbol.
Acercamiento de la futura banda.

Era demasiado pronto para que ninguno de los cuatro supiera que conservaríamos esa instantánea para siempre y que ocuparía un lugar de honor en nuestros recuerdos, en nuestras vidas y, por supuesto, en nuestras casas. En aquel momento, con un partido por empezar, yo tenía que centrarme en lo que tenía delante, que era la hermana de unos de mis mejores amigos después de ser tocada por una pubertad que, sin duda, había sido mucho más amable con ella que con el resto de nosotros. Marta Luján. La Janis Joplin de mis recuerdos que parecía haber mutado o… evolucionado hasta su máximo esplendor. Me quedé flipado, pero por suerte lo pude disimular antes de que alguien se diera cuenta. Ya me las vería con mi vergüenza más tarde.

—¿Por equipos o tiros libres?

No fue, ni de lejos, nuestro mejor partido. Y eso que probamos todas las combinaciones posibles. Era verdad que tirar a puerta, igual que montar en bici, no se olvidaba, pero el tiempo lo oxida todo y habíamos perdido la costumbre de jugar juntos. Lancé un par de pepinazos y Nando, en unas combinaciones extrañísimas que no tenía idea de dónde había sacado, se tiraba de un lado a otro de los palos intentando hacer cabriolas que, por supuesto, siempre terminaban con su hombro o su pecho contra el suelo. A la cuarta puse los ojos en blanco.

—¿Se puede saber de qué vas, Ed Warner?

Aníbal se puso a tararear la cancioncilla de *Campeones* como respuesta a mi comentario. Cojonudo, ahora ninguno podríamos sacárnosla de la cabeza.

—¿Qué? Así se tira Ter Stegen en el FIFA.

—Tú no eres el portero del Barça, Nando. Céntrate.

Pero ni con esas. El nuevo fue el primero en romper sangre cuando la piel de la rodilla se le limó contra el suelo, pero ni siquiera eso me animó. Al final no me había cambiado de camiseta, porque una cosa era quitarme la que llevaba y ponerme la del Atlético delante de los tíos y otra muy distinta con una chica presente. Y Marta, por más que yo pretendiera fingir lo contrario, era precisamente eso: una chica.

La verdad es que ella pasaba bastante de nosotros, pero cuanto menos nos miraba más se me descentraba a mí la cabeza y se me iban los ojos detrás de lo que quiera que estuviera haciendo con aquella Nikon. La vi apuntarse a las deportivas mientras colocaba las piernas en un ángulo raro y luego disparar mirando hacia abajo. Después extendió la mano hacia arriba, como intentando capturar en la palma los últimos rayos de sol de la tarde, y echó hacia atrás todo el

objetivo. No tenía ni idea de qué hacía, pero me embelesaba. O bueno, me embelesaría si yo fuera uno de esos tíos, que no lo era.

—¡Chesco! ¡Defiende!

El grito de Aníbal me sacó de la paranoia, pero no lo bastante a tiempo como para esquivar a Guille, que venía como un puto Ferrari metiendo cuerpo. Se me lanzó con todo, y aunque yo era más alto, él tenía mejor técnica, así que opté por aquello que todo jugador de calle ha hecho alguna vez: levanté el pie del suelo y la suela de mis botas impactó contra su canilla.

Antes de que cayera yo ya había levantado los brazos con inocencia.

—¡Cabrón, que me partes la pierna!

—¡Venga ya! ¡Pero si ni te toqué, llorona!

La sed de sangre que reflejó la cara de Guillermo dejó bastante claro que en cuanto se pudiera levantar, la cosa se iba a poner tensa. El balón rodó hasta Aníbal, que le hacía señas a Nando, de esas que decían a las claras «se acabó lo de juego limpio». Yo me preparé para encarar lo que viniera. Ya estaba calentito, así que con poco que me soplaran se desataría el incendio.

—¡Fue una personal, mamón!

Bufé mientras me echaba el pelo hacia atrás. Me sudaba todo. Me pregunté si Marta podría olerme desde lejos… y luego sacudí la cabeza. ¿A qué coño venía eso?

—¿Qué dices de personal, Bulerías? ¡Que esto es fútbol, no baloncesto!

—¿Qué me llamaste? —Se levantó. Cojeaba un poco, pero seguro que sobreviviría—. Repítelo si tienes huevos.

—Bulerías. —Y por si no quedara claro, le señalé la cabeza—. Bulerías. ¿Y ustedes? ¿Este paquete es por el que me cambiaron? ¿Por un tío que no sabe la diferencia entre «prohibido jugar con las manos» y «obligatorio hacerlo con los pies»?

Eché los brazos al cielo, a la desesperada. Los otros se acercaban: Nando bebiendo agua y Aníbal intentando que el sudor no le empañara los cristales de las gafas. Éramos un cuadro, y no precisamente de los buenos.

—¿Eso es lo que te pasa? ¿Por eso me tratas como la mierda y me metiste un patadón? ¿Porque estás celoso?

Le solté una sonrisilla burlona.

—Para estar celoso me tendrías que importar, boludo. Y ya te digo yo que no.

Me empujó alegando que no era argentino. Lo empujé diciéndole que por mí como si venía de Brasil. Lo repetimos un par de veces sin pasar de ahí, porque, la verdad, ninguno de los dos quería pelear. Nando y Aníbal intentaron separarnos, el segundo con más acierto debido a su tamaño.

—Se acabó el partido —sentenció el pijo, que ya se había colgado su bolsa de lona marca Nike del hombro—. Total, jugamos de pena, así que…

—Será porque traen al nuevo, que ni nos conoce ni sabe de nuestra estrategia ni nuestra forma de jugar —exploté—. Yo soy zurdo y me tuve que manejar por la derecha porque el señor chupón no quería más que lucirse tirando a puerta como si fuera el puto Mbappé.

—¡Yo pregunté si por equipo o tiros libres!

Miré a Nando como si se hubiera fumado algo que le habían vendido caducado.

—¿Y cómo vamos a jugar por equipos si tú estás en la puerta y en el campo quedamos tres?

Aníbal negó. Se sacó de la bolsa una Coca Cola de dos litros y se echó a morro la mitad (la otra mitad le cayó por la camiseta).

—Lo que pasa es que tú no sabes jugar en equipo, Chesco. No aceptas los cambios ni que las

cosas sean distintas a como tú dices —sentenció.

—Es verdad. —Nando se puso de su lado—. O eres el capitán o te picas, como los críos. Solo te falta decir que el balón es tuyo y pirarte.

—O tirarlo a la obra más cercana.

Que Guillermo opinara me tocó la moral. Pero bien tocada. Mis colegas podían decirme lo que quisieran. La mayoría de los partidillos acababan en insultos varios, pero ¿él? ¡Si ni siquiera me sabía su apellido! ¿No conocía a aquel pibe de nada y ya se permitía hablar de mí y opinar?

Se lo habría soltado todo. Se lo habría soltado y me habría quedado más a gusto que después de la ducha fría que me pensaba dar al llegar a casa, pero a mi cabeza volvió la escena del primer día de clase y, luego, todos aquellos pases y jugadas que parecían habladas de antemano, sin contar conmigo. El momento foto de Marta había sido el único resquicio de cercanía vivida con dos tíos que habían sido mi ancla, y hasta en ese recuerdo se nos había colado el puto rubio. ¿De qué servía presentar batalla? Todos parecían haber elegido bando.

—Váyanse a la mierda.

Y como no se me ocurrió más, me eché a caminar fuera de la cancha. Me siguieron, claro. Era el único camino para volver a la parada de la guagua que todos teníamos que coger para subir a Las Palmas.

—¡Venga, Chesco! ¡No seas así!

—¡Es un juego! ¡No te lo tomes a la tremenda!

Que si cuantos más mejor. Que si allí cabíamos todos. Que si al conocernos, nosotros tres también habíamos empezado mal.

—¿Tú te acuerdas de lo que te reías de mí cuando hacía referencias a DC? —Le saqué el dedo corazón a Aníbal—. Eso mismo. Sabías de cómics lo justo, pero con el tiempo…

—Sigue sin gustarme leer.

—Pero te flipan las pelis. Y vas conmigo a los estrenos.

No encontré réplica. Era verdad que no nos habíamos perdido ni una.

—¿Y yo? Anda que no me diste caña con lo de ser pijo.

—Nando, eres más pijo que el «o sea», chaval.

Sonreímos.

—Pero aun así me gané tu respeto.

—Eso es porque tu casa es la única que tiene Cola Cao y Nocilla que no son de marca blanca.

Aníbal suscribió mis palabras y, sin darnos cuenta, la historia quedó en el olvido. Para cuando nos sentamos en la parada de El Pilar frente a aquel comercio cerrado que se rumoreaba que se iba a convertir en una especie de casino, hasta fui capaz de mirar a Guillermo cuando se me puso al lado. Se había pegado un trozo de clínex en la rodilla y la marca de mi suela empezaba a ser visible en la parte trasera de su muslo.

—Oye, Bulerías… perdona por la entrada. Igual fui muy fuerte.

—Igual. —Se soltó la melena y luego volvió a anudársela con el elástico que llevaba en la muñeca. Nos quedamos callados. Él no me gustaba y yo no le gustaba, pero, a nuestro pesar, estábamos allí. Yo quería desesperadamente volver a formar parte del que había sido mi grupo y él, por lo visto, quería quedarse. —Chesco… ¿es verdad que pasaste la ESO sin comprar los libros?

—Ni una triste libreta —afirmé.

—Hizo una exposición oral que iba sobre escritoras españolas usando a una peruana —recordó Nando doblado de la risa—. Se inventó toda la biografía sobre la marcha.

—¿Y se acuerdan cuando en el *speaking* de Sergi dijo *gemeliers* en vez de *twins*? ¡Qué descojone!

Guillermo se sonrió y yo quedé encantado con aquel minuto de gloria.

—Cualquier día te hacen una serie en Netflix: *Las cintas de Chesco*, como las que hacen con los asesinos en serie —dijo Nando estirando las manos en el aire como si estuviera creando el rótulo de aquel programa imaginario.

—Sería místico —confirmé a la vez que asentía—. Yo les firmo lo que sea, solo tengo una condición…

—Que sea en *cash*.

Mis dos amigos lo dijeron a la vez y los tres nos reímos. Guille también. No habíamos enterrado el hacha de guerra, pero por lo menos ya no pensaba clavársela entre los ojos. De momento.

—No eres mal delantero para no tener equipo ni ser fiel a ningún color.

El rubio me echó una mirada y señaló la bolsa que yo hacía girar en mi muñeca de un lado a otro.

—Tú lloras bien. Será por ser colchonero.

—¡Uy, chaval, que te reviento!

Alcé el puño con la sonrisa puesta y Guillermo fingió protegerse. Nando y Aníbal participaron de la coña simulando agarrarme. No es que me hiciera gracia que se metieran con el Atlético, pero reconocía una buena ironía cuando se presentaba. Se la concedí al nuevo. Pero que no se acostumbrara.

—Qué bonito. Me dan ganas de llorar.

Marta, de cuya existencia ahora sí que casi me había olvidado, se nos acercó. Por lo visto se había entretenido entrando a ver los expositores de la tetería Limón y Miel y hasta ese momento no había encontrado motivos para unirse. Llevaba la Nikon al cuello. Me fijé en su atuendo con más atención. Las Chuck Taylor altas dejaban ver unos calcetines de estrellas. Vestía vaqueros cortos y una camiseta que parecía pintada a brochazos por una persona con párkinson, pero, en conjunto, no le sentaba mal. En la cabeza, sujetas con aquellos rizos castaños tan parecidos y a la vez completamente distintos a los de Aníbal, llevaba unas gafas de sol rojas en forma de corazón.

Por lo estrafalario me recordó a Rita, y me dije, porque se me había quedado la boca un poco seca al verla acercarse poniendo un pie delante de otro, que era buena cosa que la comparara con mi hermana.

Definitivamente, meter a Marta Luján en el cajón de «incesto» era inteligente. Solo por si acaso.

—¿Qué? ¿Seguimos estando de portada de vinilo o qué?

Guillermo exageró una pose macarra que Nando se apresuró a imitar poniendo morros y bajando la cabeza con aire de *gruncho* depresivo. Yo me tapé la cara con las manos, por si acaso a Marta le daba por arrancarse a hacer fotos —mi religión me prohibía participar de esas cursiladas de forma voluntaria—, pero ella se limitó a negar con la cabeza y ocupar la zona del banco más alejada de nosotros.

—Lo siento, demasiado *Smells Like Teen Spirit* para mi gusto.

Se tapó la nariz, y lo cierto es que con razón, porque la verdad… apestábamos un rato. Su referencia a Nirvana volvió a recordarme a mi hermana y mantuve ese pensamiento toda la espera hasta que llegó la guagua.

Cuando nos subimos, me senté al lado de Aníbal. Nando, que iba detrás junto a Guille, señaló a

Marta con un gesto. Ella se había parapetado un par de asientos separada de nosotros, había cruzado las piernas y las tenía apoyadas entre el respaldo del asiento delantero y el borde de la ventanilla. No quedaba ni rastro de la chica maja del principio de la tarde.

—Es como vivir con el fiscal del distrito. —Y como si aquello nos explicara algo, Aníbal fingió lanzar al aire una moneda inexistente—. A veces está de buenas y a veces es un incordio.

—Como todas las chicas —apuntó con sabiduría Nando.

—A veces Harvey Dent, a veces Dos Caras.

Miré a mi compañero de viaje con ese gesto que solíamos poner para referirnos a Aníbal y que venía a traducirse como «puto obsesivo». El chófer arrancó, y justo antes de conectar sus auriculares, del móvil de Marta resonó la melodía inicial de *T.N.T.* Había visto tantas veces el vídeo que casi podía coreografiar en mi cabeza los movimientos de los integrantes de AC/DC.

Nando se quedó en silencio y la ventana de la guagua reflejó un ceño fruncido y unos ojos opacos que me pusieron los pelos de punta. Quise decirle algo profundo, hacerle preguntas serias, pero no supe cómo.

Detrás de nosotros, Guillermo se cambiaba el pañuelo de la rodilla y comentaba no sé qué de que la sangre ya se había coagulado, mientras Aníbal apuraba lo que quedaba de Coca Cola esperando que el conductor no lo viera beber en la guagua.

—Oye… ¿crees que molaría?

Nando separó la frente del cristal y giró la cabeza. Llevaba tanta gomina en el pelo que había dejado un cerco.

—¿El qué?

—Lo de la banda de *rock*.

Se le subió la comisura en un gesto burlón.

—¿Qué dices, Chesco?

Doblé la rodilla y giré el cuerpo, como para decírselo en confidencia.

—No sé, piénsalo.

—¿El qué? ¿Que formemos un grupo? ¿Nosotros cuatro?

—¿Por qué no?

Mi amigo me hizo una pedorreta. Volvió a girarse hacia la ventana.

—Deja de ver reposiciones del *Behind the Music*, anda. Te está cortocircuitando el cerebro.

Me crucé de brazos. Cerré los ojos porque empezaba a marearme un poco.

—Pues yo creo que seríamos un grupazo de la hostia.

—No, si la hostia nos la íbamos a dar, eso seguro.

Me reí, pero no me pasó desapercibido que, después de aquel breve interludio, la expresión de Nando, otra vez reflejada en la ventana de la guagua, había cambiado.

Me bajé en la parada de Las Arenas. Los demás se quedarían en la zona de Mesa y López, y aunque me daba cierto resquemor que hubieran llegado y ahora se fueran juntos, decidí aceptar el acercamiento como un punto positivo y dejar de montarme películas del oeste. Para una tarde que habíamos pasado buena no la iba a joder pensando mal.

—Tenemos que repetirlo —dijo el Bulerías, perdón, Guillermo.

—Pero la próxima trae rodilleras —le dije mientras enfilaba el camino hacia mi casa.

—Y tú la camiseta de un equipo que no te dé vergüenza ponerte.

Le saqué el dedo y él se rio. Nando y Aníbal levantaron los brazos a modo de despedida y yo hice lo propio. Marta, que seguía perdida en su música, fotografiaba esto y aquello sin reparar en nada más. Me la quedé mirando y, por un extraño segundo, ella pareció darse cuenta, giró la

cabeza unos centímetros y, aún detrás de su objetivo, el dedo índice se movió de forma imperceptible sobre el disparador. Noté de punta el vello de la nuca, pero se me estaba enfriando el sudor, así que seguramente sería eso. Abrí la boca, pero cuando me decidí a decirle adiós —por educación, pues era la hermana de mi colega—, ya estaban demasiado lejos.

—La madre que parió a Janis Joplin…

Y por razones que no pienso compartir, pasé el camino a casa escuchando *Cry Baby*.

Cuando entré en el edificio ya anochecía. Hice una parada técnica en el Casa Ricardo a por un Kinder Bueno de chocolate blanco con el que abrir apetito y fantaseé con los dos o tres sándwiches de salami y jamón que me pensaba meter entre pecho y espalda acompañados por una caja entera de galletas Tirma. Por recuperar sales minerales y todo eso. Abrí la puerta al primer intento y cuando entré, el salón estaba medio a oscuras. Mi padre, que estaba terminándose un bocadillo y una cerveza sin alcohol, levantó la cabeza y me saludó.

—¿A qué obra tengo que ir a pedir el balón el lunes?

—Chacho, viejo… ¡Qué poca confianza!

—Si le pusieras tantas ganas al teórico del coche como a las pataditas a la pelota…

Puse los ojos en blanco y abrí la nevera. Saqué el paquete de salami. Jamón no quedaba, pero bueno… habría que improvisar.

—Si el padre de Torres le hubiera dicho eso, no tendríamos Niño.

—No me sirve de ejemplo. Torres sabe conducir.

Mi padre dejó la loza en el fregadero mientras yo llenaba rebanadas de sándwich con embutido. Ya tenía dos galletas en la boca. Tanta guagua y tanto fútbol… Había llegado desmallado.

—Dúchate antes de comer, Chesco. Hay muertos de tres días que huelen mejor que tú.

—Más tarde. Ya sabes que me gusta bañarme tirando a la madrugada.

Mi padre cogió un Danacol, lo agitó como si fuera una bomba de gas y se lo bebió de dos tragos.

—Yo solo te digo que como llegue tu madre y te vea con esas pintas, te va a caer bronca. Y yo me voy a sobar ya, así que no esperes que te defienda.

Se me dispararon los radares. ¿Como llegue mi madre? ¿Y dónde se suponía que estaba mi madre?

—¿Dónde está Adelaida?

Mi padre me miró como si me hubiera vuelto tonto.

—Empezaba a trabajar hoy en lo de la ayuda a domicilio. Una de las usuarias a las que cuida tiene cena incluida, por eso no ha llegado todavía.

Asentí. Recordaba algo de eso… vagamente. Cargué con los sándwiches y las galletas y me dirigí a mi habitación. Es verdad que apestaba, hasta yo podía olerme, pero tenía demasiada tensión en el cuerpo como para meterme en la ducha, que siempre era un momento de relax para mí.

Me paré delante de la puerta. Miré de reojo a mi padre, que apilaba ya los cojines en el sillón mientras sintonizaba su serie de forenses para, seguramente, ver veinte minutos de capítulo antes de empezar a roncar. Igual que me había pasado con Nando, quise decirle algo importante, algo que tuviera que ver con la realidad que vivíamos y aquel jodido elefante rosa que se paseaba por nuestro salón y al que no podíamos esquivar. Quería preguntarle, sobre todas las cosas, por qué. Por qué la había perdonado, por qué la había seguido a Madrid, por qué ahora volvía y vivían bajo el mismo techo, pero igual que me había pasado con mi amigo, no supe cómo empezar, así que desistí.

—Oye, pa… ¿tú crees que yo podría montar una banda de *rock*?

Lo oí resoplar al dejar caer el cuerpo en el sillón.

—Tú ponte a hacer tests y saca el carné. Después te puedes montar un circo si quieres.

Negué con la cabeza. ¡Qué poco apoyo a los nuevos emprendedores!

Para cuando arrancó el ordenador y me senté en mi silla, me había terminado el primer sándwich. Lancé las zapatillas por ahí y me puse los cascos, con lo que se opacó todo lo que no saliera de mi reproductor de sonido. ¿Se habría sentido así Marta al aislarse de nosotros en la guagua? ¿Y a mí que más me daba?

Me vibró el móvil en el bolsillo. Me sorprendió ver que tenía dos mensajes: uno de Aníbal y otro de Nando. Habían creado un grupo de WhatsApp. El primero me enviaba la foto que Marta nos había hecho a traición, apoyados en el muro de la cancha; el otro, debajo de la imagen, apostillaba lo siguiente: «LOS ROCK & COJOS DE LA CANCHA».

Empecé a reírme y les mandé un montón de emojis amarillos con lágrimas azules. Después escribí: «Eso no vende. Hay que darle una vuelta».

Fui a bloquear el teléfono, pero antes guardé la foto en mi galería. Agarré el paquete de Tirma y, con la sonrisa boba pintada en la cara, empecé a barajar nombres para nosotros.

—Los Pura Dinamita —susurré mientras hacía con las manos lo mismo que Nando en la parada de El Pilar. Después sacudí la cabeza y agarré dos galletas más—. Hay que darle otra vuelta… y afinar detalles.

Pero la idea, no me cabía duda, podía llevarse a cabo. Y en mi cabeza ya estaba en marcha.

5

Better turn me loose
Better set me free
'Cause i'm hot, i'm young, running free
A little bit better than i used to be

IES Mesa y López.
Semana uno de clase.
Hora del recreo.

El problema nunca es el problema. Ni tu actitud ante el problema. El auténtico problema está en tener un problema y no saberlo. De ahí es de donde vienen las mayores cagadas, como yo descubriría más pronto que tarde.

De momento, y sin enterarnos de la misa la media, éramos cuatro chavales atravesando todos nuestro particular túnel oscuro. Y digo «todos» con conocimiento de causa, aunque, repito, en ese entonces no tuviera ni idea de que, bajo las conocidas caras y expresiones de mis amigos, había mucho más de lo que pudiera siquiera imaginar. Yo, que vivía en mi propio drama perpetuo, no me había parado a pensar en los límites que Nando estaba a punto de cruzar para poder sobrellevar la ruptura de su núcleo familiar y esa terrible pérdida de la que no se estaba recuperando. Tampoco imaginaba lo que escondían las amplias sudaderas y camisetas de manga larga de Aníbal, que, refugiado en su *frikismo*, no dejaba traslucir la verdad. Por no saber, no sabía lo que se cocía en la cabeza del nuevo, aunque reconozco que ese, por el momento, me importaba bastante menos. En resumen: que allí íbamos a tirar todos hacia adelante, pero cuando creyéramos haber avanzado lo suficiente para dejar nuestras miserias atrás, estas encontrarían el modo de alcanzarnos. Y no iba a ser bonito.

Cumplida la primera semana de vuelta a clase en el IES Mesa y López, las jornadas resultaban aburridas, repetitivas y cargantes. Reconozco que parte de la pesadez provenía de mí, que aprovechaba cada recreo, pausa muerta u hora libre para insistir en lo único que rondaba mi mente en aquellos tiempos., en eso que no podía quitarme de la cabeza ni mientras dormía ni cuándo fingía que estaba despierto.

—Joder, Chesco, ¿otra vez?

—Y las que sean necesarias.

—Menudo cansino, colega. Corta el rollo ya, macho.

Esa era la primera parte de la charla que se repetía, una y otra vez, como en un Día de la Marmota verbal e insoportable; la segunda era, no obstante, mi preferida.

—Sigo insistiendo porque, hasta la fecha y a pesar de esas negativas vacías, ninguno me ha dado una razón de peso válida para no hacerlo. —Y los miraba a todos como el meme ese, de un colega al siguiente, sin bajarme del burro, al que a estas alturas ya tendría hasta que ponerle nombre—. Ninguno.

Y entonces, ellos me cortaban las alas.

—No tenemos instrumentos —decía Aníbal.

—Ni formación musical —añadía Nando.

—Pues a mí me parece una idea cojonuda. A fuerza de pensarlo… creo que podría molar —remataba el Bulerías.

¡Coño! ¡Espérate! ¡Eso era nuevo!

—Guillermo, siempre recordarás este día como el día en que casi te ganaste mi respeto como hipotético miembro en situación de prueba de este grupo.

Sonrió. Los otros dos se miraron de reojo, esta vez no como el meme, sino más bien preguntándose si aquello estaba pasando de verdad. Pues ya les confirmo yo, querido público, que sí. De verdad de la buena.

—Como teníamos poco… joder.

Aníbal se sacó los auriculares del bolsillo mientras subíamos las escaleras que nos conducirían, tras seis horas de encierro, a la libertad.

—Eso nos pasa por pillar una optativa de la que no sabíamos nada, y lo poco que sabíamos estaba mal.

Ese era Nando, siempre lanzando pullitas elegantes. Guille, que estaba más perdido que un vegano dentro del Burger King, se giró a mirarme, y yo, que tenía un principio de insolación y un hambre canina —me había dejado el bocadillo en casa esa mañana con las prisas—, resoplé.

—Fue idea mía coger Iniciativa Emprendedora.

—Y ahora tenemos que hacer un proyecto.

Nando.

—¡Y fundar una puta empresa!

Aníbal.

—¡Yo pensé que solo íbamos a tener que pasarle el Avast a los ordenadores de la sala de informática! —Coño, ni que uno fuera adivino—. Pedimos cualquier mierda a los del curso siguiente como se ha hecho toda la vida y ya.

Nando se rio en mi cara moviendo aquel flequillo que todos sabíamos que se untaba cada mañana con cartón piedra y que solo aflojaría con un martillo y un escoplo.

—Chesco, somos los de segundo de Bachillerato. Por encima de nosotros no hay ningún curso. ¿A quién se lo vamos a pedir?

Me crucé de brazos. Nos habíamos parado a media subida y ya nos estaban empezando a adelantar enanos con mochilas petadas de libros y cuadernos. Qué pringados son todos en la ESO, de verdad.

—¿Me vas a decir que no conocemos a nadie que haya salido del instituto el año pasado y tenga algún proyecto terminado? ¿En serio?

—Hombre… siempre se puede preguntar. Yo roleo *online* con un par de pibes que estudiaron aquí. Lo que no sé es si cogieron la misma optativa.

Señalé a Aníbal con la mano.

—Aprende, pijotero. Soluciones. Muy bien, Caballero Oscuro. Indaga eso. ¿Nos podemos ir ya? Tengo un hambre que…

—¿Y si usamos lo del grupo?

Silencio sepulcral. Si hubiéramos estado en el oeste, el estepicursor (información obtenida de todas las pelis de Clint Eastwood que vi con mi abuelo) nos habría adelantado por la derecha. Tres pares de ojos dieron un giro que ni la niña del exorcista. El nuevo, con su pelo rubio cogido en un moño que le habría quedado mal a cualquier otro, se quedó esperando que cayéramos en el meollo de la cuestión, cosa que, por lo visto, se nos escapaba.

—¿Qué grupo?

—El nuestro.

—No tenemos grupo.

—Pues lo fundamos. Eso es una empresa, ¿no?

—¿Y los instrumentos?

—Se pueden alquilar, pillar de segunda mano o pedir prestados.

—¿Y el local de ensayo qué?

—Casi todos tenemos garaje.

—Pero ¿eso vale como proyecto?

—¡Joder, eso es un proyecto de cojones!

—¿Entonces tenemos un grupo?

—¡Somos un grupo!

Si me preguntan hoy, seguiré sin recordar quién dijo qué, cómo se pasó de la más absoluta negativa a que un matiz de esperanza fuera coloreando las preguntas, y de eso, al convencimiento de que era posible. Contra todo pronóstico, mi idea más rocambolesca por fin había calado, y le debía la ayuda definitiva a la persona que menos había esperado. Conmovido, pero de verdad, puse mi mano en el hombro de Guille.

—Bulerías… si estás buscando caerme bien, que sepas que te estás coronando.

El chaval se sonrió, dijo algo como que a él también le gustaba la idea, que si había experimentado no sé qué durante no sé cuánto en casa de no sé quién familiar suyo… Yo no podía oírlo. Había activado la sordera selectiva mientras se trataban los pormenores: el garaje de Nando es más grande, aunque la casa de Aníbal está más cerca; habrá que plasmar la idea por escrito y repartir la parte técnica; y luego… Ahí era donde me quedaba yo: en el «y luego».Aquello no iba a ser un trabajo de clase. ¡Qué coño! Aquello no iba a ser una iniciativa emprendedora cuyos principios, fundamentos y justificaciones íbamos a copiar y pegar de la Wikipedia superponiendo luego en modo montaje la idea abstracta y falsa de que los cuatro habíamos montado una banda. No. Tal como yo lo había imaginado, según MI VISIÓN, el grupo iba a ser real. La banda sería auténtica. El *rock and roll* nos salvaría. Nos uniría. Para siempre.

—Aníbal, percusión. Con la habilidad que tienes jugando a dos mandos y pasando las hojas de papelillo de fumar de los cómics, seguro que eres un virtuoso de las baquetas.

—Pero Chesco…

—Nando, la eléctrica y los coros. Tienes ese puntito agudo cuando gritas que puede venir bien.

—Esto…

—Bulerías… eso que dices que has tocado la guitarra con tu padre, de locos.

—¿Te refieres a los cinco minutos de piano que practiqué con mi primo?

Sordera selectiva, sordera selectiva…

—Y yo seré el cantante.

Creo que hubo pedorretas. Y puede que risas grotescas de las que terminan en eructos, pero no me importó. En ese momento casi me había olvidado hasta del hambre. Ya podía vernos. Podía oírnos. Podía saborearlo. Estábamos lanzados. O por lo menos yo lo estaba. Más les valía a los demás empezar a cogerme el ritmo si no querían quedarse atrás. Necesitaríamos un conductor de furgoneta para cuando saliéramos de gira… pero bueno, de momento no era prioritario.

Recuperé el apetito como en un milagro bíblico en cuanto subí a casa y olí que Adelaida había hecho arroz tres delicias. Destapé el caldero y me llené un plato tamaño fuente mientras ella recogía los restos de su propio almuerzo, ya vestida con el uniforme de su nuevo trabajo de auxiliar de ayuda a personas en situación de dependencia.

La miré de reojo y, no sé si fue por el subidón que todavía me acompañaba, por la prometedora conversación que había tenido con los demás miembros de la banda —anda que no flipa, ¿eh? De aquella nube no me bajaba ni Goku— o porque, mal que bien, seguía siendo mi madre, yo la quería y echaba terriblemente de menos un gesto de afecto, un acercamiento leve o una única mirada sin rencor, el caso es que carraspeé y, con la excusa de sacar un zumo de la nevera antes de sentarme a zampar como si no hubiera un mañana, le saqué conversación. Era el primer intento sincero que hacía desde lo de Madrid.

—¿Vas a la que está encamada?

Adelaida negó.

—Con doña Rosa. Tiene demencia, pero todavía es más o menos autónoma para moverse.

—Ah. ¿Come sola y eso?

Negó otra vez.

—Tengo que darle la medicación y lo que sea que la chica de la mañana haya dejado preparado.

—¿Se le va mucho la cabeza y eso?

Seguramente no era el término más técnico para tocar aquel tema, y por eso mi madre me miró como si se me hubiera ido la pinza, pero al final terminó confirmándolo.

—Ha estado cerca de provocar un par de accidentes. Todavía tiene gas y cuando intenta hacerse la comida sola, pues… —Hizo un gesto evidente—. Eso me recuerda que tengo que preparar las cosas para las curas.

Salió de la cocina y empezó a meter cosas en su maletín: gasas, vendajes, apósitos… Por lo visto, la tal Rosa se había quemado mientras pretendía hacer una tortilla poniendo la sartén sin aceite en un fogón demasiado grande. Según mi madre, que tenía el don de hablar mientras hacía quinientas cosas a la vez y no perder el hilo, desde ese momento le habían puesto una puerta de contención en la cocina. Fruncí el ceño.

—¿Cómo la que tenía yo de bebé? —Recordaba a Rita haciéndome burla al otro lado. Ya llegaría la venganza, ya…—. ¿En su propia casa?

Adelaida asintió.

—Es por su propia seguridad, Fran.

Elegí ignorar el tema del nombre, como también estaba pasando de mi arroz tres delicias, cuyo aroma me torturaba, pero que estaba allí enfriándose en la mesa. Sin tocar. Joder, uno no sabe lo que extraña a una madre hasta que… hasta que… Se me hizo un nudo en la garganta y se me vino Nando a la cabeza. ¿Le había preguntado alguna vez cómo estaba? ¿Cómo podía levantarse cada mañana y enfrentarse al puto mundo sabiendo que no la vería nunca más? No pude continuar con el hilo de ese pensamiento. Lo descarté cuando un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

—Hacerse viejo es una mierda.

A pesar de lo crudo de mi comentario, Adelaida no pudo menos que mostrarse de acuerdo. Y es que la perspectiva de que te vetaran habitaciones en tu propia casa, te dijeran lo que debías, podías o tenías que comer o cuándo dormir aquellas personas a las que habías criado tú debía de ser algo muy difícil de gestionar. Y daba igual lo tocado de la cabeza que estuvieras. Otro pensamiento rechazado.

—Déjame recogida la cocina, por favor. No quiero llegar por la tarde y ver el plato sucio y restos de arroz por toda la encimera.

Agité el zumo y por fin, me senté.

—Estate tranquila, que yo me encargo.

—Ya… —Adelaida se colgó el maletín—. Eso es precisamente lo que menos tranquila me deja.

Se me acercó veloz como un guepardo, e igual de letal. Me apartó el flequillo de la frente a la velocidad supersónica de Flash y me dio un beso en la frente. Todavía estaba yo boqueando cuando ella ya había salido de casa, bajado las escaleras y, por lo que oí, puesto en marcha el motor del coche. Imagino que no era el único que echaba de menos estrechar lazos. «Pero eso no cambia lo que hizo. No cambia lo que pasó. No… Sigo acordándome y sigo sin entenderlo y, por lo tanto, sin perdonar».

6

Dejé de escribirte, para que cantases,
te arranqué las cuerdas, te borré las frases,
me volví infeliz olvidando lo que quiero,
azota este estribillo y vuélvelo rockero.

Ciudad Jardín.
Garaje pijo de Nando.
Primera reunión oficial del grupo.

No tengo pruebas, pero estoy casi seguro de que la primera vez que a Noel y Liam Gallagher se sentaron juntos para cimentar las bases de lo que en un futuro terminaría siendo Oasis, no les fue peor que a nosotros. Y estoy hablando de un par de hermanos que llegaban a las manos con asombrosa frecuencia.

Habíamos quedado en Ciudad Jardín, porque la casa de Nando, además de un garaje para tres coches —aunque solo tenían uno—, estaba lo bastante alejada de nuestro ámbito cotidiano como para que el que yo esperaba que fuera el primer ensayo oficial de nuestro grupo de *rock* sufriera interferencias o distracciones. También contaba que mi colega el Lacoste siguiera sin ver del todo lo de la música y se hubiera negado en redondo a salir de su casa, así que, bueno, nos movilizamos los demás.

Dado que el asunto de no tener instrumentos parecía primordial, envié un wasap al grupo donde solicitaba que cargáramos con cualquier cosa que pudiera servir. Lo que fuera. Y eso incluía pedir prestados a los vecinos de ser necesario. Cuando le conté a mi padre mis planes de la tarde, su ceja iracunda y la mueca de la boca me dejó a las claras que él tenía una única y firme opinión sobre la pérdida de tiempo que iba yo a protagonizar aquella tarde. «Aprueba la teórica de conducir», leí en sus ojos pequeños, pero no por ello menos intimidantes.

—Es para un trabajo de clase. —No era mentira—. Tenemos que hacer un proyecto y decidimos montar un grupo.

—Están bonitos… —Y rebufó mientras cortaba cebolla roja para su ensalada, que consistía básicamente en echarse en un plato hondo un poco de todo lo que hubiera en la nevera—. Entre los cuatro seguro que no hacen una escala. Y eso que a uno ni siquiera lo conozco.

Me tragué la decepción por aquella desconfianza. Ya verían, ya. Después de todo, ¿cuántas bandas habían triunfado en la historia del *rock* sin contar con apoyo previo o sin que nadie diera un duro por ellas? Respuesta: casi todas. Si lo pensamos bien, el hecho de que alguien apostara por nosotros nos quitaría autenticidad. Y luego, cuando llegaran los premios, habría que agradecer a mucha más gente su confianza. Menudo coñazo. Ya me veía yo preparando mi discurso para los Grammy escrito en un pósit. De ilusión también se vive. En fin, vamos a seguir con la historia.

De vuelta al problema principal, en cuanto al tema de la instrumentación —o ausencia de ella —, yo arramplé con todo lo que encontré por casa. Los micrófonos de todos los juegos musicales que tenía, el altavoz que usábamos para las reuniones familiares, un par de euroconectores y

cables varios, mi ordenador portátil, que hacía meses que no encendía, y creo que hasta un mando a distancia universal. Por si acaso.

Estaba exultante, con los auriculares a tope y la sonrisa más boba jamás vista en una cara. Cuando me subí a la Global y emprendimos camino a Ciudad Jardín, la impaciencia me corría por las extremidades como una marabunta. En un rato, aquel sueño anhelante que me había perseguido hasta en vigilia tomaría forma. Sí, vale, yo era el más predispuesto a que la cosa funcionara, pero confiaba en mi instinto mucho más que en el desodorante que me compraba Adelaida, y este me decía que tenía algo bueno entre las manos. Que algo grande se iba a cocinar. «En cuanto prueben y vean el potencial no podrán pensar en otra cosa. Estaremos todos en la misma honda y entonces… entonces…». Entonces llegué a mi destino y la realidad empezó a explotarme los globos de ilusión. Uno detrás de otro: plaf, plaf, plaf.

Aníbal no estaba allí, pero no dejé que eso me preocupara. El transporte público era una lotería y él, como batería, tenía el equipo más complejo de todos para cargar. Que, a ver, no esperaba yo que apareciera con un set DW Satin Oil, pero mis expectativas estaban razonablemente altas. Más que la ausencia de uno de los miembros me preocupaba la dejadez extrema de otros, como Nando, que nos había abierto el garaje y estaba allí de brazos cruzados.

—¿Te pasa algo, tío?

Era la tercera vez que le preguntaba y, al igual que las dos anteriores, él solo se limitó a negar. Cuando apareció Guillermo, lo hizo cargando una funda de guitarra que tenía más polvo que el desierto del Sáhara. Se encogió de hombros ante mi mirada escrutadora.

—¿Y esa mierda?

—¡Eh, un respeto Chesco, que era de mi tío!

—¿Pero tu tío no tocaba el piano?

Bulerías me miró como si, de repente, me hubiera vuelto subnormal.

—Y aunque así fuera, ¿te crees que iba a poder traerme un puto piano en la Global?

Abrí la boca, pero… joder, ¿qué coño se decía a eso?

—Bueno, por lo menos tú estás aquí… —Jodido Aníbal impuntual. ¡Había que tomarse los ensayos en serio! —. Y trajiste algo…

Ante mi gesto inquisitivo, Nando emitió un suspiro cansado y entró en el garaje. A ver, yo les digo *garaje*, pero seguro que no es ni de coña lo que están pensando. Había un coche aparcado, sí, pero también una zona con césped artificial, estantes, un baño completamente equipado —con ducha incluida— y una pequeña cocina que tenía nevera, parrilla y una mierda para hacer gofres. Yo todavía flipaba, y eso que ya lo había visto varias veces.

—Si yo viviera en esta casa no saldría ni para ir a clase —dijo Guille mientras esperábamos la vuelta de Nando, que lo mismo podía necesitar un mapa para encontrarse a sí mismo en su propio garaje.

Fui a contestar, pero, entonces, mi engominado amigo hizo aparición. Llevaba bajo el brazo una funda abierta de la cual estaba extrayendo, para nuestro asombro, deleite y eterna envidia, una Gibson Les Paul en color morado tan nueva que todavía llevaba la etiqueta colgando del mástil. Creo que tuve mi primer orgasmo. O por lo menos eso me pareció. Se me abrió la boca.

—Puto millonetis de mierda.

Ese era Guille, que se paseó alrededor de Nando y la Gibson como un brujo aborigen a punto de empezar a recitar alguna letanía.

—Pero ¿cómo…? ¿Cuándo…? ¿De dónde coño…?

Nando me dejó coger la guitarra cuando extendí las manos. Era una jodida preciosidad. Con

sus cuerdas, su cuerpo, su… todo.

—Le dije ayer a mi padre lo del trabajo y la idea del grupo.

Guillermo y yo nos miramos. Creo que fue la primera vez que intercambiamos información sin decirnos nada, aunque no había que ser ingeniero de canales, caminos y puertos para suponer lo que estábamos pensando. Nando le contaba a su padre rico que se había metido en un grupo y, menos de veinticuatro horas después, tenía una jodida guitarra eléctrica cara, profesional y tremenda entre las manos. Y yo me había tenido que comer un puto «aprueba el carné» mudo. Había que joderse. Qué mal repartido estaba el mundo.

—Pero ¿tú sabes tocar esto?

—He visto dos o tres tutoriales. Y directos de Slash.

Subí tanto las cejas que me desaparecieron detrás del pelo.

—¿Directos de Slash? Más quisieras tú, chalado.

—¿Qué pasa, Chesco? ¿Ves peligrar tu supremacía en el grupo?

Sonreí de medio lado, devolviéndole la Gibson y viendo de reojo como Guille dilataba el tiempo de sacar su española de los tiempos de *Cuéntame* de la funda. Al final había tenido razón yo con mi sordera selectiva y lo de la guitarra, pero bueno, a lo que vamos.

—Mi instrumento mágico es la voz, colega. No necesito nada más.

Bueno… eso y los micros del juego de mesa *Tu cara me suena*, pero esa era una información irrelevante.

—Te voy a machacar con mis solos.

Me reí. Por lo menos parecía que Nando por fin se animaba.

—Venga tíos, ¡que estamos en la misma banda! No podemos pelear.

—Calla, Bulerías, que estamos haciendo justo lo que hacen los buenos grupos: tener movidas, amenazar con disolvernos y, luego… petarlo. —Extendí el brazo y rodeé a Nando con él. Sonrió —. ¡La cosa empieza bien!

El rubio pasó de nosotros, pero ¡bah!, nosotros también estábamos pasando de él.

Todavía no habíamos terminado de montar el improvisado escenario —o, lo que viene a ser lo mismo, apartar cajas y demás acumulaciones de cosas caras pero inútiles hasta abrir hueco— cuando, por fin, apareció Aníbal. Salí como un pitbull a echarle la bronca, porque, vamos a ver, ¡en una banda, sus miembros tenían que estar comprometidos!, pero se me bajaron los humos y me quedé sin argumentos en cuanto lo vi aparecer. Y no tenía nada que ver con la mierda de batería que traía, para mi desgracia, sino más bien con la compañía. Marta Luján, que llevaba unos *shorts* cortados y llenos de agujeros sobre unas medias de colores y unas botas de caña media, saludó moviendo la melena castaña, que se había recogido en una especie de coleta con unos mechones sueltos pero apartados de la cara. Tenía puesta una sudadera de los Ramones que le dejaba al descubierto un hombro y… la tira del sujetador. Negro. Con un poquito de encaje.Lo que he dicho antes del orgasmo… olvídense. No sabía de lo que estaba hablando.

—Chacho, colegas… perdón. —Aníbal, de cuya existencia me había olvidado, resolló como un cerdo cuando dejó una caja en el suelo—. Tuve que coger toda esta mierda y, encima, mi madre me dijo que no me llevaba hasta la parada si no traía a esta conmigo y… eso: que tuve que cargar con ella.

Marta levantó una ceja. Cuando se agachó para dejar otra caja en el suelo, más pequeña que la de su hermano, pero también bastante cargada, el aire le movió el pelo. Llevaba un imperial en la parte alta de la oreja derecha. Y dos aritos en el lóbulo. Joder, ¿por qué tenía yo tan seca la boca? ¡Que era el cantante, coño!

—De vuelta a casa sí que vas a «cargar con ella», Aníbal, pero tú solito.

Evidentemente, molesta por haber sido relegada a un molesto accesorio a pesar de haber hecho trabajo de fuerza, Marta se sacó de la bandolera la Nikon y, sin previo aviso, preparación anticipada ni un puto silbido de llamada de atención, nos lanzó una ráfaga. Luego sonrió, con toda probabilidad viendo algo en pantalla que no nos iba a dejar nada bien.

—¿Qué haces? ¡No empieces con las fotos!

Aníbal extendió la mano, pero Marta era rápida.

—Hago un *stop* en el presente. ¿No quieren tener un recuerdo de este épico momento? —Ajustó el objetivo y disparó otra vez. Era como un puto *sheriff* del oeste con una Mágnum: letal—. Primera reunión de los… ¿ya tienen nombre?

Nos miramos entre nosotros, perdidos los tres. Marta bufó.

—Por no tener, no tenemos ni clara la posición en la que vamos a jugar —dijo Guille, que estaba pasándole un paño a su guitarra española, por fin libre del confinamiento de la funda.

Ante la mirada inquisitiva de Marta, me vi en la obligación de tomar el testigo. Di un paso al frente y, en mi mente, le narré todos los planes e ideas que había tenido para el grupo, así como los instrumentos que tocarían sus miembros y cómo nos integraríamos los unos con los otros, haciendo gala de una pericia y un don para el *rock* desconocido hasta la fecha. Sin embargo, no fui capaz de que todo aquello saliera de mi boca.

—Yo soy el cantante —fue lo único que dije.

Silencio. Ella me miró. Sus dedos, largos y con unas las pintadas de azul eléctrico, acariciaron el obturador de la Nikon, pero no hubo reacción.

—Pues felicidades.

Luego se apartó por los alrededores y se perdió de vista. Aníbal balbuceó algo que se parecía a «es como Harvey Dent y Dos Caras, se lo prometo, nunca sabes por dónde va a salir», pero yo apenas podía oírlo. De hecho, me había quedado como paralizado y, vale, no era un hacha con las chicas, ¿pero hasta ese punto? ¿Por qué me afectaba tanto Marta Luján? Sobre todo porque solo la había visto dos veces después del momento Janis Joplin. La luz me iluminó. ¿Sería por eso? Recordé aquel momento: el tanatorio, mi comentario mordaz, la carita de ella… ¿Sería posible que se acordara todavía y siguiera enfadada? ¿Había sido para tanto? ¿Por qué coño no dejaba de hacerme preguntas en bucle?

—¡Chesco!

—¿Dónde…? ¿Qué?

Aníbal había montado lo que parecía ser un tambor de feria sobre una especie de soporte. Anclada al mismo, dos platillos. Nada más. Era de risa. Debió vérseme en la cara, porque mi colega se frunció el ceño.

—Es lo máximo que pude conseguir en menos de un día, tío.

Señalé a Nando.

—En menos de un día, él tiene una Gibson. —Aníbal me clavó aquellos ojos redondos, ocultos tras las gafas de Lennon, con evidencia—. Ya, vale… no puedes hacerte rico en una noche.

—Pues eso.

Se sacó del bolsillo unas baquetas. Bueno, ¡al menos no eran palillos de comida china!

—No te sientas mal, *bat-ería*. A mí me echó la bronca por no traer el piano que no tengo ni sé tocar.

A Aníbal le encantó el apodo. Y hasta yo habría reconocido que era muy bueno, si no hubiera estado a lo que teníamos que estar.

—¿No dijiste que habías practicado no sé cuánto tiempo?

—Tocado el de mi primo. En plan pasar los dedos. —El Bulerías me hizo una imitación penosa en el aire—. ¡Que no escuchas!

—Tú sí que no vas a escuchar con esa mierda. ¿A santo de qué una guitarra española en una banda de *rock*? ¡No tiene sentido!

Guille pareció ofendido con mi comentario. Perfecto.

—¿Y un piano pega más? ¿En serio?

Nando y Aníbal le hicieron señas, los vi, pero me la sopló. Aquel momento pedía información tácita y yo tenía un jodido sobresaliente en el *Behind the Music*. Podía ofrecer datos.

—Trece de julio de 1985… —empecé.

—Aquí viene.

Aníbal.

—La referencia del Aid.

Nando.

—Estadio de Wembley. Sobre el escenario, un piano blanco, y a sus teclas…

—Ya. Muy chulo. Pero yo no soy Freddie Mercury, Chesco.

Guille me había interrumpido, pero en su defensa hay que decir había captado la referencia. Lo miré mal y bien, dudando sobre lo que me parecía aquel personaje que, de la nada, se había colado en nuestras vidas. Para hacer la gracia, supongo, Guillermo se caló la guitarra española sobre la pierna como si fuera El Fary y, para mi asombro, salió por donde menos me esperaba.

—*Mamaa, just killed a man.*

Y Aníbal, que tenía la voz más ronca jamás oída en un adolescente, lo siguió.

—*Put a gun against his head, pulled my trigger, now he's dead.*

De la nada apareció Nando con la Gibson colgada del revés.

—*Mamaa, life had just began, but now I've gone and thrown it all away.*

Sonrisas cómplices, un asentimiento compartido. Las cuerdas mal puestas de un instrumento viejo y tres voces en un unísono perfecto.

—*Mama, oooh… didn't mean to make you cry, if I'm not back again this time tomorrow…*

Silencio. Miradas, todas, puestas en mí. Carraspeé, y mudo como estaba de asombro, sobrecogido hasta más allá de lo que soy capaz de expresar con palabras, creí que no me saldría. Creí que no podía.

Pero vaya sí lo hice. Con toda mi alma y sacando lo que tenía y lo que me faltaba. Como si aquel fuera el primer día de mi vida. Como si fuera a ser el último.

—*Carry on, carry on…*

—*On as if nothing really matters…* —cantamos por fin los cuatro.

No tengo fotos de ese momento. Tampoco me harían falta. Supe entonces y mantengo ahora que fue un instante mágico. Místico. Algo que nos acompañaría y de lo que nos acordaríamos siempre. Y que siempre, sin importar aquello por lo que pasáramos, nos haría sonreír.

Místico, sí. Cantando por Queen en un garaje, acompañados por una guitarra española desafinada, sonreí como el chiquillo que era, como el que había sido antes de que todo mi mundo explotara por los aires. Ellos lo hicieron también. Místico… ¡joder! Y viviendo algo como aquello, solo se me ocurrió decir una cosa: «¿Alguien tiene papel y boli? Se me quedó el estuche en mi casa». Esa noche compuse mi primera canción.

7

Spider murphy played the tenor saxophone
little joe was blowin' on the slide trombone
the drummer boy from illinois went crash, boom, bang
the whole rhythm section was the purple gang

Ciudad Jardín.

Garaje de Nando.

Vol. 2.

Le echamos más ganas que talento, aquello era indudable.

La Gibson pasó por todas las manos sin que consiguiéramos arrancarle más que un par de quejidos lastimeros. Al final, y contra todo pronóstico, acabamos usando más la guitarra española prehistórica del nuevo que la pijada cara e incomprensible de Nando.

—Pues ya me extraña que no sepamos darle, ¿eh? —ironicé cuando la dejamos en su funda forrada de terciopelo temiendo que se rallara—. ¿Cuántos tutoriales dices que viste? ¿Cuatro?

Nando me sacó el dedo corazón y yo fingí cogerlo y metérmelo por el culo.

—Pura clase —dijo Marta, que le puso la tapa a la Nikon, seguramente rindiéndose a la evidencia de que de allí poco más iba a poder sacar.

—¿Pero qué dices, nena? ¡Esto es *rock and roll*!

Guillermo, que parecía ser el único que se había fumado el mismo entusiasmo que yo, me sorprendió gratamente. ¡Qué coño! Me dejó flipando pepinillos en colores psicodélicos.

Para empezar, y dado que nuestra instrumentación era una mierda, nuestra formación musical inexistente y nuestro repertorio de temas original nulo —que no cunda el pánico, todos los comienzos son duros—, decidimos practicar versionando a los clásicos. Después de Queen, nos metimos con The Doors, Aerosmith y hasta alguna cosa de Héroes del Silencio, por ayudar a la lengua con el tema del idioma. Para mi deleite, Guillermo se acoplaba a todo lo que yo cantaba. Su tonalidad encajaba con la mía como un jodido puzle, y para cuando el sol empezó a ponerse frente a las tierras pijas de nuestro colega, mi visión de él había cambiado casi por completo. *Casi*, que conste.

—Oye, Bulerías… —le llamé la atención cuando estaba descolgándose la española para guardarla, decidido de mutuo acuerdo que el ensayo había terminado—. No se te da mal.

Sonrió y se echó para atrás un mechón que se le había soltado de aquel moño que solía llevar siempre.

—¿Qué pasa, cantante? ¿Estás dudando de tu posición en el grupo?

Sonreí mientras enrollaba los cables de los micrófonos que apenas habíamos usado —por cutres, no porque allí gestionáramos tonalidades altísimas—.

—No te vengas arriba, que si acaso… te estoy ofreciendo que me hagas los coros.

Guillermo pareció pensárselo rascándose aquel amago de tres pelos que tenía en la barbilla.

—No sé, Chesco, los rubios como cabeza de banda siempre pegan fuerte. Mira Vince Neil.

—Maravillosa referencia. Pero nosotros no somos los Mötley Crüe. —Aunque aquello me dio algo en qué pensar. Me eché el flequillo para atrás y miré de reojo al resto de integrantes—. Chavales, necesitamos un estilismo.

—¿Qué?

—¿De qué estás hablando?

Nos señalé. Nando, que llevaba su polo metido por dentro de unos pantalones que parecían de Primera Comunión, se había sentado sobre una butaca y parecía perdido en algún rincón de esos mundos de Yupi que visitaba a menudo. Aníbal resollaba mientras desmontaba solo el amago de batería, sin la ayuda de su hermana, con la sudadera abrochada hasta el gaznate. En cuanto a Guillermo… bueno, Guillermo parecía siempre recién salido de playa de las Canteras.

—No tenemos un estilo definido, una marca de identidad, algo con lo que se reconozca al grupo.

Los tres se miraron entre ellos y luego todos los ojos se dirigieron hacia mí. Vale, puede que con mis vaqueros dos tallas más grande y la camiseta de Elvis tampoco fuera yo a llevarme un premio en imagen… pero al menos era fiel a mi esencia, fuera cual fuera.

—Chesco, no tenemos instrumentos —dijo Aníbal, que separó el tambor del soporte a patadas a falta de un utensilio más práctico—. O, para ser más exactos, contamos con unos que no llegan ni a mierda pinchada en un palo.

—Y aunque los tuviéramos —añadió Nando, mirando de soslayo la funda de su Les Paul, a la que, en honor a la verdad, era a la que menos caso se le había hecho; seguro que eso constituía un delito musical grave—, tampoco sabríamos tocarlos.

—¡Joder, tíos! ¡Por no tener no tenemos ni nombre!

Era verdad.

—Es verdad.

Bajé la cabeza. Enseguida el pelo me tapó el campo de visión. Me dije que otros habían empezado con menos. Me dije que otros habían salido adelante de situaciones peores. Coño, me dije que si habíamos llegado hasta allí… —ningún sitio en la escala a ninguna parte—, teníamos que intentarlo.

—AC/DC siguió adelante después de la muerte de Bon Scott —sentencié con la moral tan alta que me acabé dando un coscorrón.

—Sí, pero Nirvana se disolvió cuando a Kurt Cobain le salió el tiro por la culata.

Guille fingió que sus dedos eran un revólver y que se apuntaba con él a la sien. Entrecerré los ojos. Si mi hermana Rita hubiera estado allí, le habría dado con el puño cerrado en toda la cara.

—Bulerías, un respeto.

El resto de los integrantes no parecía tenerlas todas consigo. Vale, nos habíamos divertido, pero yo quería más que eso. Aquel era mi destino. Ese era mi sitio. Lo sabía. Lo sentía en cada fibra de aquel cuerpo que se me estaba quedando escuálido por más horas que le echara a la pesa rusa que guardaba bajo la cama. Puede que mis amigos no lo vivieran con la misma intensidad. Puede que no lo desearan con las mismas fuerzas. Y puede que no estuvieran dispuestos a echarle ni la mitad de las ganas. Pero si de algo estaba seguro, como Chesco que me llamaba, era de que sería capaz de convencerlos. Y cuando arrancáramos de verdad, nada podría pararnos, ni siquiera la cruel realidad que estaba a un par de pasos de abrirse ante nosotros.

Nos pusimos deberes. Aparte de currarnos para la asignatura la introducción y los objetivos generales del proyecto, al día siguiente debíamos llevar propuestas de nombres para la banda, además de una lluvia de ideas sobre qué estilo íbamos a querer mostrar.

—Tiene que ser algo que la gente asocie con nosotros —expliqué.

—Como los Kiss.

Negué con la cabeza y miré a Guillermo.

—Más o menos. Algo con lo que se nos identifique sin ningún género de duda, que cuando el público potencial lo vea, diga: «¡Eh, son…!».

—Igual que los Kiss.

Refunfuñé en un tono de advertencia.

—¡Que no vamos a ir en plan Kiss, Bulerías!

Me esquivó por los pelos, después deambuló por el césped dándole codazos a Nando, que se había quedado empanado.

—Míralo, se autoproclama cantante y ya está en modo Axl Rose.

—Cualquier día pide nadar con delfines y saltar de un portaaviones.

Aníbal me hizo burla todo el camino, ya que, al vivir en La Puntilla, cogíamos juntos la guagua hasta mitad de camino. Con la coña de que iba a ser un miembro de la banda en plan dictador, cada cosa que decía o cada esquina que miraba se convertía para él en motivo de mofa.

—¿Está la parada de su gusto, líder supremo? Porque podemos pintarla.

—Tengamos la fiesta en paz, John Lennon.

Para joderlo, me puse a cantar *Imagine*, pero a Aníbal eso no parecía afectarle demasiado. Se limpió las gafas redondas con una manga y luego se sacó de la mochila el tomo de *El largo Halloween*, con el que pensaba amenizar el paseo en guagua. Me advirtió que la charla se iba a acabar tan pronto como estuviera sentado.

—Puta batería —se quejó nada más soltarla en el suelo, junto al banco de la parada—. La próxima vez ensayamos en mi casa.

—Ya lo vamos viendo…

No sabía yo si los señores Luján nos dejarían traspasar la puerta. Los padres de Aníbal nunca habían sido demasiado sociables, y no veía claro que nos permitieran meternos a tocar en ninguna habitación. Y su garaje era una lata de atún.

—Ya sé que no tengo el chozo de Nando, pero queda más cerca.

—Podemos ir rotando.

Me miró como si fuera la típica mosca que te revolotea por la cara justo antes de irte a sobar. Con puro asco.

—Claro, como tú no tienes que cargar con instrumentos de mierda y sudar como un pollo…

Me encogí de hombros y extendí el brazo hasta la cremallera de su sudadera, pero Aníbal me esquivó a tal velocidad que parecía la jodida reencarnación de Karate Kid.

—Coño, si tanto calor tienes y tanto estás sudando, quítate abrigo, animal.

—El problema no es ese.

Levanté los ojos hasta que me los tapó el pelo.

—Aníbal, por mucho que mole el Batmovil así en relieve que llevas, que nadie dice que no, estamos a veintisiete grados. Quítate la sudadera, anormal.

—Anormal tú, que quieres rotar el hipotético local de ensayo como si llevar todo el amago de instrumentación fuera tarea fácil.

—Primero, de hipotético nada. —Iba a tener que currarme una charla motivacional rollo Luis Aragonés para dejar de ser el único que se tomaba aquello en serio—. Y segundo, ¿cómo no vamos a ir rotando? Joder, luego soy yo el Axl Rose del grupo…

¿De verdad pretendía dejar un sitio fijo de ensayo? Los demás no estarían de acuerdo, porque

ninguno querría ser el que tuviera que desplazarse siempre, problema recurrente cuando se convive con un grupo de amigos repartidos por la isla sin contar con coche.

—Yo solo digo que para ti es fácil no quejarte. —Aníbal me echó una miradita suspicaz y me dieron ganas de empujarle las *beatlegafas* contra la córnea—. Como solo cargas dos micros…

Abrí la boca, pero una voz suave me la cerró.

—¿Y qué más quieres que lleve, hermanito? Es el cantante. Su voz es su instrumento.

Marta Luján, que venía con nosotros, pero que, por algún motivo que no sé explicar, aparecía y desaparecía de mi campo de visión como la isla de San Borondón, eligió ese momento para acercarse. Con los rizos alborotados a fuerza de ponerse y quitarse el cordón de sujeción de la cámara, se había recogido un par de mechones con una especie de pinza en forma de corchea. No supe si lo hizo a propósito por el asunto del grupo… pero me flipó. Igual que me flipaba cada paso que daba y cada palabra que decía, y, muy a mi pesar, lo mucho que pasaba de mí.

Nos subimos a la guagua y, tal como había vaticinado, Aníbal se escondió detrás de las desventuras de Batman y yo me quedé mirando mi reflejo en el cristal. Marta se había sentado sola, lejos de nosotros, perdida en su música, su cámara y aquellos pensamientos que me obsesionaban a pesar de serme desconocidos.

En las últimas horas, y aunque mi cabeza era un hervidero de momentos y había vivido un subidón de adrenalina cantando y rasgueando unas cuerdas a las que no sabía arrancar más que lamentos, había rememorado una cantidad insana de veces la última conversación con ella. Poco, por no decir nada, quedaba de la chiquilla con el chándal de la Patrulla Canina y las zapatillas de luces. La chica que ahora tenía delante, aparte de preciosa, era un completo misterio. Ambas cosas hacían que me sonrojara y que una incómoda sensación se me alojara en la tripa. No estaba preparado para que se me colara nadie en la cabeza, no con el grupo a medio formar, mi situación familiar en la mierda y mis amigos… convertidos casi en desconocidos. Porque, mal que me pesara, después del breve respiro que nos había dado Freddie Mercury, el ambiente había vuelto a enrarecerse. Yo no era muy listo, pero poco hacía falta para darse cuenta.

—Oye, tío… —Puse la mano sobre el cómic para que Aníbal levantara la cabeza. Funcionó, aunque no parecía contento—. ¿Te pareció que Nando estaba raro?

Frunció el ceño tras sus gafas redondas y sus rizos húmedos de sudor.

—Es Nando. Define *raro*.

—No sé… —Era la verdad, no tenía ni idea—. Estaba como en la parra.

—Es Nando —repitió Aníbal—. Vive en la parra. En una casa donde le compran una Gibson igual que a nosotros mortadela para el bocadillo, pero parra al fin y al cabo.

Estuve de acuerdo, más que nada porque Aníbal había vuelto a bajar la vista hacia *El Largo Halloween*, dejándome cristalino que el debate había tocado a su fin. Sin embargo, había algo que me picaba, algo que no me dejaba tranquilo. Saqué el móvil y le pregunté a Nando si le había molestado que le pidiera a Bulerías lo de los coros, ya que en principio era él quien los haría. Mi amigo tardó en responderme lo que la Global en llegar a mi destino. Le daba igual hacer coros que tocar la pandereta que quedarse sentado y mover la cabeza al compás de las canciones. Y aunque sonara a desdén —mandó un par de GIF, seguramente para quitarle un poco de seriedad al asunto—, decidí tomármelo bien. Le pregunté si seguía interesado en el grupo y me mandó una foto de una hoja de cuaderno donde había empezado a garabatear algunos nombres *random*. Me reí por lo ridículo que sonaban casi todos. Decidí mandarle un audio.

—Me gusta el de Chescos-lovacos Sobacos Sudados. Tiene gancho.

Después de eso, Nando dejó de responder y, dado que tenía que bajarme de la guagua antes de

pasarme la parada, hice que Aníbal se levantara para que me dejara pasar. Él cerró a medias el cómic y, reajustándose la cremallera, me hizo un gesto con la cabeza. Fruncí el ceño y se lo devolví, sin mucho más que decir. En mi camino hacia la salida, vi a Marta pegada a su teléfono. Veía algo en versión original desde su *app* de Netflix. Estiré la mano para despedirme, pero no me hizo ni caso.Cabizbajo, me apeé de la guagua y empecé a caminar. En teoría, las cosas no parecían estar mal o, por lo menos, no peor que hacía unas semanas, pero, entonces, ¿por qué la sensación no se me quitaba? ¿Saben eso cuando algo gordo va a pasar y todo a tu alrededor parece advertirte para que lo que sea no te coja de sopetón? Pues yo era de esos a los que los cogía de sopetón.

Llegué a casa. Mis padres no habían vuelto del trabajo, así que no enganché los cascos al ordenador para poner la música a todo trapo. Abrí un documento de Word y lo rotulé como «IDEAS PARA LA BANDA».

Tonteé mirando cosas en Google, buscando de dónde provenían los nombres de los grupos más icónicos, cómo se les habían ocurrido y la cantidad de leyenda que había detrás. Estaba seguro de que pocos de ellos habían nacido de la mente de un adolescente que engullía la merienda como si llevara cuatro días sin comer, pero poco importaba de dónde salieran las buenas ideas una vez que estas llegaban. «Siempre podemos maquillar un poco la verdad cuando nos entrevisten para la *Rolling Stone*».

En ese momento, embebido en el azúcar refinado, la música alta y las altas expectativas con las que maquillaba mis inseguridades, las que ya conocía y la que todavía eran un misterio para mí, fingí que todo iba bien a mi alrededor. Escribí algunos nombres que no triunfarían jamás, y jugué con estilismos que ni nos pegaban ni nos podíamos permitir. Para cuando llegó mi madre y oí cómo ella y mi padre iban alzando el tono de voz a consecuencia de la primera frase que probablemente habían compartido en todo el día, conecté los auriculares, subí el volumen y abrí mi Pinterest en desuso y, por ninguna razón, busqué el tipo de ropa y de peinados que llevaban los actores de la serie que me pareció que había estado viendo Marta.

Oí un portazo, pero simulé que el dolor de barriga que se me había pegado al espinazo tenía más que ver con haber comido deprisa que con la realidad que tenía lugar fuera de las cuatro paredes de mi habitación. Cerré la puerta con el pie y extendí las piernas sobre la mesa, sujeté el móvil y envié al grupo un par de fotos de bandas de los setenta. Recibí risas, emojis y memes en respuesta.

Cuando me acosté, la casa estaba en silencio, y mi cabeza, para variar, ganó la batalla de quedarse refugiada en los buenos momentos del día en lugar de hundirse en los acostumbrados pozos de desesperación habituales.

Esa noche, la mirada de desdén de Marta Luján ocupó el espacio en el que normalmente reinaban mis angustias, y aunque no le veía lógica a su paseo por mi subconsciente, fue tan balsámico poder dar la vuelta al disco habitual de mis pensamientos que decidí ceder a la tentación de su imagen. Pensando en ella sin pretenderlo, y más de lo que quería, me dormí.

8

I'm on the highway to hell
On the highway to hell
Highway to hell
I'm on the highway to hell

IES Mesa y López.
Miércoles. Hora del recreo,
A.K.A. precipicio, despeñadero, acantilado, averno.

Lo que pasa con el borde del abismo es que no lo ves hasta que te das de bruces con él y, para entonces, por más que recules, nada ni nadie podrá salvarte de la caída. Cualquier cosa puede desencadenar que te desaparezca el suelo bajo los pies sin esperártelo. La hostia aparece cuando no tienes la mandíbula preparada para recibirla y, como consecuencia, te tumba todos los dientes. La nuestra vino a mitad de semana, y aunque en teoría solo hubo palos para uno, allí cobramos todos. Pero me estoy adelantando al estribillo; vamos a empezar por la primera estrofa.

El lunes por la mañana me personé a la entrada del instituto con el entusiasmo de quien acude para el último día, aunque el curso estuviera empezando. Llevaba en el bolsillo la hoja doblada donde había estado garabateando nombres e ideas para el grupo, había decidido probar un peinado nuevo —engominado hacia atrás— y la noche anterior no me había afeitado.

Iba de subidón, pero se me quito toda la tontería cuando vi llegar a Marta, que a pesar de vivir en la misma casa que mi amigo, por lo visto venía a clase por su cuenta. Estiré el cuello, pero no había rastro de Aníbal, y ella, que llevaba sus rizos castaños cogidos en una coleta alta, pantalones bombachos y Vans de plataforma, ni siquiera se molestó en saludarme. «Puede que no me haya visto».

Decidí dejar de lado aquella fascinación extraña que me provocaba una chica de la que no tenía más que un par de tontos recuerdos infantiles y me centré en el presente. Teníamos Matemáticas a primera —el Nobel de inteligencia para quien hizo el horario, por favor—, pero ni eso me iba a cortar el buen rollo que me había acompañado desde que saliera de casa. Estaba eufórico y muerto de ganas por saber qué habían pensado los demás integrantes de la banda, aunque tuviera que esperar para descubrirlo a la hora del recreo.

Despejar la x en ecuaciones de segundo grado nunca ayudó a ningún roquero a entusiasmarse, pero mientras el resto de la clase intentaba realizar la prueba de la complicada operación, yo garabateaba en los márgenes canciones, *looks* y hasta una lista provisional de locales donde dejaran tocar bolos a menores de edad sin formación musical ni temas propios.

Bueno, los comienzos de Eric Clapton o David Bowie tampoco habían sido sencillos. Y Cobain había vivido en su coche, como bien le gustaba narrarme a Rita cuando me recitaba su biografía de memoria. No iba yo a quejarme por tener que compaginar los ensayos del grupo con deberes de clase.

—¿Se quedó alguien con la diferencia entre opinión personal y resumen para la movida del comentario de texto? Porque yo cuando resumo opino, no me sale separar las dos cosas.

Nando le dio una mordida a su bocadillo de jamón serrano y queso curado. Nos habíamos acomodado al final del patio, debajo de las canastas, lugar harto deseado y reservado solo para la élite, es decir, los mayores del instituto a los que nadie se atrevía a molestar.

—Opinar es decir «me pareció una mierda porque…», y resumir, pues… contar de qué va sin adelantarle a nadie que te pareció una mierda.

Levanté la cabeza de mi palmera de chocolate. Había tenido el tino de acordarme de coger un par de euros antes de salir de casa, porque con la adrenalina en todo lo alto, no me había preparado nada para el segundo desayuno. Me puse la mano en la frente para que los rayos de sol no me jodieran y rebufé en dirección a Guille, que se había sentado en el suelo con las piernas cruzadas y estaba atacando un paquete de Munchitos de ajo. Joder, esperaba que no me tocara de pareja para practicar el *speaking* de inglés después del recreo.

—Mira el Bulerías, que además de surcar los mares en la Gran Bahía de Coral, es un empollón.

El nota fingió surfear extendiendo las manos pringosas a los lados del cuerpo.

—Yo buceo en El Hierro, chaval. La Restinga no tiene nada que envidiar a esos paraísos tropicales de fuera.

—Di que sí, colega. Arriba el Clipper, el chorizo de Teror y las chocolatinas Tirma.

—Tirma, en general. —Nando sacó una tableta de chocolate de su mochila, rasgó el papel rosa y empezó a rularlo.

—Menudos roqueros estamos hechos —bromeó Guille con las comisuras llenas de sal y dulce.

Se habló de algo sobre que más valdría estudiar los comentarios de texto y las ecuaciones de segundo grado, porque entre los tres, la única incógnita que nos atrevíamos a despejar era el resultado del próximo partido de la Champions. Sin embargo, mientras Guille y Nando seguían divagando sobre alguna cuestión relacionada con las clases, yo activé mi sordera selectiva y me fijé en el cuarto integrante, sumido en el silencio hasta el momento.

Aníbal comía cabizbajo, aunque llevaba media hora dándole vueltas al sándwich sin terminar de decidirse.

—Normalmente te lo acabas con *film* y todo. ¿Estás bien?

Le costó asimilar que me dirigía a él. Fruncí el ceño y estiré la pierna. Mi deportiva roñosa tocó su mochila de Arkham Asylum. Levantó la vista.

—¡Tío, que no es lavable!

—Pero sí infalible para que pilles la wifi. ¿Qué te pasa?

—Nada… Oye, ¿has visto a Marta?

Se me colorearon las mejillas. Y lo sé porque uno siempre tiene un sentido arácnido para esa clase de cosas. Deseé no haberme peinado hacia atrás. Deseé que el pelo me tapara la cara, los ojos y hasta los pensamientos. Me miré las manos. Joder. Deseé que los de Eidetesa fabricaran palmeras que tardaran más en derretirse.

—¿A tu hermana? ¿Y por qué iba a ver yo a tu hermana? —Silencio incómodo, cortante —. ¿Te dijo algo?

—Pues ahora que sacas el tema… —todo el puto océano Atlántico me corrió por la espalda en forma de sudor: me sudó el bigote, inexistente; me sudaron los tres pelos de la barbilla; me sudaron los sobacos; y, de ser posible, me habría sudado hasta el alma. Fue como un *previously*, como si toda la vida me pasara por delante de los ojos en modo fotograma absurdo, focalizando solo los momentos relativos a la música y aquel grupo que, por no tener, no tenía ni un sitio fijo para practicar. —…que me iba a pedir un euro para no sé qué en la cafetería, pero no la veo.

Me desinflé como un globo de mercadillo al segundo día.

—La invitaría alguien, algún amigo.

Aníbal recobró el entusiasmo por su sándwich, y yo, que me repetía que bastante mierda tenía en mi plato como para añadir un cuelgue irracional por una cría a la que había mirado dos veces —sin mirada de vuelta por su parte—, sacudí la cabeza y volví al momento presente. Según la pantalla reventada de mi iPhone heredado, al recreo le quedaban diez minutos, tiempo más que suficiente para un poco de tanteo al personal.

—Tíos… ¿alguno tiene algo?

—¿Algo? —Guille fingió aspirar una fila de hormigas que le pasaba cerca de las Adidas con la pajita de su batido Hacendado de fresa, como un Ozzy Osbourne de imitación—. ¿Qué eres? ¿Pablo Escobar?

—Me refiero a algo sobre el grupo, Bulerías: nombres, ideas, posibles temas… —Se miraron entre ellos con un poco de culpa. Me indigné—. ¿En serio? ¡Tuvieron todo el fin de semana!

—Chesco, estamos en segundo de Bachillerato. Tenemos que hacer un comentario de texto, trece ecuaciones de segundo grado y, desde que suene la sirena y entremos a clase, un montón de movidas más.

Miré a Nando como si me hubiera insultado en lo más hondo.

—¿Y eso es más importante que nuestra música?

—¡Pero si no tenemos ni nombre!

Lo señalé con la palmera derretida. Joder, qué asco. Hice una bola con los restos y la tiré a la papelera más cercana. Me chupé los dedos con ahínco antes de volver a sentarme con ellos.

—Chavales… la tarea para hoy era tener ideas de nombres para la banda. No puedo ser el único que se lo tome en serio.

Se volvieron a mirar entre ellos.

—Los Chesquilipollas.

—Chescimbéciles.

—Anormales, Chescos y Corcheas Bizcas.

Levanté los dos dedos corazón mientras los tres se descojonaban en mi cara.

—Chesco los invita a meterse esto por donde les quepa, cabrones.

Me hicieron la rosca un rato: que no me enfadara, que estaban de broma, que la ilusión era compartida… En fin, que los tuve que perdonar, porque la alternativa era sentarme solo en la zona de los comedores intensivos de pipas, y pasaba de entrar a clase con restos de saliva ajena pegada a los pantalones.

—Necesitamos algo con un color.

Miré a Guille como si, de repente, hablara en modo Ikea, vamos, que tenía que montar su idea, porque estaba por trozos y le faltaban tornillos.

—Bulerías, que seamos cuatro no quiere decir que vayamos a hacer un reencuentro de Parchís.

Aníbal se echó a reír y Nando dijo que se pedía la ficha roja. Niñatos.

—Me refiero… —insistió el Melenas— …a que casi todos los nombres buenos de bandas tienen colores: Greenday, por ejemplo, Pearl Jam o Pink Floyd.

Apreté la mandíbula rascándome como si frotara la profusa barba de Lemmy Kilmister para ayudarme a pensar.

—Red Hot Chili Peppers —añadió Aníbal, que, por suerte, parecía haber vuelto de donde quiera que le hubieran llevado sus pensamientos—. Deep Purple.

—Y también hay colores en grandes temas clásicos…

Nando le tomó la palabra a Guillermo enumerando con sus dedos de manicura hecha en El

Corte Inglés.

—*Yellow Submarine, Back in Black, Purple Rain, Paint it Black, Blue Suede Shoes.*…

—Nos tendríamos que llamar algo con marrón, o con azul. El azul no está muy explotado en el mundo del *rock*, ¿no?

—La Blue Band —apostó Guille mirando a los lados en busca de apoyos.

—No sé… me suena más a rollo de *jazz*.

Debatimos durante un rato, y aunque los nombres eran una mierda, secretamente me encantó que nos metiéramos en faena. Mantuve en la sesera lo que habíamos hablado, los colores en los grupos, en las letras… y aunque tiré la mano al bolsillo un par de veces, no me atreví a sacar la canción que había estado garabateando la noche anterior, cuando mi cabeza, embotada entre los gritos de mis padres y la mirada esquiva de Marta Luján, se había sentido inspirada para componer sin tener la menor idea de melodía, acordes o rimas.

—Le daremos una vuelta —anuncié cuando la sirena nos avisó de que la libertad condicional se nos había acabado—. De momento, estén tranquilos.

Guille, que había sacudido los Munchitos hasta la última migaja, explotó la bolsa tras llenarla de aire y nos miró con una sonrisa cuando le reprendimos su comportamiento infantil.

—Toca *speaking*, Chesco. Métete en el personaje: *Stay calm, boys*.

—*Unit one. Exercise two*.

—*Hi Marc! This is motherfucker Mary.*

Nos partimos los cuatro. A Nando y Aníbal se les daba de coña imitar al desgastado casete de la profesora, con aquella voz enlatada y entonaciones imposibles que solía ponernos durante todas las clases desde primaria para que fuéramos «cogiendo la entonación».

—Como si aprender inglés escuchando *rock* no hubiera sido mucho más eficiente.

Estuvieron de acuerdo y, en ese concilio, entramos al aula entonando *Highway to Hell* como protesta a la más que soporífera audición que nos tocaría aguantar antes de tener que emularla en modo conversación en parejas para preparar un *speaking* que terminaríamos aprobando por pura chiripa. No sabíamos hasta qué punto la elección de aquella canción iba a ser providencial.

El martes pasó sin pena ni gloria. Entre una clase de física y química que habría sido mejor olvidar, las ecuaciones de segundo grado que solo tres alumnos habían sido capaces de resolver y un Skype con mi hermana Rita, que me dio algunas ideas sobre cómo enfocarme a la hora de encontrar nombre a la banda, nos pusimos en el estribillo: mitad de semana, el momento de la verdad.

Me imagino que quedaría chulo decir que noté algo distinto en el ambiente en cuanto me levanté, que presentí que la jornada no iba a tener nada que ver con las demás, pero estaría flipando y esta historia va de contar la verdad. No siempre será bonita ni parecerá real, pero les puedo asegurar que los hechos aquí relatados están casi al cien por cien apegados a lo que ocurrió. Más o menos. La memoria a veces me patina.

Mandé un par de mensajes a Nando para ver si su padre aflojaba con el tema de ensayar en el garaje y nos dejaban repetir, cosa que se estaba volviendo difícil.

—Chesco, que entre semana y con el horario del instituto, ni de coña —me decía cada vez que salía el tema.

—¡Pero si nos vamos a ir temprano!

Mi colega se encogía de hombros y yo me cagaba en todo. ¿El tío que le había comprado una Les Paul por la cara se iba a poner ahora tiquismiquis? No era propio de él. De hecho, no creía

que hubiera precedentes de negativas a Nando en nada. ¡Ya era mala suerte que su viejo se pusiera recto ahora!

Mi casa no era una opción, y la de Aníbal…

—Dudo que podamos quitarnos a mi hermana de encima. No le interesa una mierda el grupo, pero por fastidiar es capaz de parar por allí con su cámara y estar todo el rato dándonos por saco.

Yo tragué saliva e intenté por todos los medios mostrar que ese hecho me molestaba tanto como al resto, aunque ni de lejos era así. Tener a Marta Luján encima —metafóricamente— me hacía daño en lugares de mi cuerpo adolescente que empezaban a hacerse notar demasiado.

—Nos tendremos que apañar en tu casa, Aníbal, por lo menos hasta que el padre de Nando baje la guardia. No queda otra. *The Show Must Go On*.

Refunfuñó y pidió ideas para echar a su hermana, a lo que Guille propuso unas cosas y Nando otras tantas. Servidor, todavía con el tema escrito en el bolsillo —que iba mudando de vaqueros a chándales sin decidirme a enseñarlo—, pensó que quizá la perspectiva de tener cerca a una chica podría darnos inspiración, después de todo, ¿qué banda de *rock* que se precie no tiene un ejército de *groupies*?

—Que Marta no te oiga decir eso. Podría cambiarte el tono en el que cantas un par de octavas. Aníbal hizo un gesto de cortar, y como una imagen vale más que mil palabras, sentí que se me encogían las pelotas un poco. A ver si así, con suerte, dejaban de hinchárseme… literalmente hablando.

Como decía, el martes pasó de largo, y el miércoles, después de los cereales y el yogur, me fui a clase con los auriculares a toda potencia y la camiseta de Aerosmith sacada por fuera de los pantalones. Con las manos en los bolsillos y dando patadas hasta a las piedras, esperé reunir a la cuadrilla a la entrada para enfrentar otro apasionante día despejando x, diferenciando entre opiniones personales y sintagmas nominales y demás inutilidades diversas.

—Como si fuéramos a necesitar el puto máximo común divisor para ir a hacer la compra, macho —se quejó Guille, cuyo moño desaliñado parecía sacado de la peluquería más pija del barrio.

—Ya sabes lo que dicen, Ricitos de Oro… son objetivos mínimos del currículo educativo.

—Ya, Chesquito, pero para mí se pueden meter el currículo y los verbos irregulares de inglés por el mismísimo diagrama de barras.

Nos echamos unas risas sanas antes de entrar a Geografía y pasarnos media mañana intentando encontrar cabos, golfos y demás accidentes geográficos. Para cuando salimos al patio y nos dispersamos —algunos a mear, otros a la cafetería a comprar—, había decidido que no pasaría de ese recreo sin que les enseñara el que, esperaba, fuera el primer tema de nuestra banda, todavía sin nombre.

—Joder, tenemos que bautizarnos ya.

Desenvolví el bocadillo: salami y mortadela. Adelaida sí que sabía hacer mezclas de embutidos.

—Oye, ¿y Aníbal?

Nando se me sentó al lado y abrió la fiambrera donde traía una especie de burrito con queso derretido y atún. Negué con la cabeza.

—Habrá ido a desvalijar alguna de las máquinas del pasillo.

—¿De las que no funcionan?

Los Munchitos de hoy de Guille eran sabor *pizza*. Y los donuts, como siempre, de Eidetesa. Joder, parecía que lo patrocinaban o algo.

—Con un mamporro Aníbal consigue que caigan dos chocolatinas, una Pepsi y un paquete de tortitas de arroz que puede intercambiar por regaliz. Tendrá un gusto de mierda eligiendo gafas, pero sabe imponerse a las máquinas.

—Es nuestra arma secreta en caso de rebelión robot.

Hicimos el canelo un rato programando un plan de huida en caso de apocalipsis cibernético, y para cuando la última papa de Guille acabó masticada y los restos de mi bocadillo digeridos, el colega seguía sin aparecer. Mosqueados, decidimos darnos una vuelta alrededor de la cancha. Iba a sugerir preguntarle a Marta, pero si era idea mía tendría que ser yo quien se acercara a ella a entablar contacto y posterior conversación. No tenía huevos, así que…

—¡Oye! ¿Hay pelea?

—Eso parece.

Saqué la cabeza de mi culo y seguí la dirección que marcaban mis amigos. Se había montado un corrillo alrededor de una de las porterías de fútbol. Nos acercamos despacio. Tres o cuatro pibes del otro segundo de Bachillerato parecían estar cercando algo, o a alguien.

—¿Qué…?

El airecillo de mediodía, como en una peli del oeste, meció los tapones de rosca de botellines de zumo, las bolas de platina abandonada y las hojas sueltas y llenas de escupitajos del que había sido, hasta hacía poco, el número de *El Largo Halloween* perfectamente conservado de Aníbal, que estaba tirado en el suelo en medio de un concierto de patadas e insultos. Mierda.

—¡Coño!

—La hostia.

Nando y Guillermo se dieron cuenta en el mismo momento que yo. Una mirada bastó. Un segundo fue suficiente. Nos lanzamos sin plan previo, sin organización y sin que nos temblara el pulso. No es que hubiera pelea, porque no se intercambiaron más que empujones e insultos contra las madres de todos los presentes, pero fue suficiente para apartarlos. Mientras mis compañeros dispersaban a empellones a aquellos abusones aparecidos de la nada, yo me acuclillé al lado de Aníbal. Tenía las gafas partidas, le sangraba la nariz y, además de la escabechina de su cómic, también tenía la sudadera destrozada. Donde antes se había leído: «*I am the vengeance! I am the night! I am Batman!*», ahora podía verse algo mucho más grosero y cruel: «Soy grasa. Soy gordo. Doy asco».

Parecía pintado a permanente. Tragué saliva. No sabía durante cuánto tiempo habían estado acosando a Aníbal y cómo es que el revuelo no había hecho intervenir a nadie, pero además de la pintada, habían intentado arrancarle la prenda con la cremallera subida. Uno de los brazos, con el que intentaba desesperadamente taparse, se le había salido. Había pequeños pero profundos cortes repartidos entre el interior del hombro y la parte posterior del codo. No parecían recientes. De hecho, mostraban distintos niveles de cicatrización y curación. Por lo tanto, no se los habían hecho aquellos subnormales.

—¡Tío! ¿Estás bien?

—¿Qué pasó?

Nando y Guille hicieron veinte preguntas por minuto una vez que alejaron a la peña, que se veía atraída por contemplar los despojos igual que las moscas van a tu cara mientras duermes. Aníbal no contestó. Me aguantó la mirada un segundo antes de hacerse bola, apoyarse en las rodillas para intentar recobrar la compostura y, con la cabeza gacha, como si hubiera desayunado un tazón con doble de vergüenza sentado en el comedor del infierno, empezó a recoger los restos

de *El Largo Halloween*, apilándolo con mucho más cariño del que, por lo visto, le dedicaba a su propio cuerpo.

El bocadillo se me revolvió en el estómago y pasé el resto del día con náuseas. Ninguno de los cuatro dijo nada hasta que sonó la sirena a las dos de la tarde. Aníbal salió del instituto sin mirarnos. No vino a clase al día siguiente.

9

Who knows? Not me
We never lost control
You're face to face
With the man who sold the world

Trasera de Fernando Guanarteme.
Sábado. Mediodía.
Previo al apocalipsis.

A veces no sabemos qué hacer. O estamos demasiado acojonados para actuar cuando intuimos que debemos hacerlo y por ello nos refugiamos en la negación, la incapacidad de aceptación de los hechos o la creencia popular de que aquello que no nos afecta directamente no es asunto nuestro.

Elijan ustedes cualquiera de las excusas/motivos/razones que prefieran para justificar mi desidia. Me da igual. Yo, que me encerré el viernes al llegar de clase en mi habitación y no salí hasta el sábado casi a mediodía, cuando el rugido de tripas era insoportable, decidí desterrar de mi mente lo que había visto en el cuerpo de Aníbal exactamente igual que había borrado de un plumazo todo trazo de otros traumas en los últimos meses. A fuerza de barrer bajo la alfombra me estaba convirtiendo en un experto. Chesco, la *roomba* emocional.

Cuando oí que Adelaida se marchaba a cubrir un servicio salí al salón y me preparé un par de bocadillos de Nocilla. Armado hasta los dientes con comida y bebida, me volví a la campaña del *Call of Duty*, esperando que los disparos y la estrategia embotaran mi cabeza lo suficiente como para no pensar en nada.

El final de la semana fue una pesadilla. Mi mente se había obcecado en pensamientos que no tenía ni idea de cómo encarar, y el nerviosismo, amén del miedo, se me estaba haciendo costra. Era cuestión de tiempo que empezara a rascármelo hasta que la sangre comenzara a brotar. «No es cosa mía. Y puede haber mil explicaciones», le repetía a mi reflejo en la pantalla del ordenador mientras cargaba la partida. Era cierto, pero también lo era que uno de mis mejores y más antiguos amigos había acabado tirado en el suelo, convertido en el saco de boxeo de un par de matones cutres y que eso nos había llevado —a mí, particularmente— a descubrir que, por lo visto, no era la primera vez que lo agredían, o que se agredía a sí mismo por razones que me eran desconocidas e incomprensibles.

«¡Mierda!». Muerto por fuego amigo: el equivalente a meterte un gol en propia puerta. Me arranqué los cascos cuando mis compañeros de partida empezaron a increparme por la torpeza. Revisé el móvil. Nando me había escrito un par de veces, pero después de ayudar a parar la pelea, mantuvo su obsesión en niveles controlados. De hecho, que yo recordara, no había perdido los nervios nunca, ni siquiera en el momento en que le comunicaron la muerte de su madre en la sala de espera del hospital Doctor Negrín. En ese momento había levantado la cabeza, suspirado y dicho algo como: «De acuerdo. Lo entiendo. ¿Qué se hace ahora?», o alguna mierda por el estilo.

Aquel perpetuo saber estar me sacaba de mis casillas, claro que él no había visto lo que yo. Por lo que Nando sabía, un par de gilipollas la habían cogido con Aníbal y se habían metido con él por su peso, jodido su sudadera y echado a perder un cómic bastante decente. No era la primera vez que nuestro amigo friki recibía insultos por su cuerpo, y seguramente no sería la última. Jamás había parecido importarle. De hecho, con los años y el crecimiento, Aníbal hasta había desarrollado una especie de coraza donde era capaz de seguir caminando y hablando de lo que fuera que nos estaba contando después de que alguien lo llamara «gordo de mierda» o alguna lindeza semejante.

Incluso nosotros habíamos pecado alguna vez de soltarle alguna gracia rollo «Fat-Man, el caballero del donut» o boberías por el estilo. Como colegas. Yo fui Cara Pizza durante cuatro meses, después de decidir dejarme el flequillo y que ello convirtiera mi frente en un jodido campo de minas. A Aníbal nunca parecía haberle afectado más allá de cagarse en algún familiar nuestro, enseñar el dedo corazón y poco más.

Pero esa vez había sido diferente. Aquel puto miércoles… las cosas se habían salido del tiesto, porque yo había visto en los ojos de mi amigo una sensación de derrota que me había calado hondo y era incapaz de dejar de reproducir en mi mente una y otra vez, en bucle, como el videoclip de *Sweet Child O'Mine* con esos primeros planos flipantes de Axl Rose. También había visto las marcas en su cuerpo, prueba inequívoca de que Aníbal estaba llegando a un límite peligroso y nadie lo sabía.

«No es cosa mía. No puedo meterme». Igual a fuerza de repetírmelo acababa por convertirlo en verdad y, con mucha suerte, lograba que desapareciera.

Emergí de las tinieblas de mi habitación para reponer, es decir, pillar un par de paquetes de galletas y comprobar el congelador, a ver si mi padre no se había enterado de que todavía quedaban helados de la última compra. Nada más llegar a la cocina y oler a comida decente me subió el ánimo, pero al entender lo que eso significaba…

—Ah, Fran. No sabía si estabas en casa, como llego, saludo y nadie me contesta… —Adelaida y sus reproches *non stop*…

—Es Chesco —mascullé metiendo la mano en la caja de galletas—. Y tenía los cascos puestos.

—Mira Fran, yo elegí tu nombre y lo pienso usar. Además, no voy a discutir otra vez lo mismo.

—Pues vaya novedad.

Llevaba dos años sin pasarle ni una, pero en mi defensa he de decir que ella me había arrancado de mi vida para llevarme a rastras el puto Madrid, donde nos habíamos hundido todavía más en la miseria, si aquello era posible.

—¿Sabes algo de tu padre? Lo he llamado un par de veces, pero no me da señal.

—Se ha ido a casa de abuela. No sé qué de un enchufe de la lavadora.

Adelaida frunció el ceño. Se venía tormenta. No soy un elfo, pero puedo ver esas mierdas en el aire desde lejos, igualito que los orejas picudas de *El Señor de los Anillos*, que Aníbal nos había obligado a ver en modo maratón tres veranos atrás, cuando se partió la pierna. «No pienses en Aníbal ahora… No es asunto tuyo…».

—¿No sé qué de un enchufe, Fran? ¿Así es como das información?

Apreté la mandíbula. Conté hasta cuatro porque no me vi capaz de llegar a más.

—Chesco. —Lo silabeé lento, casi con desgana.

Mi madre dejó la taza sobre la encimera de la cocina y se cruzó de brazos. Era más menuda y baja que yo, pero aun con el enfado y la inquina que yo sentía por ella por todo lo pasado, seguía

imponiendo. Era mi madre. Nadie en su sano juicio le perdería nunca el miedo.

—Seguramente tu padre te dio todos los datos, pero claro, tú estarías con tus cascos o con tu música o los juegos esos para críos y no te enteraste de nada.

Volví a contar. «Uno… dos…».

—Está en casa de abuela. ¿Qué más quieres saber, joder?

—¡Francisco, no me repliques!

«Uno… uno… uno…».

—Pues entonces deja de tocar los cojones, coño. —Apreté los puños. Las galletas se hicieron añicos entre mis dedos.

—¡Fran…!

—Si tanto te preocupa papá y tanto te importa dónde está y qué está haciendo, no haberle puesto los cuernos y a lo mejor así te lo contaba él.

Y ya estaba: tormenta, desastre natural, apocalipsis *is coming*.

Creo que, en otras circunstancias, mi madre me habría dado un bofetón. Y ojo, yo me lo habría merecido. Visto con perspectiva, ojalá lo hubiera hecho en ese momento, porque habría sido como arrancar la tirita, vomitar y soltar toda la mierda que quedaba dentro y quizá, con suerte, conectar otra vez. También estaba la posibilidad de que el frágil hilo que nos unía terminara por ceder y la precaria relación que ahora teníamos muriera del todo, pero cualquier cosa habría sido mejor que aquella tierra de nadie, ese tira y afloja perpetuo que hacía nacer nervios en la tripa, como cuando sabes que has hecho algo muy mal y que es solo cuestión de tiempo que te pillen.

No obstante, Adelaida se quedó tan alucinada que no pudo reaccionar. Ni parpadeó. Y yo, que había demostrado mi cobardía sobradamente insultando a mi madre —sin importar lo que lo hubiera motivado—, solté las migajas de mi merienda, agarré la bici que había dejado apoyada en el rellano y bajé las escaleras cargándomela al hombro, sin mirar atrás, sin coger la cartera con mi documentación ni las llaves, sin pensar adónde coño iba.

Pedaleé todo Guanarteme hasta coger una perpendicular que me llevó al paseo de Las Canteras. Allí esquivé corredores, grupitos de amigos, peña que estaba de terraceo, señores mayores paseando y demás fauna mientras daba pedal con el sudor perlándome la frente. Estuve a punto de comerme a un surfero, que levantó la tabla al tiempo que yo encogía la cabeza para evitar colisionar. Si el momento hubiera sido otro, la coreografía habría molado, pero no tenía yo el cuerpo para mierdas.

Cuando llegué al auditorio Alfredo Kraus, me apeé de la bici. La arrastré hasta el parque de la Música, la dejé contra la valla y apoyé luego los brazos en ella. Dejé caer la cabeza hacia adelante para recuperar el resuello y cerré un segundo los ojos.

Deseé haber llevado los auriculares y poder enchufarme a algo que me aislara de los ruidos de los coches, las voces de la gente y todo lo demás. Adelaida había tenido razón en eso. Todos los críos de mi edad solían vivir medio ocultos en sus propias burbujas, pero, en mi caso particular, había creado un iglú a mi alrededor, algo frío e inhóspito que no invitaba a nadie a quedarse dentro. Había tenido que hacerlo para sobrevivir en Madrid, donde no conocer nada ni a nadie me había deprimido hasta el punto de que había concluido que, para mantener la poca cordura que me quedaba, fingiría hasta acabarme creyendo que la escandalosa soledad que tenía alrededor era por elección.

No reconocía mi casa, mi habitación, a ninguno de los vecinos ni los lugares donde estaba. Las clases eran un infierno; las asignaturas, imposibles de aprobar; y cuando salía a la calle, todo me resultaba ajeno. El ambiente en el hogar no es que fuera mejor, con mi padre ahogado en deudas

y la mirada perdida y mi madre simulando que haber cambiado de huso horario resolvería nuestros problemas. «Es ella la que lo estropeó. La culpa es suya».

Eché desesperadamente de menos a Rita, pero ni siquiera con ella me veía capaz de hablar. Además, ¿qué iba a decirle?: «He estallado con mamá y me he pirado de casa». ¿Qué iba a hacer ella desde Tenerife? Solo conseguiría crear movidas entre las dos, y por más que quisiera y supiera que mi hermana estaría en mi esquina, no me parecía bien obligarla a tomar partido.

Resoplé. El aire de la tarde me refrescó el cuello. Nervioso, tanteé el bolsillo de los pantalones y respiré con alivio cuando encontré la nota manuscrita que me había guardado y temía haber perdido en la huida. Abrí la hoja con reverencia y eché un ojo a las palabras escritas días atrás y que todavía no había enseñado a nadie. Mi canción. La primera cosa real que creaba para mi sueño de roquero, para la banda de mi vida. «Un grupo que no ensaya, con integrantes que apenas se comunican y que ni siquiera tiene nombre».

Me planteé hacer una bola y tirarla al mar, pero la letra era buena. Estaba seguro. Algo dentro me lo decía. No soy un chulo por naturaleza, aunque sé que a veces lo parezco, pero de las cosas importantes no presumo sin razón y aquella letra, la canción… era buena. Sabía que lo era. «Es una pena que no tenga con quién compartirla».

Crear aquella banda había sido mi única ilusión desde la vuelta a Las Palmas, y ahora… ¿qué coño pasaba ahora? No sabía en qué punto estaba. No sabía una puta mierda. Y lo que me quedaba por no saber…

—¡Eh, cantante!

Creo que se me pusieron de punta hasta los pelos del sobaco. En serio. Me di la vuelta tan despacio que debí parecer una caricatura de mí mismo. Cuando estuve frente a ella, pensé que el sol de la tarde me estaba jugando una mala pasada, pero el día estaba nublado de cojones, así que… tenía que ser verdad: Marta Luján estaba allí. Llevaba el pelo suelto, un peto vaquero con parches, Converse bajas de color rosa y tenía el pie izquierdo apoyado en una de esas patinetas eléctricas que cada vez se veían más. Llevaba una mochila al hombro y su cámara colgando del cuello. Me sorprendió tanto que me dirigiera la palabra de forma voluntaria que no me salió más que un gesto cutre de la cabeza a modo de respuesta a su saludo. Al inclinar el cuello me olisqueé disimuladamente. Joder, apestaba mogollón por culpa de la pedalada. Esperaba que no se me acercara mucho. Aunque, bueno…

—¿Qué pasa? ¿Estás en modo videoclip o qué?

Asumí que lo decía por mi incapacidad para hablar o moverme. Carraspeé y negué, después finté un poco hasta agarrar la bici del manillar. Casi me la tiro encima. «Muy bien Chesco. Marcando calidad».

—Pensando… ya sabes: temas, bolos.

—Claro, claro. Me imagino que debes tener el teléfono petado entre llamadas de discográficas y los de Spotify insistiendo para que subas los temas con ellos.

Sonreí de medio lado, a pesar de que no tenía la tarde para que nada me hiciera gracia. La perspectiva que ella acababa de pintar era muy similar a algunos de mis sueños más recurrentes.

—Ríete, pero cuando llamen a tu puerta para preguntarte sobre nuestros inicios para el documental de Netflix, te tragarás tus palabras.

Marta soltó una risilla.

—Tranquilo, me aseguraré de dejarles claro que tu increíble talento y visión musical te acompañaban ya desde la tierna infancia. Igual que lo mal que se te da peinarte.

Abrí la boca, pero opté por volver a cerrarla y pasarme la mano por el flequillo, lo cual sería

tan inútil como pretender que, separando los brazos del cuerpo puesto en contra del viento, mi peste se disiparía gracias al aroma del mar.

Podría haber indagado en por qué y cuándo se había fijado Marta Luján en mi incapacidad para domarme el pelo, pero opté por tirar por otros derroteros. Los que fueran. El objetivo era mantener la conversación. El porqué todavía lo estoy buscando, pero no quería que el momento acabara.

—¿Qué haces por aquí?

Ella señaló al centro comercial con la cabeza.

—Voy con unas amigas a Mc Donald's a por unos helados ridículamente caros y que nunca traen tanta cantidad de ingredientes como en las fotos de las marquesinas.

—Ya… Hay un reportaje en YouTube que habla sobre eso. ¿Sabías que echan laca a la lechuga y pintan los tomates con acrílico o algo así para que parezcan más jugosos en los anuncios? Una ida de olla.

—Sí… tremendo.

No tuve que preguntarle si era ironía para saberlo. Madre mía, ¿se podía hablar de algo más penoso? ¿Era posible?

—Me gustan tus Converse.

—Son de AliExpress.

—Ah, pues… una copia muy buena. Casi parecen auténticas.

—Yo no dije que no lo fueran.

En cualquier momento el monumento a Alfredo Kraus protagonizaría un *facepalm* épico en mi honor, estaba seguro. Marta subió el pie a la patineta y empezó a mover el cuerpo de esa forma que declara, sin temor a equivocarse, que aquel pescado estaba vendido y la conversación —siendo muy generosos al llamarla así—, vista para sentencia. Vamos, que se piraba. Necesitaba algo con que retenerla. Lo que fuera. Cualquier cosa.

—¿Sabes algo de Aníbal? —La pregunta pareció dejarla en fuera de juego, cosa normal teniendo en cuenta que su hermano y yo éramos más que amigos íntimos. Debía deducir que, de haber algo que saber, yo ya lo sabría—. Se fue el miércoles del instituto un poco raro y no contesta a los mensajes y eso.

—Ah, ya. —Marta se rascó el cuello, que por cierto era muy delgado y un poco largo, pero no en plan avestruz, sino… bien, un buen cuello—. Ha pillado alguna mierda del estómago. Lleva dos días en su cuarto sin casi comer. Llegó malo de clase.

Intenté que no se me notara que no me lo tragaba mientras adivinaba si Marta me estaba soltando una trola o aquella era la versión que Aníbal les había dado. Cuadraba. Conocía a mi colega lo bastante como para saber que no iría a chivarse de que se habían metido con él en el recreo. Que yo supiera, y habíamos pasado una época de contarnos hasta lo más vergonzoso que nos pasaba, nunca había dicho en casa aquellas movidas, y aunque la del miércoles había sido fea, no me creía que Aníbal hubiera cambiado su *modus operandi*.

—Pues… dile que se mejore de mi parte.

Marta asintió.

—Lo haré. —Montó el pie derecho sobre el patinete. Acercó los dedos a lo que supuse que eran los botones de encendido, pero antes de decidirse, la cara se le transformó con una mueca —. Mi madre dice que si el virus le dura un par de días tampoco será un drama.

—Qué simpática tu madre…

—Ya… pobre Aníbal, se potó el suéter y hasta el cómic que llevaba en el bolsillo. Llegó a casa

hecho un cuadro. —Frunció los labios en una mueca de asco—. Yo no estaba, pero vamos… ojalá hubiera hecho foto.

Aquello ratificó lo que yo pensaba: mi colega se había inventado toda una trama para enmascarar lo ocurrido. Estudiando la situación desde fuera, y con el comentario que Marta había hecho sobre su madre, no me extrañaba que prefiriera guárdaselo para él. ¿Diría su familia lo mismo de saber lo ocurrido? Y lo que llevaba días atormentándome… ¿tendrían aquellas heridas que ver con el hecho de que Aníbal sufriera en silencio sus complejos e inseguridades? A lo mejor el tema no le daba tan igual como parecía. A lo mejor… había dejado de ser una cosa de críos, algo de lo que reírnos. ¿Debería yo hacer algo? ¿Debería decir algo?

—¿Me estás oyendo, cantante?

Por lo visto, Marta había seguido hablando. Sacudí la cabeza rogando a todos los roqueros que yacían en el averno que eliminaran aquellas teorías de mierda de mi cabeza.

–Perdona, me… distraje con… ¿Qué decías?

Se echó los rizos del flequillo hacia atrás y puso en marcha el patinete eléctrico. Se dio una vuelta a mi alrededor, como un cuervo observaría un cadáver putrefacto secándose en medio del desierto. El olor ya lo tenía, eso seguro.

—Te decía que cuándo retoma la afamada banda del momento los ensayos.

—Ah, eso… —Me rasqué la nuca tan fuerte que creo que me quedé con parte de la piel bajo las uñas—. Pues estamos barajando opciones en cuanto a locales disponibles que cumplan con nuestras exigencias creativas.

—Vamos, que no tienen quien les deje tocar en su garaje.

Puse los ojos en blanco, pero terminé asintiendo. Mentir no tenía mucho sentido.

—Pues no.

—¿Y qué pasa con el casoplón de Ciudad Jardín? Tenía buena acústica.

Marta se dio otra vuelta a mi alrededor. No sabía qué me ponía más nervioso, si el ruido repetitivo del patinete al coger los baches del suelo desigual o su cercanía.

—El padre de Nando se puso en modo sargento de instrucción. Dice que mientras haya que estudiar… pues eso.

—Y tú no tienes sitio.

—Vivo en un piso.

Otra vuelta. Marta tamborileó con los dedos en los manubrios del patinete. Tenía las uñas pintadas de naranja chillón.

—Puedo convencer a mis padres de que les dejen usar el nuestro —dijo sin más—. Les valdría cualquier argumento que incluyera las palabras «sacar a Aníbal de sus cómics y videojuegos».

Podría ponerme metafísico y decir que la luz y la música inundaron el momento y crearon una atmósfera donde no había nada ni existía nadie más allá de ella, su ruidoso medio de transporte y yo… pero habría sido una fantasmada. Y no me hubieran creído.

La verdad es que yo seguía apestando a sudor, ella dando vueltas y mirándome como si me hubiera dado una pájara y, el resto del mundo, girando sin parar. A una niña se le había caído una bola de helado y berreaba, pero, en fin, contexto aparte.

—¿Lo dices en serio?

—Me pondría la mano en el corazón, pero me caería del patinete, y el peto es nuevo.

La seguí con la mirada. ¿Por qué tenía que haberse puesto guapa al crecer? No me parecía justo.

—¿De verdad podrías conseguir que ensayáramos en tu casa?

—¿Estás sordo, cantante? Porque eso les complicaría todavía más todo el rollo. —Sonrió—. Ya te dije que sí, que yo puedo convencer a mi madre.

Fruncí un poco el ceño. No quería ilusionarme demasiado pronto.

—¿Y tu padre?

—Hace lo que diga mi madre.

—Chacho, Marta… —No había otra expresión posible—. Eso sería una pasada. Gracias.

Volvió a sonreír y entonces comprendí que, pese a mi celo inicial, sí, me había ilusionado demasiado pronto.

—De gracias nada, cantante, que no es gratis. Quiero algo a cambio.

Podría haberme venido arriba, pero su expresión me dijo que la cosa no iba por donde mi calenturienta mente adolescente se había imaginado, sino a algo peor, mucho peor, seguramente el motivo real de que, de pronto, hubiera decidido intercambiar conmigo más de dos palabras seguidas.

—¿Y qué quieres?

Marta Luján se me paró justo enfrente. Sacudió la mano como si pretendiera apartar mi olor a sudor a un lado, después me miró tan de cerca que descubrí que tenía pecas en la nariz. Aquello no ayudó en nada a la causa de quitármela de la cabeza cuando me tapaba entero con las sábanas por la noche.

—Quiero formar parte del grupo.

Y eso iba a ser un problema.

10

Girls, girls, girls
Long legs and burgundy lips
Girls, dancin' down the sunset strip
Girls, red lips, fingertips

Paseo Las Canteras – Guanarteme.
Mismo día. Anochecer.
Hecatombe.

¿Saben esa sensación cuando de crío volvías en el asiento trasero del coche de tus padres sin ninguna prisa por llegar a tu casa y el camino, que de ida fue eterno, parecía acabarse en un segundo? Pues no me pasó nada parecido mientras pedaleaba, con la lengua fuera y bañado en sudor, hasta mi piso.

Mi madre seguiría en casa y, para cuando yo hiciera mi aparición, también lo estaría mi padre, quien seguramente estaría ya al día de toda la historia. Tenía por delante una noche larga, de esas que empezarían con unos entrantes de malas miradas, seguido de un plato principal consistente en mandarme a mi cuarto y un postre de bronca monumental, protagonizada posiblemente por ambos progenitores, que por una vez dejarían de lanzarse reproches entre ellos para hacerlo contra mí, unidos, sosteniendo los cuchillos por los mangos, pero apuntando a una diana diferente, igual que el matrimonio del Sioux City en ese espectáculo que había visto no menos de quince veces en mis diecisiete años de vida. «Al menos podrían agradecerme el respiro a su mierda de relación. Gritarme a mí va a ser una novedad».

Decidí reservar el poco aliento que me quedaba y cerré la boca. Enfilé por delante del Superdino que estaba delante del IES Mesa y López y di un rodeo innecesario y del cual mis piernas se quejaron. Para cuando paré frente a mi portal había anochecido, el pelo me goteaba y la peste de mi ropa ya era nivel zombi.

Fantaseé con una ducha de esas que llenara de vaho los espejos mientras el bajo de Nikki Sixx me golpeaba los oídos desde mi iPhone de pantalla quebradiza, pero como todos mis sueños actuales, sospechaba que la idea iba a quedarse en eso, en algo utópico y difícil de alcanzar.

Cuando alcancé el rellano del primer piso e hice una parada técnica para reajustar el pedal derecho de la bici, que se me estaba clavando en el muslo, ya había reproducido la conversación con Marta Luján en mi cabeza media docena de veces. ¿Qué puedo decir? Sabiendo lo que me esperaba, me aferraba al último resquicio de sentimientos agradables que fuera capaz de reunir antes de que el más que presumible castigo me quitara hasta las ganas de vivir.

Si cerraba los ojos casi podía oír el zumbido del patinete eléctrico, observar la sorprendente limpieza de las Converse rosas y apreciar en detalle las pecas de la cara de Marta, entes desconocidos por mi persona hasta el momento y, hasta el momento también, hecho que no sabía que era determinante en una chica para resultar de mi agrado. Aunque no es que Marta me gustara, porque no. Es que… bueno… «Quiere formar parte del grupo», lo cual era un enorme contra a todo aquello en lo que creíamos, como varones adolescentes asqueados del género

femenino al que ni conocíamos ni sabíamos tratar, pero del que secretamente nos habíamos ido obsesionando. «Y puede conseguir que tengamos donde ensayar», lo cual era el pro en mayúsculas, dado que las esperanzas y fantasías de tener una banda de *rock* cuando no se contaba con un sitio físico donde sus miembros pudieran reunirse y fingir que tocaban, menguaban bastante.

¿Qué hacer? ¿Cómo plantearlo al resto? ¿Cómo focalizarme en ese pensamiento cuando todo me llevaba al recreo del instituto, la mirada perdida de Aníbal y aquellas marcas terribles en su cuerpo? «Y qué más dará todo… si dentro de diez minutos no voy a volver a ver la luz del sol».

Por una vez, mi llave no se atascó en la cerradura, imagino que porque mi sentencia estaba dictada y el destino había decidido que más me valía aceptar que me iba a enfrentar a lo inevitable, estuviera listo o no.

Mi padre estaba sentado a la mesa del comedor, justo frente a la entrada. Ante él, un plato sopero lleno de lo que, según mi napia, era potaje de berros; en su mano derecha, la cuchara; en la izquierda, un pedazo de pan; la mirada, puesta en la televisión hasta mi repentina incursión, se clavó en mi persona. Bajé la bicicleta despacio e hice un gesto con la cabeza.

No hizo falta que se levantara, vociferara o la emprendiera a guantazos. A mi padre eso le sobraba. Por su gesto, la postura corporal y la expresión de su cara, supe de inmediato que el fin de los tiempos se aproximaba, aunque ni por esas iba yo a librarme de la caída a los infiernos. Ojalá Lucifer tuviera 5G.

—Espérame dentro.

Dos palabras. Aquello fue todo lo que se limitó a decir mi padre antes de declarar el caso cerrado. Aunque no había comido en todo el día, se me quitó el hambre para una semana. Asentí, dejé la bicicleta a un lado donde no estorbara y arrastré los pies hasta mi cuarto. Cerré la puerta por costumbre, aunque sabía que de un momento a otro él la abriría. Mi encierro pronto sería algo literal y no una circunstancia que yo pudiera escoger cuando no deseara la compañía.

Me senté en la silla del ordenador tomando aire y mirando alrededor, atesorando mis últimos momentos de libertad sin vigilancia. La rodilla se me movía con saltitos rítmicos, y los ojos, puestos a ratos en la puerta y a ratos en cualquier otra superficie, dieron con la balda alta del mueble situado sobre mi cama. Había una foto antigua del último día de colegio. En ella sonreíamos, vestidos de calle y con peinados que más valía la pena olvidar, Nando, Aníbal y yo: todo dientes mellados y caritas ilusionadas con el universo de posibilidades que el paso al instituto abría ante nosotros; llenos de esperanza y alegría por el cambio inminente en nuestras vidas; cogiéndolos a los dos del cuello, yo, cuya cabeza de boliche era más que visible gracias a aquel corte de pelo militar que había sufrido durante toda mi niñez, sonreía al objetivo creyéndome especial, único, mágico, creyendo como el tonto niño que había sido, que si agarraba fuerte a mis amigos no los perdería nunca, considerando que los conocía lo suficiente como para saberlo todo y no temer nada. Joder, qué equivocado había estado entonces. Y qué feliz era la ignorancia. «Ojalá pudiera volver a ese momento…».

Ahora, Aníbal sufría lo que parecía ser un grave caso de acoso que estaba desembocando en potenciales lesiones, Nando parecía sumido en una especie de sopor perpetuo del que apenas si salía unos minutos y, para colmo… habíamos aceptado al Bulerías como mascota del equipo. A pesar de que la situación tenía de graciosa lo mismo que un golpe con la pata de la cama en el meñique, sonreí, tentado a coger el móvil y hacer una captura de esa foto para mandársela a Guille, solo por joder. Quizá debería imprimir la que nos había hecho Marta a los cuatro en la

cancha de La Atalaya, por actualizarme y para tener un recuerdo de lo que era estar al aire libre cuando se cumpliera mi primer año de castigo.

Marta… El encuentro frente al parque de la Música había tenido lugar hacía apenas unas horas y a mí se me antojaba ya tan lejano. «Cantante», me había llamado todo el rato. Supe que, a mi pesar, se me había curvado la comisura en una sonrisilla tonta. «Cantante». Lo había dicho con retintín, eso lo había pillado, pero anda que no molaba escucharlo de sus labios. Casi tanto como aquel chantaje que, visto lo visto y dadas mis actuales circunstancias, no tenía pinta de que fuera a llegar a nada. «Lo único positivo… es que ya no voy a tener que decidir entre aceptar a Marta en el grupo o perder un local de ensayo, porque no me van a dar la condicional hasta los treinta». Subí los pies a la mesa. Cerré los ojos un segundo. Cuando los abrí, tenía a mi padre delante. Di tal respingo que casi me caigo de la silla.

—Baja los pies de la mesa, Chesco, o por lo menos quítate los zapatos, que tu madre limpió esta tarde.

Obedecí mordiéndome una réplica, porque, aunque viniera a abroncarme, yo no tenía nada contra mi padre. Me erguí en la silla, olisqueándome las axilas y preguntándome cómo era que un tufo en forma de hilillos no ascendía ya a mi alrededor, como en las pelis de animación. Mi padre resopló. Parecía que se mantenía despierto y en pie solamente porque le quedaba pendiente aquel trámite. Qué suerte la mía.

—¿Un día largo?

—Global cambió algunas de sus rutas. Eso hace que haya más clientes.

Asentí.

—Eso es bueno, ¿no? Más clientes, más dinero.

Me parecía una de esas reglas de tres simples. Mi padre se rascó la nuca.

—También supone más desgaste físico. Y del taxi, pero no es eso de lo que vamos a hablar.

Me hizo un gesto con el brazo que interpreté sabiamente como un «aparta» para ocupar mi silla, que chirrió un poco bajo su peso. Mi padre resopló otra vez y yo sentí la necesidad de defender mi caso, como un condenado que se encuentra ya en la Milla Verde pero, de todos modos, quiere apelar, por ver si puede conseguir dos últimas cenas. Y una ducha, en mi caso particular.

—Ya sé que se me fue un poco la mano…

—Chesco, tu madre dice que le faltaste al respeto. Y que no es la primera vez.

—Es que se puso imposible porque no sabía dónde estabas y todo lo que yo le decía le parecía poca y mala información, y yo…

—¿Y tú no supiste contestarle de otra manera más que metiéndote en un tema que no te incumbe?

Mi relación con mi padre era buena. Mucho. Estábamos unidos como solo pueden estar un padre y un hijo que comparten, entre otras cosas, sudores y dolores de cabeza por sentir los colores del Atlético de Madrid en el fondo del pecho. Él siempre me había defendido y había dado la cara por mí, y hasta cuando las cosas se habían torcido y mi conducta había sido cuestionable, su simpatía había estado de mi lado. Por eso no entendía sus palabras. Por eso, en aquel momento, me sentí lejos de él y, habida cuenta de que mi hermana vivía fuera y las cosas con mi madre eran un infierno, no me parecía una buena perspectiva. Si perdía a mi padre, ¿qué me iba a quedar?

—¿Que no me incumbe? —repetí, porque tenía que haberlo entendido mal—. ¿Lo dices en serio?

—Chesco, las cosas que pasan entre tu madre y yo…

—Lo que hizo mamá nos afectó a todos. Por lo que hizo tuvimos que dejar nuestra casa, cambiar de vida, irnos a vivir fuera y ella… ¡Todo es culpa de ella!

—Francisco.

Cerré la boca. Joder, de haber podido me la habría cosido con hilo doble. Mi padre no me llamaba así más que en contadísimas ocasiones, o muy buenas o, como aquella, realmente malas.

—No entiendo que me dejes al margen.

—Chesco… —Resopló, y sentí que bajaba los decibelios y procedía a explicarse como lo haría con un crío tonto que no era capaz de entender palabras polisílabas—. Los problemas que tengamos mamá y yo son cosas de nuestro matrimonio. Sí, tú formas parte de la familia, por supuesto, y eres, como Rita, lo más importante que tenemos, pero son nuestros hijos, no parte de la pareja, y por eso los asuntos íntimos no son cosa ni de tu hermana ni tuya.

—Lo que hizo afectó a toda la familia —repetí intentando también mantener la calma—. No solo a la pareja. No fue una cosa del matrimonio, papá, ni íntimo. Ella mintió, engañó, nos arrastró a Madrid y, por su culpa…

—Es tu madre, Chesco. No puedes cambiar tu relación con ella. Yo no quiero que lo hagas. —Me miró a los ojos serio, pero calmado. Casi me dio más miedo que oírlo gritar—. Y, por supuesto, no vas a volver a faltarle al respeto, porque entonces el problema lo vamos a tener tú y yo.

Negué mientras él hablaba, porque, aunque por separado entendía el significado de las palabras que pronunciaba, no podía ponerles sentido. Simplemente, era incapaz de comprenderlo.

—Mintió, papá. Nos engañó.

—¡No, Chesco! ¡Su falta fue conmigo! ¡Su mentira fue a mí!

—¡¿Entonces por qué la perdonaste?! ¡¿Por qué sigues con ella?! No entiendo cómo puedes hacerlo, cómo puedes hablarle, mirarla a la cara sin pensar en…

Un portazo. Y luego, el volumen de la televisión. Probablemente habíamos ido subiendo el tono sin darnos cuenta y mi madre nos había oído. Era lo que tenían los pisos pequeños. Yo también los oía a ellos discutir. Respiré hondo. Mi padre se pasó la mano por la cara y, al mirarme, pensé que me largaría un sopapo, me mandaría callar o sentenciaría que la charla había acabado porque lo decía él y punto, pero no fue así. De hecho, me costó comprender su expresión. De repente parecía más viejo y débil, y ya les cuento que aquel era un adjetivo que muy difícilmente se le podía aplicar a mi padre, que una vez se había sacado una muela con unas tenazas porque le molestaba. Literal. Parecía cansado, agotado incluso. Y por algo que no tenía nada que ver con el taxi.

—No estás preparado para entenderlo, Chesco. Y yo no tengo ni la paciencia ni las palabras adecuadas para explicártelo. Te pediría que confiaras en mí, pero esto no es una negociación. Tu madre es tu madre, y lo que sientes por ella no puede cambiar. Ni debe. El resto… es cosa mía.

—Pues muy bien.

Si así eran las cosas cuando uno incluía al género femenino en su vida, ni todas las pecas del mundo me iban a compensar. Mi padre se levantó con un quejido y mi silla emitió otro. Parecía leerme el pensamiento porque se le aflojó un poco la sonrisa.

—Ya te enfrentarás a tus propios problemas con las chicas… si es que no estás en medio de alguno ya.

Prefería caerme muerto en mi propio mal olor que entrar en aquel tema.

—¿Y tu consejo es que perdone y acepte cuando me engañan de esa manera?

Apretó la mandíbula. Supe que había tensado la cuerda hasta dejar marca y tragué saliva. Los dioses del *rock* debieron compadecerse de mí, porque mi padre no me arrancó la cabeza.

—Seguramente ya tienes algún pelo en los huevos, hijo, pero todavía son flojos. Déjalos crecer. Madura. Hazte un hombre… y ya entenderás entonces que no todo es blanco o negro, o tan simple de solucionar. Tengo mis razones para estar donde estoy, hacer lo que hice y aceptar lo que acepté.

—Pero no son asunto mío.

Extendió aquella manaza enorme, con la que seguramente podría tapar el sol y provocar un eclipse, y me la puso sobre la cabeza. El gesto de asco al notar el sudor casi me hizo sonreír a mí.

—¿Ves? Sabía yo que un pisco espabilado sí que eras. —Agarró la manecilla de la puerta. La conversación había terminado—. Afloja con tu madre. Va en serio.

Hizo amago de irse.

—¿No me vas a castigar? —pregunté yo, que puede que fuera algo espabilado, pero estaba a años luz de considerarme listo.

Agotado tras un duro día de curro, y seguramente fantaseando solo con echarse a dormir, mi padre habló yéndose ya hacia el sofá y sin molestarse siquiera en girarse para mirarme a la cara.

—Tienes dos meses para sacarte la teórica. Si no, te vas a poner todas las tardes a estudiar los tests conmigo sentado en el taxi.

Tragué saliva. Mensaje recibido.

Cuando emergí del vapor de la ducha, por fin aseado y con los músculos de las piernas clamando por descanso después del místico pedaleo que me había pegado, me sentí igual que Steve Rogers en el momento de convertirse en el Capitán América: como nuevo.Joder con las referencias frikis… puto Aníbal.

Me peiné hacia atrás mirando mi reflejo en el enorme espejo al que había quitado el vaho con la toalla intentando ignorar mi propia mirada de preocupación porque el tema de mi amigo seguía latente en mi sesera, aun con todo lo que tenía encima. Decidí que le daría un poco de cancha, hasta tantearlo cuando nos volviéramos a ver, y si su aspecto o conducta eran sospechosos para entonces… No tenía ni idea. «Improvisar siempre ha sido lo mío». Que se lo pregunten a todos los profesores que alguna vez me han puesto una exposición.

Salí al salón y fui a la cocina, pero antes de llegar, me paré. Mi padre roncaba con la tele de fondo y, al otro lado del pasillo, la puerta del dormitorio donde se encontraba mi madre estaba medio abierta. Apreté los puños. Seguía molesto. Notaba la rabia, el enfado, la incomprensión y la pena, todo junto como en un potaje de verduras tóxicas arremolinándoseme dentro. Por un lado, quería meterme en mi cuarto y pasar de todo; pero por otro, las palabras de mi padre habían ido calando, como esa gotita que cae del lavabo y en mitad de la noche silenciosa se oye como un estruendo.

No estaba de acuerdo en que aquello no me incumbía, pero sí en la parte de tratarla con respeto. Después de todo, Adelaida era mi madre y, si estaba tan mosqueado, era precisamente porque ella me importaba, porque la quería. Y había estado a punto de cargárselo todo, de dejarnos, quizá.

El solo pensamiento me encogió los huevos, y tal como me pasó al ver las heridas de Aníbal y su expresión indefensa, me asusté.

—Compré jamón fresco y cruasanes. —La voz de mi madre me bajó de la parra. Por lo visto, mientras daba vueltas a la cabeza había llegado hasta su puerta y asomado la cabeza. Estaba

echada en la cama, con el mando en la mano y la bata puesta. Me miraba, esperanzada a pesar de cómo había ido la cosa en nuestra última conversación—. Puedo hacerte uno a la plancha si quieres.

Negué mientras me atusaba el pelo húmedo, que me goteaba en la camiseta de dormir.

—Deja, ya me lo preparo yo.

Asintió despacio.

—Buenas noches… Chesco —me dijo cuando estaba a punto de irme.

Sonrió. Yo le cerré la puerta para que siguiera con sus culebrones turcos, sus famosos en islas desiertas o lo que sea que estuviera viendo, y me hice la cena. Hacía tiempo que nada me sabía tan bueno.

11

What if i say i'm not like just others?
What if i say i'm not just another one of your plays?
You're the pretender
What if i say i will never surrender?

La Puntilla – Playa de Las Canteras.
Garaje de Aníbal (y Marta).
Estado de la banda sin nombre: CRISIS.

N—i de coña. Vamos, ¡es que ni de coña!

Puse los ojos en blanco. Acodado en una caja de cartón en la que podía leerse «Adornos de Navidad», me crucé de brazos esperando a que el tercer estallido de Nando perdiera fuelle, igual que había pasado con los otros dos.

Nos habíamos reunido en La Puntilla, en el adosado que los abuelos de Aníbal le habían dejado a sus padres en herencia y por cuyas ventanas se podía ver ese trocito final del paseo de la playa de Las Canteras.

En aquel momento nos encontrábamos en el garaje, amablemente cedido por la progenitora de Aníbal, bajo expresa petición de que, si Marta no participaba de aquel proyecto, ya podíamos irnos despidiendo de la ubicación para ensayar. Yo acababa de comunicar la noticia, y no me había dado tiempo a sacar los micrófonos de la mochila cuando Nando había empezado a despotricar.

A mi izquierda, un Guillermo de pelo suelto, más parecido al futbolista de turno elegido para anunciar champús, jugueteaba con la cremallera de la funda de su desastrosa guitarra española; a la derecha, un Aníbal muy callado sostenía las baquetas. Llevaba, como siempre, un jersey que lo cubría entero; a nuestro alrededor, las cosas usuales de un garaje típico de una familia normal, de esas que compran la gomina en el supermercado y no en salones de belleza.Perdón por el cinismo, pero es que Nandito llevaba treinta minutos de reloj tocando los cojones.

—Las mujeres siempre joden los grupos. Siempre. Mira Yoko Ono.

—Coño, ¿ahora somos los Beatles? —El Bulerías sonrió. El muy cabrón, con aquella pinta daba para anuncio de la tele, pero fijo—. A eso lo llamo yo creerse mierda y no llegar ni a pedo.

Nando le sacó el dedo corazón.

—Venga, tíos… un poco de madurez…

Intenté calmar el ambiente, pero fui ignorado una vez más.

—También podemos buscar otro guitarrista. — Aníbal saltó de la nada, como si las aguas no estuvieran ya bastante turbias—. Las bandas cambian a sus miembros constantemente. Lo hicieron los Rolling, los Foo Fighter, Black Sabbath y hasta Iron Maiden.

Me vi en la obligación de abandonar mi lugar en el banquillo. Si no llegaban a la paz por sus propios pies, los llevaría yo, a hostias de ser preciso. ¿Qué diría el Cholo Simeone ante una crisis como aquella?

—Aquí no sustituimos a nadie —decreté como si por mi boca hablara un profeta—. Los cuatro formamos parte del grupo y los cuatro seguiremos en él. —Para rebajar un poco el tono, sonreí —. Aunque soy flexible en cuanto a lo de cargarnos al Melenas.

—¡Que te follen, Chesco!

Le hice un gesto con la mano.

—Bulerías, tu madre no está invitada a este ensayo.

—¿Ensayo? —Aníbal bufó golpeando una estantería llena de frascos de pintura a medio gastar con las baquetas de la batería—. ¿Qué ensayo? ¡Pero si no estamos tocando una mierda!

—¿Y de quién es la culpa? —Nando lo señaló. Joder con el dichoso dedito… Íbamos a tener que atarle las manos con las bridas del árbol de Navidad.

—¿Va por mí? Porque yo solucioné el tema del local de ensayo.

—Sí, pero ¿a qué coste? Además, no es mi culpa que mi padre quiera priorizar mis estudios antes que este… este… amago de *hobby*.

Ahí, lo reconozco, Nando no me tocó los huevos, no, ahí me hizo un nudo de intestinos.

—¿Nuestra banda de *rock* te parece un amago de *hobby*? ¿En serio?

Mi amigo movió la cabeza a los lados. No se le salió ni un pelo del sitio. Supongo que los fijadores caros tienen su ventaja.

—Ni ensayamos ni tenemos nombre para el grupo.

—¡No ensayamos porque tú estás imposible, negativo y gilipollas!

Y otra vez, los dos, se volvieron a encarar.

—¡Que no podemos aceptar a tu hermana en el grupo, Aníbal! ¿Estás flipando?

—No, imbécil, lo que estoy es curtido. Conozco a mi madre: si dice que es o Marta o nada, nos la vamos a tener que comer con papas.

Abrí la boca. Por suerte, Bulerías me interrumpió, porque la verdad es que no tenía mucha idea de qué decir.

—Por bien que suene lo de comer… —le dio unos golpecitos a Aníbal en la tripa, este se giró en plan cocodrilo del Loro Parque, y juro por Dios que temí que Guille acabara con la baqueta encajada en la garganta— …deberíamos centrarnos en lo importante: tenemos un sitio donde tocar.

Nando lo miró como si lo hubiera hostiado.

—¿Y qué pasa con el tema de la hermana de Aníbal?

—¿Qué pasa? —Guille se encogió de hombros—. La piba siempre carga con la cámara, ¿no? Pues todo grupo necesita unas buenas fotos para promocionarse. Y, además, ¿tú la viste desde que llegamos? Yo creo que se la suda esto.

Alcé la mano, no sé si invocando a la lluvia o agradecido de que alguien nos sacara del puto bucle en el que estábamos hacía rato.

—Bulerías, es la segunda vez que apoyas el proyecto sin condiciones. Acabas de ser confirmado miembro fijo de la banda.

Guille me hizo un corte de mangas. Joder, cada día me caía mejor.

—Yo sigo sin verlo, tíos —negó Nando aferrado a su Gibson como un koala a su eucalipto. La madre que lo parió… que en paz descanse.

—¿Por qué te obcecas, tío? Te está diciendo Aníbal que es lo que hay.

—Y es lo que hay.

Otra vez volvió a negar. Mira que era cansino.

—¿Y ya está? ¿Nos tenemos que conformar?

Encogí los hombros y levanté mucho el cuello. Me sentí igual que el emoji del WhatsApp.

—Nando, esa es la definición exacta de «es lo que hay». Además, lo que dijo Guille tiene lógica: Marta puede sernos útil, es buena fotógrafa. Podríamos sacarle beneficio.

—Yo no contaría mucho con que nos ayudara…

Miré con reprobación a Aníbal. ¡Chacho, que ya casi lo tenía convencido!

—Pues… si no le importa una mierda lo que hacemos y apenas le vemos el careto, ¿dónde está el problema?

—El problema está en que nos condicionan forzándonos a aceptarla y nosotros estamos comprometiendo nuestros principios no revelándonos.

Creo que se me cayó un ojo. Ay, la madre que… bueno, ya me entienden.

—¿Tenemos principios, pero no tenemos nombre?

—Ricitos, cállate. —Aunque eso iba un poco por todos.

—Pero ¿por qué te quejas tanto, Nando? Te recuerdo que tú ni siquiera apostabas por la banda al principio.

—¿No ofrecí mi casa? ¿No fui el único en aportar un instrumento de verdad?

—Mi instrumento es mi voz. —Lo siento, ya sé que la movida no iba solo conmigo, pero me sentí en la obligación de defender mi posición. Además, la cosa se estaba calentando de más—. Y esto no es una competición sobre quién da más o quién da menos. Teníamos un problema y ahora ya no lo tenemos.

—Exacto. —Y para terminarlo, Aníbal se sentó tras su batería de juguete. Tenía tan apretada la mandíbula que los cachetes se le marcaban en la cara redonda como pintados con rotuladores Carioca—. Propongo que nos dejemos de mierdas y empecemos a ensayar.

—¡Por fin! —Guillermo tiró de la cremallera de la española—. Cuanto antes arranquemos, antes empezaremos a ligar con pibitas, porque yo no sé ustedes, pero yo me metí en esto del *rock* por las chicas.

—Qué original. —Pero le sonreí, porque, a fin de cuentas, el tío se esforzaba por aliviar las tensiones cuando estas amenazaban con joder un ambiente que ya de por sí estaba cogido con alfileres—. ¿Están todos de acuerdo? ¿Empezamos el ensayo?

Solo cuarenta y cinco minutos tarde… Nando seguía sin estar muy convencido, pero como sus argumentos caían en saco roto, terminó por bajar el morro, abrir la funda de la Les Paul y empezar a fingir que sabía lo que hacía cuando se puso a afinarla. Guillermo calentaba la voz para los coros y yo enchufé el micro a la peana de batería mirando de reojo a Aníbal. Como su batería no consistía más que en un par de piezas, poco montaje era necesario, de modo que aguardaba, aparentemente inalterable, a que terminaran los demás.

Hice un barrido por la habitación. Aquel garaje era ciertamente más pequeño y menos confortable que el de Ciudad Jardín, pero tenía lo que necesitábamos: espacio suficiente para los cuatro.

—Oye… ¿está todo bien?

Aníbal levantó los ojos por encima de sus gafas redondas. Él sabía que yo lo sabía. Nos habíamos mirado en el momento justo durante la pelea en el instituto y, después, no habíamos vuelto a hablar del tema. Por lo visto, las cosas iban a seguir así.

—Mejor que bien. Conseguí una primera edición de *El Largo Halloween*. Es una pasada.

—Ya, pero yo me refería…

—¿Estamos listos? *Let's play, motherfuckers*!

Guille rasgó de manera tan cutre las cuerdas de la guitarra que nos tuvimos que reír. Incluso

Nando, que usó sus dedos acusadores para hacer el signo del *rock and roll* y, de repente, parecía animado y predispuesto, en lugar de apagado o de mal humor. Quise preguntarle qué movidas se traía, pero al verlo colgarse la Gibson sobre el cuerpo y tomar posiciones, se me fue de la cabeza todo lo que antes me había preocupado. O quizá elegí olvidarlo de forma voluntaria. No me juzguen. Los momentos felices, de ridícula alegría infantil, como aquel, eran tan escasos… que quise agarrarlo como si fuera mi último aliento. Por lo visto, ellos también. Fingimos de mutuo acuerdo.

—¿Entonces? ¿Qué va a ser?

A la pregunta de Guillermo, los chavales barajaron varias opciones de temas para versionar, pero yo, que tenía las orejas medio rojas porque me había parecido oír a Marta en el piso de arriba y por un segundo temí —deseé— que apareciera, me metí la mano en el bolsillo y, por fin, saqué la hoja de papel.

—Escribí algo. No tiene acordes, pero… creo que no es muy malo. No sé.

Yo, que nunca me había puesto nervioso para un examen, titubeado ante una pregunta hecha sin oír de qué se había estado hablando o perdido el temple antes de presentar un tema que ni me había mirado, noté empapadas las palmas de las manos. Las cabezas de Nando, Guille y Aníbal se juntaron. De no haber estado tan tenso, me habría hecho gracia la composición de los tres, muy similar a la portada del disco Queen II. Leyeron en silencio. Después me miraron.

—Chesco, tío… —Nando.

–La verdad es que mola bastante. —Aníbal.

–No sé en qué tonalidad habría que cantarla.

Carraspeé, joder, me sentía retrasado. Guillermo me dio con el codo. Sonreía.

—Yo digo que la toquemos, y ya saldrá el ritmo.

—¿Seguro? —Los vi asentir. Con firmeza, sostuve el micrófono—. ¿Vamos?

Y vaya que si fuimos. ¡Fuimos con todo! Y cantamos, a trompicones, trancas y barrancas, sin rendirnos, el que estaba llamado a ser nuestro primer tema original:

QUE LA DROGA ESTÁ MUY CARA,
LA SOBREDOSIS NO LLEGARÁ,
Y EL DEL SEGUNDO QUE LA VENDE
ES IMBÉCIL DE MANUAL.

(AÑADIR ESTRIBILLO)

SI LO ÚNICO QUE QUIERES
ES UN ÉXTASIS TOTAL,
UNA MUERTE MUY ROQUERA,
UN BUEN VIAJE SIDERAL,

(AÑADIR ESTRIBILLO)

QUE NO ERES UNA ESTRELLA,
PERO AL FINAL TE ESTRELLARÁS.
ES TARDE PARA EL VEINTISIETE,
NINGÚN CLUB TE ACOGERÁ.

—Le falta algo —dijo Aníbal.

—Un estribillo que pegue, algo facilón. —Ese fue Nando.

—Que sea repetitivo, corto y que se quede como título. —Habló Guillermo.

Ni siquiera tuve que pensármelo. Llevaba días con aquello en la cabeza.

—***ESTATE TRANQUILO.***

Fue un minuto de silencio solemne, igual que en los partidos de fútbol. La volvimos a cantar añadiendo esas dos simples palabras a modo de coros. Encajaba como el jodido zapato de la Cenicienta.

—¡Es la leche!

—¿La leche, dices? ¡Es la hostia! ¡Es buenísima!

—¡Tenemos nuestra primera canción!

No sé quién dijo qué, solo que sonreí y, por primera vez en mucho tiempo, lo hice como si en la vida no me faltara absolutamente nada para ser el crío más feliz del universo.

—Ni la hostia ni buenísima. —Levanté los brazos, todavía con el micro apretado en el puño—. ¡Es mística!

—¡Mística!

—¡Igual que nosotros!

—¡Somos ***MÍSTICOS***! —chillamos los tres al unísono (joder, ¡teníamos las voces hechas para encajar!).

El clic de la Nikon nos pilló justo en el momento y, tras el objetivo, la sonrisa de Marta Luján, que nos miraba con una mezcla de burla y esa clase de ilusión que uno siente porque se le contagia de verla en las caras del resto. Comprobó la pantalla de su cámara y luego, a nosotros.

—Místicos, ¿eh? Pues no suena mal. Sería un buen nombre.

Y así pasó. Nacimos.

12

We know alchemy, we bring you rock&roll
We are the ones you love, or we're the ones you hate
We are the first and we just still might be the last
We are motörhead, born to kick your ass

La Puntilla – Playa de Las Canteras.
Garaje del batería de MÍSTICOS.
Primer ensayo oficial de MÍSTICOS.
MÍSTICOS, nueva banda de rock and roll.
Con tema propio.
¡Somos MÍSTICOS!
¡MÍSTICOS, JODER!

S—¡omos ***MÍSTICOS*** y vamos a tocar rock and roll!

Vale. Lo reconozco. Puede que me hubiera venido un poquito arriba. Nota mental: dejar lo del grito de guerra para más adelante.

El ensayo había sido bestial. Una auténtica gozada. Durante dos horas no fuimos cuatro chavales jugando a intentar tocar instrumentos de mierda y cantando cada uno a la suya. Mientras tocamos ***ESTATE TRANQUILO***, coordinamos de verdad. De alguna manera, Nando encontró los acordes, Aníbal lo clavó con un solo de batería que parecía imposible que pudiera realizarse con aquella chatarra, y el puto Guille se marcó un baile del pollo durante los coros con un estilazo a lo Axl Rose en sus buenos tiempos muy de respetar. Y eso que llevaba puesto un chándal Fila que nos quitaba todo el caché. En cuanto a mí… creo que alcancé cotas de felicidad que no me correspondían. Y lo digo así, aunque suene cenizo, porque era tal la alegría que me palpitaba en el pecho que me asustaba que de repente me fuera a reventar una costilla.

Mientras duró el ensayo, todo lo que se saliera del cubículo donde tocaba con mis amigos no importó. Ni para mí ni para ellos. Fue una catarsis, una droga dura, pero de las que no joden el cerebro, sino que curan el alma rota cosiéndola con un hilo potente a base de corcheas y falsetes. No sé si declararlo el mejor momento de mi vida, porque ahora que lo cuento con perspectiva sería exagerar, pero aquella tarde, algo dentro se me llenó de esperanza y creí, por primera vez de verdad, que conseguirlo sería posible. Que podríamos tener un grupo de *rock*. Que volveríamos a ser los que habíamos sido antes de la separación. Que las cosas, por fin, se habían estabilizado para bien.

Visto con el paso del tiempo, supongo que no debí fliparme tanto y tan pronto. Aunque de la caída también aprendimos. Vaya que sí.

Llegué a casa todavía con el ritmo en el cuerpo. No llevaba el micro en la mano por pudor a que la gente me viera pasearlo, pero ganas de mantenerlo pegado a mí no me faltaban. Me había despedido de los chavales en casa de Aníbal y, aunque no confirmo ni desmiento que tardé en recoger mis cuatro mierdas más de lo necesario por si Marta decidía regalarnos su presencia… el

caso es que la ausencia de la hermana de mi amigo en los momentos culminantes del ensayo fue la única decepción del día.

—¿Ven? Si pasa de nuestros culos, tener como condición aguantar a alguien a quien no vamos ni a ver renta.

—Y el tema de las fotos… igual no está mal del todo. ¿Tú que dices, Chesco?

Miré a Nando y a Guillermo fingiendo que no me importaba en absoluto si Marta, la dichosa niñata que debía haberse quedado para siempre llevando aquellas zapatillas de luces, compartía espacio y tiempo con nosotros o no. No les había contado a mis colegas nuestro encuentro en la plaza de la Música. De hecho, me había hecho tan bien el sueco cuando ella comentó el tema de ofrecernos local de ensayo a cambio de ser parte del grupo, que casi estaba por pedir que me apodaran el Ikea.

Lo que no podía entender —y Marta no se dejaba ver lo bastante como para podérselo preguntar—, era por qué parecía ella tan interesada en unirse a los ahora bautizados como Místicos, si luego nos echaba un par de fotos, daba alguna vuelta a nuestro alrededor y se piraba sin más. ¿Qué clase de compromiso era aquel? ¿Así era como pretendía ser un miembro activo? Porque yo exigía mucho más de mi grupo.

—Lo que digo… es que menos preocuparnos por tonterías y más centrarnos en lo que estamos. Tenemos nombre y tenemos tema propio. Ahora hay que ser firmes y ensayar todas las semanas varias veces. —De lo de buscar técnicas y promoción para que se nos empezara a conocer, ya hablaríamos—. Marta puede entrar o salir cuando quiera: para empezar, es su casa y, para seguir… gracias a ella Místicos es una realidad.

Aníbal rebufó mientras desatornillaba los platos del soporte de la batería.

—Como le des ese crédito sí que no nos la quitamos de encima.

Me encogí de hombros.

—Al César lo que es del César.

Entramos en un corto debate sobre si el mérito de la aparición del nombre era todo de Marta o ella solo había hecho una libre asociación de pensamientos en el momento adecuado. Fuera como fuese, había estado en el momento y lugar precisos con su Nikon al cuello para capturar uno de los momentos clave de nuestra todavía recién nacida carrera. Era algo para recordar, y ahora teníamos una nueva instantánea para poder hacerlo. Deseé que ella estuviera allí para decírselo.

Me acojonó horrores la necesidad de verla que se me había pegado al espinazo de repente, y no dije a nadie, ni siquiera reconocí para mí mismo que, tras el bíblico momento donde ella nos había ungido como ***MÍSTICOS***, intenté buscar un acercamiento, recrear, si acaso era posible, el momento que habíamos vivido en la trasera del Alfredo Kraus, y que cada vez se antojaba menos auténtico y más producto de mi fructífera imaginación adolescente. Y es que, a fuerza de rebobinar el momento, creo que había roto los cabezales de la cinta, porque Marta había tirado dos fotos más y se había dado la vuelta, como si de pronto nuestra existencia hubiera dejado de importarle. O, lo que era peor, como si no le hubiera importado nunca de verdad. Pero entonces volví a lo mismo: ¿por qué…?

—Igual la podemos convencer para que nos grabe un videoclip o algo así. —Guille, moviendo la melena suelta, levantó la guitarra española como si enarbolara la Copa del Mundo—. ¿Te imaginas, Chesco? El vídeo de ***ESTATE TRANQUILO*** en YouTube.

—Mucho hay que practicar antes de pensar en un videoclip… —pero la idea me daría para un par de poluciones nocturnas, eso seguro—. Próximo ensayo: vamos a cuadrar fechas.

Lo cerramos para el miércoles, que era un día relativamente flojo en clase y, además, teníamos la optativa de Iniciativa Emprendedora, con lo que matábamos dos pájaros de un tiro.

Con la rara sensación de que todo estaba más o menos en orden, me lavé las manos y aproveché el agua fresca para echarme el pelo hacia atrás. Cuando salí del baño, mi madre estaba friendo huevos y pelando plátanos en la cocina.

Entré con la excusa de sisar algunos caramelos de menta a los que mi padre se había aficionado después de dejar de fumar y, mientras me los echaba al bolsillo, miré a Adelaida. Nuestro acercamiento de hacía un par de noches todavía estaba tierno, como una figurita de barro recién terminada que te mueres por tocar pero que sabes que estropearás como le acerques el dedo. Era mi madre, y al rencor y absoluta incomprensión por lo que había pasado se le anteponía la sensación de necesidad que me picaba en el cogote. Quería estar cerca de ella, hablarle, recuperar la unión que habíamos disfrutado cuando yo me sentía inocente y ajeno a las verdades que ocurrían bajo mi techo.

Por momentos fugaces, casi podía creerme que sería capaz de volver a eso, pero no ocurría como con los chicos, donde podía aferrarme a la irrealidad y pretender que era la tónica de cada día, lo auténtico, porque nuestra separación, indirectamente, había sido culpa mía; de ahí que hacer de tripas corazón y simular que todo era como siempre me fuera más sencillo. Con mi madre era otro cantar. A ella la sabía directa responsable. Sus acciones no solo habían conllevado daños colaterales como los de distanciarme de Nando y Aníbal o tener que cambiar de instituto, apenas ver a mi familia en dos años y demás, sino que también habían roto mi confianza, destruido la imagen de completa fortaleza de mi padre, que lucía ahora esa eterna expresión del que ha sido apaleado, aunque se esfuerce en ocultarlo.Y todavía no sabía si podía haber valido tanto la pena como para poner en fuera de juego a nuestro equipo, para dejarnos con uno menos en la prórroga.

—¿Vas a querer plátano frito con el arroz a la cubana?

—Crudo.

Adelaida asintió y dejó uno sin pelar sobre la encimera.

—Mira a ver si te quedan zumos frescos en la nevera para que, si no, metas uno antes de comer.

Fui a la despensa para cumplir la petición. Después, silencio. La vi sacar los ajos de la cazuela del arroz blanco, meticulosa, y luego soltarlo con un tenedor de púas largas. Me rugieron las tripas de hambre. Y la boca de ganas de hablar.

—Hoy ensayamos con el grupo. En casa de Aníbal Luján.

Lo del apellido era tontería. Mi madre conocía de sobra a mis amigos, pero no sabía por qué, de repente quise darle unos datos pormenorizados, detallados y exactos.

—Algo me dijo tu padre. —Tapó el arroz y lo cubrió con unos trapos de cocina para que se mantuviera caliente—. Y también que deberías estar concentrado en hacer tests para el teórico del coche en vez de jugando a las casitas.

Fruncí el ceño, y ahí se fueron mis ganas de contarle cosas.

—Es un proyecto para una optativa de clase. Tenemos que crear una empresa funcional como trabajo de fin de curso.

Adelaida frunció el ceño. Recogió los cubiertos usados, los puso a fregar y sacó la sartén para los plátanos.

—¿Y no se les ocurrió nada más sencillito que hacer una banda de música? ¿Pero ustedes saben tocar algo?

Ella por lo visto sí. Las narices.

—No se nos da del todo mal.

—Ya… si es una menos para septiembre, a mí me vale. Anda, Fran, pon la mesa. Comemos desde que se fría esto.

Me mordí la corrección, porque por lo visto volvía a ser Fran, así que actué como el crío que en el fondo seguía siendo y me hice el loco. Puse servilletas y cubiertos y después me metí en la habitación, rumiando lo del tema que había escrito y cómo, tras lo ocurrido a Aníbal, el mal rollo inicial con Marta, mi negativa a aceptar a Guille y los estados en la parra de Nando, habíamos conseguido enganchar un par de horas unidos cantando mi canción.

Sonreí y saqué el maletín azul celeste que contenía el tocadiscos que me había regalado Rita y, del montón de discos, el viejo *Rock & Ríos* de mi padre. Limpié el vinilo y lo ajusté, colocándole encima la aguja con el mismo cuidado que uno da un abrazo a su abuela. Segundos más tarde, Miguel Ríos me declaraba «bienvenido» como «hijo del *rock and roll*», y yo, que me sentía en la cresta de una ola que al final me terminaría por revolcar, fingí que le devolvía el saludo desde las sagradas paredes de mi santuario, donde todo era posible. Hasta lo que no. «Pienso quedarme mucho tiempo», dije mirando el girar del plato con reverencia y devoción. «Para siempre».

13

A soul in tension that's learning to fly
Condition grounded but determined to try
Can't keep my eyes from the circling skies
Tongue-tied and twisted, just and earth-bound misfit, i

IES Mesa y López.
Viernes. Mediodía.
Salida del instituto. Atasco.

Se formó un barullo considerable a la salida de clase, y no solo porque fuera la previa a un fin de semana que todos llevábamos esperando desde que tocó la sirena el lunes a las ocho de la mañana, sino porque, por lo visto, un crío de primero había potado hasta la primera papilla en mitad de la escalera y nos habíamos atascado.

—Joder, va a apestar esto un mes —se quejó Nando mirando el reloj de pulsera—. ¡Y encima salimos tardísimo! ¡Se nos va a escapar la guagua!

—¿Pero a ti no te recoge tu viejo?

Aníbal, con la sudadera abrochada como siempre hasta el pescuezo, removió los rizos que se le habían atascado en el gorro. Tenía la mochila puesta por delante y la cremallera a medio cerrar. Aparte del material escolar de rigor, llevaba dentro un par de novelas gráficas y unos auriculares más grandes que su cabeza, lo cual, créanme, no era cosa fácil.

—Hoy no podía. Me toca coger la Utinsa hasta Ciudad Jardín.

Le eché el brazo por encima. Habría intentado despeinarlo, pero la gomina de Nando era a prueba de escenas de riesgo en pelis de acción.

—Bienvenido al mundo de los pobres, colega. ¿Tienes bono o eres de los pringados que pagan con dinero?

Frunció el ceño.

—¿Para qué voy a querer bono si la voy a coger solo hoy?

Aníbal y yo compartimos un gesto de evidencia.

—Es de los pringados.

—¿Todavía están aquí? ¿Qué pasa? ¿Se cayó alguien haciendo un TikTok?

—Pota en el pasillo tres. Uno de primero.

Guille, que, a juzgar por el movimiento de carrillos y las manos llenas, había sido el último cliente de la cafetería antes de que esta cerrara, se nos arrimó y estiró el pescuezo. El pobre niñato de la ESO, cuya cara no nos sonaba de nada, estaba sentado en uno de los escalones tomándose un Seven-Up mientras intentaba que el desastre que le cubría la ropa, las zapatillas y parte del mobiliario urbano del centro, desapareciera.

Pobre. Sería el Potas todo el curso. Su sentencia estaba echada.

—Mola —declaró Guille, que mordía una herradura de Eidetesa como si llevara sin comer dos años—. Las Nike esas más vale que las tire a la basura.

—¿Y tú que haces con eso? ¿No almuerzas en tu casa?

Ante la cuestión de Nando, Guillermo se limitó a encogerse de hombros.

—Así abro apetito. Soy de constitución agradecida, me paso el día jalando y no cojo un gramo. Ni tampoco se me quita el hambre.

Miré de reojo a Aníbal, que había metido la mano en la mochila y tenía ya medio agarrados los cascos. Desde el momento «hostias de recreo» que había sufrido mi amigo, tendía a fijarme en él en momentos puntuales, como aquel donde el Bulerías, sin maldad ni malas intenciones, había declarado su facilidad para hartarse de comer mierdas sin remordimientos ni consecuencias. Probablemente Aníbal no podría hacer eso, dado que su físico y desarrollo corporal estaban un poco menos equilibrados. Vamos, que era más fácil saltarlo que rodearlo, pero que, aunque yo lo cuente así, en plan risas… el tema tenía cada vez menos gracia, sobre todo porque a él parecía afectarle más. Aquellas heridas… Su visión me perseguía y no lo había podido compartir con nadie.

—¡Que tengo que llegar a mi casa, joder!

Nando metió un empellón que nos dejó a todos flipados, primero porque no era tío de perder el control, y segundo porque… ¿había dicho «joder»? ¿En serio?

—¡Chacho, Nando!

Guille se le encaró. El empujón había dado con un trozo de la herradura en el suelo. De los que llevaban relleno, además. Putadón.

—A ver, todos tenemos prisa…

Mi pijo compañero, que ni atendía a razones ni comprendía que por más que metiera codo la cosa no se iba a aflojar hasta que la de guardia abriera la puerta y nos dejara salir, insistía.

—Pero es que yo tengo que llegar a mi casa.

—¿Y qué te crees? ¿Que nosotros nos vamos a un hotel?

Guillermo negó, mordiendo otro pedazo de herradura, ofendido con la vida. Nando lo miró como si le quisiera arrancar los rizos uno a uno. En otras circunstancias, me habría encantado verlos de bronca, pero era viernes, hacía calor y yo también me quería ir para centrarme en cosas más importantes. Pista: ***¡MÍSTICOS!*** Se acuerdan todos de que nuestra banda ya tiene nombre, ¿verdad?

—Normal que te dé igual, tú ya estás comiendo —dijo Nando—, pero yo tengo hambre.

—Nadie te manda que traigas para el recreo la mierda esa de avena integral. Come comida de verdad, tío, que seguro que te sobra la pasta para eso.

—Me gusta cuidarme, muchas gracias.

En respuesta, Guillermo abrió el buzón y se echó dentro los restos de la herradura. Se llenó todo de chocolate.

—Vale, Willy Wonka, corta con el espectáculo, a ver si vas a terminar potando también. Y tú, relaja. —Le di un toque a Nando en el hombro—. Todos tenemos calor, hambre y mejores cosas que hacer. Paciencia.

Me rebufó algo, pero me distraje porque, a la derecha, con unos vaqueros cuyas dos perneras eran de diferente color y un suéter suelto anudado sobre el ombligo, Marta Luján se abría camino, seguida por una chica que le susurraba algo al oído, entre la marabunta humana de adolescentes.

Se me secó un poco la boca y no sé qué se apoderó de mí: alguna especie de voz que solo podíamos oír los perros y yo me susurró un «no hay huevos» de esos que los toletes de manual, como un servidor, no podíamos dejar pasar. Me eché un vistazo críptico, esperando que el rato

que llevaba al sol no me hubiera hecho oler demasiado a sudor. Con el día del auditorio había tenido suficiente.

—Tíos, ahora vengo.

Guille hizo un gesto; Nando seguía a las suyas, agobiando al personal como si se hubiera dejado algo al fuego; Aníbal ya estaba enfrascado en su *Batman, el Caballero Blanco* y se la sudaba bastante todo, así que allí que me aventuré, como el pringado que se presenta a una audición sin conocer al grupo, sin saberse los temas ni tener claro si su estilo de música encaja con lo que están buscando. La cosa no prometía nada, para qué nos vamos a engañar.

—Marta… ¿hablamos?

Su amiga y ella intercambiaron uno de esos gestos que, cuando los hacía yo con mis colegas me parecían de puro entendimiento, pero que al verlo ahora desde fuera… no presagiaban nada bueno. Creí que había tenido suerte cuando la otra chica se despidió y nos dejó todo lo a solas que se podía estar cuando el instituto en peso se encontraba alrededor, pero como ya venía siendo costumbre, me confié demasiado pronto.

—¿Hoy también vienes a decirme que te gustan mis zapatillas?

Marta llevaba puestas unas Adidas Superstar con los laterales llenos de colorines.

—¿Pisaste un arcoíris y luego restregaste el pie por él? —Sonreí. Ella no—. ¿De AliExpress también?

—De Base Sports. ¿Qué quieres, cantante?

Carraspeé. ¿Por qué una cría más pequeña que yo parecía tener la sartén por el mango cada vez que intentaba hablar con ella?

—Por lo visto vas a formar parte activa de ***MÍSTICOS***… y quería imponer algunas normas.

Subió la ceja, pero me mantuve en mis trece. Con dos cojones, cada vez más pequeños y apretados.

—No hay nada que discutir: o me dejan participar o no hay garaje para el ensayo. Ustedes deciden.

La cabrona era buena dando ultimátums, y aunque tengo que reconocer que me jodió que se tomara ciertas libertades con mi grupo, ese que tanto nos había costado arrancar, tengo que reconocer que algo en su actitud me gustó. Por lo menos, mostraba interés, que era más de lo que podía decir de alguno de mis compañeros en ciertos momentos… Eso sí, que me impresionara su carácter no significaba que estuviera de acuerdo con aquella dictadura.

—No entiendo por qué insistes tanto si luego apareces cinco minutos y te piras el resto del tiempo. —Crucé los brazos para dármelas de importante—. Si tanto te interesa ser parte, ¿por qué siempre te largas?

Se me acercó un paso, lo suficiente para que las punteras de sus zapatillas rozaran las mías. Me llegó un leve olor a algo… dulce. Coco, a lo mejor. No estaba seguro, pero lo que sí sabía es que olía mejor que la pota del Potas.

—¿Qué pasa Chesco? ¿Me estás pidiendo que me quede a verte cantar?

—¡Chesco, la puerta! ¡Vamos, Marta!

—¡Por fin, que tengo que llegar a mi casa, coño!

—¡Que sí, Borjamari, que ya te oyó todo Mesa y López! ¡Que te calles!

Subido a una parra que ni las más épicas que protagonizaba Nando últimamente, las voces de los demás me llegaron como de lejos. Me sentí igual que cuando enchufabas el cable de imagen pero no el de sonido para ver algo pirata del ordenador y no tenías Chromecast, ¿se acuerdan? El sonido era distorsionado, lejano… apenas se percibía. Pues igual. Reconocí a mis colegas. De

hecho, la propia Marta se recolocó la bandolera al hombro y tiró millas, dejándome allá más plantado que las papas del ojo rosado por las que tanto porfiaba mi madre en el HiperDino. Me costó un rato largo ser capaz de mover los pies y echar a caminar. Subí un escalón y luego el otro, entre quejas de Nando por querer irse, las burlas de Guille, que ahora se estaba comiendo un chupachups, y Aníbal, que… de alguna manera no tenía equilibrio para coger un balón mientras corría, pero podía leer y subir peldaños sin tropezar.Cualquier día lo llamaban para los X-Men y lo nombraban algo así como el Lectotrón.

—¿Chesco? ¿Qué pasó?

Prefería dejar que me arrancaran uno a uno los pocos pelos que me habían salido en el pecho con la pinza de las cejas de mi hermana antes que contestar a eso con la verdad.

—Pues que tengo hambre, Bulerías, eso pasa.

—Otro con el hambre… chacho. ¿Ustedes saben que hay una habitación mágica en este instituto donde a cambio de dinero les dan cosas de comer?

—Ya, pero a diferencia de ti, si yo llego a mi casa y mi madre se entera de que me harté a mierdas, me arranca la cabeza.

—¡Chiquillos, la Utinsa, me largo!

Le hicimos a Nando un paseíllo de burlas varias mientras echaba a correr para coger la que, seguramente, sería la tercera o cuarta guagua de su vida y, después, nos dispersamos.

Guille tiró para un lado; Aníbal, Marta y yo, para otro. Ellos iban hasta La Puntilla y yo me quedaba en Guanarteme. Por acuerdo tácito, decidimos ir a pie, me imagino que porque Aníbal no quería tener que parar su lectura con menesteres tontos como ir a la parada, sacar el bono y demás; en cuanto a mí… bueno, no me merecía la pena para el tiempo que tardaba caminando.

Como mi colega leía y Marta jugueteaba con su cámara, mis opciones de charla eran limitadas. Sin embargo, y empujado otra vez por la dichosa voz de mi cabeza, estiré las piernas y me acerqué a ella observando con asombro cómo hacía malabares para pillar en una especie de plano torcido un pivote verde medio despintado, de los que separaba la calzada de la acera, y conseguía, a contraluz con la vidriera del chino que estaba detrás, un fotón digno de Instagram.

—Joder, qué bueno.

Me contestó sin quitarse la cámara de la cara.

—Gracias. ¿Entiendes de fotografía?

Me rasqué la nuca. No recordaba que esa mañana había hecho el intento de ponerme algo de gomina en la parte trasera y me llené las uñas de mierda. Perfecto.

—Aprietas el botón y sale la foto, ¿no?

Supongo que el equivalente a aquella cagada habría sido decirme a mí, por poner un ejemplo, que Angus Young y… qué sé yo, ¿Bad Bunny?, pertenecían a la misma categoría de músicos, o humana, ya puestos. Entendí su mala mirada perfectamente; estaba justificada.

—Me gustaría ver algunas de las que has hecho para el grupo. Ya sabes.

Como Marta tardó en hablar, hice memoria intentando recordar si las últimas, las del místico momento donde ***MÍSTICOS*** había nacido, también nos las había hecho llegar, al igual que aquel instante robado en la cancha de La Atalaya y que, sin yo saberlo todavía, me acompañaría para el resto de mi vida. Después de lo que me pareció más eterno que las versiones extendidas de *El Señor de los Anillos* —lo siento Aníbal, pero me sobra peli por todos lados—, ella por fin se separó de la Nikon.

—Vale. Te las mando por WhatsApp cuando llegue a mi casa y les pase algún retoque.

—Pero… ¿tienes mi número o…?

—Se lo pillo a mi hermano del móvil. Hasta mañana, cantante.

Me pasé el camino a casa intentando dilucidar si aquel apodo era de buenas o una mofa en toda mi cara. ¿Habría llamado Courtney Love a Kurt Cobain «cantante» con ese tonito? ¿O Pamela Courson al líder de los Doors mientras ambos estaban juntos en París? ¿Y Mary Austin? Me apostaba el micro bueno, el del juego de mesa de *La Voz* de aquel mismo año, a que nunca se había referido a Freddie Mercury como «cantante», por más que esa hubiera sido su profesión. Y lo peor del caso, ¿por qué me obsesionaba tanto? «Todos esos ejemplos son de parejas, y no es como si nosotros fuéramos a ser una pareja». ¡Lo que me faltaba! «Nando tiene razón: lo peor que le puede pasar al *rock and roll* es que se le infiltre una tía».

Por un segundo, la imagen de Marta Luján y yo, desnudos y entrelazados rollo John y Yoko se me coló en el subconsciente. Me dio tal yuyu que me choqué con una papelera y, del golpe, acabé cojeando el resto del camino a casa. Con suerte eso me quitaría la bobería y, si no era así, sin duda la perdería del todo cuando, después de una ducha y un buen almuerzo, llegaran a mi teléfono las imágenes prometidas… más o menos.

Marta me había mandado un montaje bastante profesional en el que se veía a cuatro de los perros de la Patrulla Canina en formación. Debajo de la imagen, una sola frase en amarillo fosforito: «***PERRÍSTICOS***. ***PRÓXIMAMENTE*»**. Todos los personajes llevaban mi cara. «Bien jugado, Nancy Spungen». Y aunque debí haber borrado la foto, preso de la indignación, me la guardé en la galería de imágenes y sonreí. ¿Cuánto rato le echaría a hacerla?

14

His mother told him "someday you will be a man
And you will be the leader of a big old band
Many people coming from miles around
To hear you play your music when the sun go down"

La Puntilla.
Lugar de ensayo de MÍSTICOS.
Modo: bucle sin fin.

Enganchamos un par de acordes y nos agarramos a ellos, quedándonos pegados al único sonido que teníamos bajo control. Cantamos ***ESTATE TRANQUILO*** hasta que la letra se nos quedó tatuada, y después tiramos por alguna versión de temas que nos parecía que podían pegar con aquellas tres o cuatro notas que empezábamos a dominar. Me arranqué por The Doors, cayó alguna de Nirvana que pedí que grabaran con el audio de WhatsApp para enviársela a Rita. Aerosmith y su mítica balada de no querer perderse nada y, en definitiva, todo cuanto cupo en el par de horas que la madre de los Luján nos cedía el espacio.

Marta no había aparecido aquella tarde y me sentí más desilusionado de lo esperado. Después de la bromita con los chuchos de la Patrulla Canina, evidencia clara de que recordaba nuestro pasado común y mi épica metida de zarpa en el tanatorio, habría esperado verla pavonearse, Nikon en mano, esperando mi reacción. Vamos, que me habría gustado otro encontronazo, a ustedes nos los puedo engañar.

—Pues yo creo que fue bien, ¿no? —Nando pasó un trapo impregnado de no sé qué mejunje para tratar las marcas de huellas en el cuerpo de la Gibson. Me pareció una frikada, porque no me imaginaba yo a Keith Richards haciendo lo propio, pero bueno, respetaba que mi compañero cuidara su instrumento: eso era compromiso—. Es la vez que mejor sonamos.

—Hombre, teniendo en cuenta que solo hemos ensayado dos veces…

—Venga *Guillememo*, no le quites la ilusión al chaval. —Enrollé el cable de mi micro de cualquier manera y lo eché al macuto donde cargaba las cosas—. Di que sí, Nandito, ¡estamos a *full* de mango!

—Nunca entenderé esa expresión. Y que haya fruta de por medio me da hambre.

—Lo raro sería lo contrario: a ti todo te da hambre.

Se me pusieron los pelos de punta al oír la respuesta de Aníbal, que estaba callado hasta el momento. A veces hacía esas mierdas, bromas macabras con cosas que le podían estallar en el *gepeto*, pero nunca hasta el momento yo me había agobiado tanto oyéndolas.

—Mira quién fue a hablar. —Como cabía esperar, Guillermo—. Si quisiéramos levantar tu batería y darte vueltas mientras tocas, como hacía Tommy Lee con los Crüe, habría que pillarse un camión de esos de veinte metros y trescientas toneladas para que tirara de tu banqueta, tío. ¿Saben lo que digo? —Nos miró como buscando aprobación grupal: yo bajé la cabeza y Nando lo miró sin saber a qué se refería—. ¡Sí, coño! Los del programa de rutas por Alaska. ¿No lo ven?

—En mi casa solo se ve al Atleti. Anda, cierra el buzón y recoge.

—¿Sabes lo que también puede estar chulo en el espectáculo? —Mierda, Aníbal no lo había dejado pasar. ¡Con lo bien que había ido todo, hostia! —Que me siente en tu cara y del pedo que me tire se te alisen esos rizos de muñeca de porcelana que llevas.

Guillermo se dobló de la risa.

—Aníbal, si te tiras un pedo en mi cara, la fuerza de propulsión me manda al pasado, al futuro y cuando vuelva al presente, me revientan hasta los ojos.

—Me sigue pareciendo un buen espectáculo.

Miré a Nando como suplicando ayuda con desesperación.

—Son unos niñatos de mierda. —Y se quedó callado un tiempo que me pareció agonizante—. ¿Echamos unos bocadillos en Ñoño el Chico?

Fue un remedio cogido con pinzas, pero sirvió. Pocas cosas unen tanto como los calamares, el alioli y los refrescos fríos, así que los cuatro nos fuimos para Las Canteras, cogimos una mesa mirando al mar y pedimos el clásico. Mientras movíamos carrillos como si el mundo se fuera a terminar, aproveché que todos estaban entretenidos zampando para sacar de la mochila un par de folios que había impreso antes de coger la guagua y se los pasé.

—Es la justificación de por qué elegimos una banda de *rock* como empresa. —Seguían callados—. Hay que presentarlo el miércoles en clase.

Los tres pegaron tanto las cabezas que, si hubieran tenido piojos, estos se podrían haber hecho un adosado. Se miraron entre ellos, y yo, que cuando me sentía incómodo, en vez de esperar a que la cosa se suavizara, me impacientaba más, di tremendo mordisco al bocadillo y un rejo se me fue por el mal camino… Vamos, que necesité golpes de escápula para que la saliva, que tiraba ya por la carretera de La Aldea, no me provocara un ahogamiento absurdo. Bebí un trago de Nestea limón y, con disimulo, me sequé los ojos llorosos.

—¿Tú escribiste esto, Chesco?

Miré a Aníbal como si me hubiera preguntado en inglés.

—¿No te lo acabo de decir? Para ser batería, oyes como el culo, macho.

—Lo que quiere decir… —pero Nando se cortó a media frase, porque por lo visto no le salía lo que quería— ¿lo escribiste tú?

—Ay, su puta madre… —Estrujé una de esas servilletas inútiles y la tiré sobre el plato de restos. Me crucé de brazos—. Que sí, coño, que lo escribí yo. ¿Qué pasa? ¿Tiene faltas?

Mierda de corrector del Word. En cuanto triunfara en la música me compraba un Mac.

—Yo no te conozco mucho, Chesco, pero me parece que el alucine de los colegas viene a que… son cinco páginas.

Analicé las palabras de Guillermo.

—¿Les parecen pocas? Porque a ver, es la justificación, ya cuando entremos en la mierda de los objetivos a corto, medio y largo plazo la cosa irá a más. Pensé en una tabla, así con colores y… ¿qué?

Me miraban como si me colgara un moco de la napia. Por si acaso, me pasé el dorso de la mano.

—Chesco, eres el tío que en tercero de ESO cogió latín y el primer día de clase le preguntó a la profesora que cuándo empezábamos con los exorcismos.

Sonreí.

—Yo quería ser un Winchester. ¡Qué tiempos aquellos!

—También eres el que se metió en el aula de informática un recreo y cambió todos los fondos

de pantalla por fotos de Fernando Torres.

—¡Eh, eso no es verdad! —Di un golpe en la mesa, pero de los suaves, no fuera a ser que la mala suerte volcara los restos de merienda pagada a precio de oro—. Estábamos en Lengua. No me pierdo yo un recreo ni por El Niño.

—Lo pillo. —Guille se metió en la boca la tetilla de su bocadillo y la bajó con los restos de Clipper de fresa que le quedaban en el vaso—. Vamos, que te suda un poco todo el tema académico.

—Elijo no estresarme.

Los tres se rieron. Allá ellos, mi método era infalible: nueve meses de relax y un verano hincando codos.

—Pero escribiste cinco páginas de justificación para Iniciativa Emprendedora —insistió Guillermo.

—Con márgenes y todo —añadió Nando.

—Y los trajo impresos dos días antes de que haya que entregarlos.

—Ños, perdonen si me intereso porque nuestro proyecto no se hunda como el Titanic. ¡Qué plastas!

—Es que no estamos acostumbrados a tanto entusiasmo.

Nando se limpió las manos, colocó los cubiertos y apartó su plato en uno de esos gestos pijos que tenía a veces y denotaban que, desde luego, estaba acostumbrado a comer en sitios menos grasientos que el Bosmediano, aunque calamares no había dejado ni uno.

—La verdad es que moló. —Aníbal nos miró desde detrás de sus gafas redondas—. Y eso que lo único que sé de baterías es que al principio se levantan las baquetas, se chocan entre sí y se cuentan números *random*.

Nos miramos los cuatro y dimos un par de golpes en la mesa.

—¡Cinco, seis, siete…!

Guillermo fingió tamborilear un piano, Nando usó el tenedor a modo de guitarra y yo agarré el bote de Nestea y abrí la boca como si fuera a cantar. Nos descojonamos de la risa. Fue un momento de los que no se olvidan. Ojalá Marta hubiera estado allí… para sacar la foto, digo.

—Manda huevos, que tenemos las mierdas aquí al lado y casi se nos da mejor con cubiertos y botellines.

—Paciencia, Padawan Aníbal. Ya iremos mejorando poco a poco.

Guille, que se estaba haciendo un moño surfero de esos tan cutres, pero que todas las tías de la avenida se quedaron mirando cuando echamos a caminar, me dio un codazo.

—En verdad, querido Chesco, líder supremo de nuestra secta…

—No me mola el recochineo de lo de «secta», pero lo de «líder supremo» lo clavaste.

Los otros dos nos abuchearon. Yo fingí ser un *caganer* y lanzarles luego la obra defecada en modo béisbol. En fin, rencillas del *rock*. En los MTV Video Music Awards del 92, después de interpretar Lithium y cargarse toda la instrumentación ante un público entregado, Kurt Cobain y los suyos decidieron enviar saludos a Axl Rose, que tocaba con los Guns en el mismo evento. A la salida del escenario, los Nirvana vieron buena idea escupir el piano que creían era de Rose… pero que pertenecía a Elton John. Nirvana, Guns N’ Roses, ***MÍSTICOS***… todos cortados por el mismo patrón.

—¿Me van a dejar hablar?

—¿Qué quieres, Ricitos de Oro?

Ya casi estábamos al final del paseo. Yo iba a tirar calle adentro para coger la salida a

Guanarteme, Aníbal seguiría hasta La Puntilla y a Nando lo recogía su padre de vuelta de El Corte Inglés, aprovechando no sé qué recados que olían a pasta. En cuanto al pesado de turno… Hostias, ¿dónde coño vivía Guillermo?

—Creo que nos puedo conseguir una especie de bolo.

Vale. Olvídense de la pregunta. Por mí, como si tenía código postal en Narnia, en Mordor o en el puto Desembarco del Rey.

—¿Qué acabas de decir? —Se me paró el corazón durante un segundo, lo juro—. ¿Qué dices, machango, qué bolo?

—Si me dejaras hablar…

—¡Hablando llevas media hora y no concretas!

Nando y Aníbal llamaron a la paz, me dieron palmaditas y empezaron con el típico «venga, tío, ya está, ya pasó», pero yo no podía, no oía, no sentía, no veía. ¡Coño! ¡Llevaba con aquel subnormal media tarde! ¿Y soltaba eso ahora? Eso mismo le largué. Casi tal cual.

—Coño, llevo contigo cuatro horas, subnormal. ¿No se te ocurrió decirlo antes?

Levantó la mano a modo de disculpa y empezó a hacerle ojitos a un puesto donde vendían papas. ¡Puto saco sin fondo!

—Se me olvidó con todo el rollo del ensayo y tal…

—¿Que se te olvidó? —Yo lo mataba. No, mejor le hacía un Ozzy y le arrancaba la cabeza cual murciélago—. ¿Tenemos un bolo y a ti se te olvida decirlo?

—¡Eh, eh! Dije «una especie de bolo». Y que «creo», no que la cosa esté cerrada.

Nando, que iba apartando a la gente mientras caminaba debido al tamaño del macuto donde llevaba la Les Paul, se acercó carraspeando, todo buenas maneras y protocolos.

—Me parece que, si no quieres que Chesco te empiece a tronchar dedos, más vale que te expliques.

—O no. —Aníbal sonrió y sus ojos casi desaparecieron detrás de las gafas—. No se necesitan tantos dedos para lo que tú tocas.

—Que te follen, batera.

—Dile a tu madre que cuando…

—¡Vale ya! —Estiré los brazos como si acabara de hacer un doble salto mortal con tirabuzón —. Se acabaron las mierdas y las respuestas de parvulitos, coño. Esto es serio. Guillermo, explica.

Y entonces, aquel tío con el que creí en un principio que jamás me uniría nada y del que lo esperaba todo menos una amistad, me dijo una de las mejores cosas que había oído hasta entonces. Y ojo, aunque no se lo crean, no fue en este momento cuando Guille y yo sellamos la que iba a ser una amistad para toda la vida, pero esa tarde, impacientando al personal mientras cogíamos los cuatro casi todo el espacio en la avenida del paseo de Las Canteras, bajo un sol que rajaba las piedras y con los alientos apestado al alioli del Ñoño, sentamos la base definitiva.

—Mi padre es amigo del tío que tiene la tienda de surf.

Nando puso los ojos en blanco.

—¿Cuál de las doscientas cincuenta? ¡Esto es Las Canteras! —Levanté el dedo, amenazando.

—Que no lo interrumpas. Ya la buscamos después y si hace falta nos hacemos socios. Rubio, sigue.

—Pues… eso, que mi padre y el de la tienda, la primera que te encuentras cuando pasas el NY City Taxi, antes de coger para el centro comercial, son íntimos. A veces hacen cositas de música en la explanada, porque no tienen comercios ni bares delante. Mi padre le contó lo del grupo y el

tío dijo que, si nos apetecía, cuando lleguen los chiquillos del cursillo a vestirse y tal… podemos tocar par de temas para tener *clips* para la optativa.

Habló de que no nos iban a pagar, de que no habría más escenario que la calle y de que el tiempo era limitado; también de que dependíamos de que el aforo de la clase de surf no menguara, porque entonces se mantendría cerrada la tienda hasta que llegara el siguiente turno, pero a mí todo eso se me escapó. Activé mi ya famosa sordera selectiva y, aunque lo más inteligente habría sido hacer preguntas prácticas, como el cuándo y demás, mi cabeza, embotada por una sensación de irrealidad muy difícil de digerir —bastante tenía mi tracto intestinal con los calamares—, se quedó *bugueada* en una sola cosa: íbamos a tocar en directo. Ante personas. ***MÍSTICOS TOCARÍA EN DIRECTO. DELANTE DE LA GENTE.*** Llegados a este punto, ignoré por completo lo que pudieran estar pensando o a punto de decir los demás.

—Lo hacemos. Dile que sí —respondí.

Estaba pasando. Estaba pasando de verdad. ¡Íbamos a dar nuestro primer concierto!

15

Sing with me, sing for the year
Sing for the laughter and sing for the tear
Sing with me, if it's just for today
Maybe tomorrow the good lord will take you away

IES Mesa y López.
Clase de Lengua Castellana.
Penúltima hora.

A finales de los setenta, en el *backstage* del Hammersmith Odeon, en Londres, Paul McCartney entró a los urinarios y, después de posicionarse para hacer… lo que hace uno en un urinario, palmeó con la mano libre la espalda del hombre que tenía al lado, que resultó ser un muy impresionado Steven Tyler, para manifestarle cuánto le gustaba su música. El vocalista de Aerosmith quedó tan impactado ante semejante hecho, que olvidó que él también estaba orinando y, al moverse, desvió el chorro a la derecha. Faltó muy poco para que se meara encima del Beatle.

Eso es lo que hace contigo conocer a un ídolo, supongo. O cumplir una ilusión o fantasía muy arraigada dentro de tu cabeza. Te sientes en tal estado de éxtasis que, en ocasiones, como le pasó a Tyler, se te va de la cabeza que tienes las vergüenzas al aire y a punto estás de protagonizar una situación embarazosa, como iba a terminar pasándome a mí como no me bajara de la nube a la que tan a gusto me había encaramado.

Desde la tarde anterior, cuando Guille nos diera la noticia que, para mí, serviría de punto de partida y catarsis definitiva, aquel bolo inesperado, pero a la vez tan anhelado, que pondría a ***MÍSTICOS*** en la estela de las jóvenes bandas del momento, no era persona. Cené, por supuesto, y me duché al llegar a casa, pero al meterme en la cama, con el corazón tamborileándome en el pecho al ritmo de ***ESTATE TRANQUILO***, una zozobra que nada tenía que ver con el miedo y sí mucho con la ilusión se apoderó de todos mis pensamientos me impidió dormir y me dejó toda la noche con los ojos como platos. Estuve fantaseando con escenarios cada vez más rocambolescos donde nos alzábamos como los cuatro jinetes del apocalipsis del *rock and roll* entre fuegos artificiales, cañones de luz y un entregadísimo público que jaleaba y cantaba nuestras canciones —sí, en plural—, y creo que hasta hubo implicado algún sujetador… pero ciertos detalles eran difusos.

Vamos, que estaba tan arriba que, en realidad, no sabía dónde estaba. A nadie impresionó que la Desquiciadora, nuestra profesora de Lengua, aprovechando mi estado de empanado mental, me sacara a la pizarra para analizar unas oraciones subordinadas yuxtapuestas a las que poco más que sujeto y predicado pude sacar.

—Anda, siéntate, Francisco. Qué decepción…

—Pues como siempre. No sé por qué se sorprende.

Me amonestó el chascarrillo, por supuesto, pero las risas de mis compañeros bien valieron el ridículo que protagonicé en la pizarra mientras ella hacía preguntas que se me antojaron

imposibles de responder, como «pero ¿cuál es el complemento directo? ¡Pregunta «qué» al sujeto y la respuesta la sustituyes por el pronombre lo!», y un montón de movidas más que me provocaron dolor de cabeza. «¿Para qué quiero preguntarle nada al sujeto? joder, millones de personas alrededor del mundo nacen, crecen, comparten cuentas de Netflix y se mueren y no usan nunca el complemento directo de los huevos».

Tiré el libro de Lengua dentro de la mochila desde que sonó la sirena. Los demás tenían que analizar cuatro oraciones yuxtapuestas para la siguiente clase; yo, seis.

—No es tan difícil, Chesco. Valdría con que te centraras un poco.

Nando, que era la pura definición de aplicado, se me acercó con su polo del cocodrilo impoluto. Me dieron ganas de pasarle el borrador por la pechera.

—¿Un poco? —Tiré de la cremallera y me pareció que me la había quedado en la mano, pero, por suerte, aguantó. No sería la primera vez que tenía que tirar de imperdibles por un incidente como aquel. Claro que todavía estábamos a principios de curso… Como me cargara algo, Adelaida me mataba—. Tengo el doble de deberes que ustedes. Me va a llevar toda la tarde.

—Son solo dos más —arremetió Aníbal—. Eso no es el doble.

—Parece que nuestro líder debería ponerse a empollar también en Mates.

Rebufé echándome la mochila al hombro y pasando del comentario de Guille. Nos abrimos paso hacia la salida. Nos quedaba Educación Física y para casa, pero que nadie se crea que me iba a meter entre pecho y espalda dos horas de deberes, no. De eso nada. Primero, lo urgente: tenía tortilla para almorzar, y llevaba todo el día pensando en ello; y segundo…

—Hay que ensayar —declaré cuando soltamos las cosas en el vestuario y nos preparamos para ver qué que se le ocurría al míster, al que este curso le había dado por juegos tradicionales y deportes del mundo—. Tenemos nuestro primer bolo confirmado.

Guille se recogió el pelo y suspiró, seguramente porque me iba a decir lo mismo que llevaba soltándome desde ayer por la tarde, tanto en persona como por el grupo de WhatsApp.

—Que no es un bolo, es tocar un rato en la acera delante de la tienda de surf.

—En directo.

—No hay toma de corriente ni para enchufar la eléctrica, menos lo habrá para poner un equipo de voz enlatada.

Lo ignoré.

—Con público delante.

—Cinco o seis chavales que vienen al cursillo, y estarán más ocupados eligiendo los *jackets* que haciéndonos caso.

Sordera selectiva.

—Y la fecha está a la vuelta de la esquina.

—¡Chesco! ¡Que es en dos semanas!

Me golpeé la mano derecha con el puño de la izquierda. Aníbal, que no se había puesto ropa de deporte porque desde su día uno en el instituto decretó que aquella con la que venía era con la que se iría, hizo gestos de estar loco. Me imagino que refiriéndose a mí.

—Necesitamos ensayar el doble. ¡Qué digo el doble! ¡El triple! Y tengo que ponerme a darlo todo con los nuevos temas. —Aquello era casi más prioritario que la tortilla. Así de serio me lo tomaba—. No se puede sostener un bolo con una sola canción, aunque ***ESTATE TRANQUILO*** es muy buena.

—¡Que no es…!

Nando le puso a Guillermo la mano sobre el hombro. Negó despacio.

—Déjalo, colega. Está perdido.

Echamos un par de vueltas de calentamiento a la cancha y luego tocó ponerse por parejas para jugar al bádminton. Por suerte para mí, por alguna razón que me era del todo desconocida, tenía una coordinación muy buena llevando el pequeño volante a la raqueta y no solía fallar ninguno de los golpes. Nando, con el que me había tocado después de un reñidísimo piedra, papel o tijera, no tenía tanta suerte.

—La especie de pelota esa es una mierda, ¡se la lleva el viento todo el rato!

—No es una pelota —le expliqué acariciando las plumas de la parte baja del que tenía en las manos—. Es un volante. Y hay que tratarlo con cariño, como si fuera una chica guapa de las que pronto van a llenar sus carpetas con nuestros caretos.

—¡Ya nadie hace eso, Chesco!

—Déjalo, que entre referencias de los noventa y creer que seis es el doble de cuatro, se está coronando hoy.

Le saqué el dedo a Aníbal, pero como me pareció poco, levanté la raqueta y fui a por él. Estaba yo siendo muy empático con el rollo de sus posibles problemas, pero una cosa era esa y otra que fuera a dejar pasar la oportunidad de darle lo suyo por capullo.

No esquivó el raquetazo, tampoco habría podido. Por velocidad, me lo llevaba de calle; eso sí, cuando cerró la mano y vino hacia mí, por muy de coñas entre colegas que estuviéramos, me encogí como un gato que sabe que lo vas a meter en el lavabo para darle un restregón.

—¡En la cara no, tío, que tenemos un bolo en directo con público y soy el cantante!

—¡Vete a la mierda, Chesco!

Guille me tiró el volante y, cuando le pregunté ofendido qué coño le pasaba, Nando se echó a reír como un histérico doblado en dos. No, ni así se le estropeó su puto peinado pijo. El Gominas Forever lo íbamos a llamar. Cantado, además, con el soniquete del *Strawberry Fields* de los Beatles.

—En Arkham están menos sonados… Madre mía, qué cuadro.

Le saqué la lengua a Aníbal levantando al tiempo los dedos índice y meñique de ambas manos.

—¡*Rock and roll*, gilipollas!

Tener gimnasia a última convalidaba tentempié antes del almuerzo, así que pasamos por la cafetería antes de salir del instituto. Insistí en la importancia de ensayar, y mis compañeros de sudores —puto bádminton, parecía una parida, pero no veas…— me dijeron que sí con la boca pequeña, cosa que me ofendió en lo más hondo.

—¿Esa es la clase de ilusión que puedo esperar de ustedes?

—Te recuerdo que la Desquiciadora nos mandó fleje de yuxtapuestas. Y Don Limpio otras tantas ecuaciones.

Crucé los brazos y miré a Nando como si me hubiera faltado al respeto. Comparar deberes con hacer música… ¡fuerte disparate! Por cierto, si se lo están preguntando, Don Limpio es el que nos da Mates, apodado así porque, además de calvo como una bola de billar, siempre viene a clase con camiseta blanca. Si es que se lo buscaban ellos solos.

—Y yo les recuerdo que nadie tiene seguro su puesto en ***MÍSTICOS***. Ese privilegio hay que ganárselo. —Miré de reojo a Guille, al que señalé con el índice—. Menos tú, Bulerías. Tú nos conseguiste nuestro primer bolo con público en directo. No estás nominado.

Se limitó a seguir comiéndose el paquete de Munchitos Party que tenía en la mano. Por lo visto, había llegado a su límite de explicaciones.

—¿Nos amenazas con echarnos del grupo? —Ahora Nando parecía el ofendido—. ¿En serio?

—En serio es como tenemos que tomarnos las cosas.

—Déjalo tío. Que busque a otros tres pringados que quieran montar el espectáculo en una tienda de surf. Publica en Infojobs a ver.

Le hice una peineta a Aníbal. Era el único de los cuatro que no había comprado nada en la cafetería.

—En todo caso sería para una doble sustitución, ya les dije que Bulerías está salvado. —Fruncí el ceño.

—Lo que quieras, Chesco. Anda, pon un anuncio en *La Provincia*, y cuando termines el *casting* nos cuentas qué tal.

Aníbal se rio de su propio chiste. De verdad, ¡cuánta inmadurez junta!

—Pues que sepas que eso fue lo que hizo Nikki Sixx para fundar a los Crüe. Puso un anuncio. Y funcionó.

Nuestro *bat-amigo* se pasó los dedos por la barbilla, donde añoraba una perilla que nunca iba a llegar. Encogió aquellos hombros anchos, enormes, y luego me miró.

—Guille consiguió el bolo y yo pongo el garaje, así que…

Me di media vuelta.

—Nando, ¡alerta!

Al final nos chocamos las manos, quedamos en intentar ensayar esa semana por todos los medios y después de un alto el fuego que consistió en mezclar Munchitos con los restos de una Snicker y un Kinder Bueno de chocolate blanco medio derretido, firmamos la paz.El mundo del *rock* es así.

Devoré la tortilla sin cambiarme ni las zapatillas. Sentado a la mesa del comedor, con las reposiciones de *La que se avecina* puestas en FDF en modo bucle, mastiqué y garabateé en un cuaderno al mismo tiempo, pero nada que tuviera que ver con ecuaciones u oraciones imposibles de pronunciar en la vida real; me centré en cosas prioritarias, como hacer una lista del material necesario para encarar aquella primera oportunidad musical que se abría ante nosotros.

—Tenemos una guitarra épica, una española medio rancia, una batería de mierda y un par de micros de juguete.

De lejos, yo era el que peor estaba, y aunque no paraba de decir que mi instrumento era mi voz, lo cierto es que se venía necesitando algo más profesional, sobre todo ahora que parecía que el proyecto tomaba forma.

El problema estaba… pues donde suelen estar normalmente todos los problemas: en el *cash*. No tenía ni para mi pedido habitual en mi restaurante chino de confianza, menos para comprarme un micrófono. ¿Qué hacer? Yo siempre había sido creativo para esas cosas, y solía sacar pasta cuando era necesaria —mayormente pidiéndoles a mis progenitores—, pero, hasta la fecha, habían sido gastos que se justificaban por sí solos: ropa nueva, zapatillas de fútbol… ¿Cómo encarar lo del micro? «Con Adelaida no está el horno para bollos, y mi padre…».Mi padre me diría lo único que me decía últimamente: «Ponte con el teórico». Me daría dinero de mil amores si le soltara que me iba a presentar al carné, pero no tenía huevos de colarle una como esa a mi padre. Una mentira ya nos había salido demasiado cara. «Pero no pienses en eso ahora…».

Dejé los platos en el fregadero y opté por la que sería la solución más evidente. Sonreí mientras enchufaba el ordenador e iniciaba la videollamada. Cuando la cara que esperaba ver salió en la

pantalla saludándome con un gesto que, si bien no lo expresé con palabras, me llenó el pecho de un agradable calor, supe que las cosas, de alguna manera, se arreglarían.

Yo no había nacido con una flor en el culo, como Nando, pero tenía algo que era casi tan bueno como todo su dinero.

—¿Cómo está mi hermana favorita?

Rita, que en ese momento se bebía un café en su tazón de Jack Sparrow, puso los ojos en blanco. Llevaba el pelo rubio recogido en un moño y el brillo de sus gafas jugó con los reflejos de la pantalla del ordenador.

—¿Qué necesitas y cuánto me va a costar?

—Eres la mejor.

Y que conste, lo pensaba de verdad.

Esa noche me fui a la cama con media oración yuxtapuesta hecha, dos x despejadas y la promesa de Rita —que Kurt Cobain desde el infierno me la cuidara muchos años— de adelantarme mi regalo de cumpleaños en forma de micrófono casi profesional. Le mandé un porrón de enlaces de Amazon, tantos como pude antes de que ella me enviara un audio corto pero conciso diciéndome que la dejara en paz y que la elección sería suya.Me fiaba de su criterio. Después de todo, era la mujer que me había ensañado lo que era el *rock*.

Cerré los ojos, y en vez de ovejas, conté discos de platino, giras de conciertos, temas número uno de *Los 40 Principales* y la lista Billboard, premios Grammy y público entregado. Me sentí tan feliz en mis sueños utópicos, que casi no me acordé de que no había visto a Marta Luján en todo el día. «Tendrá que estar mucho más presente si quiere ser parte activa de ***MÍSTICOS***. Por el bien del grupo».

Y como cada uno se engaña con el embuste que más le conviene, con esas en la cabeza, yo me sobé. Por delante venía una semana que no me iba a querer perder.

16

Agrio es el sabor de la noche en abandono.
Hoy será el día en que inicie el retorno.
Me estorba la memoria,
los sentidos me distraen…

Trasera de Guanarteme.
Mi casa.
Domingo por la tarde.

Lo que pasa cuando algo va mal, o está mal, es que sigue estando mal por más que tú intentes disimularlo. Es como esa pelusa que ves en el suelo y, por pura vagancia, no te levantas a recoger, así que la mandas bajo la cama de un soplido. Y funciona al principio porque dejas de verla, pero sabes que sigue allí y su presencia te tortura y te castiga. Y pasa también cuando en el fondo sabes que algo que estás callando y a lo que intentas no dar importancia por no saber cómo afrontarlo se convierte en un pensamiento recurrente. E ignorarlo ya no funciona, porque amenaza, igual que una etiqueta mal cortada, con crearte una marca visible en la primera capa de piel.

Así estaba yo con el tema de Aníbal y las heridas que le había visto el día de la bronca en el patio. Intenté por todos los medios borrarlo de mi memoria, mantener la mente ocupada en otras cosas, en lo que fuera. Me puse al día con las series que estaba siguiendo, tonteé esbozando algunas canciones, aunque ninguna de ellas llegó a buen puerto, y visioné conciertos en directo para crear una atmósfera con la que enfrentar el inminente bolo con el que ***MÍSTICOS*** estaba a punto de tropezarse de bruces. Nada funcionó. De hecho, y cuantas más ganas le ponía, más parecían irse mis sentidos a aquel momento: a la cara de absoluto pavor de Aníbal, a esas señales a medio curar que hablaban de… ¿de qué? «Pueden ser cualquier cosa. Seguro que tienen una explicación absurda». Pero yo no se la encontraba, y el hecho de que mi amigo anduviera perdido y no contestara a los mensajes tampoco ayudaba demasiado. Para cuando llegó la hora de merendar de aquel domingo totalmente funesto, había perdido dos batallas contra líderes de gimnasio en mi Nintendo Switch, arruinado un tema prometedor y petado a memes, GIF y audios el WhatsApp del grupo, sin mucho éxito.

El Bulerías me había respondido con algo, Nando estaba de visita familiar y de Aníbal, ni las luces. «Estará finchado con algún cómic o haciendo el enésimo maratón de la trilogía de Nolan. Seguro». Y probablemente así fuera, pero cuando me duché y tiré las cosas del día siguiente de cualquiera manera dentro de la mochila, estaba desesperado. Mi madre curraba esa noche de interna cuidando a una señora que no podía quedarse sola, así que estábamos mi padre y yo. Tendría que valer.

Salí a la cocina con el morro bajo por ver si me daba la entradilla preguntándome algo y, de paso, yo lograba arrancar. ¿Cómo afronta un chaval los problemas de otro cuando no sabe ni cómo empezar con los propios? Joder, tenía la cabeza a reventar: entre las cosas del grupo; mi incapacidad para saber si los rollos con mi madre avanzaban, retrocedían o todo lo contrario; y el

picor, incómodo e incesante, cada vez que pensaba en Marta, que, por cierto, después del tema de los perros de la Patrulla Canina había vuelto a pasar de mí como pasatiempo favorito, tenía el plato a rebosar. Y para colmo, usé la palabra «incesante». Si es que estoy fatal.

—¿Llamo a la pizzería?

Levanté la cabeza de la pila de agua, donde estaba llenándome la botella para el día siguiente. Mi padre, que ya se estaba cenando un bocadillo de picadillo y lechuga, me miraba con ese gesto mitad esperanza mitad «lo hago por ti» que ya conocía.

—Pídeme el combo de *nuggets* y papas.

Asintió y cogió de la nevera el folleto del sitio al que solíamos pedir, porque era un número que ninguno de los presentes, a pesar de lo mucho que recurríamos a él, retendría jamás.

—A mí me apetece una de mariscos.

Le puse el tapón a la botella. Carraspeé.

—Oye, pa…

—¿Quieres algo más? Decídete que, si no, llamo ya. Llegan tardísimo.

—No, no, el combo está bien, es otra cosa… —Esperé los buenos diez minutos que tardó en hacer el pedido y facilitar al repartidor nuestra dirección para la entrega, y después, a que se sentara en el sillón y estirara los pies sobre la mesa, momento en el que me miró como el rey que, por fin, puede darte audiencia—. Hay algo…

—¿Cómo se llama?

Se sonrió. Yo me puse rojo y pensé en aprovechar el órdago porque… coño, en ese aspecto tampoco iba muy suelto, pero no, Aníbal era primordial. Era la preocupación número uno.

—No va por ahí. —Me senté en el sillón, a su lado. Me froté las manos—. Si crees que a alguien le puede pasar algo… o está escondiendo alguna cosa… que puede estarle pasando, pero no te dice nada, ¿debes contarlo?

Mi padre se rascó la oreja como desgranando la mierda de datos que le había dado.

—¿Ese alguien eres tú y el algo en que puedes estar metido es ilegal?

—¿Qué dices, pa? ¡Claro que no! —Me subió la ceja. Rebufé—. Que no, en serio. Es un amigo mío, está raro y… bueno, creo que le puede preocupar algo que no nos cuenta.

—Vamos, que este amigo tuyo tiene un secreto.

Muy resumidamente…

—Podemos decirlo así, sí.

—Y tú crees que ese secreto puede ser… ¿preocupante?

Terreno pantanoso, porque a ver, ¿qué sabía yo? ¿Y si Aníbal se había caído de la bici quince días antes sobre unos cactus y por eso…? Pero ¿y si no?

—O algo en lo que necesite ayuda, aunque no la pida.

Mi padre subió el volumen de la tele y luego lo bajó. Hizo *zapping*. Todo eso en décimas de segundo, durante las cuales la cara le cambió varias veces hasta mostrar la barbilla apretada, como si estuviera presionándose los dientes. Tenía los nudillos medio blancos y la vista, aunque puesta en la televisión, no parecía enfocarla.

No me miró al hablarme.

—Mira, Chesco, por mi experiencia, hay algunos secretos que es mejor que se queden siendo eso: secretos.

Intenté asentir, pero no estaba del todo conforme.

—Ya, pero… ¿y si es algo con lo que podríamos ayudarle?

—¿Él pidió ayuda? —Negué con la cabeza.— Pues entonces lo más seguro es que no la

necesite o no quiera contar sus cosas. Hay que respetarlo. —Un segundo de silencio, pesado y audible, aunque no se dijera una palabra—. A veces uno insiste y se acaba enterando de cosas que, en realidad, no quiere saber.

La conversación murió en ese punto, y mientras mi padre seguía recorriendo toda la parrilla televisiva, yo saqué unos vaqueros y una camiseta de AC/DC del ropero para el día siguiente. Me iba a poner los cascos, a ver si ensordecía las dudas no resueltas de aquella conversación, cuando el timbrazo nos avisó de que llegaba la cena.

Cogí el dinero que me dio mi padre y recogí la comida. Le di su *pizza* y me llevé mi combo a la habitación. Comí viendo estrategias de batalla en YouTube, entremezcladas con vídeos de conciertos y actuaciones en directo.

Pasadas las doce, cuando ya me iba a acostar, me dieron unas diarreas increíbles y así, somatizando mi inquietud, me forcé a dormirme hasta el día siguiente, aunque no tenía sueño ni ninguna duda de que aquel runrún no se me iría de la cabeza. Con suerte, pensé tirado boca arriba, el lunes sería mejor… Pero la suerte estaba tan lejos de sonreírme como la chica con la que, una vez vencido el insomnio, no dejé de soñar.

—Bragas, Chesco. Tenemos que pensar en las bragas.

Con el sándwich de salami y queso a medio centímetro de la boca, giré la cabeza.

—¿Qué dices, Guillermo? ¿Te está dando un ictus o qué?

Por toda respuesta, el rubio melenudo señaló con su palmera de chocolate hacia el frente, a la aglomeración de chavales que teníamos alrededor en aquella hora del recreo que, hasta el momento, no había tenido nada de diferente al resto. Resoplé preguntándome por qué Nando y Aníbal tardaban tanto en la cafetería y, en consecuencia, me dejaban solo con aquel despotenciado tanto rato.

—Piénsalo, Chesco, ¿por qué se mete uno en una banda de *rock*?

Fruncí el ceño debajo del flequillo que, a esas alturas, ya había renunciado a peinarme. Parecía que no había en el universo peine lo bastante fuerte para controlarme las greñas.

—¿Por pasión hacia la música? ¿Por devoción a los sonidos instrumentales que acompañan al sonido rocanrolero? ¿Como medio y forma de expresar la pena, el dolor, la ira, la rabia y las pocas trazas de esperanza que te queden ante un mundo que no para de escupirte en el ojo?

Guille, que pareció quedarse por un segundo desconectado, volvió a repetir el gesto de señalar a todo bicho viviente que teníamos en frente con su palmera, igualito que Mufasa cuando le cuenta a Simba el rollo de «todo lo que baña la luz es nuestro territorio, pero mucho ojo si te vas más allá, porque la lías parda». Por cierto, si Eidetesa quiere patrocinar la historia, que se ponga en contacto conmigo. La mitad de la alimentación de mi colega consiste en sus productos. Podríamos hablar de números.

—Pibas.

Y ante la sentencia, yo hice un balón con mi papel de platina y resoplé.

—Mira, tío…

—Pibas, Chesco. Montones de chicas. Cientos de ellas. Miles. —Mordisqueó y, antes de tragar, volvió a la carga—. Un roquero no es un roquero de verdad si no destroza un par de habitaciones de hotel, tiene alguna sobredosis y… liga con todo lo que se mueve.

Esta vez me reí, porque es que la cosa no era para menos.

—Vale, estate tranquilo, Keith Moon.

—¡Lo digo en serio! —Y como si hiciera falta, por tercera vez, se puso a señalar. En serio, ¿dónde habían ido a comprar los otros dos? ¿A Telde? —. Chicas, Chesco. Chicas.

—Ya, mira, Guille… por más que mole el trabalenguas que te acabas de montar…

Pero él ya estaba negando con la cabeza. Se levantó, su subió los vaqueros tirando con firmeza del cinturón y me miró como si yo estuviera en modo obtuso y me negara a comprender.

—El sexo femenino es parte de la vida, parte de la ecuación. No puedes negar su existencia.

—Guille, tengo una hermana y una madre. Sé que existen las mujeres.

—Pero te dan miedo. Te asusta su *mujerinidad*, su poder. Eres como Jon Snow. No sabes nada.

—Lo que sé es que esta conversación se queda aquí. —Me puse en pie y, de pura chiripa, acerté cuando tiré la bola de platina a la papelera. Joder… y nadie para verlo—. Mi guardia ha terminado, flipado de los huevos.

Pensé buscar sombra, un sitio tranquilo y apartado donde seguir garabateando mi canción, pero, por supuesto, Guillermo el incansable me siguió.

—El sexo es una cosa natural.

—Lo que no es natural es la chapa que das.

—Ligar con chicas es parte de la pubertad. —Lo miré como si se hubiera vuelto loco—. ¿Qué? Me gustan las chicas. Me gustan mucho. No puedes culparme por ser un adolescente de diecisiete años al que le gustan las mujeres. El problema lo tienes tú.

Por todas las bufandas del Atleti… qué paciencia…

—Vamos a ver, Rizos, que si tu fin último al entrar en ***MÍSTICOS*** es encamarte con medio instituto, yo te lo aplaudo. Que me parece cojonudo, en serio. Pero que me dejes en paz.

No tenía yo la cabeza para la revolución hormonal de aquel pringado. A decir verdad, no tenía la cabeza para nada. La charla de la noche anterior con mi padre no había resuelto ninguna de mis dudas y, en mi coco, ya lo bastante lleno como para hacerle espacio a nada más, oscilaba la eterna duda: decir algo o seguir adelante con los propios intereses.

Mi padre había dicho que había secretos que era mejor dejar ocultos, y que, si una persona no te pedía ayuda, no te podías meter en su vida ofreciéndole algo que no había demandado. Esa era la postura cómoda, la que más me beneficiaba, porque así podría enfocarme en la banda, la escritura de más temas y aquel bolo cada vez más próximo, que era a la vez motivo de ilusión extrema y preocupación creciente. No estábamos ensayando. No sabía si mis compañeros de grupo —especialmente Aníbal—, estaban por la labor de hacerlo y, para colmo, y aunque no estuviera dispuesto a reconocerlo ni a cambio de la subscripción premium anual de la Xbox, sí que había un tema de faldas que me traía por el camino de la amargura y ante el que no tenía ni idea de cómo proceder.

—Yo lo único que digo es que, pudiendo aprovechar la ocasión… ¿por qué no?

—Que sí, Guillermo, que muy bien.

Levanté la cabeza. ¿Dónde cojones estaban Nando y Aníbal?

—Porque, piénsalo bien, si lo petamos, ¿crees que las pibitas no van a ir detrás de nosotros como las moscas a la miel?

Me aparté el pelo para poder mirarlo de frente, a ver si mi expresión de «me importa una soberana mierda», le decía lo que, por lo visto, mi boca era incapaz de hacerle entender.

—Tú sí que eres una mosca, tío, de las cojoneras.

Pasó de mí, evidentemente.

—Bragas, Chesco. Lo único que importa es conseguir el mayor número de bragas posible.

Abrí la boca, pero una ligerísima ráfaga de aire con cierto aroma a coco me dejó con las palabras ahí atascadas en algún lugar entre la garganta y los labios, atrapadas ante el ridículo que, asumí, se avecinaba. Porque sí, señoras y señores, niños y niñas de todas las edades, padres,

madres, tutores legales y demás flora y fauna: de entre todas las personas que podían haber elegido ese momento para aparecer y escuchar la mierda de comentario de Guillermo, fue Marta Luján la que vino hacia nosotros. Nunca jamás se nos había unido en el recreo… hasta ese preciso día.

—Menudos objetivos más nobles tienen en la vida.

Cruzó los brazos sobre un suéter que llevaba estampada a Nala, la novia de Simba, de El Rey León, caracterizada como una especie de felina emo. En otras circunstancias me habría hecho gracia el hecho, por mi reciente comparación con Mufasa, pero el momento no tenía nada de simpático. Noté como se me subían los colores. Guillermo, por supuesto, no se achantó. La madre que lo…

—Le decía a Chesco que…

—Ya, ya oí lo que le decías. —Y aquellos ojos almendrados, medio tapados por los rizos castaños que se había dejado sueltos, me miraron. Solo a mí. Se me encogieron los testículos, no me avergüenza admitirlo—. El mayor número de bragas posible, ¿no?

Tragué saliva.

—Por favor… olvida esta conversación. —Y la cara de Guille, a poder ser, porque me lo iba a cargar—. Tiene una explicación, pero es…

—¿Penosa? No me cabe duda. —Soltó los brazos para reubicarse la bandolera en el hombro. Me volvió a mirar de lleno. Coño, ¡dos en un día!—. Por suerte, no me interesa mucho su concurso de ver quién mea más lejos. En realidad, quiero hablar contigo. —Y entonces, lo dijo. Dos palabras. Seis letras. Un concepto que me pareció pronunciado en arameo y provocó que los huevos me volvieran a bajar. Creo que hasta resonaron al caer—: A solas.

17

I need an easy friend
I do, with an ear to lend
I do, i think you fit this shoe
I do, but you have a clue

IES Mesa y López.
Hora del recreo.
Atravesando el Nirvana.

A esas alturas, Aníbal y Nando podrían haber atracado la cafetería del instituto a punta de recortada, llevando caretas de payaso y toda la pesca, que yo no me enteraría. Porque todo lo que abarcaban mi campo de visión, mi raciocinio y los demás sentidos, que no me voy a parar a enumerar ahora, lo ocupaba Marta Luján. Y sí, ya sé que a estas alturas de la historia mentar su apellido es inútil, porque todos saben de sobra a quién me refiero, pero es que no lo puedo evitar. Era la primera chica que me descolocaba en toda mi vida. Y lo fue durante mucho, mucho tiempo, hasta que la eclipsó el nacimiento de mi hija, pero esa es otra historia.

—Perdona lo de antes, estábamos… nosotros… —pensé en algo chulo que decir, algo supersignificativo, serio y que, además, fuera guay: no se me ocurrió nada—. Cosas del grupo.

Marta dejó claro que mi comentario no la impresionaba enarcando una ceja. Cruzó los brazos, ocultando parcialmente la cara de la Nala emo. Tragué saliva, pero tenía la garganta seca.

—Por más que me pique la curiosidad sobre por qué lo más importante es el tema de coleccionar bragas…

—Te aseguro que no es lo que parece.

—Me da igual. No quería hablar contigo por eso. —Movió un poco la cabeza, y el airecillo caprichoso, ese que lo mismo mecía una bola de platina que las cáscaras de pipas escupidas al suelo sin control, le movió un rizo—. Aunque la verdad es que ahora no puedo quitármelo de la cabeza.

—Ricitos de Oro, que es un raro de la leche. —Esperaba que su soniquete sobre las pibitas abandonara mi subconsciente cuanto antes—. ¿Querías decirme algo a solas?

Asintió, y la verdad es que, aunque se lo hubiera agradecido, no me dio margen para montarme muchas películas.

—Es sobre Aníbal.

—¿Qué le pasa? Aparte de estar agotando las reservas de la cafetería, claro.

—¿Hablas con él a menudo?

—Es mi batería. —Y el mohín que me hizo me dejó claro que Marta no estaba para mierdas—. Quiero decir… que somos amigos de toda la vida. Claro que hablamos. Un montón. Todos los días.

Bueno… en honor a la verdad, últimamente las interacciones se basaban en memes, algún emoji distraído y poca cosa más. Yo enviaba audios tarareando y esperaba, porque era así de optimista, que estos fueran recibidos por los otros integrantes de ***MÍSTICOS*** como pruebas de

sonido que luego trasladar a un pentagrama. Por supuesto, aquello jamás pasaba, y mis intentos de letras solían acabar perdidos en medio de un chat donde proliferaba el absurdo más que cualquier otra cosa.

¿Hablaba en profundidad con Aníbal? No. Pero ¿hablaba en profundidad con alguien? Me parece que la respuesta es evidente.

—Lo noto raro, cantante. —El tono de Marta dejó de estar marcado por la ironía. Ahora hablaba en serio—. Quiero decir: no es que mi hermano sea el más normal y comunicativo del mundo…

—Es la parte Bruce Wayne que vive en él.

Sonrió. Fue una décima de segundo, pero me marqué el tanto por desempolvar el marcador.

—Esa referencia le encantaría.

—Me aseguraré de decírsela cuando lo vea en el ensayo de esta semana.

Marta se aproximó un paso. Fue casi imperceptible, y no estaba tan cerca como para ver las motas de sus ojos, las pecas de su nariz u oler el almizcle y el coco de su piel ni ninguna machangada de esas… aunque yo me lo imaginé. Y fue tan vívido que tomé el recuerdo y lo guardé en el bloc de notas de mi cabeza, por si pudiera encajar con aquella canción que me golpeaba las sienes sin cesar, pero a la que no lograba terminar de poner melodía.

—¿Suben a casa el miércoles como siempre?

—Menuda parte del equipo estás hecha, ¿eh? No te sabes ni los días de ensayo.

Descruzó los brazos. La arruga del suéter pareció mirarme tan mal como ella en aquel momento.

—Sabes que una palabra mía les deja sin garaje, ¿verdad, cantante?

—¿Y tú sabes que un gran poder conlleva una gran responsabilidad? No deberías usarlo para el mal.

Se rio. Se le formaban hoyuelos a los lados de la boca cuando lo hacía. Me dio una especie de retortijón.

—Qué quieres que te diga, cantante, solo soy una cría. A lo mejor cuando me haga grande y obesa como mi hermano…

¿Saben esa expresión de… «tierra trágame»? Seguro que sí. Todos lo habrán dicho o pensado alguna vez para librarse de alguna situación de esas en las que uno no encontraría salida ni siendo el puto Indiana Jones. Así me sentí entonces. Fue como montarme en el coche de *Regreso al Futuro* y que Doc tirara hacia atrás mientras el cinturón de seguridad se me agarraba a los cojones. Yo podía intuir que el desdén de Marta hacia mí venía de aquel momento, porque hay comentarios que marcan y dejan una seña en la piel. Tal vez quería creerlo, ya que la alternativa era que, simplemente, no le cayera bien. Entre el rencor y el rechazo, elegía lo primero, porque era algo que, de alguna manera, quizá con suerte… podría llegar a solucionar.

—Sobre eso… Marta, yo…

—Me da igual, cantante. –Era la segunda vez que me soltaba una fresca semejante, y me pareció que lo decía en serio—. Pero para que te enteres, los pantalones de la Patrulla Canina me siguen valiendo.

—Ya bueno, es que ponerse tan tonel como él en tan poco tiempo es complicado.

Vale. Retiro el «tierra trágame» de antes. Ahora, que me devore ahora, por favor.

—Con amigos como tú… ¿sabes? Creo que me equivoqué viniendo a hablar contigo de mi hermano. Olvídalo.

Se dio la vuelta. Empezó a alejarse. Como en una especie de metáfora de esas que habíamos

visto en Literatura con la Desquiciadora esa misma semana, el culo en pompa de Nala la emo me saludó cuando Marta Luján, mi kriptonita verde, amenazó con perderse entre los chiquillos y chiquillas que llenaban en ese momento el patio, hablando de Instagram y demás tonterías que yo solo oía en diferido, porque mi capacidad para hablar, igual que la de razonar, parecía haber desaparecido.

¿Por qué había soltado esa estupidez? ¿Por qué en este momento, cuando llevaba tanto tiempo cuidando los comentarios y alusiones que se hacían ante Aníbal precisamente por esa razón? Ahora que podía mostrarme empático, maduro y buen amigo, ahora que tenía ocasión de disculparme por una salida de tiesto del pasado y enseñarle a Marta el hombre en que estaba a punto de convertirme —era cuestión de días, daría el salto en cualquier momento, seguro— la volvía a cagar. Pero no una cagada que pudiera pasar desapercibida, no. Una señora cagada, olorosa, desagradable y de las que no se van por más que tires de la cadena. Y mientras pierdo el tiempo explicándome… Marta se aleja. «¡Chesco, espabila!»

—¡Espera, Marta!

Dos zancadas me costó cogerla del brazo. Creo, y el tiempo me ha dado la razón, que se quedó tan flipada con que me atreviera a tocarla como lo estaba yo por haberlo hecho. Sin embargo, por una vez, aproveché la situación para ser el que hablara primero. Por lo menos hasta que a Marta se le pasara el *shock* y, en el mejor escenario, se pirara; en el peor, me veía con sus cinco dedos tatuados en la mejilla a posteridad. Bien pensado, ¿qué es un roquero sin tinta?

«Ahora no, Chesco…».

—No quería decir eso.

Sus cejas finas se arquearon.

—¿Tus burlas sobre el peso de mi hermano? ¿O las que me hiciste a mí de niña? ¿Qué es lo que no querías decir, *cantante*?

El tonito no dejó lugar para la duda sobre lo que yo debía responder.

—Pues un… poco de todo. —«Ánimo, Chesco. Puedes hacerlo mejor. Más te vale hacerlo mejor»—. Lo que dije de ti fue una imbecilidad, porque yo soy… era un imbécil. Y lo siento. Nunca te pedí perdón, pero, bueno… coño, el tiempo me ha dado la bofetada, ¿no? —La señalé esperando de corazón que, al final, no me diera ella otra.

—¿Es tu manera de decirme que no soy grande ni obesa?

—Hombre, grande eres. Mayor, quiero decir, pero no de vieja, sino de… adulta. Casi. —Rebufé y con las dos manos me eché el pelo hacia atrás. Cuando miré por un resquicio de piel que dejaban mis dedos, Marta sonreía. Estaba disfrutando. Bueno, no podía culparla—. Avísame cuando me haya puesto en ridículo lo suficiente.

—Lo haré. Sigue.

—Venga, Marta, ya me disculpé.

—Era una niña, cantante. Te pasaste tres pueblos. Me acomplejaste durante meses. No volví a ser capaz de ponerme ese chándal. Y me encantaba ese chándal.

—Pues era feo de narices. Hasta donde sé, te hice un favor. —Palabras equivocadas—. Oye, podemos quedarnos aquí hablando del pasado y los dichosos perros esos los… cinco minutos de mierda que le quedan al recreo o…

—¿O?

Su expresión dejaba a las claras que aquello no se había terminado. Ni por asomo. Pero por suerte para mí, había preocupaciones más apremiantes en las que enfocarse.

—O podemos hablar de Aníbal y eso que te preocupa. —Reconduje la charla y, por una vez, lo

que oí en mi cabeza salió por mis labios tal cual—: A mí también. No sé cuánto sabes…

—¿Cuánto sé?

Fruncí el ceño.

«Hila fino, Chesco, como la puta araña tejedora que le cambió la vida a Peter Parker».

—Se puso enfermo, estuvo un par de días sin venir… —Silencio. Tragué—. Se potó el suéter.

A Marta le cambió el gesto. Esta vez, cuando se acercó, la punta de sus deportivas chocó con mis pies y me dio tal impresión que casi di un paso atrás. Casi, porque ella me agarró de la manga y, aunque en mi interior una pequeña parte brincaba de puro alucine, todo lo demás estaba enfocado en lo que nos ocupaba: Aníbal y ese algo que, por mis huevos, estaba pasando.

—Nunca me lo creí. Sabes algo que yo no, ¿verdad?

—Es mi amigo de toda la vida, Marta. Si así fuera…

—¡No es momento para un ridículo arranque de lealtad! —Y lo dijo con tal vehemencia que a punto estuve de confesarle hasta crímenes que no había cometido. Joder con las tías… qué puto poder de persuasión—. Es mi hermano.

—Y uno de mis mejores amigos. Si le pasara algo… si hubiera algo… me lo diría.

—¿Lo crees de verdad?

¿Lo hacía? Las palabras de mi padre me volvieron a la mente: secretos que era mejor dejar ocultos, no ofrecer ayuda cuando no te la han pedido.

—Espero que no sea tan idiota como para tener un problema y no recurrir a nadie, pero si fuera así… —Levanté la mano cuando noté que iba a interrumpirme—. Si fuera así, me pasaré por el forro su derecho a la intimidad y me entrometeré hasta la cocina.

Me arriesgaría a una galleta que ni las María Desayuno. Aníbal me podía en fuerza y en tamaño. Vamos, que su mano abierta me haría una cara nueva sin esfuerzo.

—¿Vas a hablar con él?

—El miércoles en el ensayo. Sin falta.

—¿Y si descubres algo…?

—No tendré un ridículo arranque de lealtad. Del todo.

Es decir, que le contaría, si es que había algo que contar, hasta donde me sintiera cómodo. Marta analizó la frase y, cuando llegó a la misma conclusión, soltó el aire que había estado conteniendo. Afirmó y, al rascarse un lado de la cabeza, se apartó el pelo hacia atrás y me dejó ver su oreja. Llevaba un imperial en el lóbulo. Me pareció lo más *sexy* que había visto nunca.

—Gracias, Chesco.

Y ante aquella primera vez en que Marta Luján pronunciaba mi nombre, supe que era muy posible que llegara a traicionar a mi amigo por aquella chica. Solo esperaba, y eso lo supliqué el resto del día durante las dos mil veces en que repetí toda aquella interacción en mi cabeza, que no hubiera nada real que compartir. Por el bien de Aníbal, por el de Marta y por el mío.

18

Vente conmigo,
dame la mano,
vamos a entrar,
la banda va a empezar a tocar.

La Puntilla – Playa de Las Canteras.
Sede de ensayo de MÍSTICOS,
A.K.A. garaje de los Luján.

Escribí la que estaba destinada a ser la segunda canción original de ***MÍSTICOS*** la noche del martes, y para cuando la terminé, con los ojos pegados y llenos de legañas, ya casi era hora de prepararme para ir a clase.

Agotado, pero con una sensación de satisfacción de esas que no solían acompañarme a menudo, abrí la tapa del tocadiscos y puse a reproducir el *Aloha from Hawaii* de Elvis Presley que Rita me había conseguido en una tienda chicharrera de segunda mano. Me encantaba aquel disco. Me encantaba el Rey, aunque siempre terminaba sus reproducciones mirando mi mata de pelo en el espejo con desesperación. «Ojalá tuviera esas patillas…».

Por lo visto, aquel miércoles yo era el último en salir de casa, y lo hice entre bostezos y golpes de batería cuando me puse los auriculares para echar a caminar. En mi cabeza, además del retumbar de la música, la conversación con Marta Luján seguía abriéndose camino, como si alguien hubiera marcado la pestaña de reproducción automática de YouTube y ahora, entre medias de algunos anuncios que me daban cierta paz mental, como podían ser mi música y la de aquellos a los que ansiaba parecerme, ella se colaba, poniendo nombre a mis preocupaciones y creándome otras nuevas. Como si hiciera falta.

«Tengo que hablar con Aníbal… Si no le pasa nada será un alivio, pero Marta se pensará que la engaño y le escondo cosas; pero si descubro algo… Entonces el puto fin del mundo se abriría bajo mis pies. Menuda pesadilla». ¡Y encima teníamos Matemáticas a primera!

Llegué por los pelos. A decir verdad, fantaseé con la idea de retrasarme los minutos suficientes como para que se activara el protocolo ese que no te dejaba entrar hasta segunda hora por no interrumpir la clase, pero ya estaba delante de la puerta y la conserje, una amable señora canosa que siempre vestía chándal y de cuya boca solo parecían salir las palabras «mantenga la puerta cerrada», me había visto y había pulsado el timbre.

Aterricé en el aula cabizbajo. Mis compañeros estaban allí, claro. Les hice un gesto y abrí el libro, intentando agachar las orejas cuando el profesor empezó su perorata sobre la puntualidad y no sé qué movidas de repetir la explicación desde el principio.De nada al resto de la clase por eso, por cierto. Allí nadie se enteraba de una mierda.

Lo de que el tiempo vuela cuando te diviertes es tan real como que parece desaparecer cuando temes algo. Creo que era la primera vez desde que arrancamos la aventura de ***MÍSTICOS*** que me daba miedo llegar al ensayo, y no por la canción —era buena, estaba seguro—, sino por afrontar lo que se me venía encima.

Me pasé el recreo, la clase de Literatura y la de Geografía e Historia mirando a Aníbal de tapadillo. Se comió sus tortitas de arroz asquerosas sin que nadie le dijera nada, escondió la cabeza en un cómic cuando terminó y luego cogió apuntes, inclinó la cabeza cuando Guille le susurró cosas, respondió preguntas si el profesor se dirigía a él y, en general, llevó la jornada… normal, como siempre, eso sí, escondido tras su sudadera del Espantapájaros, uno de los tantos enemigos de Batman.

—Mola. Está muy chula —le dije de repente cuando sonó la sirena y las sillas empezaron a chirriar todas a la vez.

Aníbal me miró como si le hubiera comentado que fuera llovía ácido.

—Pues vale.

La cosa prometía.

Quedamos en subir a La Puntilla para el ensayo a las cinco. Como venía siendo costumbre, Guille era el más animado. Decía no sé qué de cambiarle la funda a la guitarra por una que fuera más chula, algo de los *looks* para la tocada, que cada vez teníamos más cerca y, para mi deleite, incluso empezó a referirse a dicho acontecimiento como «bolo».

—Ya estás en el grupo, Melenas, no hace falta que me hagas la rosca.

—Solo intento hacerte la caída menos dura, Chesco.

Nando, que guardaba su calculadora científica en ese momento, lo miró desde detrás de sus Ray-Ban aviador. Puto pijo… ¿quién se ponía eso para ir a clase? Nadie más que él.

—¿De qué caída estás hablando?

Guillermo se sonrió. Llevaba el moño rubio tan arriba que se daba un aire a Amy Winehouse. La idea me hizo sonreír.

—La que se llevará este cuando todas las pibitas del concierto se vengan detrás de mí.

Nando, ya con la mochila al hombro, se limitó a cruzarse de brazos.

—¿Por «pibitas» te refieres a las niñas de doce años que van a ir a la tienda de surf a por *jackets* para el cursillo?

Aníbal rebufó a su lado.

—Y ojo que el bolo ya mutó a concierto. Están fatal.

—Digan lo que quieran —del bolsillo trasero el Rubio sacó un Mars—, pero aquí el corista se va a hartar de ligar.

Le miré mal, porque es que… a ver, no podía hacer otra cosa.

—Estás muy perdido en la vida, tío, pero que muy perdido.

Por respuesta arrancó media chocolatina de un bocado y se encogió de hombros.

—Ya me encontrarás… ¡rodeado de pibitas!

Decidimos ignorarlo.

Me comí la pechuga a la plancha con papas sancochadas medio desganado. Podía no tener nada que ver con la comida, o podía ser porque Marta me había enviado un wasap para recordarme lo del ensayo… y la tarea que tenía pendiente. Como si preparar el primer bolo de la banda no fuera suficiente presión.

Me lavé los dientes, recogí la cocina y me encerré a repasar la letra del segundo tema. Le aseguré a Marta, después de guardar el contacto de aquella conversación donde solamente había un meme de la Patrulla Canina con mi cara y la advertencia que acababa de mandarme, que haría lo posible, pero que había estado todo el día con un ojo puesto en el pescuezo de Aníbal y no le había visto nada raro.

De hecho, Guillermo con su repentina obsesión por ligar y Nando, habitante constante de la parra, eran casos más llamativos que nuestro batería, pero la chica no dejó de insistir hasta que le prometí que tocaría el tema sin discusión.

La cuestión era ver cómo coño encaraba yo una situación a la que le tenía un pavor importante. La tarde iba a ser intensita.

—Se llama ***MÍSTICOS Y MALIGNOS***. No llega a balada, pero el tono tiene que ser menos cañero que el de ***ESTATE TRANQUILO.***

Les pasé una copia del folio a los tres. Juntaron las cabezas, exactamente igual que habían hecho la vez anterior. Con la batería montada, la Les Paul y la española fuera de sus fundas, afinadas y el personal ubicado en su sitio, aquello parecía real, más real de lo que mis más locos sueños se atrevían a creer.

Los chicos juguetearon con los instrumentos, tanteando cuerdas, acordes y tonalidades que pudieran irle bien al tema, mientras a mí me sudaban las manos, porque si bien nadie me había nombrado compositor oficial del grupo, hasta el momento era el único que había presentado propuestas. Intenté evitar el ronroneo que me susurraba que eso podía significar que a nadie le importaba ***MÍSTICOS*** como a mí, porque quería pensar que aquel proyecto, nacido a trancas y barrancas con la excusa de ser utilizado para aprobar una asignatura, significaría algo para nosotros: la unión definitiva.

Quería creer, y de hecho me creía a pies juntillas, que seríamos capaces de llevar aquel barco improbable a un puerto seguro. No me equivoqué del todo… pero el coste, como suele pasar casi siempre cuando uno se aferra a los sueños con tanta fuerza que se olvida de otear aquello que pasa en el mundo de los despiertos, fue muy difícil de asumir para todos nosotros.Pero ya llegaremos a esa parte.

—Venga, McCartney, vamos a tocarla.

Asentí encendiendo el micrófono que, como regalo de cumpleaños adelantado, me había enviado Rita.

—En tono suave. *Guimermo*, adáptate a mi voz para los coros, no vayas por libre.

—¿Lo hago alguna vez? Y deja de llamarme así.

Me enseñó el dedo y casi se le cae la guitarra. Cerré con fuerza los ojos.

—Nando, la Gibson nos da la señal. Aníbal, entra en el puente.

Y como pareció que sabía lo que decía y, por lo visto, nadie encontró nada que objetar, levanté el papel con dedos temblorosos, a pesar de que me sabía la letra a la perfección, y canté.

SOMOS MÍSTICOS
Y MALIGNOS,
NO TENEMOS OFICIO
NI CONOCEMOS EL BENEFICIO,
UNOS BALAS PERDIDAS
EN LA RECÁMARA DE LA VIDA.
APRETAMOS LOS DIENTES,
NO AFLOJAMOS LA MORDIDA.

SOMOS MÍSTICOS
Y MALIGNOS,
NO RESPETAMOS LAS NORMAS
NI ACEPTAMOS COMPROMISOS.

JUGAMOS SIN MEDIDA,
SIN CALCULAR LA SALIDA.

NOS QUEDA POCO TIEMPO…
SE ACABA LA PARTIDA.

Supe que Marta andaba por allí, Nikon en mano, ojo avizor, pendiente de todo. Puede que solo hubiera aparecido para asegurarse de que la parte del trato que me correspondía quedara cumplida, pero fueran como fuesen las cosas, ella hizo lo suyo: remarcó aquel momento épico a base de fotos.

Cantamos la canción unas cinco o seis veces, en tono cada vez más oscuro y monocorde, solo subiendo un poco en el estribillo. Sentí que me rajaba la garganta, que me desgañitaba y me pelaba las cuerdas vocales, todo al mismo tiempo, y me pareció una pasada. Con los ojos cerrados y el más que dudoso acompañamiento musical, probé todo lo que mi voz daba de sí hasta que, en el último tanteo, pareció que daba justo en el blanco.

—Tío, no sé si suena de la hostia o pareces un gato atropellado que intenta morir con dignidad, pero funciona. Y mola que te cagas.

—No me extraña que suspendas siempre la parte de la opinión personal en los comentarios de texto, Guille. Te expresas de culo.

El aludido le sonrió a Nando, que se había sentado en una butaca y le pasaba un trapo a la guitarra eléctrica para limpiarle las huellas como si no fuera suya. En fin.

Desconecté el micro y, mientras los otros se entretenían hablando de paridas —y pibitas, por supuesto, siempre pibitas—, aproveché la tesitura para acercarme a Aníbal, que probaba a hacer giros de muñeca con las baquetas. Le sonreí.

—Pues… ensayamos bien, ¿no? Fue un… buen ensayo.

Aquí otro que no aprobaba Lengua ni regalando Cadillacs a los profesores. «Gracias, muchas gracias».

Aníbal asintió. Dejó de juguetear y me miró a través de sus gafas redondas. Quise encontrar algún tipo de conexión, algún grito desesperado de esos que se hacen en modo *mute*. Joder, me habían llamado «McCartney», ¿no? Pues él era el jodido Lennon. Ese binomio tenía que seguir significando algo en este mundo viciado y asqueroso.

—No compones mal. —Con un gesto de la barbilla señaló el papel que yo todavía tenía en la mano—. Las letras, las rimas y lo que quieres decir en las líneas… tienen sentido.

—Gracias.

Me sentí jodidamente subyugado, esa es la verdad. ¿Saben eso de que, cuando todo marcha bien, es mejor retirarse antes de que se vaya a la mierda? Quise con todas mis ganas poder hacerlo en ese momento.

—Creo que ***MÍSTICOS Y MALIGNOS*** será un buen cierre en el concierto. —Y se sonrió al pronunciar aquella palabra—. Podemos empezar con ***ESTATE TRANQUILO*** y… bueno, luego si eso, ¿bocadillos en el Ñoño?

Pasé por alto la pulla. Ya había pensado en eso. De hecho, había pensado hasta en las posibilidades reales que existían de que un parque jurásico se pudiera hacer en la realidad. Cualquier cosa menos las movidas que tenía entre manos.

—Lo anunciaremos como que somos una banda emergente con un par de temas propios y… algunas versiones.

—Así que vamos a ser un grupo de *rock* de versiones.

Me dolió como si me hubieran apuñalado en el corazón con una canción reguetonera.

—Banda emergente con un par de temas propios y algunas versiones. También propias.

Aníbal se rascó los rizos y, por un segundo, hizo un gesto con la cara que me recordó a Marta. Y al pensar en Marta pensé en lo que tenía que decir y estaba evadiendo.

—La palabra «versiones» no casa con «temas propios», Chesco. Son antónimos.

—Tampoco casamos tu madre y yo, y eso no impide… —«Templa, cantante. Enfoca. Estás a lo que estás»—. Ya afinaremos el repertorio. Nos quedan un par de días.

—Igual te puedes sacar otro tema de la manga para entonces.

Aníbal se levantó y empezó a desmontar aquella batería de Jugueterías Nikki en la que simulaba tocar como un profesional. Levanté el pescuezo y la vi. Ella fingía hacerle al melenudo de la banda un *book*, mientras él posaba portándose como el gilipollas que era, pero yo sabía que estaba pendiente de cada movimiento que hacíamos Aníbal y yo, esperando, casi, poder oír cuando su hermano confesara aquella sospecha de preocupación que Marta, al final, había acabado contagiándome y sumando a las propias.

—Se hará lo que se pueda… —Me toqué la nuca. Sudaba frío—. Oye, batera…

Dejó lo que estaba haciendo y se irguió para mirarme.

—¿Pasa algo, Chesco? Estás muy intenso. Hasta para ser tú.

—Ya… la emoción del tema nuevo, supongo.

Aníbal sonrió, medio escondido entre pelo, gafas y el gorro de la sudadera, que se le había venido sobre la cara al inclinarse para desmoldar el tambor del resto de la estructura.

—Pues relaja o a este paso nos esperan unas giras muy duras.

Sonreí. Joder, ¿cómo podía ir algo mal? ¿Cómo si mi mejor amigo entraba al juego y no solo le daba alas a mi sueño, sino que echaba a volar conmigo?

—Eres mi Charlie Watts. Lo sabes, ¿verdad?

Afirmó sin dudarlo ni un momento y se persignó.

—¿Es porque soy el más elegante del grupo?

Le eché una mirada que no dejaba lugar a dudas.

—Yo no diría tanto. El que tiene el sello más marcado, eso seguro. —Fingió una pose. Se rio. Yo extendí la mano, como animándolo a que la sostuviera—. Lo digo de verdad. Cuentas conmigo.

Me dio un apretón. Su agarre era firme, pero no me achanté. No lo habría soltado jamás.

—Lo sé. Tú eres mi Jagger. ¿Contento?

Solo había una respuesta posible.

—*I can’t get no…*

—*Satisfaction.*

Acabamos la estrofa y, después, con las piezas de la batería diseminadas a su alrededor y antes de que me diera tiempo a volver a abrir la boca, Aníbal se señaló los brazos. Yo sabía a qué se refería, y él sabía que era ahí adonde pretendía llegar.

—Tengo psoriasis en la piel. Por eso siempre la llevo tapada.

Registré la información. Sentí que se me quitaba de encima el puto peso de las veinte mil leguas del viaje submarino que hizo el jodido Capitán Nemo en el libro de Verne que me habían obligado a leer el curso anterior en Madrid.

—Entonces, ¿las marcas…? —Aníbal asintió—. Joder, tío.

—No es que vaya forrado hasta las cejas por gusto, Chesco. Yo también tengo calor, pero el tratamiento es una mierda con el sol y esas movidas.

—Ya, claro, claro. Entiendo.

Era mentira: no entendía una mierda. No sabía lo que era la psoriasis. Jamás la había oído

mencionar. La única noción que me traía esa palabra era la de enfermedad. Aníbal tenía una enfermedad que le provocaba marcas en la piel. Por lo tanto, no se las había hecho él y se podía curar. Era la mejor puta noticia del mundo.

—¿Todo bien? —preguntó.

Parecía algo incómodo, pero claro, ¿a quién le gusta hablar de sus mierdas? Eso lo podía entender.

—Todo perfecto, colega. Todo… de lujo. —Le di una palmada en la espalda—. ¡Chacho, cuánto me alegro! —Me miró como si fuera subnormal, cosa que entendí—. Me refiero a que tengas tratamiento y eso.

—Ya… hazme un favor, ¿vale? Dile a mi hermana que deje de enviarme espías y de meter las narices en mis cosas.

Me mordí el labio. Habría hecho un debate sobre lo preocupada que tenía derecho a estar Marta, pero no iba a pecar por exceso de parecer su fan… No quería levantar sospechas ni que Aníbal se pusiera a indagar en algo que todavía no entendía ni yo.

—Usaré otras palabras —advertí—, pero se lo diré.

Chesco, el cartero de los hermanos Luján.

Dejamos el garaje despejado y cada uno tiró millas a su casa. Nada más despedirme de Guille, saqué el móvil para resumirle a Marta mis pesquisas. Recordé tarde que no tenía datos, así que el mensaje se quedó con un solo tic hasta que llegué a casa, pero daba igual. De hecho, cuando crucé la puerta, después de que se me trabara la llave diecisiete veces y me encontré solo en mi despejado salón, cogí aire y lo solté despacio. Dejé la bolsa con el micrófono sobre el escritorio, abrí el tocadiscos y, como no lo había guardado por la mañana, volví a reproducir *Aloha from Hawaii*. Canté a todo pulmón, acordándome más tarde de que tenía que conservar la voz para ese primer bolo de ***MÍSTICOS*** en el que ahora podía permitirme pensar con toda la ilusión que cabía en mi todavía puro y entusiasta corazón adolescente. «Puro y entusiasta corazón adolescente…».

Lo dejé registrado en el bloc de notas de mi iPhone de pantalla rajada. Luego, al echarme sobre la cama y mirar el autógrafo de Agüero, uno de mis bienes más preciados, sonreí por primera vez en mucho tiempo sin sentir ninguna preocupación que añadiera peso a mis comisuras.

Mi amigo estaba bien. La banda iba bien. El silencio reinaba en la casa vacía. «Por favor, que todo siga igual». Vaya tolete. Si hubiera sabido lo que supe después, hubiera deseado justo lo contrario.

19

That's what I want now
Freedom, that's what I need now
Freedom to live
Freedom, so I can give

Playa de Las Canteras.
Primer bolo con público en directo.
Situación emocional: living the dream.

La primera tocada de ***MÍSTICOS*** tendría lugar en un punto indeterminado de la avenida de Las Canteras, situado entre dos escuelas ya existentes de surf donde el amigo del padre de Guille había abierto recientemente la suya.

—¿Y no le pareció un sitio *supermierder*, teniendo en cuenta que tiene competencia por todos lados?

Ante la lógica pregunta de Nando, el aludido solo se encogió de hombros.

—El local estaba muy rebajado, y además… esos sitios siempre son rentables.

—¿Pero tres? ¿En la misma avenida? ¿Casi puerta con puerta?

—Tío, esto es una isla. Todo el mundo surfea y los cupos se llenan.

Los dejé discutiendo los pros y contras de seguir tirando del negocio de las tablas y los *boogies* mientras yo degustaba mi bocadillo de pata y queso tierno con un Aníbal muy callado al lado. Le di un codazo.

—Tío, no estuviste tan mal.

—Ya… para ti es fácil decirlo, capullo. No te pone nervioso nada.

Sonreí. De una mordida me llevé media barra, con más miga que queso y pata. Joder, qué rácana era mi madre siempre con los embutidos.

—Qué quieres que te diga, tengo un don.

—Tampoco te flipes, que no creo que la presentación cuente mucho para nota.

Le eché una mirada a Nando, que se nos sentó al lado y empezó a desenvolver su sándwich de Nutella. Guillermo, como venía siendo su costumbre, nos deleitó con lo último del estante de Eidetesa del Spar de su barrio. Estoy seguro de que algún día lo veré sonriendo, con su pelo hecho un moño, en cualquier paquete de Donettes o mierda semejante. Giré medio cuerpo, ofendido.

—¿Cómo no va a contar para nota una exposición oral sorpresa? ¿Entonces para qué nos la hacen?

—Para asegurarse de que vayamos leyendo el tema.

Rumié aquello junto con la miga reseca de aquel bocadillo que, de pronto, ya no me sabía tan rico. Sea como sea, la jornada de instituto estaba a punto de tocar a su fin y esa tarde sería clave.

Aunque simulé durante todo el día que me sentía exactamente como siempre y no desdije en ningún momento el pensamiento de Aníbal de que no había nada en el mundo que me robara la

calma —salvo cuando el Atleti iba a penaltis—, lo cierto es que, por dentro, me sentía como una de esas gelatinas que tantas veces vi comer a mi abuela mientras estuvo en el hospital.

Lo intentaba, pero ni siquiera mi repentina atención a las figuras literarias era capaz de sacarme de la cabeza lo que el grupo se iba a jugar. Incluso intenté asumir la verdad que mis compañeros no paraban de repetirme: que el público realmente no era tal, sino unos críos que acudirían a la tienda para beneficiarse de los descuentos en la equipación, que no habría teloneros, escenario o parafernalia de esa que había memorizado a base de tragarme todos los documentales musicales que había encontrado a lo largo de mi tierna adolescencia.

Todo intento de simplificar lo que iba a ocurrir fue en vano, porque, para mí, el hito existía y se aproximaba conforme pasaba el tiempo, que a ratos se me escapaba de las manos sin que me diera casi cuenta. Yo entendía la libertad como lo que experimenté en cuanto sonó la sirena y eché a andar a paso vivo en dirección a mi casa, oyendo música en mi iPhone de pantalla rajada sin ser capaz de reconocer en realidad melodía alguna a pesar de que lo que sonaba era mi *playlist* habitual. Libertad fue atravesar la puerta, aunque la llave se trabó diez veces y casi tuve que desencajarla con el hombro. Libertad fue mezclar dos natillas de vainilla con Cola Cao en polvo mientras observaba cómo se secaba el típex con el que había escrito en el reverso de una chaqueta de polipiel, que hasta ese momento estaba olvidada en mi armario, la palabra ***MÍSTICOS*** para luego ponérmela, mirarme al espejo y sentir, con toda seguridad, el mismo escalofrío punzante que embargaba a todo músico cuando oye el alarido del respetable en el *backstage*. «*The show must go on*».

Y al decirlo, supe que era de verdad. Que iba a pasar. Que aquello estaba en marcha.

Llegamos al punto de encuentro, el auditorio Alfredo Kraus, una hora antes del concierto, por tener margen para preparar. Aunque no estaba de acuerdo con el experimento ni cedía un pelo en lo de dejarnos ensayar en su garaje pijo, el padre de Nando estaba allí, teléfono de última generación en mano para hacer un par de vídeos que, con la excusa de presentarlos para nuestro trabajo de Iniciativa Emprendedora, serían la prueba gráfica de nuestra primera actuación.

Me picaba la cabeza por el exceso de gomina y la merienda me daba vueltas en la tripa cada vez que me movía, pero no por eso me estuve quieto ni un segundo. De hecho, me pavoneé con mi chupa medio despellejada y bajo un sol de justicia, levantando miradas y ciertos comentarios que ignoré porque, aunque se hubieran abierto los cielos y un enorme dedo acusador hubiera bajado a la playa para reírse de mí, no me habría afectado. Así de grande era el subidón.

—Tío, ¿en serio vas a tener eso puesto? Das fleje el cante, coño.

Miré a Aníbal como si me hubiera insultado.

—¿Y lo dice el que tiene a Harley Quinn y a Batman comiéndose la boca en la pechera? ¡Lo mío es *rock*!

—Y lo mío, cultura pop.

Puse los ojos en blanco. Bueno, por lo menos los personajes se estaban dando el lote. Podía valer.

Montamos el chiringuito rodeados de curiosos. Me gusta pensar que nos hicieron fotos y comentaban lo que veían porque teníamos un aspecto profesional, pero me da que no era así. Para empezar, Guillermo llegó en bici y supertarde. Se le había roto una chancla y, cuando se acercó cojeando y con la guitarra española al hombro, más parecía que iba a sentarse a pedir limosna que a tocar en un grupo serio.

—Rubiales, no me jodas.

—Chesco… no estoy para brasas. —Levantó el pie. Aparte de sucio, tenía una ampolla en la planta del tamaño de un volcán—. Me duele de la hostia.

Pasó de mí y entró a saludar al dueño de la tienda. Acerté a oír que su padre se pasaría más tarde. Entre tanto, el de Nando, que toqueteaba su teléfono y a ratos se lo ponía en la oreja, le había comprado a su hijo una especie de Go Pro, pero mucho más fina, que este estaba colocando en el mástil de la Les Paul. Como digo, una cosa era no apoyarnos una mierda en el proyecto y otra que su chaval no tuviera de lo bueno, lo mejor. Aunque no supiera ni para qué servía. En fin…

Ayudé a Aníbal con la batería y, cuando casi teníamos la hora pegada al culo, llegó Marta subida en su patinete y con la Nikon al cuello. No se molestó en decir nada antes de empezar a disparar ráfagas como si fuera una francotiradora pertrechada en un tejado. Hice lo posible por darle la espalda, en parte porque mirarla me ponía tenso y me cerraba la garganta, cosa jodida si uno tenía que cantar, y también para que en las fotos se viera la chupa. Había que ponerse firmes con el tema de darnos a conocer, ya que a los demás se la sudaba hacerlo.

—¿Tus padres no vienen?

Miré a Nando a través del flequillo, ese tan indomable que ni la gomina más fuerte del supermercado podía controlar.

—Mi madre curra y mi padre depende de donde tenga los servicios. —Hice ver que no me importaba con un gesto—. Menos presión.

—Joder, ya te digo. —Aníbal se quitó las gafas para limpiarlas con el bajo de la sudadera—. Mejor que eso…

Indicó con un gesto y vi llegar a sus padres. A los dos. Saludaron al padre de Nando y le hicieron una seña a Marta, que se dio la vuelta y les hizo una foto sin ninguna naturalidad donde ambos miraban al Atlántico apoyados en la barandilla.

Seguí a lo mío diciéndome que poco importaba que no hubiera nadie que me hiciera representación. Total, ¿qué más daba? Ya habría tiempo de movilizar a la familia cuando la cosa fuera cogiendo carrerilla. Aquello era casi como un ensayo, solo que… bueno… habiendo ensayado una mierda.

—Vale chavales, dice Isma que cuando queramos.

Guille sacó la guitarra de la funda y se puso en posición. Del bolsillo del vaquero lleno de agujeros se le salía un paquete de Cheetos. Madre mía… ¡Menudo circo de banda!

—¿Quién es Isma?

Me di la vuelta y miré a Nando, que seguía allí tieso como un palo con la Gibson mal sujeta y su cara de estar a punto de pedir presupuesto para cambiar el color de las paredes de la puta parra donde se había ido a vivir.

—Tío, ¿de qué vas? ¡Es el dueño del local! ¡El que nos está dejando tocar!

Nando pareció tardar una eternidad en asumir mi explicación, y cuando las ondas del cerebro se le conectaron, dijo que le parecía guay y trató de ponerse bien la guitarra sobre aquel polo color lila que llevaba metido por dentro de unos pantalones planchados con raya. A mí me iba a dar algo.

—Bueno… venga, el repertorio en el orden que tenemos hablado —dije asegurándome de que el micrófono funcionaba dándole unos golpecitos.

—O sea, primero la primera canción que tenemos y después la segunda, ¿no?

Aníbal le enseñó a su hermana el dedo cuando esta le enfocó de lleno con la Nikon. Se intercambiaron un par de lindezas. Joder, que guapa estaba Marta con aquella falda escocesa

medio escondida bajo una camisa blanca enorme de botones y que la hacía absolutamente amorfa. «Centra, Chesco. Centra».

—A la de tres, grito de guerra.

Me di la vuelta para mirarlos a los tres, que, a su vez, se miraron entre ellos.

—¿Tenemos grito de guerra?

Guille se escupió la palma de la mano y me la tendió.

—¡Mucha mierda, hijos de la gran…!

—¡Cinco, seis, siete, ocho…!

Fue libertad, aunque nos equivocamos en casi todos los acordes y, en medio del segundo estribillo de ***ESTATE TRANQUILO***, me olvidé de la rima y tuve que improvisar, y ***MÍSTICOS Y MALIGNOS*** casi me la inventé entera.

Fue libertad, aunque me vine arriba en un momento y, cuando los críos del cursillo se acercaron y pareció que nos rodeaba una masa ferviente de fans, quise extender el brazo para atrapar a un par y traerlos al *escenario* para que se unieran a los coros, me dieron un empujón y casi tiro a Guille al suelo.

Fue libertad, aunque el padre de Nando desapareciera de repente y nos quedáramos sin vídeo, y a pesar de que el mío llegó cerca del final y casi no vio nada.

Joder, fue libertad hasta en el momento en que la Gibson, por no estar conectada a nada, apenas se escuchaba y mi colega engominado trastabilló con el cable que, por algún motivo, había dejado suelto a su alrededor. Perdió un paso y usó mi espalda como apoyo, postura que Marta capturó y a mí, en lo personal, me pareció luego jodidamente épica.

Fue libertad, aunque Aníbal decidiera ir por libre con la batería y la voz de mi corista por momentos no casara con la mía; aunque no estuvieran ni mi madre ni mi hermana y, después de los dos únicos temas que teníamos, hubiera un silencio tenso de varios minutos hasta que decidimos tirar por una *facilita* de Héroes del Silencio como cierre.

Fue libertad, aunque mi cuello se quedó negro porque la piel falsa de la chupa se desprendió entera y perdí gran parte del logo escrito a típex.

Fue libertad, porque cuando terminamos e Isma nos pidió ayuda para meter los burros con los *jackets* y las tablas dentro de la tienda, mi padre nos invitó a unos helados de Peña la Vieja y terminamos comiendo bocadillos de calamares en Ñoño el Chico mientras comentamos la jugada, dándole a los recuerdos, como solía pasar siempre, mucho más lustre del que había tenido la realidad.

Fue libertad, aunque Guille subiera el pie a la mesa empeñado en que viéramos el crecimiento de su ampolla, Nando siguiera empanado y se marchara en cuanto su padre asomó la cabeza —a pesar de haber pedido ya— y Aníbal mirara la comida de la mesa como si estuviera regada con cianuro.

Fue libertad, pese a que Marta no me dirigiera la palabra, porque sentía su cámara en mi cogote y sé que, por más que lo fingiera, la mirada se le iba detrás de mí más que de los demás, aunque seguía sin estar preparado para entrar a debatir cómo me hacía sentir eso.

Fue libertad, porque canté dándolo todo, desgañitándome entero y, cuando abrí los ojos, en la última nota de la última estrofa de la última canción que interpretamos aquella tarde, supe que ese era mi lugar en el mundo, el único en el que alguna vez sería feliz.

Fue libertad eiba a tener que atesorar muy bien aquel recuerdo, porque, en las semanas venideras, lo iba a necesitar para no perder la jodida cabeza.

20

You went back to what you knew
So far removed
From all that we went through
And I tread a troubled track…

IES Mesa y López.
Optativa: Empresa e Iniciativa Emprendedora.
Viernes. Media mañana.

No soy yo muy de listas o notas… pero aquel viernes hice una excepción.

Nos tocó presentar los avances en el proyecto a Barritas Kinder —para que lo sepan, el crío de la caja de chocolatinas no se había muerto ni estaba desaparecido, se había hecho mayor y ahora daba clases en Las Palmas. No tenía pruebas, pero tampoco dudas. Era clavado. Siempre salíamos de su aula con hambre—. Resultó que una vez que vio la justificación del proyecto y los primeros objetivos generales, y antes de que pudiera darnos indicaciones o propuestas de mejora, aderezamos nuestro turno de exposición con algunas de las fotos que teníamos del bolo de la Avenida de Las Canteras.

Como se pueden imaginar, hubo miraditas, comentarios, gracias varias… pero a mí me daba igual. Éramos, de lejos, los mejores de la clase, y desde luego, los que más en serio y más adelantados iban en el proyecto para final de curso; pero más que por todo eso, es que yo creía en aquella banda y, para mí, el que estuviera ligada a una asignatura del instituto no era sino un daño colateral, la excusa que había necesitado para que los demás tiraran del carro donde yo me había subido y del que me negaba en rotundo a bajarme.

Arranqué un trozo de papel y empecé a escribir a toda velocidad mientras Aníbal iba pasando las fotos, Guille explicaba los pormenores de la situación y la problemática, y Nando intentaba permanecer despierto, aunque era evidente que le costaba bastante.

Recibimos elogios, y el resto de la clase se tuvo que comer sus risitas estúpidas cuando Barritas Kinder expresó que estaba impresionado y le gustaba mucho no solo la implicación que estábamos demostrando, sino también que no nos limitáramos a hacerlo virtual.

—Buscar la opción de ese concierto a modo de prueba por cómo iban avanzando los ensayos demuestra mucha iniciativa emprendedora. —Y nos sonrió con sus dientes blancos, dignos de permanecer en una caja de chocolate durante sesenta años.

Los chavales asintieron con satisfacción y volvieron a sus sillas para seguir con el día. El problema era que yo no podía hacerlo.

—Tenemos que mejorar la puesta en escena. Y el vestuario, sobre todo el vestuario.

Desde nuestros lugares dominantes en el patio, zampando ellos tres y repasando la lista yo, oteamos el horizonte del recreo en busca de algo interesante. Bueno, ellos lo hiciero; yo seguía a lo mío.

—Chesco, tenemos examen de las capitales de Europa cuando suene la sirena —se quejó Aníbal, cuyo libro abierto de Geografía descansaba a su lado.

La información me pareció poco relevante.

—¿Y?

—Pues que Iniciativa ya pasó. Ahora tenemos que recuperar fuerzas y luego escribir cómo se llama la ciudad más importante de Noruega, donde está Macedonia y un montón de mierdas que no vamos a usar nunca.

Guille, que seguía con la ampolla en el pie y había ido a clase con unas chanclas nuevas, rasgó el papel de su herradura —por supuesto, marca Eidetesa—. Nando, que pareció ser capaz de volver de entre los muertos cinco minutos, negó con firmeza.

—Solo países y capitales. Es un mapa mudo de Europa político. Anoche estuve estudiándolo hasta casi las dos. —Como para corroborarlo, bostezó.

—¿Va en serio? —Los miré a los tres, flipando por aquella desgana y el balance pésimo que hacían de las cosas importantes de verdad—. ¿Soy el único que se toma ***MÍSTICOS*** como algo real?

—Ya empezamos.

—No, Aníbal, no empezamos. No empezamos nada. Estamos atascados. ¡Atascados, joder!

Me levanté con tanto ímpetu que la lista se me voló y tuve que correr a por ella antes de que acabara uniéndose a los botes de zumo, servilletas llenas de Nocilla y demás porquería que se acumulaba en el patio. Joder, que cerdos podemos ser los adolescentes. El trabajo del personal de la limpieza no está pagado.

—Acabamos de hacer un bolo. ¿No te basta con eso?

Miré a Nando como si se acabara de comer una cucaracha.

—¿Bastar? ¿Te basta a ti?

—Tenemos que aprobar.—El peludo del grupo, que por alguna razón llevaba dos trenzas estilo boxeador ese día, hizo una mueca de resignación—. Voy de culo en casi todo y paso de repetir.

—¿Tú también?

—Si suspendo, mi padre me mata, Chesco. ¿Qué quieres que haga?

No daba crédito. ¿Podía haber una actitud menos roquera que aquella?

—¿Y qué pasa con tu ambición? ¿Con las pibitas?

Pareció pensarlo un momento, pero al final le pudo la presión de las miraditas del grupo.

—No creo que a las chicas les gusten los analfabetos.

—¡Venga, tú no eres…!

—Déjalo ya, Chesco. Tenemos que estudiar y aprobar. No todo es el grupo, ¿vale? Algunos tenemos muchas exigencias en casa.

Miré a Nando con ganas de escupir en su chaqueta vaquera Levi’s, pero me contuve. Parecía tan cansado que era un milagro que no se le cayera la baba encima de Estonia, Polonia… o lo que quiera que fuese que estuviera leyendo.

—Solo digo que deberíamos hablar y reunirnos para tratar algunos temas.

—Ya quedamos una vez por semana en mi casa. —Aníbal señaló lo evidente, extendí la mano hacia él.

—¡Para ensayar! ¿De verdad les parece bastante? ¿Y cuándo vamos a tratar temas prácticos y urgentes como… la mejora de la instrumentación, buscar nuevos locales para conciertos, el vestuario…?

—Para el carro, Chesco. ¿Vestuario? ¿Qué vestuario? Yo no pienso dar el cante como un payaso. Me gusta ser discreto.

Por supuesto, el comentario sobre la ropa fue de Nando. Puse los ojos en blanco. «Discreto».

En un grupo de *rock*. «Perdónalo, Mick Mars, porque no sabe lo que dice».

—Teniendo en cuenta que lo más barato que te he visto no baja de las tres cifras, Nandito, no me pareces el más adecuado para ser nuestro responsable de vestuario.

—¿Y tú sí? ¿El de la chupa con típex?

—¡Por lo menos yo llevaba algo distintivo de la banda!

Entramos en un bucle de echarnos en cara tonterías que no nos llevaron más que a que se terminara el recreo sin tener nada claro. Y encima me culparon de no haber podido repasar.

—Podríamos ensayar esta tarde, aprovechar que mañana es sábado, alargarlo y ver con Marta algo de fotos posadas o vídeos.

Y de paso, intentar congraciarme con ella, porque después de mi pulcra investigación, no me había contestado al mensaje, y el día del concierto no fue apropiado para hablar. No es que tuviera nada que decirle… pero si quería ser parte de ***MÍSTICOS***, iba a tener que hacer por estar más receptiva conmigo, digo… con la banda, ¿no?

—Fue al dentista, por eso no vino a clase. No sé si estará de humor para que le digas a qué le tiene que hacer fotos.

—No le voy a decir a qué, le voy a dar pautas.

Nando y Aníbal se miraron. Odiaba ese gesto, esa conversación secreta que se gastaban a veces y me dejaba fuera de juego.

—Vamos, que le vas a decir a qué hacer fotos.

—Pírate a tu casa y cómprate un barco, Nando. —Me enseñó el dedo. Luego bostezó—. Joder, tío, ¿no duermes o qué?

—A diferencia de ti, estudio.

—Vale, vale, calma todo el mundo.

El brazo de Guille me envolvió el cuello. Intentó hacer lo mismo con Nando, pero este huyó como lo haría de una cagada de vaca en el suelo. Podía tener que ver con que los dedos del Bulerías estaban llenos de restos de chocolate. Coño, ¿cuándo narices había vuelto a zampar? Aquella peña era de locos.

—Podemos intentar quedar mañana. —Sugirió Aníbal—. Mis padres salen y no va a haber nadie en mi casa.

—Muchas gracias, batera. ¡Por fin algo de entusiasmo!

Mi colega, con sus gafas redondas y su enorme sudadera, no se inmutó.

—Es por no aguantarte, más que nada. Eso sí, te toca pasar a limpio lo de los objetivos personales y la mierda de la estructuración que nos pidió Barritas Kinder.

—Sin problema. Hasta puede que meta un apartado con material adicional, mejoras y necesidades inmediatas.

Guille se rascó la cabeza, como reordenándose unas ideas que todos sabíamos por dónde iban a salir.

—Añade lo de las pibitas. Eso para mí entra dentro de las necesidades.

—Pensaba más bien en el vestuario. ¡A ver si el padre de Lacoste nos patrocina!

Nando me soltó un par de frescas, pero me las tomé bien. Por lo menos parecía lo bastante espabilado como para insultar. ¡Ya era algo!

Nos despedimos sin mucho énfasis porque nos íbamos a ver al día siguiente y cada uno cogió camino a su casa. Yo, que siempre me iba solo, me encontré dedicando un microsegundo a preocuparme por el resultado de aquel examen de Geografía del que me había acordado casi cuando tenía la hoja delante, de los tests de conducir que no había hecho y de un sinfín de

nimiedades que, tal como vinieron, se fueron.En mi cabeza, solo ***MÍSTICOS***; los recuerdos de aquella sensación de libertad y felicidad plena que se habían apoderado de mí mientras cantaba; la certeza de que, a pesar de todos los fallos y cagadas que nos habían pasado, hacíamos algo real. Único. Nuestro.

Por un rato todo había estado bien, y aunque me habían faltado cosas y personas —Rita viendo mi debut, Marta quieta delante, sonriéndome…— de alguna manera estúpida e irreal me sentí completo.

Y ahora, de vuelta a casa bajo un sol de justicia, con una rozadura en el talón porque me había puesto calcetines tobilleros con deportivas altas, la soledad se abría camino tan rápido como se me abría la piel, dejando la zona enrojecida. Seguramente escocería, igual que el pálpito de que las cosas se iban a complicar. «No creo que a Ulrich o Mustaine les preocupara mucho cuál es la capital de Suecia». Por curiosidad saqué el móvil al mismo tiempo que las llaves cuando llegué a casa. Me había equivocado en mi respuesta. Estupendo. «Cuando estemos de gira ya nos dirán los teloneros a qué ciudad tenemos que dar las buenas noches».

Abrí de un tirón y, por una vez, la puerta no se trabó. Aproveché que tenía el móvil en la mano para entrar en el chat de Marta. Allí seguían los dos *ticks* azules. Me había dejado en visto. Joder, ¿había algo más cruel? Amplié su foto de perfil, donde podía verse una especie de jardín descuidado, de briznas de hierba altas y verdosas, entre las cuales se apreciaban sus Converse rosadas. Seguramente se había hecho la foto desde arriba, en una especie de plano cenital bastante chulo. «¿Qué? Ni confirmo ni desmiento que me haya instruido un poco… por el bien de la banda».

Llegué hasta el salón, pero en vez de soltar la mochila encima del sillón, prioricé el tema de la llaga en el talón, así que seguí caminando hasta la cocina. Ya me había sacado una zapatilla e iba a repetir la acción con la otra cuando un golpe seco y repentino me hizo levantar la vista del iPhone y la fotografía de Marta. Mi madre, todavía con el uniforme de su trabajo se esforzaba, de forma bastante patética, tengo que decir, en esconder una sonrisa que había estado mostrado hasta que había llegado yo. Su teléfono estaba en la encimera, boca abajo, al lado de un montón de ingredientes de algo que no se había convertido todavía en el almuerzo. Dejó de dolerme la rozadura. En su lugar, me escoció todo lo demás.

—Fran, que susto. No te oí subir.

—Pues hice un montón de ruido. —No presté atención al tema del nombre. No era importante. Ahora no—. ¿Con quién hablabas?

—¿Qué?

Dejé la mochila en el suelo. Calculé, y ella se dio cuenta porque puso la mano encima, cuánto podría tardar en echar a correr y agarrar su teléfono. Así de desquiciado estaba.

—Es una pregunta fácil. ¿Con quién estabas hablando y riéndote?

—Ay, Fran, ¿con quién va a ser? Pues con una amiga.

—¿Cuál?

Se le puso su cara de madre. La misma que le salía cuando le pedía dos cartulinas, una tempera color cian y un lápiz número dos para el lunes y me acordaba de decírselo un domingo por la tarde. No me achicó. Di un paso al frente. Su mano en la encimera no se movió.

—No la conoces.

—Pero tendrá un nombre, ¿no? ¿O no te sale inventarte ninguno?

—Mira, Francisco, si te crees que le voy a dar explicaciones a mi hijo de mis cosas…

—Ni de comer tampoco.

Le habría gustado cruzarme la cara. Casi esperé que lo hiciera, así, con suerte, soltaba el móvil. Me hervía todo por dentro. Tenía que saber si mis sospechas eran ciertas, aunque en el fondo no lo dudaba.

—Acabo de llegar de trabajar ahora mismo. —Señaló los pimientos y las papas sin pelar con la mano libre—. ¿Te crees que soy tu criada o qué?

—No. —Tragué saliva. Tragué rabia, tragué odio y tragué bilis, porque lo que veía, lo que intuía… lo que pensaba y decía me dolía más a mí de lo que podía ver en su cara. Y se iba a poner peor—. Pero eres mi madre. Y una mentirosa.

Pocas veces la había visto con la mirada encendida de indignación, mezclada con aquel algo que yo había traducido como culpa, y que tenía que ser lo bastante fuerte y auténtico como para impedirle recorrer la distancia que nos separaba y arrancarme la cabeza. Resopló y estiró el cuerpo todo lo alta que era, aunque por esas ya no me podía ganar. La voz le salió ronca cuando me habló, pero, para mi sorpresa, tampoco eso me impactó. Era como si, de repente, ella hubiera perdido todo el efecto sobre mí.

—Vete a tu habitación, Francisco, y cuando llegue tu padre…

—¿Cuando llegue le vas a decir que estás mintiendo? ¿Le vas a decir que llevas en casa tres horas bobiando y riéndote con el móvil?

—¡Acabo de llegar, Francisco! ¡Y no voy a dejar que mi hijo de diecisiete años…!

—¡Me sé tus horarios, *mamá*! —La palabra sonó casi, casi igual que cuando Marta me llamaba *cantante*. Con el mismo frío desdén—. ¡Los dejaste en la nevera para que no te estuviéramos preguntando cuándo llegabas!

—Pues hoy lo cambié. ¿Qué pasa? ¿Es un delito?

Señalé a la encimera, a su mano, donde se mantenía escondido el móvil.

—Ya, y estabas buscando en Google recetas para hacer el almuerzo, ¿no? Mentirosa.

Esta vez sí que vino hacia mí, y me habría quedado quieto esperando la torta. Joder, ¡la hubiera recibido con ganas! Habría sido contacto, demostrado que algo de aquello le importaba, que la enfadaba porque era yo el equivocado. Eso me hubiera dado esperanza. Me habría hecho creer en algo… pero no. Mi madre, antes de dar dos pasos, se aseguró de agarrar el teléfono y metérselo en el bolsillo. Pero antes de esconderlo de mi vista, le echó una mirada a la pantalla y todo pasó en una décima de segundo, pero la sonrisa estúpida de una cría de quince años asomó a su boca. Y aunque no durara, yo la vi. Y me rompió el corazón.

—Lo estás haciendo otra vez.

—¿Qué? Fran…

—Después de toda la mierda, de todo lo que pasamos… lo estás haciendo otra vez.

Estiró la mano y sentí que me agarraba por la mochila cuando me di la vuelta, pero me saqué los tirantes y la dejé allí plantada, con el peso de unos libros casi sin tocar doblándola hacia adelante. Cogí las llaves, todavía metidas en la puerta, y ciego de un dolor que era más grande que todas las ampollas y rozaduras del mundo, tiré por mi bicicleta, bajé las escaleras cargándomela al hombro y salí a la calle desbocado, sin rumbo.

Crucé Guanarteme, los alrededores del instituto y llegué a Numancia. Por pura chiripa, toqué el portal correcto y el timbrazo del portero me despertó los segundos suficientes como para darme cuenta de que, no teniendo ningún plan, en mi afán por escapar de una realidad demasiado fea como para poder mirarla a la cara, casi me había dado de bruces con uno.

Guillermo me recibió con los restos de unas natillas Danone manchándole la boca. Todavía tenía el bote en la mano cuando me abrió la puerta, flipando al verme allí, con la bicicleta

prácticamente debajo del brazo y descalzo de un pie, porque ni a ponerme la deportiva había atinado.

—¿Puedo quedarme en tu casa esta noche?

Asintió con la cabeza, y yo, que no sabía qué hacer con la mía, la bajé al suelo.

21

And as I lay there, gazing at the sky
My body's numb and my throat is dry
And as I lay forgotten and alone
Without a tear, I draw my parting groan

Calle Numancia,
Portal 45, 2.º izquierda.
Casa de Guille.

Lo primero que descubrí fue que la ansiedad alimenticia de mi colega más reciente era heredada de sus padres. La madre, a la que sirvió como explicación simple de mi presencia allí el clásico «tenemos que hacer un trabajo en grupo», empezó a freír papas y sacar hamburguesas de pollo de Pasto y Bellota como si le hubieran encargado esa celebración americana tan famosa donde no faltan las banderas y los fuegos artificiales. En la mesa había tres tipos de embutidos distintos, dos de pan redondo y no sé cuántas salsas. Irónicamente, tanto Guillermo como sus padres eran delgados como fideos de mar: una genética agradecida, era de suponer.

Como fuera, mi ánimo cabizbajo no me dio para más que marear una de las hamburguesas, fingiendo que me había hinchado en la merienda para no ofender a la buena mujer, que me miraba preocupada conforme su hijo repetía y tripitía cena mientras yo me peleaba todavía con el primer plato. Después de un postre consistente en yogures griegos y tarta de queso, por fin Guille y yo nos fuimos a su habitación, que era un batiburrillo de pósteres en la pared, monopatines apoyados en los zócalos, ropa por todas partes, un ordenador de mesa antiquísimo y, para mi sorpresa, una cama litera.

—¿Me estabas esperando?

Se sonrió y cogió de una cómoda atestada de cosas fuera de su sitio un coletero con el que atarse la melena.

—Compartía habitación con mi hermano antes de que se fuera de Erasmus. —Revolvió en un cajón y me tiró una camisa ancha y medio desteñida donde se veía a Rex, el tiranosaurio de *Toy Story*—. Está hecha una mierda, pero se duerme de la leche con ella.

–No pasa nada. Está bien. —Me quedé rumiando el tema de su hermano, avergonzado por el poco interés que le había puesto a conocer a aquel chaval que ahora formaba parte del grupo—. No sabía que tenías un hermano.

Cuando uno se sentía mal y decaído, como era mi caso, resultaba muy fácil dejar que fueran otros los que llevaran el peso de la conversación. Un asentimiento aquí, un «ajá» por allá, y no tenían por qué darse cuenta de que tenías la cabeza en tus movidas. Mientras no te pidieran opinión, todo bien. Así lo había hecho durante la cena, dejando que los padres de Guillermo se enredaran en sus temas, de los que ahora no puedo acordarme, pero en el momento presente, llevando su camiseta y a punto de dormir en su cuarto, ocupando la cama de su propio hermano, sentí que, por lo menos por educación, me iba a tocar desconectar el modo avión.

Con suerte, y con todo lo que había zampado en la cena, mi amigo tendría sueño pronto y yo podría taparme con aquellas sábanas desconocidas y rascarme la costra de lo mierda que era mi vida.

—Me saca cuatro años. Termina la carrera el próximo, creo, pero se irá a Madrid a la especialidad.

Enfurruñé los ojos. Madrid… de no estar allí la estatua de Neptuno, el añorado Calderón y el recientemente inaugurado Metropolitano, para mí aquella ciudad merecería la extinción. Algunos de mis recuerdos más penosos la tenían como protagonista. Qué irónico, pues haría una escala de tres días allí cuando me fuera de luna de miel, en la que me lo iba a pasar pipa, pero no estamos contando esa historia.

—¿Te llevas bien con él?

Guille se encogió de hombros. Se quitó la camiseta y se puso una todavía más desteñida que la mía donde se veía la silueta de Chuck Norris bajo el rótulo «se están rifando hostias como panes». Sonreí. Al final no iba a ser mal chaval del todo.

—Es una especie de copia de Nando.

—No jodas, ¿otro Loreal?

—Peor. Jaime se compra la gomina en la peluquería.

Me contó alguna anécdota sobre los gustos de aquel pibe tan poco parecido a él con el que llevaba mucho sin coincidir. Por lo visto, el tal Jaime estudiaba en Granada y ahora estaba en Italia, pero, por alguna razón, los padres de Guillermo no habían encontrado momento para deshacerse de la litera.

—Es de lo más cómodo cuando vienen invitados, como tú —me dijo saltando a la de arriba con la agilidad que daba la fuerza de la costumbre—. Y cuando mi abuela nos visita, me pasa dinero de extranjis por la escalerilla.

—Como molan las abuelas camellas.

—Ya te digo.

Apagamos la luz en un mutuo acuerdo silencioso. Me removí un poco, pero era la cama de Guille la que chirriaba. Si tenía curiosidad por lo que me había llevado a su casa, teniendo en cuenta que nos habíamos empezado a llevar bien hacía menos de un par de semanas, no lo preguntó. Se limitó a dejarme pasar, hacerme un gesto con la barbilla y aceptar mi parquedad como respuesta.

Parecía un tío simple, feliz, al que le daba igual vivir en una leonera porque estaba a gusto donde se encontraba, a pesar de que su vida y su familia estuvieran llenas de unas incongruencias que a mí se me escapaban, porque ni eran asunto mío ni había mirado los detalles que me rodeaban con atención.

El farolillo interior de aquel aspirante a surfero de La Cícer se fue apagando y, cuando casi pensé que se había sobado y estaba más que dispuesto a entregarme por fin a mis pensamientos más dramáticos, lo oí resoplar y moverse. Su brazo cayó por el lado de la litera que daba a mi cara. Chascó los dedos suavemente, tanteando.

—Estoy despierto.

Tuve que esperar un rato hasta que se decidió.

—¿Alguna vez piensas en cómo sería tu vida si las cosas que te imaginas cuando te estás durmiendo pasaran de verdad?

—Joder, Bulerías… ¿te pusiste el kétchup filosófico en la hamburguesa o qué?

Lo oí reírse, pero me sonó raro, como si tuviera la voz amortiguada con algo.

—No todo en mi cabeza son las pibitas, Chesco.

—Ya… te queda espacio para todo el catálogo de Eidetesa, lo último en chanclas playeras y un montón de pelo.

—Estás celoso de mi estilazo.

—Será eso. —Me puse boca arriba, con el antebrazo sobre la cabeza—. Sobre tu mierda de pregunta rompecerebros… lo que yo me imagino es que cosas que pasaron no pasaron.

Iba a intentar desenredar mi contestación, porque una vez oída me parecía uno de esos trabalenguas que te pone en la pizarra el logopeda del colegio para, en secreto, reírse de ti, pero para mi sorpresa, Guille lo captó. Quizá demasiado bien.

—O que lo que es no es en realidad. —Suspiró—. Como si pudieras cambiar la realidad por otra cosa distinta.

—Algo así, sí…

En mi caso, aquella tendencia de mi madre a mentir, engañar, manipular y, todavía con el perdón de mi padre a medio sacar, ser capaz de volver a caer en lo mismo una y otra vez. Sus errores, sus cagadas nos habían empujado a un lugar tan triste y feo que era un milagro que quedara algo de la familia que poder rescatar, pero, con todo, a trompicones y llenos de tiritas, allí estábamos. Por alguna razón, mi padre había decidido tirar hacia delante, no me explicó por qué, era cosa suya, dijo. Pero desde mi punto de vista, lleno de rabia e incomprensión, mi madre no había merecido esa actitud. Ni su perdón.

—¿Chesco?

—Sigo despierto.

—Ya… te quedaste empanado.

Sonreí, aunque la cosa no tenía ni puta gracia.

—Me estaba marcando un Nando.

La risa ronca de Guille, como de gruñidos de cerdito, inundó el dormitorio.

—Sí, chacho, se pasa media vida en la parra. Debería alquilarla por horas.

—¿Para llevarte a las pibitas?

Su somier volvió a crujir. Adiviné que se estaba dando la vuelta, encontrando la postura. Por lo visto, el momento metafísico había tocado a su fin. ¿Qué sería eso que pensaba aquel chaval peludo antes de dormirse? ¿Había algo en su realidad que quisiera cambiar cuando parecía tan feliz?

Me imagino que esa es la putada con las apariencias: a veces están tan bien hechas que te las terminas creyendo tú tanto como el resto.

—No me puedes echar la culpa de ser un imán para las hembras.

—Anda, duérmete, Bertín Osborne.

—*Buenas noches, señora, buenas noches, señora…*

Nos reímos juntos.

Cuando todo se quedó en silencio, lloramos solos. Ninguno de los dos lo compartió.

Desayuné una selección de galletas de todas las clases posibles y Cola Cao. La noche anterior, antes de dejarme arrastrar por la *bajona*, tuve el tino de escribirle a mi padre para contarle dónde estaba y que iba a pasar la noche fuera. Usé el mismo recurso del proyecto por terminar, y coló.

Si había notado algo raro en el ambiente al llegar a casa, no me lo dijo. Y por supuesto, era evidente que mi madre no había abierto la boca sobre la bronca, o su mensaje de respuesta en vez de «ok» habría sido una orden de vuelta inmediata.

Como era sábado y teníamos el ensayo en casa de Aníbal, maté dos pájaros de un tiro y aproveché el rato en el que sabía que Adelaida estaría fuera para pasar por mi casa, cambiarme y coger los micrófonos. Después, Guille y yo juntamos unos euros para un tentempié y echamos unas partidas a su Play Station antes de tirar a La Puntilla.

A paso suave, porque él iba en chanclas y cargando con la guitarra —además del tema de la ampolla en el dedo—, nos quedamos mirando el agua y haciéndonos los distraídos con cualquier cosa, persona o perro que se nos cruzaba. No me pasaba desapercibido que, una vez fuera de la litera, Guillermo volvía a ser… Guillermo, el mismo tío despreocupado, obsesionado con comer y sin aparentes preocupaciones. Vamos, que era una persona que escondía más de lo que dejaba ver, algo que ahora, de no estar yo con la cabeza tan metida en el culo, me habría parecido importante señalar.

Las cosas, sin embargo, suelen ser así. Uno no nota que hay fuego hasta que el humo está muy alto, y al del Rubio todavía le quedaban un par de metros por subir.

—¿Tienes algún tema nuevo? —me preguntó cuando picamos a casa de los Luján. Me encongí de hombros—. Si cerramos otro bolo… estaría bien.

—Algo hay, pero eso de otro bolo… —Señalé a la puerta—. Estos no están por la labor.

—¡De eso nada! En cuanto pongan las notas de la evaluación, a Nando se le quitará el agobio del estudio y Aníbal… seguirá la corriente.

—Supongo. Yo qué sé. Ya veremos.

Guille me miró con aquellos ojos enormes abiertos. Entre eso y el pelo suelto parecía que le acababan de recoger medio ahogado de la orilla.

—¡Venga Chesco! Si no pilotas tú la piragua, ¿entonces quién?

No me apeteció explicarle que las piraguas no se pilotan, sino que se impulsan todos a una, desde los lados. Sin quererlo, Guille había hecho una buena metáfora, porque la verdad es que esa tarde en particular, con el micro en la mochila y nuestra primera balada potencial medio desgranada en el fondo de mi bolsillo, así era como me sentía exactamente: como el pringado que va solo y rema con fuerza para no parar de dar vueltas y vueltas hasta terminar potando el bocadillo de tortilla por la borda y ganándose gritos del tío que se la alquiló para el paseo. Ese era yo: el idiota de los círculos, el que potaba, el que remaba solo, en casa, con el grupo… Menuda mierda de día.

—Y solo lo estamos empezando.

Guille me miró raro. Me di cuenta de que había hablado en voz alta.

—¿Dijiste algo, Chesco?

Negué. Aníbal nos abrió la puerta. Nando, por supuesto, todavía no estaba allí. Me entretuve más de la cuenta desenredando los cables del micrófono mientras montaban la batería y Guille silbaba cosas al tuntún sin parar de repetir: «¿A que suena bien como estribillo?», como si se le hubiera encomendado la tarea de llenar todos los silencios.

La verdad era que saltaba a la vista que el ambiente estaba lejos de ser el ideal para ensayar, pero ¿cuándo lo era?

—Dice este que tienes tema nuevo.

Levanté la cabeza de lo que estaba haciendo, que para mi sorpresa era volver a enredar el cable, y me encogí de hombros. Aníbal frunció el ceño bajo sus gafas rollo *Imagine*.

—No la tengo trabajada.

—¿Y ese tono? ¿Se murió alguien?

No estaba yo por la labor de abrir el cajón de mierdas, la verdad. Teniendo en cuenta que no

sabía ni cómo iba a afrontar la situación cuando volviera a mi casa, compartirla con alguien me parecía imposible. Señalé a Guille con un gesto.

—Menudo bocazas… ¿Cuándo te dijo lo de la canción?

—Hace un rato, mientras tú compartías parra con Nando.

En otra circunstancia me hubiera hecho gracia, pero ahí me jodió.

—Es la segunda vez que me acusan de eso y, para que conste, de todos, soy el único que está siempre al pie del cañón, tirando para adelante con ***MÍSTICOS***, interesándome por progresar.

—Entonces ¿qué te pasa hoy?

Me miré las manos. Joder, puto micro. Puto cable. Puta vida. Puto todo.

—Pues que hasta de pilotar la piragua de la música se cansa uno, Bruce Wayne.

—¿Qué…? ¡Chesco! ¿Qué dices?

Me largué. A ver, no iba a ir muy lejos ni a hacer una escena, pero necesitaba distancia. O bueno… toda la que el garaje de mi colega pudiera proporcionar, que no era mucha. Empecé a agobiarme. Me picaban los brazos y cuando me los rasqué, los tenía llenos de arañazos. Me sudaba el cogote y la tripa se me había revuelto. Se me venían a la cabeza trazos de la charla con Guille en la litera, que se mezclaban con la bronca de mi madre, su voz nerviosa, su mirada colérica y aquella garra con la que sujetaba el móvil como si fuera su bien más preciado. ¿Por qué no le habría contado nada a mi padre sobre mi salida del tiesto? «Porque es culpable. Seguro que lo es. Si no, ¿por qué no intentó defenderse? ¿Por qué no me acusó? ¿Por qué no me cruzó la cara con…?».

—¡Eh, tú! ¡Cantante!

El cuello me crujió cuando lo giré en modo niña del Exorcista. Por el caminito que separaba la entrada del garaje, una Marta recortada contra la brisa de la tarde se acercaba a toda prisa. Llevaba unos botines cortos, vaqueros oscuros y una camiseta de Bon Jovi anudada sobre la cadera. Mirarla en el estado en que me encontraba debía ser muy parecido a saborear la última cena antes de la silla eléctrica. Y perdón por el dramatismo: soy un adolescente. Crucé los brazos, pretendiendo una seguridad que estaba lejísimos de mi cuerpo en ese momento.

—Hombre, dichosos los ojos. —Me arreó con la mano abierta en el hombro y, ante mi cara de flipado, lo hizo otra vez—. ¡Ay! ¡Joder! ¿Qué haces?

—¿Eres tonto o qué te pasa?

Pues sí que mejoraba el día, sí…

—¿Me explicas a qué viene esto?

—¡Tu mensaje! ¡La parida esa del WhatsApp!

Hice un esfuerzo enorme hasta que entendí de qué me estaba hablando.

—¿Te refieres al que me dejaste en visto después de hacer lo que me pediste?

—¿Qué?

—¡Marta! ¡Me dijiste que hablara con Aníbal, que averiguara si pasaba algo!

Fue su turno de cruzarse de brazos. Su gesto le tapó la cara a Jovi, que quedó cobijado por su piel. Empezó a no gustarme su música desde ese momento.

—¿Y también te pedí que le contaras cosas personales, que además son mentira, a mi amiga?

—¿A tu…? Me perdí, Marta. Lo siento.

—¡Tú naciste perdido, cantante!

—Para de llamarme así. Soy Chesco.

—Lo que eres es tonto. —Y otro golpe en el hombro.

—¡Ay! ¡Que pares!

—Pero vamos a ver, anormal: ¿tú no te das cuenta de que no tengo tu número y tú no tienes el mío? ¿Para qué escribes a un desconocido para algo tan importante?

¿Saben el meme de la tía rubia con la cabeza llena de ecuaciones? Me representó.

—Tú me escribiste desde ahí.

Negó. Se le despeinaron los rizos y ya sé que no era el momento, pero con la que me estaba cayendo encima, me apeteció ordenárselos. Sí que era tonto, sí.

—Le pedí a una amiga de un compañero de clase de mi hermano que hizo un trabajo con ustedes que te enviara el meme de la Patrulla Canina. Ese no es mi teléfono.

—Pero… pero la foto de perfil…

—¡Son unas zapatillas Converse!

—Pero son rosadas. Tú tienes unas.

Me miró como si hubiera que pedir una ayuda para mí con carácter urgente.

—¿Y soy la única que las tiene, cantante? ¿Las Converse rosadas son un diseño único y exclusivo para mí?

—No me llames… —Sacudí la cabeza—. Es igual. Joder, Marta, ¿y por qué no le pediste mi número a tu hermano?

—¿Y con qué pretexto? —Abrí la boca. No me dejó seguir—. ¡Eso da igual! Lo que importa es que te estafó. Eres un pringado y no sabes ni sacar información.

—¡Oye, para el carro un momento!

Me plantó delante de la cara su teléfono, abierto por Google imágenes. Al principio no entendí qué estaba mirando… y seguí sin comprenderlo mucho rato después. Boqueé un poco, como un estúpido pez fuera del agua, hasta que Marta Luján, azote de chavales, tuvo piedad y decidió explicarse. Ojalá hubiera seguido con los insultos.

—*Eso* es psoriasis, cantante. Ahora mira a Aníbal: ¿te parece que tiene algo parecido?

La respuesta era evidente, y solo tenía dos letras: n-o.

22

Tuve que escoger
Entre el flechazo o el rechazo
Mundo raro de ideas locas
Morir de miedo… o vivir con él

La Puntilla – Playa de Las Canteras.
Garaje de ensayo.
Modo negación: ON.

El miedo lo que hace es mantenerte a salvo.Tan absurdo como pueda sonar, es una gran verdad, y si no, párate a pensar en todas esas veces que guardaste la digestión por miedo a morirte ahogado después del bocadillo en la playa, o cuando te dormías sin deambular por la casa a oscuras, por si acaso el Hombre del Saco iba a por ti.El miedo nos vuelve espabilados. A veces dudamos… pero, por si acaso, acabamos rindiéndonos a la sensación de susto y, gracias a eso, en muchas ocasiones mantenemos el tipo. Nos agarramos al miedo y, con él, vamos creciendo y asumiendo otro tipo de pavores que, al igual que el peso y la talla de zapatos, se van volviendo más grandes y ganando en gravedad.

Yo, por ejemplo, nunca tuve miedo a la oscuridad ni a caerme de la bicicleta cuando le quité los ruedines. No me asusté el primer día de clase. Tampoco tuve miedo la primera vez que viajamos a Tenerife a visitar a Rita y entoné un sonoro «pío pío» nada más bajarme del Fred Olsen, o cuando me pusieron anestesia general a los diez años para quitarme las amígdalas. No recordaba haber sentido miedo real, de ese que te hace sudar la nuca y temblar las manos, nunca. Ni siquiera cuando pasó lo de mi madre, porque ahí ganó la batalla el enfado.

Por eso, supongo, me pareció tan poco creíble lo que estaba experimentando en ese momento. Veía moverse la boca de Marta, pero, de alguna manera, su voz no me llegaba. Era como si un cristal invisible se hubiera colado entre los dos y ahora las ondas no me alcanzaran. La wifi de mi cerebro se había desconectado y nada de aquella escena tenía sentido ni lógica.

Mi vida, como un ordenador de instituto que sufre el acoso de cientos de *pendrives* comprados en el chino, se había llenado de virus. Mis pantallas estaban bloqueadas, todo pitaba alrededor de mi cabeza y, en medio de aquella confusión, no había tenido tiempo de guardar archivos, borrar el historial ni hacer una puta mierda. Solo podía asustarme. Solo podía tener miedo.

Bajé la cabeza al notar una especie de pinchazo y me di cuenta de que me había clavado las uñas en la palma de las manos. Los surcos dejados me marearon un poco, no por graves ni profundos, sino porque me recordaban a aquellas marcas vistas en el cuerpo de mi amigo Aníbal. Aquello que lo había desencadenado todo, que creía resuelto y de lo que ya me había liberado, solo para caer más profundo en una oscuridad que me daba a la vez calor y frío.

Despacio, sacudí la cabeza. Al fondo, Guillermo nos hacía señas. Sabría en un rato que Nando no iba a venir porque se encontraba mal, pero la verdad era que en ese momento no podía lidiar con aquello. No podía lidiar con nada.

—¿Pero me estás oyendo, cantante?

—La verdad es que no.

Quedó claro que Marta no esperaba una respuesta tan cortante, porque abrió mucho los ojos y se quedó callada. Los tenía bonitos, incluso en ese momento, cuando parecía que se peleaba consigo misma para no arrancarme la cabeza. Que se pusiera a la cola.

—Me tengo que ir a cantar.

Eso la espabiló un poco.

—¿Qué? ¿Qué dices?

—Tenemos ensayo. Para eso estamos en tu casa: para ensayar. —Me salió tan de carretilla que si entendió algo habría sido un milagro.

—¿Me estás vacilando?

Acerté a negar con la cabeza. Lo llamaremos «milagro número dos».

—Ahora no puedo… preocuparme por eso, Marta.

—¿Que no puedes preocuparte por eso? ¡Es mi hermano! ¡Es tu amigo! ¿Es que te da igual? ¿Tan mierda eres que no…?

—Tenemos ensayo, Marta. Soy el cantante. Tengo que cantar. Y además… una letra nueva. Tengo que cantar la letra nueva y va a ser en este ensayo, ¿entiendes?

Me fui. Sin volverme a mirarla y pretendiendo con todas mis fuerzas que las lindezas que salían de su boca no me afectaran. Con los oídos todavía medio sordos y la base de datos de virus rendida al gusano viscoso que se estaba cargando mi sistema, llegué al garaje, le cogí la española a Guillermo y, sin tener ni puta idea ni noción alguna sobre acordes, empecé a rasguearla.

Las voces no se callaron ni tampoco opacaron la mirada asesina de Marta, pero iba a tener que valer. Ella temblaba de miedo, pero yo no podía hacer más que intentar evitar que el mío me paralizara. Demasiados sustos para un solo cuerpo.

A pesar de que tampoco lo sentía como un refugio, decidí atrincherarme en mi casa. Por suerte, o quizá de forma premeditada, mi madre aceptó un servicio que la hizo dormir fuera, lo que nos libró a ambos de lidiar con la bronca monumental que habíamos tenido: a mí, con mi salida del tiesto y suprema falta de respeto; y a ella, con aquella mentira tan evidente, que ni siquiera su estatus de madre iba a poder eclipsar.

Así las cosas, el domingo a mediodía mi padre llegó de la última carrera del taxi que había cogido para ese día con un par de *pizzas* que calentamos en el microondas y comimos compartiendo solo comentarios simples sobre el fútbol, mientras el resumen de la jornada se reproducía en Gol TV y nos facilitaba la papeleta de no tener que interactuar demasiado.

Después, él se echó la siesta y yo aproveché la soledad para trabajar en mi música. Ignoré el móvil, incluso para Rita, a quien siempre contestaba la primera. No entré al grupo, donde Nando se disculpaba por su repentina baja, ni hice caso alguno a las amenazas evidentes que Marta me enviaba a través de aquel chat donde yo había creído que hablaba con ella sin hacerlo en realidad. Enchufé los cascos al ordenador, me puse música, salí a correr con un amigo y, por la noche, reventado y sin ganas ni fuerzas más que para atacar un paquete de galletas y comérmelo viendo la última serie de superhéroes del momento, cabeceé sin estar listo en realidad para dormir.

La nueva canción me chirriaba por algún lado, aunque no lograba encontrar el porqué. Sabía que sonaba a rencor, aunque tampoco estaba convencido de hacia quién iba dirigido. ¿Mi madre? ¿Aníbal? ¿Marta Luján? Todos ellos habían socavado la poquita seguridad que el tema de ***MÍSTICOS*** me había ayudado a reunir, de modo que ahora, bajo el cobertor de mi cama y

viendo cómo Supergirl pateaba culos sin despeinarse, me pregunté si seguir insistiendo en aquello tenía sentido. «Jodida piragua… Estoy harto de remar solo en todos los mares».

Por la mañana, muerto de hambre y con otra perspectiva, decidí que, si la cosa seguía igual, me tiraría al agua y, en vez de remar, nadaría. Me había criado en una playa donde las piedras te pinchaban los manguitos. Ya había aprendido antes por las malas: podía volver a hacerlo.

Si la música siempre me había salvado, renegar de ella sería el equivalente a aceptar que en mi plato había más verdura de la que mi tripa iba a ser capaz de digerir, de modo que hice lo mismo que cuando me caían habichuelas del arroz tres delicias en la ración: apartar todo lo que pudiera y lo que no, ignorarlo, como si no existiera.

Llegué a clase con el tiempo justo y los deberes sin hacer. La primera bronca me cayó a segunda hora, todavía con la legaña pegada. La Desquiciadora me puso como tarea extra una opinión personal de veinte líneas sobre *La casa de Bernarda Alba*, cuyo capítulo tenía que haber leído para ese día. Me lo apunté en la agenda, a ver si alguno de los *youtubers* que seguía había subido una *review* o algo.

Ya en el recreo, y mientras Guille se piraba a la cafetería a por su ración diaria de dulce patrocinado por Eidetesa y Nando desenvolvía su bocadillo en pan de semillas con serrano, Aníbal me dio un toque en el hombro. Entre sus manos, sujeto con reverencia, un tomo negro en cartoné cuyo canto rezaba: *BATMAN: AÑO UNO*. Agaché la cabeza, expresando exactamente lo que sentía: que me daba igual.

—No te flipes tanto, ¿eh?

Me mordí la respuesta que se me quería salir por los carrillos igual que hacía con el pan Bimbo con mortadela que me había llevado para comer.

—Está muy chulo, Aníbal. ¿Lo pillaste por Amazon?

—¡Qué va! Este es comprado *in situ*. Con los desperfectos de *unboxing* de la tienda revisados y todo.

—Mola. ¿Moebius, en Triana?

—Lo tenía reservado desde hace casi un mes. Tengo tantas ganas de leerlo que lo empecé viniendo para acá.

Rebufé.

—¿Algún problema, Chesco?

Giré medio cuerpo. Nando llevaba una camiseta de Jack&Jones de la última temporada, dato que yo sabía porque, nada más vernos a las ocho de la mañana, él mismo nos había regalado esa información.

—Pues mira, ahora que lo dices… sí, tengo un problema.

—Será hambre, colega. —Guille, aparecido de no sabía dónde, me ofreció un trozo de su palmera de chocolate blanco ya mordida. Lo rechacé con educación. No olvidaba que me había dado cobijo cuando lo necesitaba—. Tanto embutido no puede ser bueno para el corazón.

—¿Y la bollería industrial sí? Porque tú tienes que estar a dos herraduras de que Eidetesa te nombre socio fundador.

A las palabras de Aníbal, Guillermo contestó zampándose media palmera de una sentada. Nando agarró el ejemplar de Batman, poniendo un interés que me enfermó y yo, que ni me había terminado el sándwich ni tenía la menor intención, lo hice bola con platina y todo y me levanté.

—¿Se puede saber qué les pasa con tantas conversaciones de mierda?

Aníbal abrió mucho los ojos. Me recordó a Marta, lo que seguramente era lógico.

—¿Y qué te pasa a ti? Ni que te hubiéramos hecho algo, coño.

—Mira… tú mejor no hables.

Guille y Nando, que por lo visto habían aprendido también a comunicarse por aquellas miradas secretas de mierda, guardaron silencio.

—¿Y por qué no voy a hablar yo, Chesco?

Debí haberme callado, pero no lo hice. Así actúa el miedo cuando se convierte en una negación que no sabes cómo controlar ni solucionar.

—A lo mejor porque últimamente todo lo que dices apesta.

Aníbal se levantó. Aunque lo conocía desde hacía media vida, nunca dejaría de impresionarme lo grande que era en todos los sentidos.

—¿Me estás diciendo que apesto?

Debí haberme callado: segundo aviso.

—Lo que dices apesta. Tus mentiras de mierda apestan.

—Venga… tíos…

Guillermo fue ignorado, al igual que todo lo que no fuéramos el círculo que habíamos creado Aníbal y yo. Me subí a la grada, recordando vagamente aquello de que la altura daba ventaja, aunque yo tenía la verdad de mi parte y no necesitaba más empuje que ese.

—¿Qué mentira te he dicho yo, imbécil?

Sonreí. ¡Era la hostia! ¿en serio?

—No sé, Batman, piensa en esa identidad que escondes debajo de tu *bat-sudadera*.

Hice por rascarme la zona del cuerpo donde había visto sus marcas, y presencié justo el instante en el que Aníbal entendió la referencia de lo que le decía. Palideció y se mostró incómodo. Intentó recular, pero había topado con la pared, literalmente. No había escapatoria. «Bienvenido a la puta prisión de saber cosas preocupantes y no tener ni idea de qué hacer con ellas, colega. El alojamiento es una pena».

—Mira, Chesco…

—Te lo pregunté a la cara, me preocupé por ti, lo hablamos y me mentiste.

Nando, que miraba de un lado a otro como si viera un partido entre Nadal y Federer, carraspeó nervioso.

—¿Me quiere decir alguien de que están hablando?

Su comentario fue tenido tan en cuenta como el del Bulerías: nada en absoluto.

—Mentiroso. —Señalé, más dolido que enfadado; más asustado que decepcionado.

—Es cosa mía. —Aníbal siseó como si no quisiera que nada más oyera lo que decía—. Si no me da la gana contártelo, no te lo cuento.

—¡Soy tu amigo!

—¿Y dónde estabas el año pasado, eh, *amigo*?

Fue como si me hubiera roto un cristal en la cabeza.

—Lo de Madrid no fue culpa mía. Yo no lo elegí.

—¿Ni levantar el teléfono tampoco? ¿Ni avisar cuando venías a ver a la familia?

—¡Lo estaba pasando mal! ¿vale? ¡Estaba solo!

—¿Sí? ¿Estabas solo? ¿Pasándolo mal? Pues adivina qué, Chesco: aquí también estábamos solos y pasándolo mal.

—No es lo mismo.

En el momento en que lo dije, supe qué respondería.

—Claro, porque lo que no te pase a ti, que eres el protagonista, no tiene importancia. —Hizo

un gesto raro con la boca. Desagradable. Supe que lo que vendría no me iba a gustar—. El *cantante*.

—Vete a la mierda.

Si Aníbal se olía lo de Marta, y así lo parecía, era una guarrada que lo usara en mi contra. Un amigo no hacía eso. Un amigo no se portaba así.

—No te preocupes, Chesco. Ya tenemos experiencia en la mierda, donde tú nos mandaste cuando te fuiste y estabas superocupado para ser amigo nuestro. —Aníbal recuperó su cómic, lo abrió y se sentó—. Ahora no puedes llegar y meterte en cosas que no te van ni te vienen. La vida no funciona así.

Esperé que Nando lo desdijera. Esperé hasta que Guille dijera algo, aunque era nuevo y no sabía de la misa la media; sin embargo, todos se quedaron callados. Entonces mi miedo llevado a la negación escaló un peldaño: se convirtió en ira.

—Cojonudo. —Me eché la mochila al hombro. El sándwich, estrujado en mi mano, se había convertido en una masa viscosa. Lo lancé a la papelera—. A partir de ahora solo trataremos temas de ***MÍSTICOS***, más allá de eso, no tenemos nada de que hablar.

23

I'm the lord of the wastelands
A modern day man of steel
I gather darkness to please me
And I command you to kneel

Playa de La Cícer.
Las Canteras.
24 horas antes del (otro) desastre.

En 1994 nació *Foo Fighters*, el disco debut del grupo de *rock* alternativo del mismo nombre liderado por Dave Grohl, antiguo batería de la banda de *grunge* Nirvana. Ahora, más de dos décadas después, el líder de los *Foo* confirma que grabó la voz y los instrumentos de la totalidad del disco —salvo por una brevísima colaboración de Greg Dully a la guitarra para el tema *X-Static*—, dejando fuera al resto de los entonces miembros de los *Fighters*. Al ser interrogado sobre este hecho insólito, que mantuvo a Dave corriendo de la sala de grabación de voz a la de instrumentos y alimentado a base de café durante una semana, reconoce que fue una locura, pero también una gozada, ya que según las palabras que se la atribuyen: «No tuve que compartir ninguna parte del pastel».

¿Por qué les cuento esto? Bueno… me parece un dato cultural y musical interesante, y también porque aquel martes por la tarde, estando yo en La Cícer con el viento agitándome el flequillo, aterido por el airecillo del mar que me llegaba hasta los huesos y con un humor de perros, me sentía más en consonancia con Grohl de lo que había estado jamás. Comprendía que se hubiera acogido a eso del «si quieres las cosas bien hechas, hazlas tú mismo» y que no le temblara la mano para ejecutar la tarea según sus convicciones. Ignoraba si la relación con sus compañeros de banda pasaba entonces por un momento tan delicado como el que sufríamos en ***MÍSTICOS***, si se trataba de una actitud dictatorial o simple falta de confianza. Sea como fuera, Dave quiso que *Foo Fighters* fuera un disco del que estar orgulloso y sabía que, para ello, debía ser él quien se pusiera a los mandos de la máquina. Decidí hacer lo mismo.

Salvando las distancias, y teniendo en cuenta que no tenía intención de grabar por el momento, me centré en lo único que entraba dentro de mis posibilidades: un segundo bolo.

Irónicamente, de los tres miembros restantes de ***MÍSTICOS***, Guille era con el que menos problemas había tenido. Siendo él quien nos había conseguido aquel primer concierto, lo ideal habría sido recurrir a sus contactos. Total, el tío de la tienda seguiría dando clases de surf, ¿no? Podíamos tirar de conocidos y repetir. Con suerte, hasta haciéndolo mejor… pero no me parecía bien. Bueno, no, corrijo: no me parecía *suficiente*.No quería tocar de favor delante de un montón de tablas y *jackets*, ignorados por los críos ensalitrados y soltando agua que nos pasaban de largo sin echarnos más que una mirada. Quería algo más. Necesitaba algo más.

Poco me importaba contar solo con dos temas y medio o que lleváramos una semana sin ensayar porque mi batería era un mentiroso de mierda que posiblemente ocultaba movidas relacionadas con su salud que yo no sabía ni por dónde coger; o que el guitarra se pusiera de su

lado y aprovechara el parón para refugiarse en su empanamiento mental sin dar señales de vida de ninguna clase. Me daba igual que no fuera el momento adecuado; que la banda necesitara mucho trabajo y dedicación antes de siquiera plantearnos volver a tocar para que nos escucharan oídos distintos a los nuestros; los mensajes de Marta desde aquel móvil que no era el suyo en los que me increpaba por la bronca que, por lo visto, Aníbal le había contado; la situación insostenible en mi casa, donde convivía con una madre a la que quería pero que no podía mirar a la cara y con un padre que empezaba a sospechar que el alto el fuego que había pedido no se estaba cumpliendo. No podía con más. Así que, para sobrellevar aquel puto tsunami, hice justo lo contrario a lo que necesitaba, que era descargar movidas: me eché al cuello una más.Terminé un tema melancólico y con ciertos tintes de desdén al que titulé ***FALTA DE EMPATÍA***. Tal como estaba mi vida en ese momento, podría haber ido dedicado a cualquiera.

No me molesté en pasarlo al grupo de WhatsApp. ¿Para qué? La conversación virtual estaba tan muerta como la física. Fui a clase el martes y contesté como pude las preguntas del examen de Filosofía que nos habían metido por sorpresa —o del que yo no me había enterado, para no variar —. En el recreo, un Guillermo agobiado al ver que su red de apoyo se llenaba de agujeros, me presionó para que le contara qué pasaba, pero yo seguí de largo y lo dejé con sus donuts y sus dudas. No estaba para charlas, y compartir mis pensamientos más profundos nunca me gustó. Por ignorar, ignoré hasta a Marta Luján, motivo de unos desvelos que tampoco reconocía. Entrecrucé alguna mirada con Aníbal: las mías, de rabia pura; y las de él, de desdén. Lo notaba preocupado —supongo que se preguntaba si iba a soltar lo que sabía—, pero me dolía tanto que no me viera el susto en el cuerpo que ni eso me planteé. Cuando dormía, que era poco, soñaba con sus heridas o con la cara de pasmado de Nando, que parecía estar a años luz de la realidad y no se daba cuenta de las cosas. ¿Por qué nada podía ir bien? ¿Por qué si me levantaba al baño de madrugada veía en el sillón la cara de madre iluminada por la pantalla de su móvil y siempre sonreía? ¿Por qué mi padre parecía cada día más viejo y cansado? ¿Por qué Marta me culpaba a mí de haber creído una verdad que me liberaría de tener que aceptar que mi amigo tenía un problema que me venía grande?

¡Era solo un crío! ¡No había cumplido ni los dieciocho todavía! Sin embargo, todos seguían tirando de mis miembros como si yo fuera el tipo ese de la peli de superhéroes que tenía el poder de… pues de eso, de estirarse. Al final habría una rotura de las jodidas. La cosa, por raro que pueda parecer, es que el que se reventó no fui yo.

Harto de intentar adivinar qué coche pasaría primero por una rotonda si coincidían tres, o cuál era la velocidad máxima en una vía sin arcenes llevando puestas los antiniebla, dejé la mochila en casa, cogí la bici y me fui a La Cícer. Era martes, creo. Perdón por el desorden, pero esta parte de la historia está un poco borrosa por lo que pasó después.

Llegué pedaleando al parque de la Música, detrás del auditorio Alfredo Kraus, después de frenar en seco delante de la fachada roquera del NY City Taxi y fantasear con que, quizá un día, mi cara y mi flequillo despeinado estarían allí compartiendo espacio con Mick Jagger o Jimi Hendrix, o incluso sustituyendo a Jim Morrison como identificativo masculino en el urinario de los tíos. Resoplé y seguí dándole al pedal, preguntándome cómo coño iba a conseguir todo eso si mi recién nacido grupo parecía estar a punto de palmar.

Pregunté en varios sitios. En muchos, la verdad, pero como me dijeron que no, paso de citar sus nombres para que no se lleven publicidad. Al final, uno de los tíos que se encargaba de los conciertos y tocadas de versiones en el local que estaba en el parque de la Música se apiadó de

mi peste a sudor, mi hambre y mi cara de pena. Dio el permiso, aunque claro, con restricciones: se tocaba fuera, en horario diurno, sin movidas raras, prestaciones ni cobro de ninguna clase, pero… tendríamos vistas al mar y un buen emplazamiento.

—Si no se les da mal, lo mismo hasta invito a una Fanta naranja.

Y me supuse que lo había dicho con recochineo, ya que yo me había ofrecido hasta a cargarle las cajas de refrescos a la parte trasera del local si con eso inclinaba la balanza a mi favor, pero lo sentí como un triunfo.

Nos citó para el miércoles a las cinco, día y hora en que normalmente tocaba ensayo. «Bueno… tampoco es que nos fuéramos a reunir para otra cosa». De hecho, decidí de camino a casa, cuando cada cuesta y movimiento de los pies se me antojaba el doble de pesado que al bajar, que era la mejor opción. Así no tendría la tentación de intentar cuadrar un ensayo con personas que, claramente, no estaban interesadas, y podría centrarme en lo que me había empeñado en hacer: tomar el control de aquello yo solo.

Estaba el pequeño problema de convencerlos para que se presentaran a tocar, pero también sabía qué hacer al respecto. Con la evaluación encima, necesitábamos material para la optativa y aquel bolo, que les dije por mensaje que había surgido por pura chiripa, nos daría chicha para el cuerpo del trabajo en papel, además de más anexo audiovisual. Vamos, que fui eficiente para que no pudieran decir que no. Las respuestas fueron parcas, pero funcionó.

El martes por la noche me vi una media de veinte tutoriales para intentar encontrar los acordes apropiados para ***FALTA DE EMPATÍA***. Toqué notas que desconocía en un programa virtual de ordenador que apenas sabía manejar y me grabé, de forma cutre y ridícula, primero con el móvil y después con el más que dudoso mecanismo incluido en el micro que me había regalado Rita y para el que descubrí que necesitaba una especie de disco de instalación. Repito y subrayo: disco de instalación. «Joder, ¿qué estamos? ¿en dos mil tres?».

Frustrado, hice lo que pude, que era más bien poco, pero incluso en los momentos más desesperados, con la garganta raspada, no cejé. Iba a hacer aquel bolo, aunque fuera el peor ridículo de mi vida, porque si me tenía que estampar la cabeza también en la música, que siempre había sido mi sitio seguro, mi lugar feliz, mi zona de confort y todas esas mierdas que ponen en los cojines del Zara Home, mejor que fuera ya. Total, con la familia hecha un puzle y los amigos desapareciendo de mi radar por más que intentara yo mantenerlos cerca, ¿qué más me quedaba? «O me corono o me voy a la mierda. Pero que sea ya», le sentencié a mi reflejo en el microondas mientras arrugaba el paquete vacío de galletas de forma dramática, aunque no me estaba viendo nadie. Igual si la hostia era lo bastante fuerte, podría volver a dormir una noche entera.

Llegué el primero. No fue ninguna sorpresa. Solo Bulerías había confirmado de buena gana su asistencia; el resto, tanto miembros formales como nuestra cámara San Borondón —que a veces estaba y a veces no— era una incógnita.

Cada vez que el dueño del garito se asomaba y me veía allí solo, con mi chupa despellejada, más verde que si me hubieran pintado con Carioca y sin más atrezo que un micrófono con el cable enrollado, rebufaba algo que sonaba a quitarme el permiso y mandarme a mi puta casa.

—Venga, no te agobies, Chesco, ¡ya verás como vienen enseguida!

Miré a Guille a través del flequillo, que me había peinado a posta para que me cubriera todo el lado derecho de la cara, y bajé los hombros. Llevaba sus vaqueros rotos de siempre, una camiseta de Garfield vistiendo chaqueta tejana y, por suerte, zapatillas de deporte. Al menos no habría un

bis del tema ampollas. Sacó la española de la funda y accedí a dejarle la letra y las anotaciones para que les echara un ojo. Se apartó la trenza rubia a un lado y me miró.

—¿Escribiste tú los acordes?

—Letra y música —decreté con la voz mucho más ronca de lo pretendido.

Comentó que no estaba mal, aunque como de música sabía casi menos que yo, no permití que su comentario me hiciera subirme a la parra. En eso ya teníamos a un profesional.

—¡Mira, por ahí vienen!

Levanté la cabeza y los vi llegar. Aníbal, Nando, y Marta en su patinete eléctrico. Ella estaba guapísima, pero eso no tenía mérito. De los otros dos… no puedo decir mucho, ni me fijé. Me dieron tales nervios cuando se me pusieron delante que pensé que me cagaba. Por suerte, no dormir tiene algo positivo, y es que puedes planificar conversaciones, respuestas y acciones desde todos los ángulos y escenarios.

Les pasé una copia de la canción y luego metí paja del trabajo de Iniciativa Emprendedora, por tener algo de que hablar. Para cuando cerré el buzón, era hora de empezar, y el tío del local nos animó a arrancar, deseando seguramente que le diéramos chichote a lo que fuera para que nos piráramos cuanto antes.

—Primero ***MÍSTICOS Y MALIGNOS***, seguimos con ***ESTATE TRANQUILO*** y cerramos con la nueva. Ojo que hay cambios en algunas notas. Guille, atento cuando te toque entrar.

No nos habíamos dicho ni hola. De hecho, además de negarnos el saludo, mientras soltaba mi comida de oreja para no tener que prestar atención a nada más, había pasado justamente eso: que no me había fijado en nada. Ni en que Aníbal estaba más tembloroso de lo normal y por eso se le habían caído las baquetas dos veces ni que Marta parecía pálida y tenía toda la pinta de haber llorado. Por no ver, no vi a Nando tropezando con el cable del micro, peleándose con la cremallera de la Gibson y sin fuerzas para colgarse el cordón del hombro. Eso es lo que pasa cuando el miedo y la ira llegan al escalón de la depresión, que estás tan jodido que no te das cuenta de los gritos de auxilio a tu alrededor. Porque solo ves y oyes los que emites tú.

Empezamos, conmigo de cabeza de cartel como una especie de monarca absoluto patético que dictaba las frases para que los otros las copiaran. Cuando llegó el turno de ***FALTA DE EMPATÍA***, me había alejado tanto del resto que Guillermo empezó a sisearme porque el cable del micrófono estaba demasiado tirante.

La batería de Aníbal hacía rato que iba a su bola y, alrededor, más que las guitarras, se oía el zumbar del patinete de Marta, que si bien parecía a punto de romper en lágrimas cada vez que nos miraba, no dejaba de darse vueltas por allí, no sé si acechando y buscando el mejor ángulo para liarse a hostias —seguramente contra mí— o como mera espectadora vigilante. Me dio igual.

Subí el volumen del micro y, aprovechando que gracias al pelo no veía el ridículo bochornoso en que se estaba convirtiendo el sueño de mi joven vida, más que cantar, aullé:

Y SUFRO, ME ROMPO EN EL ÚLTIMO ABRAZO,
ME MUERO DE ENVIDIA, DE PUTO ASCO.
EL CELO YA NO UNE ESTOS PEDAZOS,
JODISTE DOS VIDAS DE UN SOLO HACHAZO.

QUÉ HORROR,
QUÉ DESIDIA,
QUÉ FALTA DE EMPATÍA.

TE IMAGINO

CON OTRAS PERSONAS, RODEADA DE GENTE,
ENTRE EL BARULLO DE BARES DE MALA MUERTE,
MIENTRAS A MÍ SE ME LLEVA LA CORRIENTE.

Justo después de la última estrofa, cuando mi garganta exhaló la última sílaba, casi como si lo hubiéramos ensayado, esperando una especie de golpe de efecto, se oyó un estruendo. Al principio pensé que había sido la batería de Aníbal, que a base de montarse y desmontarse había terminado por ceder a la presión. Me giré despacio, esperando ver el tambor rodando y a Guille doblado de la risa, pero no, no fue eso. Ni por asomo.

Lo último que miré antes de dar la espalda a los cuatro gatos que nos acompañaban —uno de ellos, en efecto, con cuatro patas, rabo y las orejas muy levantadas—, fue la cara estupefacta de Marta. Me di la vuelta, todavía con el micro en la mano. Guillermo parecía desencajado. De hecho, la guitarra española le colgaba del brazo como si se le hubiera salido el hombro y no fuera capaz de sostener su peso. Aníbal, con las baquetas en ristre, tenía las pupilas tan dilatadas que parecía que se le iban a salir de las gafas redondas a lo John Lennon. Después, mi campo de visión siguió buscando hasta dar con el origen del golpe. Nando, echado boca arriba, tieso como un palo, había caído como un saco al suelo. Bajo su cuerpo, la Les Paul, con dos cuerdas rotas y el brillante cuerpo arañado. Los pies le temblaban un poco, tenía los ojos en blanco y un hilillo de saliva le corría por la comisura de la boca. Tardó unos segundos en quedarse quieto, los mismos que la escasa concurrencia, incluyéndome a mí, tardó en empezar a gritar.

24

Of our elaborate plans, the end
Of everything that stands, the end
No safety or surprise, the end
I'll never look into your eyes again

Hospital Universitario Doctor Negrín.
Miércoles, 19:00 h de la tarde.
Sala de espera de urgencias.

Aprendí dos cosas mientras estaba sentado, con la espalda rígida como una tabla, en la sala de espera de las urgencias del Doctor Negrín. La primera, que nadie respeta los carteles de silencio repartidos por todo el hospital. La gente habla y, a menudo, son más molestos aquellos que fingen intentar cuchichear que los que ni siquiera hacen por bajar un poco la voz. Mi segundo aprendizaje, mucho más amable y valioso, fue que cuando uno está esperando noticias sobre alguien que le importa y al que acababa de ver desplomarse en el suelo sin previo aviso, todo lo demás se vuelve relativo. A mi lado, con las manos temblorosas y sudando de forma exagerada, Aníbal iba mirando de soslayo la puerta por la que se había ido la camilla. De cuando en cuando giraba la cabeza y ponía los ojos en mí. Su mirada era tan intensa que hasta atravesaba las capas de mi flequillo, lo que me permitía interpretar su gesto de preocupación, el miedo que se escondía detrás de los cristales de sus gafas y aquellas mudas palabras que, cuando se cumplieron dos horas de vigilia, por fin se animaron a abandonar sus labios.

—Lo siento, Chesco.

Levanté la vista de mis manos. Me había destrozado las uñas a base de mordérmelas con histeria.

—Y yo tío. Esto es…

—No, no me refiero a lo de Nando. —Reculó, arrepentido enseguida de cómo sonaron sus palabras—. Siento lo de Nando, joder. Es una mierda. Una locura. ¿Qué coño le pasó? ¿Por qué…?

Me dolía tanto el cuello por la tensión que era un milagro que no se me cayera la cabeza al suelo y saliera rodando, igual que en aquella película que tanto le gustaba a Rita protagonizada por Johnny Depp y que habíamos visto hasta la saciedad. Rita… Ojalá estuviera allí. Ojalá alguien más estuviera allí.

—Me imagino que nos dirán algo cuando… cuando se ponga mejor.

En mi mente resonó la palabra «estabilizarlo», que es lo que habíamos oído decir al sanitario que había acudido al parque de la Música después de que se llamara a urgencias. No sé quién lo hizo. Y no me acordaba de cómo habíamos llegado nosotros. Todo era niebla después de terminar de cantar, girarme y darme cuenta de que mi infierno personal tenía más sótanos que plantas donde diera la luz del sol.

—Se va a poner bien —sentenció Aníbal, como si a fuerza de quererlo no hubiera lugar para la duda.

—Claro que sí. Su padre es capaz de traer hasta al doctor House si hace falta.

Le saqué una sonrisa. Bueno… bien. Con que uno de los dos estuviera cagado era suficiente.

—¿House? ¿En serio? ¿Es el médico de la tele más reciente que conoces?

—No veo ese tipo de series.

—Ya… tú eres más de *Behind the Music*.

Asentí. Me parecían tan lejanos los tiempos donde mi única preocupación era no perderme las reposiciones…

—Así yo soy: fiel a mis principios —levanté los dedos índice y meñique.

—Tampoco eres mal compositor. –Compartimos una mirada que dejaba claro que la charla suavecita se había acabado—. No te rindes, aunque tengas que tirar del carro solo.

—Prefiero la metáfora de la piragua, pero… gracias. Supongo.

Aníbal estaba inquieto. Lo sabía. Lo conocía bien. Miraba con tensión a las chicas de la máquina, a las que estaba por ir yo a comprarles el dichoso chocolate si con eso se callaban. Después empezaba a tocarse el suéter, a remangarse las mangas y tirar de los cordones. Harto de la conducta repetitiva, como empezaba a estarlo de la silla, los carteles fijados al corcho con chinchetas que ya casi me sabía de memoria, el aire viciado con tufo a desinfectante y, sobre todo, de no saber nada, le di un toque en el hombro. Se quedó quieto en el acto y me miró.

—Perdona, tío.

Resoplé, tapándome la cara con las manos.

—No, perdona tú. Estoy… acojonado y no pienso lo que…

—Perdona por haberte mentido, Chesco.

Negué.

—Eso ahora da igual, Aníbal, Nando está…

—Nando se va a poner bien. Se… tiene que poner bien, porque quiero contarle la verdad de lo que me pasa. De lo que… hago. —Nunca lo había visto avergonzado. Jamás. Aníbal, grande y fuerte, la roca del grupo, se me hacía añicos delante de los ojos. Tragué saliva—. Y a ti también.

Como no se me ocurría que más hacer ni sabía qué podía decir que sirviera para algo, extendí la mano y le agarré la suya. Apretamos a la vez.

—Pues entonces desde que nos dejen verlo, nos lo cuentas. A los dos.

Aníbal asintió y, aunque no era el momento y, desde luego, tampoco el lugar, aunque tenía el susto en el cuerpo y la espera me seguía carcomiendo como esos bichos diminutos que roen la madera, sentí algo de paz, un pequeño soplo de alivio, porque al menos habría algo que, con suerte, podríamos arreglar.

—No quiero acabar aquí, así, como él. Yo no…

—Aníbal. —Giré medio cuerpo y lo miré —. Eso no va a pasar. Vas a contarnos todo lo que nos tengas que contar y lo vamos a solucionar, ¿vale?

Asintió y sentí que depositaba en mí toda su fe. Me sentí pequeño… y muy grande a la vez.

—Vale, Chesco. Vale.

Unos pasos ruidosos por el pasillo rompieron el momento. En nuestros regazos, de repente, cayeron un montón de paquetes de papas, bolsas de cacahuetes y un par de zumos helados que nos mojaron la ropa. Levanté la vista. El proveedor oficial de meriendas hospitalarias había vuelto de la cafetería.

—¿Y esas manos unidas? ¿Me perdí algo?

Aníbal y yo nos soltamos en el acto, aunque lo hicimos con un gesto cómplice. Guillermo ocupó la silla a mi derecha y cruzó las piernas. Estaba tan despeinado que si no hubiéramos

estado donde estábamos, nos habríamos partido de risa.

—¿Dejaste algo en la cafetería para el resto de la gente?

—Solo las cosas que llevaban verde. O mayonesa. Nunca coman mayonesa ni de máquina ni de cafetería de hospital. —Hizo como que potaba.

Aníbal, atacando unas papas La Vela Latina que eran más grasa que otra cosa, señaló el cartel de urgencias.

—Si te tiene que dar salmonela o alguna cosa así, mejor que sea aquí, ¿no?

—Habla por ti. —Guille se echó para atrás en la silla—. ¿Te han hecho alguna vez un lavado de estómago? Es lo más mierda del mundo.

Se zampó dos bolsas de cacahuetes en lo que Aníbal tuvo tiempo de contestar.

—Con lo que jalas, me imagino que a ti si te habrán hecho alguno.

—Todos tenemos un pasado. —El rubio señaló con el brazo extendido. Me dio tal vergüenza ajena que se lo bajé de un tirón. Chacho… ¿es que no se sabían comportar?—. ¿Y esas pibitas? Si tienen antojo de dulce, yo puedo decirles que estoy relleno de chocolate.

—Por favor, tío, cállate.

Me levanté con la excusa de estirar las piernas y oír un par de audios de WhatsApp, aunque en realidad lo que no quería era meterles una voz para que dejaran de discutir sobre bobadas. Total, cada uno encajaba las cosas a su manera, y en lo que a nosotros respectaba, había mucho que encajar. Me quedé parado cuando una enfermera rolliza y bajita, con los brazos tatuados y el pelo muy corto y con mechas azules, se acercó al padre de Nando, que había estado apoyado en la pared delante de la entrada a urgencias desde que habíamos llegado.

El señor Álvarez, que pintaba más canas de las que por su edad le debía corresponder porque había tenido una vida muy jodida, escuchó en silencio, con el carísimo traje de tres piezas arrugado, la cara desencajada y el reloj de oro balanceándose en una muñeca delgada y temblorosa. Se pasó las manos por la cara, asintió, preguntó algo y después siguió a la enfermera a través de las puertas.

—Eso es bueno, ¿no? Si lo dejan entrar a verlo, es que está mejor.

—O por lo menos que no ha palmado. Si palma no recibe visitas.

Miré a Aníbal y Guille. Cómo habían llegado a ponerse a mi lado era un misterio.

—Vamos a esperar… a ver si cuando salga nos deja entrar a nosotros.

Iniciaron otro debate inútil sobre quién tenía que entrar primero, y yo, que no podía más, me abstraje. Encontré una silla cerca, pero a distancia, y me dejé caer en ella como si cargara el peso del mundo y empezara a jorobarme. «Voy a terminar como Quasimodo…».

—¿Cantante?

Levanté la vista. Marta Luján entró en mi campo de visión solo unos segundos, me pasó por delante y se me sentó al lado. Entonces me acordé. Habían sido los Luján los que nos habían llevado a todos nosotros al Doctor Negrín.

Cruzó las piernas y las volvió a descruzar y cruzar hacia el otro lado. Me pregunté cómo alguien podía ser tan flexible, pero no era algo en lo que fuera a indagar, sobre todo teniendo en cuenta nuestra última conversación y aquellas miradas durante el concierto, donde Marta me había dejado más que claro que, de tener en su poder el Guantelete del Infinito, yo sería la primera persona a la que hiciera desaparecer. O por lo menos, eso pensé.

—¿Ya llamaste a alguien?

Me sorprendió su voz, baja y suave. Afirmé. Le habría dicho que sí a lo que fuera, la verdad.

—Mi padre está de servicio en Telde con el taxi, así que llamé a mi madre. Vendrá en cuanto termine en el trabajo.

—Nosotros te podemos llevar a tu casa si quieres. Mi padre me dijo que te lo dijera. —Marta señaló hacia los ascensores—. Están abajo tomando café.

Era una suerte que Guillermo no le diera a la cafeína, o de lo contrario no les quedaría nada para beber.

—Gracias, pero no hace falta. Mi madre llegará en un rato.

—Espero que después de que nos digan algo. —Marta se retorció las manos. Se le había carcomido la pintura de uñas. Descubrí, al fijarme en eso, que también se las mordía. Una curiosa coincidencia—. Ojalá os dejen verlo.

Volví a tragar saliva, deseándolo y atemorizado a la vez.

—Ojalá.

Ya les conté eso de que, cuando se pasa una situación como la que nos estaba tocando a nosotros, todo lo demás se vuelve como más pequeño, ¿verdad?, menos importante. Supongo que por eso no debería haberme sorprendido de que, nada más irse la ambulancia, con aquel color amarillo chillón y las luces azules puestas, con la sirena resonando por toda la avenida de Las Canteras y mi amigo dentro, catatónico, en coma o algo peor, lo primero que hiciera fuera llamar a mi madre. Sabía que ella contestaría al primer tono. Sabía que estaría pendiente. Y no, no fue un pensamiento cínico ni cruel, nada parecido a «siempre tiene el móvil en la mano porque últimamente no hace otra cosa»; fue algo honesto y sincero, una reacción lógica al trauma que me provocaba retortijones. Había pasado algo muy feo y solo quise llamar a mi madre.

Adelaida no me falló. Seguíamos teniendo problemas y el sol no se tapaba ni con un dedo ni con media tarde en la sala de espera de urgencias, pero me valía como trinchera. Necesitaba un respiro antes de seguir con aquella guerra de desgaste.

—No me lo quito de la cabeza. —La voz de Marta me sacó de mis paranoias. La miré. Ella miraba al frente, a los carteles informativos que tantas veces había leído yo—. Su expresión, su… cara pálida y cómo se le volvieron los ojos blancos cuando…

—Ya… me imagino. —Esta vez no pude ni tragar. Se me había secado la garganta—. Tú lo tenías justo enfrente.

Y fue la única vez en que dejó de mirarme con sumo rencor a mí, cuando se desencajó ante lo que le estaba pasando a Nando.

—¿Qué crees que fue? ¿Una bajada de azúcar o algo así?

—Seguramente. Es un flojo. Cada vez que le sacan sangre lo tienen que abanicar.

Los dos sabíamos que por un mareo no te llevaban al hospital en ambulancia ni te salía espuma de la boca o convulsionabas, pero, a veces, una mentira piadosa es mucho más necesaria que la verdad que no sabes si podrás encajar.

—Se va a poner bien enseguida. Seguro. —Sonreí un poco. Ella frunció el ceño—. ¿Qué?

—Nada… es que me hace gracia. Tu hermano dijo justo lo mismo.

—Será cosa de familia.

—Supongo. Mi hermana y yo también tenemos eso.

—¿Eso?

Me rasqué la nuca. Por suerte, esa vez no me había puesto fijador.

—Ya sabes… esa especie de conexión para algunas cosas.

—La echas de menos. —Asentí. Marta resopló—. Estoy preocupada. Por… ya sabes.

Y aunque tal como le había dicho a él no era el momento, y mi cabeza estaba en tres millones

de sitios a la vez, algo dentro de mí, algo que se hacía fuerte y encontraba calidez cuando se trataba de Marta, me dijo que, si estaba en mi mano tranquilizarla, ayudarla por mínimo que fuera el alivio que yo le pudiera dar, ¿por qué no hacerlo?

Además, Aníbal era su hermano y ella tenía derecho a saber lo que habíamos hablado, aunque, no se confundan, no soy una persona tan desinteresada. Aquella era la conversación más larga y sin insultos que habíamos tenido y no me apetecía cortarla.

—Reconoció que había mentido. —Marta me miró perdida—. Aníbal. Hace un momento se me sentó al lado y me pidió perdón por haberse inventado lo de la psoriasis.

Abrió mucho los ojos. Joder, qué guapa estaba. «Ahora no, Chesco. Cierra el cajón hormonal, que estás en el hospital por tu amigo, imbécil».

—¿En serio? ¿Qué te dijo?

—Que no quería acabar aquí, y que nos lo contaría todo cuando Nando se pusiera bien.

Marta me volvió a preguntar si iba en serio. Dos veces. Y yo le repetí la misma frase. Otras dos veces más. Se echó para atrás el flequillo castaño. Parecía alucinada.

—Pues… entonces es que algo de lo que le dijiste surtió efecto, cantante.

—Puede. O a lo mejor le dio cague lo de Nando y recapacitó.

Marta sonrió. Mi miedo cedió un poco de terreno.

—¿Te vas a quitar el mérito? ¿De verdad?

—Bueno, admito que mi plan de ir en solitario y hacerle el vacío salió bastante bien. Abrió los ojos, le hice despertar gracias a mi psicología invertida.

—Inversa. —Sonrisa—. Y ahora te estás tirando flores de más.

Levanté los hombros, igual que el meme.

—No se puede acertar contigo.

Me esperé una pullita, pero en lugar de eso, obtuve el sonido de cascabeles que era la risa de Marta, y luego, el roce de su hombro contra el mío. De hecho, y aunque me daba más que por satisfecho, recibí su mirada con algo parecido al agradecimiento y quizá una pizca imperceptible de ternura y, por recibir, cuando uno ya tiene abiertos todos los regalos del árbol de Navidad y descubre que le queda todavía el premio gordo escondido bajo las ramas, recibí el roce de las yemas frías de sus dedos en mi mejilla mal rasurada, las motitas castañas de sus ojos de almendra cada vez más cerca y, durante un glorioso y efímero segundo, el roce de su boca con forma de chuchería sobre mis labios resecos. Mi primer beso, en la sala de urgencias de un hospital.

—Gracias, cantante.

25

No te creas lo que dicen los cantantes,
no hagas caso a la mitad de lo que ves.
La verdad es que nada es tan importante,
la verdad es que nada es tan importante.

Hospital Universitario Doctor Negrín.
Miércoles, 21:00 h. de la noche.
Aparcamiento.

Me quedé sentado en el bordillo que separaba la acera de la calzada mientras mi madre iba a pagar el *parking*. Distraído, me acordé de todas esas veces en que, siendo más crío, me decía que no me apoyara en ningún sitio cuando estuviera en un aparcamiento porque había grasa de coches por todos lados y me haría la ropa un desastre. Me pareció curioso acordarme en ese momento, pero me imagino que los recuerdos son caprichosos y, ya sean buenos o malos, aparecen cuando consideran.

De cualquier forma, mi madre, que había llegado al Doctor Negrín con el uniforme y las playeras de trabajo, no me dijo nada cuando me dejé caer sentado, imagino que porque, después de la tarde que había pasado, estaba dispuesta a hacerme la concesión. Y es que vaya día…

Allí solo, con el zumbido de las máquinas a mi espalda y un picor extraño detrás de los ojos, rememoré la hora previa.

El padre de Nando, con la corbata floja y despeinado por primera vez desde que yo lo conocía, nos dejó por fin entrar a verlo.

Tengo que señalar, antes de relatar ese momento, que, aunque la preocupación por mi colega no se me había relajado de la barriga ni un momento, después de mi charla con Marta empezó a parecerme distinto. Aquel beso, roce de labios tensos e inexpertos, compartido deprisa y corriendo en una atmósfera que tenía lo mismo de romántica que una carnicería de barrio, se me había incrustado en el cerebro y amenazaba con quedarse a vivir allí.

Ella se levantó de la silla con un crujido del plástico tan pronto como nuestras bocas se separaron, pero yo seguí donde estaba, sumido en el alucine, el flipe y el éxtasis que me imaginaba que debían haber experimentado un gran porcentaje de todos esos roqueros a los que tanto idolatraba cuando consumían sus drogas prohibidas. Aníbal y Guille se me acercaron.

Los Luján volvieron de la cafetería y trajeron sándwiches para todos —«¡no coman mayonesa si viene metida en un cartón y no se ve la fecha de caducidad!», nos gritó Guille, que miró los envoltorios como si fueran el Anticristo— alegando que comer, teníamos que comer.

Estaba presente, quiero decir. Con un ojo en la puerta de urgencias y el otro en la gente que tenía alrededor, atento al móvil por si Adelaida me llamaba y dándole a la cabeza trescientas vueltas sobre Nando, el concierto en el parque de la Música y la mierda en que se había convertido un día que ya apestaba desde la salida del sol. Por lo menos hasta momentos antes… cuando Marta Luján, que ahora tenía los pies apoyados sobre esa patineta eléctrica de la que no

se separaba y se miraba las uñas como preguntándose si quedaba algún pellejo que arrancar con sus incisivos, había decidido desvirgarme los labios sin previo aviso ni pista ninguna.

¿Era un mal amigo por permitir que me latiera el corazón en el pecho al puto rimo de *It's my Life* en un momento como ese? ¿O aferrarme a un único instante bueno era lógico para sobrevivir? Demasiadas cuestiones para un cerebro de diecisiete años churruscado de gomina y *rock and roll*.

—Chesco, ¿me estás oyendo?

Me eché el flequillo para atrás y giré la cabeza. El Bulerías me miraba con sus cejas rubias muy pegadas. Tenía algo pringoso en la comisura. Bajé la vista. Había una herradura de cabello en su mano. A mi pesar, tuve que sonreír. «Comer, hay que comer, supongo».

—Pues te podría mentir…

Negó, pero como yo había descubierto en la noche que pasé en su casa, Guillermo era esa clase de chavales que no parecían tomarse nada en serio y veían de la vida el lado amable, relajado y pacífico. Vamos, un perroflauta, que diría mi abuelo.

Claro que la procesión siempre va por dentro, sospecha que también me zumbaba en la oreja después de aquellas preguntas medio veladas, ocultas a través de una litera que, casi siempre vacía, le había dado a aquel tipo, a mis ojos bastante simplón, otro fondo. Pero ya llegaremos a eso. Las personalidades complejas de mis amigos adolescentes, de una en una.

—Te decía que compuso un tema. —Me explicó Aníbal, que se había puesto la capucha. Una parte de mí espero que la tela termina en pico con la forma de las orejas de murciélago de Batman, pero me imagino que ni siquiera él era tan friki.

—¿Tú? —Guille asintió—. Me da que se te está subiendo el cargo a la cabeza, corista.

Me enseñó el dedo, pero la señora Luján, sentada al lado de Marta, justo frente a nosotros, lo amonestó con una mirada que decía a las claras: «Puede que no sea tu madre, pero la bronca te la llevas igual». Bajamos el tono, por si acaso.

—Abre la mente, Chesco. Deja que el espíritu de Axl Rose abandone tu cuerpo.

—Chacho, chacho, pide un portaviones un día y te darán la vara le resto de tu carrera.

Guillermo me ignoró. Supongo que me lo merecía por todas las veces que yo había hecho lo propio con él.

—Escucha el estribillo, que no tiene desperdicio.

Aníbal cogió el papel arrugado, que era en realidad una servilleta de la cafetería, en la que Guille había garabateado unas pocas líneas. Entrecerré los ojos.

—Joder, tienes una letra de mierda.

—Que sí, que sí, ojito. Esto lo corean como el *We are the champions, my friend.*

Para que la sombra de las dos cabezas de esos dos idiotas, inclinados hacia mí, no me impidiera ver con claridad, levanté la hoja. Después, leí:

MI CHICA ES REBELDE,
MI CHICA ES ROQUERA,
ELLA EL LIMPIACRISTALES
LO USA PA LA MADERA.

Era solo una estrofa, pero reconozco que me costó Dios y ayuda entender lo que estaba viendo. Y no por lo penoso de la caligrafía, que también.

—Imagínatelo con un *blam*, un *zip* y para terminar un *rataplám* —decía Guille con los brazos colocados como si llevara la guitarra en el regazo.

—¿Qué coño dices, tronco? ¿Qué mierdas es un *blam*? ¿Qué es un *blam*?

Aníbal se rascó la barbilla, donde tenía tres pelos, igual que en la canción de Miliki, que, por cierto, era treinta veces mejor que la que yo acababa de leer.

—A mí me suena a las onomatopeyas de los cómics.

—¡Onomatopeyas! ¡Me encanta! Lo podemos elegir como título, ¿eh, Chesco?

Le devolví el papel, fantaseando con hacer que se lo tragara con toda la mayonesa envasada que encontráramos en las expendedoras.

—¿Y qué tiene eso que ver con el limpiacristales?

—Tío… —Guille sacudió la cabeza—. ¿No lo pillas? Eso es una *metástasis* de que la piba no sigue las normas.

—¿Una…?

—Metáfora, animal. —Aníbal estiró la mano y le tiró de un mechón de pelo. Me servía—. Metástasis es lo del cáncer.

Guillermo chascó los dedos. Tenía cabello de ángel de la herradura por todas las manos. Joder, qué puto cuadro. Una salida de tiesto más y nos colgaban en una pared del Museo Canario.

—¡Me gusta! La piba de la canción puede estar muriéndose.

Justo iba a preguntarle si es que a él, con los nervios, le daba por soltar la primera parida que se le pasaba por la mente, así, sin filtro ni nada, cuando el padre de Nando asomó la cabeza y se nos acercó.

—Pueden entrar si quieren, está despierto y pregunta por ustedes.

Nos pusimos de pie en el acto. El vacilón se nos cortó de un plumazo y a mí, que no había comido desde el almuerzo, se me revolvió lo que sea que me quedara en la tripa. Guillermo cambió el chip de una manera brutal y la cara se le medio descompuso cuando empezamos a caminar por el pasillo. Aníbal iba detrás, porque su madre lo había retenido para decirle que si queríamos que nos acompañara. Me enteré de todo eso mientras seguía con mi ojo derecho puesto en Marta, que nos miraba expectante, sin moverse.

Había visto antes los boxes de urgencias. Cuando visité a mis abuelos enfermos o a alguna de mis primas que ya habían tenido niños, pero ninguna de esas veces se parecía a la sensación de ahora.

Nando, despeinado y sin su ropa de marca, echado en la cama con una especie de pijama hospitalario horrendo, la cara en un tono grisáceo y el brazo extendido con una vía cogida nos miraba desde el fondo de la habitación. Sonrió e hizo un saludo militar con la mano libre. A mi lado, Guillermo susurró algo y, cuando lo miré a la cara, pensé que se iba a echar a llorar.

—¿Estás bien, tío?

No me contestó. Yo no insistí.

Si quieres mucho a una persona, pero eres un pibe de nuestra edad, pasa algo extraño cuando toca mostrar sentimientos. Ninguno nos íbamos a lanzar sobre Nando: primero, porque no sabíamos cómo de flojo estaba —y tenía pinta de que mucho— y, segundo, porque, aunque el susto fue de cojones, teníamos una reputación.

Me aproximé, le pillé los dedos de los pies bajo la sábana y le di un apretón.

—¿Qué pasa, Slash?

—Ya sabía yo que ibas a ser el primero en hacer la típica bromita de la sobredosis…

—Si ya sabes cómo soy… ¿pa qué me invitas?

—Colega, le acabas de dar caché a ***MÍSTICOS***: nuestro primer miembro hospitalizado por pastillas.

Nando tosió un poco, aunque también podría haber estado riéndose, sobre todo cuando comenzamos a tararearle con un más que dudoso buen gusto aquello de «They tried to make me go to rehab, but I said ‘no, no, no’».

—Todo por la banda.

Levantó los dedos índice y meñique con la mano de la vía. Fue tan jodidamente chulo que casi borró el verdadero porqué de estar allí. O casi.

—Fue por accidente, ¿verdad, tío?

Aníbal y yo miramos a Guille como queriendo arrancarle la cabeza. Me arrepentí de no haber insistido más en hacerle tragar la mierda de la metáfora del limpiacristales, con todos los *bah* y los *pum*.

—Ricitos, no…

No supe seguir. ¿No qué? ¿No era el momento? ¿No queríamos hablar de eso? ¿No podíamos decir la verdad, aunque ocultarla es lo que nos había llevado hasta donde estábamos?

—Es igual, no pasa nada. —Nando se recolocó en la cama. Estiró la mano libre y bebió un sorbo de agua del vaso que había en la mesita. Aníbal, Guille y yo esperamos a que estuviera preparado. Era su movida, después de todo—. ¿Quién se lo dijo?

—Oímos a tu padre hablando con la enfermera —explicó Aníbal.

—Pero no lo entendimos todo, así que…

Nando asintió, asumiendo con acierto que aquello no era algo que se fuera a poder guardar, como un suspenso o una mala partida de Fornite.

—Ustedes ya saben que el médico me recetó calmantes para la ansiedad después de lo de mi madre, ¿no? —Asentimos—. En la última revisión me los cambió. Y también la dosis. Con los exámenes y eso… me hacían menos efecto.

Silencio. Pesado y… raro. Miré de reojo a Guille, que de verdad parecía a punto de vomitar todos los productos Eidetesa que se había comido a lo largo de su vida. Aníbal, tenso como un palo, se toqueteaba las mangas de la sudadera, y yo, que sudaba y sentía que estaba llenando la habitación de olor a sobaco, me obligué a tocarle otra vez el pie a Nando para animarlo.

—¿Te hicieron reacción o algo? ¿Por eso estabas tan en la parra siempre? —Me mordí la lengua. «Joder… un poquito de tacto, Chesco, que el pibe acaba de pasar por un lavado de estómago, que tiene que tener la tripa llena de Fairy»—. A mí el Nolotil siempre me da cagalera. Ya sé que no es lo mismo, pero…

Se sonrió un poco y, para nuestra preocupación, nos dijo que no, que no le habían hecho reacción ni tampoco se había equivocado con la dosis. Por lo visto, y con la fecha del aniversario de la muerte de su madre cerca, Nando había considerado que la agonía que estaba golpeándole el pecho era demasiada para solo una cápsula con el desayuno y otra con la cena. Decidió que necesitaba un par más, no con fines suicidas, como se apresuró a decirnos con tal vehemencia que no tuvimos más opciones que creerlo, sino para aliviar la carga, para despejar la mente y conseguir dormir.

—No podía respirar ni comer o hablar. Hiperventilaba y estaba mareado todo el rato.

—Pero tío… eso no puedes hacerlo por tu cuenta.

—Ya. Es evidente. —Y señaló la vía—. No pienso tomar ninguna más, eso fijo.

Aníbal se sentó a su lado. Hicimos coñas con el mando de la cama y Nando hasta sacó fuerzas de no sabíamos dónde para simular que lo atrapaba el colchón.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le pregunté, sentándome al otro lado.

—Mi padre está hablando con el médico. Me van a recomendar terapia.

—Eso está bien. Un loquero siempre es menos peligroso que las pastillas. ¿Crees que tendrá un sofá y una libreta para anotar tus mierdas?

—Eso espero. Ya sé la frase hasta con la que voy a empezar la primera sesión: «Soy Fernando Álvarez y esta es la historia de cuando se murió mi madre».

Y a ustedes les puede parecer de mal gusto, grosero o hasta gore, pero era la primera vez en todo aquel tiempo que Nandito hacía una broma, aunque fuera sarcástica, con el tema. Fue su primer paso, y lo dio allí, con nosotros.

—Tenemos una cosa que te anima seguro. —Aníbal se levantó y tiró del brazo de Guille, que estaba en modo estatua—. Aquí, el de los coros, ¡escribió un tema!

—¡No! ¿En serio?

Entre Aníbal y yo sacamos la hoja del bolsillo de Guille y se la dimos a Nando, que se dobló hacia adelante para poderla leer.

—Atento a la métrica y la rima, ¿eh? Pero, sobre todo, a la metáfora de la rebeldía que esconde la letra.

—Imagínatela con un poco de *blam* y *zip* —dijo Guille, un poco más espabilado.

—Mola.

Y como era Nando quién lo decía, y como estábamos juntos los cuatro y eso era lo único importante, conseguimos reírnos después de una tarde de infierno. No pude menos que estar de acuerdo. Joder, estaba de acuerdo de cojones.

—Sí, chavales. Sí que mola.

Después de la nuestra, Nando se cansó de recibir visitas. Su padre, mucho más relajado y pendiente de lo que solía estar, fue al Burger King de La Ballena y nos trajo menús a todos. Estaba terminándome la hamburguesa cuando llegó mi madre, que corrió por el pasillo y se me sentó al lado con la cara tensa y el pelo fuera de la coleta, como si hubiera venido corriendo.

—¿Cómo estás? ¿Estás tranquilo? ¿Necesitas algo?

Se sacó del bolso un Kinder Bueno de chocolate blanco y yo me lo comí porque… bueno, porque la mujer se había tomado la molestia. Después interrogó a los Luján a ver si a Marta, Aníbal y a mí nos había visto alguien para tratar el trauma de lo que acabábamos de presenciar. En ese momento llegaron los padres de Guille, que se ofrecieron a pagar unas *pizzas*. Yo ya sabía que era gente de buen comer, pero hartos de comida basura, tuvimos que decepcionarlos. Comer había que comer, pero no hasta reventar.

Mi madre intercambió unos cuchicheos con el padre de Nando, pegados los dos a la pared. Me pareció raro que ella le tocara el brazo y el momento vulnerable que le vi a él. Le brillaban los ojos y parecía… como pobre. A ver, pobre no, me refiero a que el señor Álvarez siempre tenía una pinta poderosa y ahora estaba a un mal soplido de venirse abajo, como un castillo hecho con una baraja.

—¿Te vas a tu casa?

Miré a mi izquierda. Marta estaba allí arrugando el saco de hamburguesas sin decidirse a tirarlo.

—No creo que mi madre se esté mucho. Viene de trabajar.

—Ya… los míos también le acaban de decir a Aníbal que salimos en cinco minutos. —Se le subió la comisura derecha del labio, esa que yo, por un segundo de gloria, había probado. Estaba más rica que todos los Whopper del mundo—. Mi padre no para de decir que le van a sablear en el *parking*.

—Ya te digo. ¿Nunca has pensado que debería ser gratis? No es que nadie aparque aquí dentro por gusto.

—Me gusta pensar que de ahí sale parte del sueldo del personal médico.

Le hice una pedorreta. La señora Luján me echó la mirada de advertencia. Coño, era peor que mi madre.

—Estás hecha una inocente.

Me sonrió. Yo creo que le sonreí, aunque temí seriamente que se me cayera la baba. No sé. Nunca me había pasado algo así. Mi experiencia era nula en lo que a chicas se refería y estrenarme en esos sentimientos tan complejos con una chica como Marta Luján no ayudaba demasiado. Tenerla delante me hacía sentir como un robot defectuoso al que de repente le fuera a saltar alguna pieza.

—Fran, vamos.

Salvado por Adelaida.

—¿Fran?

—Sin comentarios.

Le hice una seña a mi madre y después me giré para despedirme de Marta, aunque no sabía cómo proceder. Por suerte, las chicas son siempre mucho más espabiladas, por eso la especie humana todavía no se ha extinguido.

—¿Crees que Nando estará bien?

—Seguro. Ahora tiene a su padre pendiente. Solo fue un susto. —Rogué por no equivocarme.

—Ojalá. —Marta extendió la mano. Me tocó la muñeca y las yemas de sus dedos me acariciaron la piel unos segundos. Se me pusieron de punta hasta los pelos que me había cortado el año anterior—. Gracias por… lo de Aníbal.

—Sí, bueno… sin mi colaboración nada de esto habría sido posible.

Se rio.

—¿Es que no te tomas nada en serio, *Fran*?

—Creo que prefiero lo de *cantante*.

Los Luján la llamaron. Mi madre me dio el segundo toque. El pelar la pava se había acabado.

—Nos vemos en el instituto.

Nos despedimos con el gesto tenso de quienes no tienen ni idea de qué coño pasó para que, de malas miradas y parcas palabras, la cosa se hubiera puesto como ahora estaba, pero como tampoco había tiempo de análisis, seguimos cada uno nuestro camino: ellos en un ascensor, Adelaida y yo en el otro. Vi, a través del cristal de la cafetería, como Guille y sus padres se comían unos cruasanes. Sonreí. Genio y figura.

—Espérame aquí que voy a pagar —dijo mi madre sacando la tarjeta del *parking* del bolsillo —. ¿Quieres algo de la máquina o esperas a llegar a casa?

—No creo que pueda comer nada más.

—No te creas, eres un adolescente. Ustedes siempre tienen hambre, y cuando no, ganas de comer.

La vi alejarse mientras yo me sentaba en el bordillo, donde empecé a contar esta parte de la historia. Allí, dando vueltas a todo y a nada en particular, no llegué a ninguna conclusión ni vi nada de claridad sobre ningún tema. Lo único que había en mi cabeza, por encima incluso de Marta, el beso, el alivio sentido al ver sonreír a Nando, la preocupación naciente por Aníbal y aquel picor que me provocaba la actitud rara de Guille, era un único sentimiento que me sentía capaz de expresar, una única sensación, una certeza que le dije a Adelaida tan pronto como la vi

acercarse con las llaves del coche en una mano y la tarjeta del aparcamiento en la otra. Ella comentó que le habían sacado casi siete euros por un miserable rato, y yo, poniéndome de pie y sacudiéndome los pantalones por si acaso, la miré como si, por primera vez en mucho tiempo, la estuviera viendo sin mis propias sombras estorbando.

—Mamá. —Abrió la puerta del copiloto y me miró—. Me alegro.

—¿Por Nando? —Resopló—. Me imagino. Yo también, Fran. Vaya susto… A su padre los temblores le van a durar una semana, pero bueno, ahora lo vigilará en casa y enseguida se va a recuperar. Ya verán.

Asentí, de acuerdo con sus palabras, confiando en ellas.

Me alegraba de que lo de Nando no fuera premeditado, claro. Me alegrada de que el pronóstico fuera bueno y alguien se fuera a ocupar de ayudarlo y hablar con él. Me alegraba de haber estado a su lado. Y me alegraba, entendí al mirar como mi madre se abrochaba el cinturón, metía la llave en el contacto y me pedía que apartara un poco la cabeza para poder mirar el retrovisor de mi lado, de ella. De que estuviera allí. De que hubiera acudido a mi llamada. De que un psicólogo no tuviera que verme sentado en su sofá mientras yo intentaba hacer bromas sobre mi madre muerta, porque no lo estaba. Yo la tenía; todavía la tenía. Y no hacía más que perder el tiempo enfadado, con más o menos razón, por cosas que no entendía, jugando la partida del silencio, como si fuera a tener toda la vida para poder volver a hablar con ella. Joder, qué gilipollas.

—Mamá.

—Espera un momento Fran, que estoy buscando la salida y me distraes…

Cogí aire.

—Si ya no lo quieres y quieres a otro, deberían separarse.

Puso el intermitente, metió la tarjeta en la ranura de la máquina, esperamos a que se levantara la barrera y salimos. La rotonda del Doctor Negrín, si la conocen, es de lo peor que se ha construido en cuanto a carriles en todas Las Palmas, pero por algún milagro, no se nos cruzó nadie. Estaba todo desierto. Mi madre no dijo nada en todo el camino y yo tampoco hablé, pero cuando cogimos los túneles para irnos a casa, aprovechó un semáforo en rojo, estiró la mano hacia mí y me tocó la rodilla. Tenía los labios apretados y, aunque era casi de noche, se había puesto las gafas de sol. No lo entendí en ese momento, o a lo mejor sí, pero ahora, visto con la perspectiva que dan los años, sé que fue entonces cuando dejé de sentir rencor hacia ella por las decisiones que, como mujer adulta, había tomado. Y aunque seguía dolido por lo que eso implicaba para mi familia, por todo lo que todavía no entendía, cuando nos miramos otra vez, pude hacerlo, por fin, sin enfado.

26

Take your time, hurry up
Choice is yours, don't be late
Take a rest, as a friend
As an old memoria

IES Mesa y López.
Excursión a Tejeda.
Dos semanas después.

En ese momento, aquejados por la bajada de temperaturas que el mes de octubre había traído consigo, cansados de caminar cargando con nuestras mochilas, de tomar anotaciones usando la palma de la mano como apoyo y de la escasez de agua y víveres para todo un día de senderismo, no lo sabíamos, pero éramos afortunados. Y estábamos disfrutando de algo que las generaciones futuras tardarían en volver a ver con el esplendor del que nosotros, inconscientes, gozábamos en ese momento.

El diez de agosto de dos mil diecinueve, apenas un año después de los hechos que cuento en esta historia, se declaró un gravísimo incendio forestal en la cumbre de Gran Canaria que afectó a nueve mil quinientas cuarenta y una hectáreas, además de a numerosos bienes etnográficos. Las escenas de las chimeneas de humo y los cuerpos de los pinos calcinados llenarían telediarios y periódicos. Pueblos enteros serían evacuados y multitud de grancanarios perderían cultivos, casas y mascotas. Fue un desastre natural que, si estás leyendo esto ahora, seguramente habrá removido tus recuerdos casi tanto como los reactiva visitar la zona afectada y comprobar *in situ* la inmensidad de la destrucción.

A pesar de lo severo de la situación, nosotros vivíamos todavía en la feliz ignorancia de dos mil dieciocho y recorríamos Tejeda, con los pies sancochados y las frentes perladas, por haber hecho un trueque con nuestro profesor de Geografía e Historia.

—Ya les digo yo que este no es un buen negocio —farfulló Guillermo, que llevaba jadeando desde que nos habíamos bajado de la guagua—. ¿Cómo puede hacer frío y calor al mismo tiempo?

—Se llama humedad. Es por la altura. —Aníbal estiró la mano—. ¿Eso es el Nublo?

—¿Qué dices, analfabeto? Es el pico de las Nieves.

Me quedé un poco atrás, observando con media sonrisa cómo Nando empezaba su momento empollón del día número setecientos. Qué le gustaba restregar que se había leído las seis páginas del libro sobre el relieve y las alturas de la isla.

—No somos capaces ni de diferenciar una cosa de la otra —dije, haciendo que se dieran la vuelta—. Y todavía dice el Rubiales que no fue buen trato.

—Cualquier cosa es mejor que ir a examen —apostilló Aníbal, ganándose un asentimiento generalizado.

—Lo que le pasa a Guille es que él es de costa. —Nando sonrió—. Tanto pico y tanta piedra lo tiene que tener desconcertado.

—Yo lo que digo… es que, puestos a irnos de excursión, ya nos podían haber llevado a Puerto Rico. O a Arguineguín. —El tío hasta salivó. Menudo laja estaba hecho—. Tauro. Playa del Cura. Anfi…

—Que sí, que te sabes toda la zona turística del sur, Melenas. —Saqué el culín de agua que me quedaba en la mochila y me lo acabé—. Pero a ver cómo vamos a estudiar el relieve canario surfeando en Roque Prieto.

—Coño, pues cogemos olas en el mar y estudiamos en clase, que para algo está.

Decidimos ignorarlo, en parte porque después de media mañana todos estábamos un poco hartos y, por otro lado, porque nuestro profesor parecía poseído por Santiago, el del camino, y no paraba de rajar mientras daba las zancadas cada vez más largas.

—Ojalá paremos en Tejeda pueblo y nos dejen echarnos un helado por lo menos —soñé.

Aníbal me pasó el brazo por los hombros, dándome unos golpecitos que casi me tiran de boca.

—¿Ves el horizonte, pequeño Simba? Pues pone Gumidafe y es nuestra guagua. Yo no contaría ni con helado ni con las famosas palmeras de chocolate gigantes.

Oímos un derrape en seco.

—¿Las qué gigantes?

Nos tuvimos que hacer a un lado para que Guillermo no nos aplastara. Llegó al lado del profesor en dos segundos. Vamos, que si aquello hubiera sido piscina y en vez de en lo alto de la isla nos encontráramos en los Juegos Olímpicos, el colega habría barrido a Mireia Belmonte sin tocar ni el agua.

En su defensa diré… que cayeron las palmeras, no sé si tanto por su insistencia o porque era parte del plan, pero nos agenciamos una cada uno y nos la llevamos, junto con un montón de tierra del camino y capas de sudor, a nuestros asientos. Para cuando el sufrido profe de Geografía pasó por nuestra fila contándonos por segunda vez, la guagua atufaba a *teen spirit* que tiraba para atrás.

Cuando el chófer arrancó y el aire acondicionado se puso en funcionamiento, el suspiro general se mezcló con el sopor que dejaban las palmeras en la tripa. Se hizo el silencio, roto solo por algún cuchicheo ocasional y los zumbidos de la radio, sintonizada en Kiss FM. Reconocí *Panama*, de Van Halen, en los primeros tres acordes.

Los cuatro íbamos sentados en fila, con el pasillo por medio: Aníbal y Nando a la izquierda, con vistas a los acantilados, que, gracias al fuselaje de la guagua, parecían acojonantemente cerca; y Guillermo y yo a la derecha. Pensé, mientras él se relamía de los dedos los restos del dulce de leche con el que iba recubierta su palmera, que era muy curioso lo a gusto que me sentía al lado de aquel cafre, teniendo en cuenta que su adhesión al grupo como cuarto en discordia no fue de mi agrado al principio. Para mí, Guillermo era como Ringo Starr: uno que estaba ahí pero que, de alguna manera, parecía ir por detrás del resto, como metido con calzador. ¿Alguno conoce a alguien que, cuando le preguntan por su Beatle preferido, diga Ringo? No existe. Nadie, porque… ¡venga ya! ¡Es Ringo!

Las cosas, por supuesto, habían evolucionado tanto que ya ni se parecían a esos primeros días. No diría que le tenía por un Paul McCartney… pero, desde luego, a George Harrison podía llegar. Al final, el tío era como era y así había llegado hasta nosotros. Aceptarlo me llevó tiempo, pero ahora iba a muerte con él, tanto como con el resto. Le sonreí cuando se acarició la barriga, totalmente plana, por encima de la camiseta.

—Ya te cundió la excursión, ¿eh?

—Así sí, hermano, así sí.

Abrí la mochila y preparé los cascos para cuando esas charlas de inicio de viaje murieran por sí solas y tuviera oportunidad de refugiarme en mi música. Aníbal leía uno de sus cómics y Nando pasaba a limpio lo que sea que hubiera estado escribiendo en Tejeda. Rebufé.

—Estudia hasta en la guagua —dijo Guille, que por lo visto miraba lo mismo que yo.

—En otra vida fue borrador de pizarra. No tengo pruebas, pero tampoco dudas.

Nos reímos los dos. Seguimos mirando a nuestro amigo, seguramente con las mentes puestas en el mismo sitio.

—¿Cómo crees que lo está llevando?

Me arrellané en el asiento. La emisora de radio empezó a transmitir la chirriante banda sonora de *Titanic*. Supongo que más buen *rock* habría sido mucho pedir.

—Él dice que bien. Parece que la terapia le ayuda… pero solo lleva dos semanas.

—Ya… ¿Y de lo otro?

Fruncí el ceño.

—¿Qué otro, tío? ¿Qué dices?

—Ya sabes… haber dejado los calmantes y todo eso.

El caso es que o no encontraba la postura o la conversación de por sí me ponía incómodo. Habían pasado unos quince días desde el incidente en el parque de la Música y, aunque hablamos del tema en su momento, cuando la cosa estaba caliente, decidimos dejarlo estar: primero, porque no era plato de gusto para Nando que lo estuviéramos mirando y cuestionando constantemente por algo que ya nos había explicado; y segundo, porque estábamos desesperados por dejarlo atrás. Casi todos, por lo menos.

No es que Aníbal y yo no tuviéramos la mosca detrás de la oreja, pero confiamos en que el padre de Nando estuviera vigilando el tema, y también en que el susto le hubiera servido a nuestro amigo como toque de atención. Desde luego, había abandonado su renta fija en la parra y, aunque tenía días en que llegaba a clase hecho una mierda por la dureza del contenido de la terapia del día anterior, otros, como esa mañana, parecía casi el mismo que había sido antes.

Yo no sabía si hablar sobre tus penas y miserias de verdad curaba algo, pero si a él le servía, esperaba que su loquero lo acompañara hasta el altar cuando se casara, de ser necesario.

—Tienes que darle un poco de cancha, rubio, en serio. Presionar… no va a sacar nada bueno. —Y miré de reojo a Aníbal recordando aplicarme mi propio consejo para esos otros temas que también quedaban en el aire. Joder, cuántos putos frentes abiertos.

—Le doy medio campo. Y eso siendo generoso.

Estaba claro que Guille y Nando eran afines. Me lo había parecido ya la primera vez que los vi juntos aquel aciago día de presentación de curso, cuando me sentí la cera blanca de la caja o el Ringo de los Beatles, por seguir la misma *metástasis*, pero el celo del colega me parecía un poco excesivo, y no era yo el tío ese de la serie de detectives que veía mi padre, pero me olía algo. Y no era sudor.

—Me acuerdo de que te quedaste supertieso cuando entramos a verlo en urgencias. Estabas hablador, soltando tus mierdas y de pronto…

—Coño… ¿Y te parece que era para menos?

Me rasqué el cuello. Dos días antes me había cortado el pelo sobrante y todavía no me había acostumbrado. Ahora lo llevaba largo de arriba, echado hacia atrás en un torpe intento de tupé que, en mis fantasías, se parecía al que lucía Elvis en el especial del sesenta y ocho. Soñar es gratis, *thank you, thank you very much*.

—Todos nos quedamos flipando, pero lo tuyo fue exagerado.

De repente le interesaba mogollón mirar el paisaje a través de la ventana sucia de la guagua.

—Será que me importa Nando más que a ustedes.

—Será eso. —Saqué los auriculares de la mochila—. Te voy a dar medio campo, *Guillemermo*. En algún momento lo tendrás que largar.

«Y no era el único», pensé mirando a Aníbal antes de activar el reproductor en mi iPhone escacharrado. Ese estaba pisando ya el punto de penalti.

La guagua nos dejó en el mismo sitio en el que nos había recogido: delante del instituto. Cansado y con pocas ganas de alargar el momento, el alumnado se fue disipando y yo intenté otear el horizonte para ver si, con suerte, veía salir a Marta, con la que, por cierto, las cosas se habían mantenido en un *pause* muy incómodo desde la tarde del hospital. Vamos, que ni para adelante ni para atrás. Por algo me salté dos semanas de narración, a ver qué se pensaban.

—¿Nos vemos esta tarde en el Cien Montaditos de Las Arenas? —sugirió Aníbal, sorprendiendo a propios y extraños por sus ganas de hacer algo fuera de casa y que no implicara leer.

—No estaría mal. Es casi nuestro último día de libertad antes de los exámenes de fin de trimestre.

—Habla por ti, yo tengo un sistema.

Todos sonrieron, porque, evidentemente, ya eran muchos años.

—¿Otra vez a septiembre, Chesco?

—Los clásicos lo son por algo, chavales.

Me despedí cuando se me acabaron los motivos razonables para quedarme. Sin ver a Marta ni terminar de sonsacarle la información a Guille ni llegar a nada con aquello que Aníbal había prometido contarnos, la única paz en nuestro horizonte lleno de historias a medio narrar era que Nando parecía estar encarrilado. «Igual que las cosas en mi casa», recordé cuando metí la llave, que, para no variar, se trabó en la cerradura y me tuvo dos minutos enteros girando la muñeca como un pajillero. Al llegar al salón, vi las pruebas de los sutiles cambios acontecidos después de la charla con mi madre en el aparcamiento o, por lo menos, yo creía que eso lo había desencadenado. No podía estar seguro, porque no había vuelto a sacar el tema.

Las mantas y almohadas que usaba mi padre para dormir en el sofá estaban amontonadas ya en un lado, preparadas para otra noche fuera del dormitorio matrimonial donde ya no pintaba nada. Mi madre, que todavía no había llegado a casa, me había dejado una nota pegada al microondas para decirme que dentro había media tortilla española. Adjuntaba que me picara un plátano para acompañar, pero, bueno… eso ya lo iríamos viendo.

Me pegué una ducha de agua fría en cincuenta segundos y luego tardé como media hora en peinarme bien. Para cuando saqué la comida estaba más fría que la pata de un muerto, pero así era como más sabía la tortilla. Me abrí un zumo y puse algo de fondo en la tele mientras bicheaba el móvil. Con mi dieciocho cumpleaños a la vuelta de la esquina, enviar pantallazos con ideas, sugerencias y peticiones de compra a familia y allegados era casi una labor diaria, y la llevaba mucho más a rajatabla que todos esos exámenes que se me iban acumulando en el tablón que Adelaida me había obligado a colgar de la pared.

Las cosas con mi madre iban… mejor. O no tan mal como recordaba. Por momentos me sentía culpable de haberle dado aquella especie de carta blanca para que dejara a mi padre. Me asustaba pensar lo que diría él si se enteraba, si lo interpretaría como que me ponía de parte de ella, quería romper la familia o alguna monserga parecida; pero, por otro lado, entendía que era lo mejor.

Uno no puede aferrarse a cosas rotas, porque da igual el cariño que les tengas: nada se va a arreglar por arte de magia.

Ignoraba si se habían puesto de acuerdo en algo y, de ser así, por qué no me habían dicho nada, pero tampoco tenía especial prisa por comprobar que a mi familia le deparaba un futuro que no pintaba precisamente como el de esas series americanas donde todos se sientan siempre juntos a desayunar.

Hice el bobo un rato después de comer, eché unas partidas a la Nintendo y me puse al día con algunos vídeos de YouTube antes de coger la guagua a Las Arenas. Cuando llegué delante del Cien Montaditos, Aníbal ya estaba allí, pero me fue imposible abordarlo porque Guille llegó tres segundos después.

—A Nando lo trae su padre. Tardará una media hora.

Le eché una mirada de advertencia.

—Tío… relaja la presión, que pareces una olla de potaje.

—Me preocupo por él.

—Ya nos dimos cuenta. —Aníbal cruzó los brazos sobre su sudadera de Joker—. Desde el día del Negrín pareces su sombra, tío. ¿Tanto te afectó?

Silencio. De esos que no presagian ninguna mierda de la que luego te vas a reír.

—Ustedes no lo saben… y no me parece bien comentarlo delante de Nando, la verdad.

—Nando no está. ¿Qué pasa?

Aníbal asintió a mis palabras, ratificando que él también empezaba a estar picado de curiosidad.

—Venga, colega, suéltalo.

Guille resopló, pero no se hizo de rogar.

Nos hizo una especie de *previously*, hablándonos de su hermano Jaime, el que estaba de Erasmus en Italia y del que sabíamos… pues eso, que estaba de Erasmus en Italia. De hecho, yo me había enterado hacía cinco minutos, como quien dice, pero la cara de escasa sorpresa de Aníbal dejó claro que él sabía algo más. Lamenté mis resquemores iniciales con Guille, porque por el tono que se le estaba poniendo, lo que nos iba a soltar no tenía pinta de ser una anécdota simpática.

—Estudiaba en Granada, pero se juntó con mala gente.

Me metí las manos en los bolsillos. «A ver, Chesco, aquí hay que hilar fino».

—¿Mala gente?

Entonces Guillermo, que era un pibe que lo mismo te aparecía en cholas por tener una herida en el pie que llevaba moño, camisetas desteñidas o manchurrones de chocolate en los dedos sin que le importara una mierda, pareció, por primera vez desde que yo lo conocía, incómodo. No sé decir si con él mismo o con lo que fuera que estaba trayendo a su memoria; sin embargo… había algo en su mirada. Algo que gritaba que aquel silencio duraba ya de más. Sintió la necesidad de liberarse y, aunque se le notó el descanso en cuanto empezó a hablar, para cuando terminó el cuento, parte de su chispa se había fundido. No pude culparlo. Sacar de ti algo así debía dejar casi tantas secuelas como guardártelo dentro.

—Jaime es gay. —Y eso lo dijo como si nos comentara de pasada que su hermano era tan rubio como él; el problema vino con el resto—. En Granada unos chavales lo acosaron y, como estaba solo y no sabía qué hacer, se tomó una caja de relajantes musculares. Escapó de milagro… y por eso mis padres lo mandaron de Erasmus fuera.

«Ahí lo llevas, campeón».

27

I want to break free from your lies
You're so self satisfied I don't need you
I've got to break free
God knows, god knows I want to break free

Centro Comercial Las Arenas.
Planta Terraza. Restauración.
Cien Montaditos reconvertido en Confesionario.

Cuando eres una persona que no tiene prejuicios ni problemas con los demás, que no se mete con nadie y básicamente disfruta de su vida como quiere y la lleva como puede, te jode que no respeten tu espacio, que invadan tu propiedad, te escupan el jardín y peguen un chicle en la mirilla de tu puerta.

Algo así, me imagino, debieron sentir los padres de Guille cuando, después de toda una vida sin crear conflictos ni acarrearse enemigos, recibieron una llamada desde un centro de salud granadino para informarles de que su hijo mayor había intentado poner fin a una situación que ellos desconocían y le había venido grande.

El rubiales, sentado en la esquina de las dos mesas que habíamos pegado Aníbal y yo cuando decidimos que aquella charla había que seguirla, como mínimo, con una Coca Cola fría en el cuerpo, nos contó que Jaime se había tomado los relajantes después de una noche particularmente mala donde varios compañeros de clase se habían metido con él al verlo salir de un bar.

—Era un sitio para gais —nos explicó picando de los manises que la camarera nos puso en la mesa—. Cosa lógica: si eres gay y quieres ligar, ¿dónde se supone que vas a ir?

—Tiene sentido —sentenció Aníbal, que me miró esperando a que yo dijera algo.

—¿En tu casa ya lo sabían?

—Sí, claro. Jaime salió del armario enseguida. ¿Para qué se iba a quedar dentro? Y no es que mis padres le dieran importancia. Yo tengo gases siempre que como chorizo de Teror, pero no tengo que ir advirtiéndolo por ahí, es solo una cosa más de mí. Pues él, igual.

Tomé nota mental de no ir nunca al Pino con aquel individuo.

—Igualito, colega. Es lo mismo.

—Total… —siguió diciendo, oteando el horizonte como un pirata famélico en busca de tierra, por si acaso veía aparecer la coronilla engominada de Nando—. Empezaron a hacerle burla, a darle empujones… ya saben.

La verdad es que no, no sabíamos, pero nos lo podíamos imaginar. En mi familia no había casos de homosexualidad, pero una de mis primas tenía una amiga abiertamente lesbiana y solía traerla consigo para cumpleaños y demás historias. Nunca me había parecido algo que reseñar o que tener en cuenta de forma especial.

Desde mi absoluta ignorancia y falta de experiencia en lo que concernía al romance, creía que bastante difícil era ya encontrar a alguien que fuera capaz de gustarte lo suficiente como para

dejarle tocar tus vinilos o sintonizar la emisora de radio —con las funestas consecuencias que eso podía tener—, como para encima pararte a analizar si era macho o hembra. Eso solo tenía importancia en los enchufes.

—¿Por eso te pusiste tan histérico con lo de Nando? —Aníbal, yendo al grano de la cuestión, me devolvió al presente. Estiré los dedos. No quedaba ni una pasa en la mesa. Joder, qué limas —. ¿Por qué te recordó a lo de tu hermano?

Guille asintió.

—Lo de Jaime fue hace tres años. Yo era un piojo, pero me acuerdo de todo el rollo médico, las visitas, los viajes, el psiquiatra… Hasta se cambió de piso, de barrio y de facultad.

—No me extraña. —Tonteé con el boli de la hoja de pedidos. La cosa era seria, pero a mí los problemas siempre me habían dado hambre. Por eso iba a todos lados en bici—. Yo tampoco querría vivir rodeado de gilipollas.

—Nunca tuve una relación con mi hermano como las que tienen ustedes… no del todo. Somos distintos en gustos musicales y Jaime es más de secano que los garbanzos, pero no me gustó lo que le hicieron. Nadie tendría que llegar a tomarse una caja de nada que no fueran galletas, y menos porque te gusten los rabos.

Y puede que no fuera una sentencia de las que la gente cuelga en sus casas, metida en un marco, al lado de la puerta, pero Guille se marcó la cosa más lógica y con sentido de cuantas había dicho en su vida. Instagram no estaba entonces tan en boga como ahora, pero, de haber sido así, lo habría puesto de historia.

—Por los rabos —declaré haciendo reír a carcajadas a Guillermo, que, aunque negó con la cabeza, levantó la Coca Cola.

—Me sigo quedando con las pibitas. —Chocamos los vasos—. De hecho, es una suerte lo de Jaime, así no tengo ninguna competencia.

—No te comerías un rosco ni aunque fueras el último peludo de la isla —dijo Aníbal muerto de risa—. Y, por cierto, lo de la relación de hermanos a lo *Sobrenatural* se lo dejamos a Chesco. A mí ahí no me metas.

—La verdad es que con Rita tuve suerte. Es mística, como nosotros.

Guille se mostró de acuerdo, lo que me hizo mucha gracia porque, en la práctica, no conocía a mi hermana.

—¿Por qué dices eso, batera? ¿Movidas con nuestra miembro femenina de la banda?

Y yo, que fingía leer los ingredientes del montadito de pollo, queso y alioli como si aquello estuviera escrito en latín, puse tanto la oreja que hasta me escoré en la silla. En aquellas dos semanas apenas había sabido nada de Marta. Con los exámenes encima —era de las que estudiaban, por supuesto— y sin ensayos que usar como excusa para ir a casa de los Luján, no me la tropezaba ni en los recreos, porque ella se los pasaba en la biblioteca. Si eso no era una señal para que se me pasara el siroco, yo ya no sabía qué hacer.

—Me tiene harto. —Aníbal se removió—. O está todo el día detrás de mí o se la pasa encerrada en su cuarto cuchicheando con sus amigas. Me da que hay un tío.

El boli con el que estaba jugando, de alguna manera, se me trabó entre los dedos y voló hasta el gepeto de Guille. No lo dejé tuerto porque Lemmy Kilmister es grande.

—¡Ay! ¡Coño, Chesco!

—Perdona, tío. —Le eché una mirada rápida. El trauma de la historia contada parecía bajo control; de hecho, estaba chupándose la sal de los dedos después de haberlos pasado por el

platito de los manises, así que deduje que todo estaba más o menos normal: podía centrarme en lo siguiente—. ¿Tu hermana está con alguien?

Aníbal, que ya había apuntado cuatro montaditos en su hoja de pedido, se encogió de hombros. Me pareció que el muy gañán se iba a quedar callado y dejar las cosas así, pero, por suerte, decidió que estaba lo bastante hasta las pelotas de Marta como para rajar un poco en su ausencia. Benditas relaciones de hermanos normales.

—Es que me jode un huevo. Se pasa las comidas mirándome, preguntándome chorradas, vigilando como si de pronto fuera a salirme un alien del ojete.

Guillermo usó el boli con el que lo había agredido —sin querer— y simuló clavárselo en el pecho y empezar a gruñir como un zombi.

—Estoy por fingir que me da un brote psicótico para acojonarla, en serio.

Eso lo dijo Aníbal, que para ser el miembro del grupo que más iba al meollo, estaba especialmente espeso.

—Hostias, ¿te imaginas? —Guille golpeó la mesa y volcó el servilletero—. ¿Y si te pones una GoPro en la cabeza justo antes? Lo podemos usar para un videoclip.

A mi pesar, aquello me distrajo. El cantante que llevaba dentro, supongo. «*Cantante*… Centra, Chesco».

—¿Pero qué videoclip, si no estamos ni tocando? —Giré medio cuerpo—. Tú, caballero de la noche, termina la historia.

Aníbal me miró sin entender.

—No hay nada más que…

—Lo del pibe. —Silencio—. El de tu hermana. ¿Hay un pibe o no? Porque diste a entender…

Aníbal se quitó las gafas para restregarse los ojos. Agredir a un segundo amigo de la misma manera que al primero, y esta vez de forma intencional… ¿Cómo de mal está?

—¿Yo qué sé? ¿Qué más te da?

—¡Joder que si me da!

Y, me cago en la leche, lo dije con demasiado entusiasmo. Y en voz demasiado alta. Vamos, que no es que enseñara mis cartas, es que les tiré la jodida baraja encima.

—¿Por qué…?

—¿Alguien pidió un guitarrista con estilo?

Nando llegó como caído del cielo, aunque en realidad venía del coche de su padre. Nos saludó con la formalidad que da ser amigos desde hacía media vida cuando todos teníamos todavía el cascarón pegado al culo y se sentó en la silla libre que quedaba a la mesa. Dijo estar muerto de hambre y tener clarísimo lo que se iba a pedir. Le costó un par de segunditos, porque Nando es así de peculiar, darse cuenta de que había aparecido en medio de una ronda de confesiones.

—¿Estaban hablando de mí?

—De mi hermano Jaime, en realidad. Es gay.

Nando parpadeó mirando a Guillermo con atención.

—Ah, que guay.

—No, tío. Gay, no guay. Homosexual.

—Ya, ya… Lo pillé a la primera.

Decidí sacarnos de ahí antes de desbarrar. Además, estaba el tema de las pastillas, que era mucho más sensible que las personas a las que el hermano de Bulerías eligiera ligarse o no.

—En realidad, Aníbal estaba a punto de aclararnos si el rendimiento de nuestra encargada de material multimedia y fotográfico va a decaer por cuestiones sentimentales.

—¿Qué?

Guille le dio a Nando un toque en el hombro.

—Que dice el batera que cree que su hermana tiene pibe y a Chesco le dio un ictus con el dato.

—¡A Chesco no le dio nada!

Guillermo me miró con intención. Y Nando también. Joder, a veces echaba de menos lo de su parra, *jurao'*.

—Ni que estuvieras celoso, tío.

—Pero ¿qué dices, Nando? ¿Estás chiflado o qué?

Nuestro muy bien peinado compañero dio un sorbo a su refresco cuando se lo trajeron y, por la cara, aunque había sido el último en aparecer, le puso a la hoja de pedido el nombre por el que nos llamarían para recoger la comida, si es que la llegábamos a pedir.

—Mi psicólogo dice que no. Se lo puedo pedir por escrito.

—¿Te gusta mi hermana, Chesco?

Y sí, señores, entre toda la mierda, secretos y preocupaciones que juntábamos en aquella mesa, era eso lo que tenía que salir. Aníbal me miró con mucha atención; de hecho, me miró de una forma que no sabía yo si iba a desembocar en una charla a corazón abierto o en abrirme el corazón a base de puñetazos.

—Uh, el cantante y la fotógrafa. ¡Romance roquero!

Guillermo fingió abrazarse y empezó a hacer sonidos de besos. Nando movió los dedos como si tocara un tema aparentemente *sexy* con una guitarra imaginaria.

—Son unos chiquillajes. —Y volví a leer los ingredientes de los montaditos: tortilla española, um… podía ser.

—No me contestaste, Chesco.

Aníbal bajó la voz, dejándome oírle apenas por debajo de la histeria de los otros dos pazguatos. Resoplé y, aunque no dije todo lo que pensaba, como no tenía claro ni yo lo que me pasaba por la cabeza, consideré que, siendo cauto… técnicamente no le estaba mintiendo. Evitaba darle datos incompletos, que es muy diferente, suena mejor y, encima, me podría librar de una paliza.

—Está preocupada por ti, Aníbal. Mucho. —Fue su turno de resoplar y hasta hizo por apartarse en la silla, pero yo le agarré el brazo. Presioné un poco. Nos miramos con intención—. Habló conmigo después de que supuestamente te fueras de clase malo, ¿te acuerdas? El día que te jodieron *El Largo Halloween*.

Tragó. Era una forma suave de recordar lo que pasó, sin mencionarlo realmente.

—Claro que me acuerdo.

—Pues Marta no se tragó que estuvieras malo y te hubieras potado la sudadera. Me lo dijo.

—¿Por eso hablaste conmigo?

Asentí, notando de punta el vello de la nuca porque, movidas y coñas aparte, aquello era serio y era un tema que no podíamos seguir dejando en el tintero.

—Y tú me soltaste la milonga de la psoriasis, tío. Y yo me lo creí y fue como… soltar un pedo descomunal que tenía atascado en las costillas. Pensé que era eso, que no había de qué preocuparse.

—Es que no hay de qué preocuparse.

—Ya… Eso díselo a Marta. —Me eché para atrás en la silla, con los brazos cruzados—. Te vigila porque sabe que escondes algo, y yo no le conté lo que vi, pero tampoco se me olvida.

—No es tan fácil, Chesco.

—Pues entonces por lo difícil. —Y me puse serio, porque la situación no era para menos—.

Prometiste hablar con nosotros en el hospital. Ya pasaron dos semanas.

Aníbal, que tenía los dedos rechonchos pero hábiles, había hecho un abanico con una de las servilletas. Cuando volvió a hablar, la voz le sonó muy grave y baja. Tuve que hacer un esfuerzo para entender lo que decía.

—No sé cómo.

—Pues con la verdad. —Me acordé de mi madre, de los dos años en Madrid, del móvil bloqueado y siempre bocabajo—. Di la verdad, como lo intentamos todos.

Aníbal suspiró, asintió despacio y yo, que sentí que me había librado de la bala de Marta, dejé que el alivio me mitigara un poco los nervios. Esperaba que me hiciera caso, porque no iba a dejarlo estar.

—¿Pedimos o qué?

—¡Espera, espera, Chesco, que aquí Nandito nos trae una noticia!

Por lo visto, en el fondo sur de la mesa habían tenido también su sesión de confesiones.

—¿Qué pasó? ¿Te diste cuenta de que la gomina del Spar es la misma que la del Hipercor?

Nando me sacó el dedo. Yo le tiré un beso y él simuló que lo esquivaba haciendo el gesto de *Wakanda Forever*.

—En realidad es una noticia para ***MÍSTICOS***. —Pausa dramática—. Mi padre habló con el dueño del local del parque de la Música, donde… —puso los ojos en blanco y sacó la lengua— por lo visto, el hombre estaba todavía un poco impactado con la movida y nos deja repetir el bolo.

—¿Va en serio?

Asintió.

—Y no solo eso. Si queremos, podemos volver a ensayar en mi garaje. —Sonrió ufano—. Además de a terapia, he estado yendo a clases de guitarra y me he aprendido un par de acordes.

—¿Otra vez a cargar la batería hasta Ciudad Jardín?

Miré a Aníbal como si se hubiera cagado en Keith Richards. Bufó.

—Claro, como tú solo tienes que llevar el micro ese de juguete…

—Anda, deja de llorar. —Me di la vuelta en la silla. A esas alturas la merienda se nos iba a juntar con la cena, pero me daba igual. La posibilidad de volver a ensayar, de volver a tocar, ¡de volver a cantar!, eclipsaba todo lo demás—. Nando… ¿lo dices de verdad?

Asintió.

—Podemos arrancar los ensayos mañana mismo si quieren. Mi padre va a estar en la oficina todo el día, pero nos deja la casa.

—¡Vuelven los ***MÍSTICOS***! —chilló Guille, tan eufórico de repente que la única manera que encontró para expresar su emoción fue lanzándose al cuello de Nando y dándole un beso en el cachete. Ahí, con dos cojones bien peludos, sí, señor. –¡Cuánto me alegro de que no te tomaras las pirulas queriendo, Gominas!

—Gracias… supongo.

Sonreí levantando los brazos en señal de disculpa por Guille, que tamborileaba en la mesa con el boli. A estas alturas nos lo cobraban fijo.

—Perdónalo, estuvo de confesiones antes y se ve que el alivio le soltó la lengua. —Eché una miradita a mi izquierda con intención—. Es lo que tiene sacarte mierdas de dentro, que te libera.

Y Aníbal lo captó al vuelo, claro. De tonto no tenía un solo rizo.

—Hablando de soltar mierda y liberarse… —Se levantó arrastrando la silla—. Voy a plantar un pino. Si se deciden a pedir, quiero los montaditos siete, quince y cuarenta y dos.

Entró al local. La sonrisa del Joker serigrafiada a la espalda del suéter se burlaba de nosotros. Me ofrecí a rellenar las cocacolas y entregar las comandas, metiendo un poco de prisa al resto. Necesitaba darle gasolina al cerebro para ver si decidía cómo afrontar aquello, y no me refería solo al tema de Aníbal, sino también a los inminentes cambios que se avecinaban en mi casa y al arranque que me había dado al imaginar —y todavía tener sin resolver— que Marta pudiera estar viéndose con alguien.

—Las pantallas de una en una, coño.

—¿Qué dices, Chesco?

Negué, arrancándole de las manos el boli a Guille para evitar más incidentes.

—Nada, que voy a pedir.

El rubio asintió. Todavía no me había alejado cuando lo vi doblar las piernas en la silla y girarse hacia Nando, que seguía un poco flipado por todo el rollo que el tío le había soltado nada más llegar.

—Mira, no quería decir nada delante de ti por si te afectaba, pero la verdad es que contarlo me ayudó un huevo y lo mismo saberlo pues… te ayuda a ti también.

Crucé la puerta del local rezando a todos los dioses del *rock and roll* para que el momento Enantyum no tuviera un efecto rebote en Nando. De hecho, miré hacia la mesa cuando entregué a la encargada la comanda y, para mi sorpresa, nuestro pijo estaba paliqueando ante un Guille que asentía con los ojos muy abiertos, como si estuviera ante una especie de mesías que lo estaba aliviando de la cárcel del silencio.

Vivir para ver… Al final había tenido razón yo con eso de que con la verdad se soltaba lastre. Contar lo de Jaime no solo había servido para que la chispa habitual de Guillermo volviera, sino que, de alguna manera, normalizaba el tema de Nando, que, aunque sabía de sobra que no había sido el primero en sufrir un incidente como el que le había pasado, que nosotros supiéramos, no tenía a nadie cercano con quien poder intercambiar opiniones y sentimientos al respecto. Punto para el peludo.

Vi salir a Aníbal, que me ayudó con los vasos y se ofreció a esperar conmigo en la cola. Le dije que se fuera para la mesa, pero sin prisa. No era cuestión de cortarles la charla a los otros, pero tampoco era bueno que se pasaran de intensos. Por si acaso.

—Aníbal… —lo llamé, y él se dio la vuelta con cuidado de no volcar los refrescos—. Toda la mierda que echas fuera ayuda. Y no me refiero solo a cuando cagas.

Tiembla, Bob Dylan.

—¿Eso que es? ¿La nueva canción?

Mi mirada le contestó por mí. Asintió, aunque yo sabía que no estaba convencido del todo. Me quedé solo esperando el turno. Cuando por fin indicaron que «los cuatro *mistáticos*» podían recoger su pedido, agarré la bandeja y volví a la mesa. Empezaría por callar el hambre. Después… ya llegaríamos al *big bad*.

28

If everything could ever be this real forever
If anything could ever be this good again
The only thing I'll ever ask of you
You've got to promise not to stop when I say when

Trasera de Fernando Guanarteme.
9 de noviembre de 2018.
Viernes.

La celebración de mi dieciocho cumpleaños duró tres días. No porque hubiera desfiles, bailes, tartas de varios pisos y una cantidad industrial de regalos, aunque no podía quejarme, sino porque me vi forzado a soplar las velas como por fascículos, rodeado siempre de familia, pero en distintos grupos. Así las cosas, comí con mi abuela el mismo viernes nueve, merendé en casa con mis padres y algunos de mis tíos —y volví después con mi abuela para poder saludar a mis primos— y cuadré quedada de sábado con los colegas para un cine y cancha.

La noche de mi mayoría de edad se la reservé a Rita. Llegó a media tarde de Tenerife y cuando entró a casa, no me encontró, porque yo seguía atrapado entre los amorosos brazos de mi abuela, que me había comprado pollo asado y una tarrina de helado tamaño XL para mí solo. No diré que soy su favorito, pero a buen entendedor…

Subí las escaleras del edificio desesperado por ver a mi hermana. Rita había sido siempre una constante en mi vida. Daba igual lo mal que vinieran dadas las cosas, las movidas que tuviera o lo ocupada que se encontrara: ella siempre me priorizaba. Una chica y todo eso, pero, aunque ahora estaba casada y había hecho su vida en la parte fea del archipiélago, yo nunca había acusado su ausencia.

—¡Felicidades, *little brother*!

Dejé que me abrazara, porque, sinceramente, me cogió despistado entre tanta parafernalia. Estaba atiborrado de helado y me fallaron los frenos. No sé, elijan ustedes la excusa que prefieran. Yo sonreí y le devolví el gesto con la torpeza que da ser un adolescente que desea y teme a la vez el contacto con el sexo opuesto, sobre todo cuando pertenece a su familia. Le di unas palmaditas en la espalda y luego me separé.

—Gracias, pero estate tranquila.

Rita estaba guapa, demasiado delgada para mi gusto, pero esa era una pelea que no podía ganar. Hablamos un rato con nuestros padres y me sorprendió la habilidad que tenía mi hermana para llenar la charla de trabajo e informaciones varias con tal de que no decayera un ánimo que, en pocos días, sería siniestro total. Después, por fin, llegó mi parte preferida del cumpleaños.

Nos pusimos los pijamas, pedimos comida china y metimos *Viva Las Vegas*, la película de Elvis, en el reproductor. Mi hermana cantó las canciones subiéndose las gafas con el dorso de la mano mientras se pringaba los dedos comiendo pan chino y fideos con gambas, que eran su máxima debilidad.

—El lunes me voy a tener que pegar cuatro horas subida a la elíptica.

Me serví más arroz tres delicias. Llevaba comiendo todo el día, pero, por suerte, mi don natural de que siempre me cupiera algo más parecía no fallarme con la mayoría de edad.

—Procedo a ignorarte. —Se rio y me tiró el cojín con forma del escudo del Atleti que tenía en mi cama—. ¡Cuidado! Con la mierda que pusieron ahora en la camiseta este es de los pocos decentes que quedan.

—Guardemos un minuto de silencio en nombre del Cholo y todo el anfiteatro.

—No seas pazguata.

Nos quedamos callados, extasiados mientras Elvis cantaba, bailaba e intentaba interpretar de forma creíble. Nadie es perfecto, ni siquiera el Rey. Estábamos en la parte de hacer comentarios chorra sobre el argumento inexistente de la peli, cuando Adelaida tocó en la puerta cerrada para decirnos que se acostaba. Rato después, Rita y yo recogimos los restos de comida y nos echamos en mi cama mirando al techo. Resopló.

—Dieciocho años… Joder, ¿cómo pasó?

—Pues nací y… pasaron dieciocho años.

Me despeinó el tupé. Yo le planté la manaza en el cristal de las gafas.

—Se te ve superespabilado, Chesco. Se nota que te tienes que estar matando a empollar para los finales.

—¿Por qué tienes que estropear este momento? Y, por cierto, ¿cuándo me vas a dar mi regalo?

Vale, me lo había regalado en forma de micrófono pero con Rita solía colar. Cosas de ser su hermano favorito.

—¿Regalo? ¿Qué regalo? —dijo frunciendo el ceño.

—¿Cuál va a ser? El de mis dieciocho.

Rita se incorporó en un codo.

—¿Dices aparte de venir desde Tenerife dejando a mi amado marido solo y pagar la cena? Porque ese era mi regalo.

Tardé unos dos minutos en darme cuenta de que me vacilaba, los mismos que ella en estallar de la risa y levantarse. Claro que me había traído algo, varias cositas, en realidad: algunas prendas de ropa friki, un par de cadenas para atar la cartera a los vaqueros, dos vinilos para la colección y, por fin, la joya de la corona.

—¡Un pie de micro!

—Igualito que esos tan deficientes que se cargaba Freddie Mercury cada vez que cantaba. Tampoco me costó muy caro, así que seguro que lo puedes imitar.

—Me flipa. —Y era verdad—. Joder, estoy por abrazarte otra vez.

—Vale, pero estate tranquilo.

Estuve trasteando con mi nuevo juguete durante todo el tiempo que ella tardó en llamar a casa, lavarse los dientes, hacerse no sé qué en el pelo y preparar el colchón que le habíamos puesto en mi cuarto para dormir. Yo me limité a tirarme en la cama tal cual en cuanto decidimos apagar la luz.

—Estoy reventado…

—Es que a partir de la mayoría de edad todo es cuesta abajo.

—Pues mañana tengo cancha… a ver si aguanto.

Silencio. En la oscuridad, las emociones del día fueron bajando de revoluciones. Crucé los brazos bajo la cabeza. Fuera, en el salón, no se oían más que los ronquidos acompasados de mi padre, que se levantaría antes de que las calles estuvieran puestas para empezar su jornada con el

taxi. Oí carraspear a Rita e intuí que había esperado hasta que mi día especial tocara a su fin para decirme lo que me dijo a continuación.

—Sabes que ya es oficial, ¿verdad? —susurró cuando dieron justo la una del día diez.

Me hice el tonto unos segundos, pero estaba claro que sabía de qué iba el tema.

—Se van a separar.

—Papá se va a vivir a casa de la abuela. Dice que solo en principio, pero bueno… ya veremos cómo va.

Cerré los ojos con fuerza, intentando por todos los medios posibles aferrarme a lo feliz que había sido ese día, a lo completo que me había sentido: la tarta, el helado, Elvis cantando mientras se doblaba a sí mismo, las bromas con mi hermana, esa última foto de los cuatro miembros de mi familia juntos, sonriendo… Era un parche, una tirita que te pones en un corte en el dedo gordo antes de meterte en el agua. Ya escocía y se estaba despegando, pero yo seguía intentando que los lados irregulares y húmedos se quedaran en mi piel.

—¿Y Adelaida? ¿Te dijo algo?

Rita tardó en contestar.

—Es difícil, Chesco.

Le iba a contestar que para mí no lo era, que yo lo veía muy simple: si ya no se querían, tenían que alejarse y dejar de joder con mentiras, secretos y falsas ilusiones de matrimonio feliz cuando estaban a años luz de parecer uno, que ya estaba bien de teléfonos ocultos y tonterías adolescentes que no hacía ni yo. La verdad siempre era mejor, igual que habían hecho Guille y Nando, y como esperaba que pronto pudiera hacer Aníbal. La verdad, como esa que yo intentaba hacer pequeña, porque me dolía reconocer que me asustaba lo que suponía hacerme mayor y tener que afrontar conversaciones como la que ahora tenía con Rita, sin poder escudarme en que era un niño pequeño y demasiado inocente como para conocer la fealdad de la vida.

—Crecer es una mierda.

Y como mi hermana me conocía mejor que nadie, entendió en esas cuatro palabras todo lo demás que me había callado. Estiró la mano y me apretó el muslo. Yo cerré los ojos con firmeza. Puede que ya no fuera mi cumpleaños, pero tampoco lloraría el día siguiente de haberme hecho mayor de edad.

—Tiene sus cosas complicadas, no te voy a mentir… pero también otras buenas.

—Pues ya me dirás cuáles…

La oí removerse hasta asomar la cabeza por el lateral de mi cama. Se había quitado las gafas, así que cuando me miró parecía un poco bizca.

—Lo que quiero decirte, hermanito, es que, aunque te parezca que tienen la cabeza demasiado metida en el culo como para prestarte la atención adecuada, hay alguien para quien siempre serás prioridad uno.

Fruncí el ceño. Como Rita se pusiera moñas me iba a costar mucho mantener aquella pose de que todo iba bien delante de ella. Coño, que soy un tío, ¡tengo una reputación!

—No me pienso ir a vivir contigo a Chicharrolandia.

—Ni falta que hace, pero… vas a tener que perderle aversión al Fred. Olsen y visitarme más. —Hizo un gesto raro, como de frotarse la tripa. Joder, qué obsesión, ¡si solo se había comido un rollito de primavera y los fideos esos llenos de verde!—. Por tu sobrino o sobrina.

Registré la información hasta que todo tuvo sentido. Tragué saliva. Rita, que me leía como a uno de esos libros gordos que tanto le gustaban, se volvió a recostar, dejando que yo hiciera lo propio y no tuviera que enfrentarme a la emoción que, para mi sorpresa, me estaba embargando

al mirarla a la cara. Ya la quería un huevo. Esa noche, supongo, la quise también el otro. Estiré la mano y le di unos golpecitos en la frente, que era donde alcanzaba.

—Me sirve.

A lo mejor había varios tipos de familia y, aunque algunas se separaran en distintos pedazos, celebrar cumpleaños de varios días, Navidades repetidas y vacaciones dobles no tenía por qué ser malo, ¿verdad?

El lunes hubo examen de Matemáticas. No haré comentarios. Para cuando salimos del instituto parecía que veníamos de echar un techo subidos a un andamio montado a base de galletas y chicle. Me dolía todo, estaba mareado… y me meaba vivo.

—Chacho, ahora vengo, ¡que no llego a mi casa!

Guille me pisó los talones hasta dirigir sus pasos a la cafetería, Nando se quedó acodado en el muro, echando un ojo a los apuntes para ver cuántos errores había cometido en el examen, en tanto que Aníbal echaba mano a sus cascos y su cómic, deseoso de cambiar los libros de texto por las novelas gráficas, que eran mucho más de su gusto.

Le dediqué a la estresante jornada lectiva exactamente los cinco segundos que tardé en entrar a uno de los cubículos. Los últimos días habían sido… agobiantes. Mi padre se había ido de casa y, aunque era un final esperado, el regusto que me dejó verlo cargar sus cosas en el coche no se me había pasado del todo. Hizo las maletas sereno, intercambiando bromas y obsequiándome con su vieja bufanda del Atlético de Madrid para que la guardara yo hasta el próximo partido. No hablamos de mi madre ni profundizamos en el hecho de que era él quien abandonaba el hogar familiar para marchar a un destino que, si bien no era malo —la casa de mi abuela era lo más parecido a un spa del mundo—, sí que tenía un sabor a fracaso. Después de todo, implicaba que su matrimonio había hecho aguas y su papel como cabeza de familia pasaba a ser… secundario. De alguna manera se sentía como el perdedor, el que, a pesar de haberlo intentado todo hasta las últimas consecuencias, no había logrado llevarse ni el juego del programa. Era injusto y me sentía mal por él. Me sentía mal por los dos, en realidad, pues la situación insostenible se volvería peor si seguían bajo el mismo techo. ¿Cómo depositar mi lealtad en ambos, cuando parecía evidente que mi madre tenía todas las papeletas para rehacer su vida y mi padre para estancarse en la suya? No sabía por dónde empezar a animarlo ni qué decirle antes de que se fuera. Por suerte, él parecía haberlo ensayado.

—Chesco, ¿te acuerdas de lo que te dije en su momento sobre los secretos?

Asentí.

—Que algunos es mejor mantenerlos siempre así, como secretos.

Mi padre asintió y se echó el macuto al hombro.

—Pues no me hagas caso, chaval. Las cosas que se esconden acaban oliendo y creando infecciones que después solo se curan amputando. No te guardes nada, aunque duela. Es mejor así.

Y aquello no se me quitaba de la cabeza, porque yo, que me había vuelto un hipócrita de medalla de oro, no paraba de exigir honestidad cuando me costaba mucho ser sincero hasta conmigo mismo.

Desahogué la vejiga en el baño y, después de lavarme las manos y secármelas en la parte trasera del pantalón —el secador ese es todo ruido y nada efectivo, de verdad, qué mierda más grande—, salí distraído, soñando despierto con las papas fritas con pechuga empanada que me pensaba jalar en cuanto pusiera un pie en mi casa, salivando prácticamente… hasta que algo duro

me chocó en el tobillo. Vi las estrellas. Varias. Bon Scott. John Lennon. Jim Morrison. Brian Jones. Gram Parsons. Keith Moon. John Bonham. Cliff Burton. Joey Ramone. Taylor Hawkins. Frank Zappa…

—¡Ay, su puta…!

Levanté la cabeza. La cosa contra la que había chocado mi pie era un patinete eléctrico. ¿Su dueña? Marta Luján, que después de prácticamente dos semanas de ausencia y desaparición, decidía hacer una entrada triunfal, de las que dejan cardenal. Y yo maldiciendo. «Perfecto, Chesco. Todo clase *old school*».

—La Puntilla. Dentro de unos cuarenta y cinco minutos. Dame tiempo para inventarme una excusa para Aníbal y que se vaya a casa sin mí.

«¿Qué?».

—¿Qué?

Marta hizo eso con los ojos… eso tan de chicas de poner las pupilas hacia arriba y que se te queden en blanco, rollo siniestro, pero no del todo. No sé, estaba flipando, no puedo explicarlo mejor. En aquel momento no daba para más.

—Que nos vemos en La Puntilla dentro de cuarenta y cinco minutos. Tú te vas ya, ¿no?

—Sí… a casa. A comer. —Pechuga. Papas.

—Ya comerás más tarde, cantante. La Puntilla. —Agarró el manillar del chisme, lo hizo girar con una gracia que me sorprendió—. Yo salgo primero. No llegues tarde.

—Pero… ¿qué?

—¡Ah! Felicidades.

Me rasqué la cabeza. Las manos se me llenaron de gomina otra vez. Joder, parecía el Nando de AliExpress, que asco.

—¡Fue la semana pasada!

Marta siguió su camino, y yo, que había alcanzado niveles desconocidos de alucine, me volví a limpiar las manos. No voy a decir que se me quitara el hambre, porque a ver, Marta era guapa y, aunque la pechuga de Adelaida tenía derecho de antigüedad, sí es verdad que la curiosidad ganó la batalla, así que enfilé la salida y, con las manos en los bolsillos, intenté poner mi máxima cara de inocencia, como intentando ocultar algo que no sabía qué era pero que intuía que, de compartirlo, me podía meter en un follón.

—Tíos… me voy, ¿vale?

—Yo espero a Guille, mi padre lo alcanza a su casa. —Nando guardó los libros en la mochila, aparentemente convencido de que, una vez entregado el examen, la tortura no le iba a servir de nada. Ya se lo habíamos explicado nosotros, pero en fin…—. Si es que deja algo en la cafetería y viene ya.

—Yo me piro también. Mi hermana se fue con unas amigas a Las Arenas a mirar no sé qué. —Aníbal, que ya llevaba los cascos colgando del cuello, se encogió de hombros—. Desconecté a mitad de la explicación.

—¿Crees que es verdad o que se va a ver con ese pibe misterioso?

Me dieron ganas de asesinar a Nando, pero luego tendría que justificar el porqué… y eso ya sería demasiado trabajo para un chaval que estaba histérico y… con ganas de ir al baño. Otra vez.

—Ni lo sé ni me importa. Mientras no vea nada raro, que haga lo que quiera.

Agarré la bici y, con la cabeza embotada, empecé a pedalear como un idiota en dirección contraria a mi casa, atravesando toda la avenida de Las Canteras hacia La Puntilla,

preguntándome sin encontrar respuesta por qué llevaba seis horas fantaseando con un atracón de videojuegos mientras me ponía ciego de pechuga frita y ahora cambiaba todos mis planes ante dos frases de Marta. Chicos del mundo, así son las mujeres: ellas siempre tienen el poder para hacer de nosotros lo que les dé la gana.

No calculé el tiempo, es la verdad. Ni me acordé de si tenía que llegar yo antes y esperarla o esperarme ella para que yo llegara después. Puse los pies en el suelo cuando pasé la heladería y vislumbré el cartel del restaurante La Marinera y miré a los lados. Nervioso, me até la sudadera a la cintura, pero descubrí que tenía cercos de sudor en la camiseta y cambié de opinión. Probablemente Marta querría hablar conmigo de Aníbal, pero eso no significaba que me fuera a presentar delante de ella en plan Camacho.

En un mundo perfecto, me habría dado tiempo a asearme y ponerme presentable. Podría haber mirado en algún escaparate cómo de despeinado estaba o si tenía en la cara chorretones de sudor. Por desgracia, no vivía en un mundo perfecto; de hecho, ni siquiera era justo, porque Marta Luján apareció para pillarme con la nariz enterrada en la axila, olisqueando el nivel de peste hormonal que soltaba. Me puse como un tomate, y aunque no tenía dónde reflejarme para comprobarlo, tampoco me hizo falta. Su expresión me lo dijo todo.

—Cantante, eres único en tu especie.

Y llámenme listillo, pero me da que no era un piropo precisamente.

—Sí, bueno… ¿qué pasó? ¿Por qué tanta prisa?

Marta dejó el patinete y caminó hacia mí. Llevaba unos botines negros de suela gruesa, unos vaqueros apretados y una sudadera de Piolín rollo gótico. Al famoso canario le faltaba una pata y la había sustituido por una navaja multiusos. Joder, me flipaba esa chica. Se acercó. Se acercó más y más y luego se siguió acercando, y cuando intenté tirar hacia atrás por inercia, porque temía que fuéramos a tropezar, que nos cayéramos y termináramos desmigajados en el suelo, ella me agarró de la camiseta y, con el ceño tan fruncido como podría poner cualquiera justo antes de darte un bofetón, me besó. En la boca. Apretado. Con ruido. Después se separó y cruzó los brazos, dio una patada en el suelo y negó hasta que se le despeinaron los rizos.

—¡Mierda! Todavía me gusta.

29

She's a killing machine
She's got everything
Like a moving mouth body control
And everything

La Puntilla – Playa de Las Canteras.
Momento vital: segundo beso con Marta Luján.
Estado mental: dream on, dream on, dream on…

Juro por Leo Fender que no habría podido entender lo que me estaba pasando ni aunque mi vida dependiera de ello. De hecho, era muy posible que eligiera de forma voluntaria mutar a cadáver porque, allí parado, oliéndome el sudor de las axilas, con los tobillos ennegrecidos a causa de la cadena de la bici y el flequillo húmedo pegado a la frente, me sentía más cerca de la muerte que de la existencia misma con lo que me acababa de pasar. Marta Luján me besó por segunda vez. O para ser más concretos, se lanzó en armas en una especie de ataque como una descreída de los videojuegos que pulsa todas las teclas a la vez por ver si pasa algo. Ojo, no digo que no lo disfrutara, a lo que voy es… ¿eh?En serio, ¿eh?

—Yo…

—¡Calla un segundo, cantante, estoy intentando pensar!

Y desde luego parecía tomárselo muy en serio. Deambulaba de acá para allá mordisqueándose unas uñas donde ya no quedaban más que unos pocos manchurrones de esmalte mal diseminados. Tenía el pelo revuelto y, cuando le daba tregua a los dedos, se mordía el labio mientras murmuraba cosas que a mí me sonaban a élfico. No parecía especialmente contenta, aunque yo, desde mi suprema ignorancia, no tenía conciencia de haber hecho nada para haberla enfadado, ¿verdad?

Aprendería pronto que, incluso cuando uno hace lo que la chica le dice, casi siempre se acaba metiendo en líos, pero eso ya llegará. Intentemos desanudar el momento presente.

—Oye, Marta…

Con un bufido y una cruzada de brazos de desdén, me echó *la mirada*, la que se reserva a los bichos más infectos.

—¿No puedes esperar?

«Pues mira… ¡no!»

—¿Sabes lo que te digo? Que no. —Y sabrá Dios qué me pasó por la cabeza, pero me envalentoné—. Yo me quería ir a casa, donde por cierto me esperaba un almuerzo que ahora me tendré que comer frío, y tú apareciste ahí, sin avisar, delante del baño de los tíos… y me dijiste que viniera aquí y yo, que soy idiota, vine.

Silencio. Marta seguía en la misma posición: brazos cruzados, rizos revueltos, pies tamborileando el suelo. Estaba como… impaciente, como si las cosas orquestadas por ella no estuvieran resultando como esperaba. Me dio en la nariz que era por mi culpa. Vamos, una cuestión de descarte.

—¿Algo más?

Puse los ojos en blanco. A ver, esa chica me gustaba. Me gustaba más de lo que era capaz de admitir incluso ante mí mismo, en esas noches en que la sábana me tapaba toda la cabeza y yo no podía dormir. Entonces cerraba los ojos e imaginaba un mundo apocalíptico donde ella tenía miedo y mis brazos medían el doble de su anchura actual. Todo eso era verdad, aunque no estuviera dispuesto a compartir el resto del contenido de la fantasía ni en mi lecho de muerte, pero Marta estaba tensando demasiado la cuerda.

—¿Se puede saber de qué vas?

—¿Qué dices?

Me acerqué a ella. «A la mierda la peste a sudor. Hace un momento no pareció que le molestara».

—Digo que de qué vas. Que de qué vas. —Y sí, *one more time*—. ¡¿Qué de qué vas?!

—¡Ya te oí, cantante!

—¡Me llamo Chesco!

—¡Ya lo sé!

—¡Pues… de puta madre! –Y hasta ahí el subidón. Me rasqué la nuca y la punta de la nariz. Joder, me picaban hasta las cejas. Qué calor. Qué sensación más rara en la boca, qué… guapa era Marta, coño—. ¿Por qué haces esto? ¿Por qué eres así?

Me miró sin entender. Buenos, los dos, porque yo tampoco tenía mucha idea de nada.

—¿Así? ¿Así cómo?

—Una cabrona. –Aproveché que se había quedado flipada y seguí, sin mirar para los lados. –Joder, Marta, hace como dos semanas que no te veo ni cuando hago el rodeo dentro del instituto para ir al baño que está cerca de tu clase. No tengo tu número. No me hablas las raras veces que coincidimos y, cuando lo haces, es para… echarme la bronca por algo. —Me avasallas cuando voy a mear, que, por cierto, es un momento de mucha vulnerabilidad para un tío, venimos aquí, me besas y luego… me miras como si apestara.

—Es que apestas, Chesco. Mogollón.

Me habría ofendido de no ser por dos cuestiones: la primera, era verdad, olía como un cerdo; y la segunda, me había llamado por mi nombre.

—Vale, joder. Iba a ir a casa a comer y luego a ducharme.

—¿No pensabas ducharte antes? ¿De verdad?

Me crucé de brazos yo.

—Esperaba con muchas ganas la comida de hoy, si tanto te interesa saberlo.

—¿Ah, sí? ¿Qué tenías?

¿Pero qué…? ¿En serio la conversación se iba a ir por…?

—¡¿Y eso qué más da?! ¡Estamos discutiendo que te portas como el culo conmigo y luego me besas sin ninguna razón!

—Eso no es verdad.

«Ay, la hostia».

Señalé alrededor con los brazos extendidos, como mostrándole una realidad que ella, por lo que fuera, se negaba a ver.

—¡Acaba de pasar, Marta! ¡Ahora mismo!

—Te besé, sí. Puede que fuera un poco borde… también. —Parpadeó. La voz le cambió, su tono era como… como menos… más… no sé explicarlo, pero estaba seguro de que me iba a meter en problemas. Otra vez—. Pero te equivocas en una cosa; sí que tengo una razón.

Marta se acercó despacio, o a mí me pareció que lo hacía despacio, aunque estuviéramos relativamente cerca. Resopló, tragó saliva y se metió un mechón castaño de pelo detrás de la oreja. Lo vi todo como en uno de esos montajes a cámara lenta que en las pelis te parecen supercutres y difíciles de creer, pero que, para mi sorpresa, fue una de las cosas más bonitas que había visto en la vida. Hasta que nació mi primera hija… y me compré una Stratocaster. Por ese orden. Creo.

—¿Y me vas a decir por qué o nos vamos a quedar aquí toda la tarde…?

Supongo que cualquier otra chica habría dado rodeos, ella había dado algunos, o dejado que yo atara cabos por mi cuenta, por hacerse un poco de rogar, pero Marta, en eso, como en muchas otras cosas, no tenía nada que ver con otras chicas. Estiró los dedos y me apartó el pelo de la cara. Fingió secarse luego en el bajo de su suéter y sonrió. Se le habían coloreado las mejillas.

—Me gustas, cantante.

Fue un milagro que la voz no me fallara. A partir de entonces, cada vez que buscara cantar con emoción, recordaría lo que estaba sintiendo en esos momentos.

—¿Y por eso me tratas de culo?

Marta pareció confundida.

—¿Esa es tu respuesta?

—¡No me hiciste ninguna pregunta!

—¡Vete a la mierda, Chesco!

Se dio la vuelta, dispuesta a subirse a su patinete eléctrico y pirarse, así como lo cuento. No vean… En el futuro, nuestros amigos recurrirían a esta historia, que en mala hora compartí, para ponerla de ejemplo como la peor declaración de gusto mutuo de la historia, incluidos raptos, secuestros y toda la mierda mitológica que sean capaces de imaginar.

—¿Te vas a pirar? ¿En serio?

—¿Es lo que toca no? —El sonido indicó que el patinete estaba en marcha. Se me acababa el tiempo. «¡Espabila, Chesco!» —. Si te beso y luego te echo la bronca, al decirte que me gustas tengo que tratarte todavía peor. ¿No es así como funciona según tú?

—¿Según yo? ¿Crees que yo sé algo? ¿Yo?

—Quita de en medio, cantante.

Entonces lo decidí, el acto heroico, la gran demostración: abrí los brazos y me paré justo delante de ella.

—No.

Mira… se me ponen los pelos como cuando chilla Axl Rose solo de acordarme.

—Que te quites, cantante, o te atropello.

—Tú sabrás. —Era el farol más grande del universo—. No creo que seas capaz. —Pero sí, sí que lo creía. De hecho, no lo dudaba para nada—. No le harías daño al chico que te gusta.

Me permití una sonrisa petulante. Qué error: aceleró.

—¡Retiro mis palabras!

—¡No puedes! ¡Las dijiste y yo te oí!

—¡Y no contestaste una mierda!

—¡Que no me hiciste ninguna pregunta!

Rechinó los dientes, tiró adelante y yo tuve que dar un salto, porque si no, fijo que me pasaba por encima. Me rugieron las tripas, pero no creo que tuviera nada que ver con mi añorada pechuga con papas. Aquello no era hambre, era el grito de lo salvaje, el anhelo por sobrevivir, ¡el puto subidón de mi vida! *I'm in the jungle, baby*.

Me agarré el manillar y acerqué la cabeza a la de ella todo lo que pude. Parecía rabiosa, pero me dio igual. Ahora yo tenía la partida buena, y a menos que aquello fuera parte de mi sueño, aunque mis brazos seguían pareciendo enclenques, pensaba ejercer todo el control.

—¡Que te quites!

—¿Te quieres ir mosqueada porque piensas que no siento lo mismo por ti?

Se quedó callada y bajó la cara. Recordé, con mucha claridad, a la niña de la que me había burlado el día del funeral de la madre de Nando. No volvería a jugar con las debilidades e inseguridades de nadie, no después de todo lo que había aprendido, de mis amigos, de sus historias y de mi propia vida. Unas pocas palabras que a ti te pueden parecer tontas pueden hacer mucho daño, de modo que fui muy maduro, quizá por primera vez en mi vida, al escogerlas.

—No quería parecer desinteresado, Marta, es que me cogiste así… sin avisar.

—La próxima vez te mando un mensaje quince días antes —masculló entre dientes—. Capullo. —Eso no. Eso lo dijo bien alto.

Sonreí.

—Para eso tendrías que darme por fin tu número.

Levantó la cara.

—¿Y para qué lo ibas a querer?

Se me secó tanto la garganta que temí que prendiera en llamas, rollo dragón de *Juego de Tronos*. *Cheskaris*.

—Pues porque sería raro no poder llamar o escribir a la chica que me gusta, ¿no?

—¿Te gusto, cantante?

Se me escapó una sonrisa nerviosa. Bajé los pies del recubrimiento de la rueda delantera del patinete, que de milagro había soportado mi peso, pero no me alejé.

—¿No se supone que, de los dos, la lista eres tú?

—Eso está claro.

—Pues entonces la pregunta sobra.

Marta se toqueteó los rizos, tirando de ellos y luego pretendiendo que estos volvieran a subirse como por resorte. Fue la primera vez que la vi tensa. Me encantó tener la culpa esta vez.

—A las chicas nos gusta estar seguras.

—Puedo escupirme en la palma de la mano y estrecharla con la tuya para jurarlo de verdad.

—¡Joder, cantante, qué asco! —Nos reímos—. ¿Es lo mejor que se te ocurre para que me crea que te gusto?

Y gente, es verdad que los pibes somos siempre más lentos y pardillos que las pibas, yo el primero. No suelo verlas venir ni cuando las tengo encima, pero en ese momento… en ese momento lo cacé con unos reflejos que habrían hecho que el señor Miyagi me diera un sobresaliente con mención especial por mis habilidades karatekas. Y me regalara el *dojo*.

—Sí que se me ocurre una mejor, pero tenemos que hacerlo bien. —Me distancié unos pasos —. Baja de ahí y estate quieta.

Ceño fruncido. La duda pintada en la mirada… pero lo hizo.

—¿Se puede saber por qué?

—Porque esta vez te voy a besar yo, Marta Luján, y como es muy posible que se me dé como el culo, mejor será que no te muevas, no hagas nada y te quedes callada. ¿Conforme?

Fue el segundo gran farol que me marqué aquella tarde, pero ese fue como tocar de una y sin errores, el riff inicial de *Back in Black*. Lo clavé.

30

Vive el momento sin más
Sin pausa ni más dilación
Prueba a sentirte normal
Sin esa angustiosa presión. ¡Vive!

Ciudad Jardín.
Garaje de Nando. Ensayo.
Here I am, empanado like a hurricane.

—¡Joder! ¿En serio?

—¿Otra vez, tío?

—¡Chacho, chacho, chaaaaacho!

Me mordí la lengua. Queriendo. Vale. Después de entrar a destiempo por tercera vez en el mismo estribillo… me había quedado sin excusas. Estaba a por uvas, y el resto de los ***MÍSTICOS*** se había dado cuenta.

—¿De qué vas, Chesco? —Nando se recolocó la Gibson. El trapo con el que le limpiaba las curvas después de ensayar le asomaba por el bolsillo. La superficie de la guitarra estaba impoluta, tan bien reparada después de darse de bruces contra el suelo, igual que su dueño, que parecía nueva. Quizá lo era, de hecho. No sé. Tendría que preguntarle—. ¿Sabes lo que me cuesta acordarme de los acordes?

—¿No se supone que estás dando clases?

Me habría hecho una peineta si hubiera tenido las manos libres, segurísimo.

—¡Ese no es el tema!

—Estás en la parra —me acusó Aníbal, que llevaba del revés una gorra carmesí de los Bulls, cero a juego con el resto de su atuendo, consistente en chándal negro, sudadera negra y playeras negras—. Pareces Nando antes de visitar al loquero. Sin ofender, colega.

—Tranquilo.

El Gominas estaba demasiado ocupado haciendo mierdas raras con los dedos para que no se le olvidara lo único que era capaz de tocar.

—¿Te pasa algo, capitán? ¿Necesitas el apoyo de tus leales lobos de mar?

Aunque me hizo un poco de gracia el tema, miré a Guille con ceño.

—¿Metáforas marineras? ¿Qué pasa, la palmera estaba caducada o qué?

En respuesta, sonrió.

—Ya se sabe, Chesco: «Ningún mar en calma hizo experto a un marinero».

—¿Esa cita es tuya?

Aníbal carraspeó desde detrás de su batería del todo a un euro.

—No. Es de Bunbury. —Golpeó los platillos, sin profundizar en cómo y por qué tenía él aquella información. Nos hizo dar un salto a todos—. ¿Qué coño te pasa, Chesco? Llevamos media tarde con la misma canción.

—Mi padre llega a las ocho y no creo que le haga gracia que sigamos aquí cuando termine de trabajar.

Miré alrededor. Aquel jodido garaje de ricos nunca dejaría de impresionarme. Donde uno normalmente guardaba mierdas y cosas que no sabía dónde esconder para que no ocuparan sitio en las habitaciones funcionales de la casa, los Álvarez tenían todavía más lujo. Vamos, que las cajas de guardar porquería de ellos valían más que las mejores cosas de los demás, para que ustedes se hagan una idea del nivel.

—¿Pero esto no está insonorizado?

—Ya, Chesco, pero no es plan de abusar. Mi padre no nos dio carta blanca, solo un permiso controlado. Y eso incluye tarifa horaria.

—¿Tarifa horaria? Anda, como mi viejo con el taxi.

Me reí. Evidentemente nadie me siguió el rollo.

—Estamos esperando para saber qué te pasa, tío.

—Pues no sé, Aníbal, lo mismo esperar también me está desesperando a mí, ¿lo pillas? La espera por saber cosas acaba con la paciencia de todos los que esperamos… por esas cosas… que otros no cuentan.

No es que hubiera que ser ingeniero para pillar a qué me refería, pero la cara del colega dijo a las claras que había captado el mensaje. Se recolocó la gorra y puso una atención exagerada en las baquetas. «Eso, John Lennon, baja el labio y deja de presionar».

Me duró la salida del tiesto hasta que me acordé de cuál era la razón por la que estaba yo a verlas venir… o, mejor dicho, *quién* era la razón.

—¿Es por lo de tu padre? ¿No lo llevas bien?

Guille, que había dejado la guitarra a un lado, jugueteó con los cordones de sus Converse. Eran amarillentas, como color mantequilla, para nada tan bonitas como las de Marta.

«Ejem. No levantes la liebre, que su hermano sabe usar las baquetas y tú eres todo orificios».

—En parte. —No era mentira—. Es raro que no esté, y pensar que para verlo voy a tener que ir a casa de mi abuela, que no se sentará a comer el domingo ni lo oiré roncar en el sofá por la noche hasta que se decida a irse a la cama.

Me guardé que, la última parte, hacía meses que no ocurría. Mis padres no dormían juntos, porque, tal como estaban las cosas, con él callando, tragando y mirando al vacío con los ojos perdidos y ella refugiada en un mundo que solo veía a través de la pantalla de su teléfono, hasta yo, que carecía de experiencia, imaginaba que compartir colchón habría sido el equivalente a meterte bajo las sábanas con un extraño.

—Si ya no se querían… es mejor así —dijo Guille en voz baja.

—Claro, tío, piensa que al menos los tienes a los dos, y que, aunque no estén juntos, tampoco terminarán odiándose.

Sonreí apenas a las palabras de Nando, porque tras su frase se escondía la verdad cruel de quien ha perdido algo porque ese algo ya no puede volver.

—¿Nos tomamos un descanso? —ofreció Aníbal levantándose de la batería—. Para darle tiempo a nuestro capitán a que repase las letras.

Le hice un mal gesto, medio en broma, medio significando que no pensaba dejar pasar mucho tiempo más su movida. Pero él, otra vez, se hizo el loco. Joder, se le daba tan de puta madre que bien podría acabar en Arkham Asylum rodeado de todos sus personajes predilectos.

—¿Aprovechamos para echar una merienda? Estoy desmayado.

Enrollé el cable del micro y lo dejé sobre una butaca que me había agenciado, por si me daba el

punto de probar el rollito roquero tipo *unplugged.*

—Tú siempre, saco sin fondo.

Como respuesta, se encogió de hombros y se subió la camiseta.

—¿Qué quieres que te diga? Esta tableta tiene que mantenerse… a fuerza de chocolate.

—Mi madre mandó bocadillos para todos —dijo Aníbal mientras sacaba de su mochila una bolsa del HiperDino a reventar de alpargatas de pan envueltas en platina—. Alguno habrá de Nocilla, fijo. Marta no pasa el día sin ella.

Me rugieron las tripas cuando terminó la frase. Y no tenía nada que ver con la crema del cacao o la promesa del emboste a bocatas. «Marta. Marta. Marta. Besos en La Puntilla. Marta. Más besos…».

—¡Chesco! —Di un respingo. Guillermo llevaba el suyo por la mitad; Aníbal, que me tendía la bolsa, esperaba impaciente—. ¡Que de qué lo quieres!

—¿Qué? ¡Yo qué sé! Me da igual.

—A este pibe debería darle el aire… —Nando había sacado de la nevera portátil unas cuantas latas de Fanta de limón y Clipper de fresa. Sí, leyeron bien: tenían una nevera en el garaje, llena de refrescos. ¿No les digo? ¡Jodidos ricos!—. Hablando de Marta… ¿y si aprovechamos el ensayo para que haga algunas fotos? El trabajo de Iniciativa Emprendedora hay que entregarlo la semana que viene. Podríamos meterlas como material extra.

—Yo la busco y se lo digo.

Me levanté de donde estaba sentado como si Aníbal me hubiera metido la baqueta por el culo, cosa que, tal como iba mi capacidad de disimulo… no descartaba del todo.

—¿Y no podemos comer primero? —Bulerías agarró el segundo bocadillo sin preguntar—. Soy más atractivo a la cámara con la barriga llena.

—¿Y eso cuándo pasa?

Nando sonrió. Guille se cogió las inexistentes chichas con la mano, como valorando.

—Seguro que algún día. Confío en eso.

Sin quererlo, la mirada se me fue detrás de Aníbal, que pellizcaba trozos de jamón de su bocadillo sin decidirse a morder el pan. Había hecho un agujero en la miga y un par de lonchas de queso asomaban por el lateral. No parecía muy dispuesto a emplearse a dentelladas, lo cual no dejaba de ser curioso… aunque rara vez comía a mandíbula abierta delante de nosotros. De hecho, lo había hecho muy pocas veces para los años que hacía que lo conocíamos. «Soy grasa. Soy gordo. Soy gore».

—Entre lo que voy a tardar en encontrarla y después en convencerla… les da tiempo a comer.

—Pero si está ahí detrás…

—Que… ahora vengo.

Eché a caminar por el jardín, ignorando las últimas palabras de Nando, la petición de Guille de otra Fanta y la mirada perdida de Aníbal, que, con el índice metido dentro de la miga del bocadillo, parecía un minero buscando oro más que un chaval merendando.

«Qué ensayo de mierda», pensé cuando llegué cerca de la explanada donde el padre de Nando aparcaba el coche, lugar en el que Marta se quedaba cuando nosotros ensayábamos. Iba a tener que bajarme de la nube… Con suerte, si la veía y hablaba con ella un poco, se me calmaba la ansiedad y luego rendía como tocaba, ¿no?

Le di una patadita a una piedra que chocó con el bordillo en el que ella estaba sentada trasteando la Nikon. Giró la cabeza y me sonrió con las gafas de sol puestas, a pesar de que era noviembre y estaba todo nublado. Vale. Pues no. Allí no iba a rendir ni Dios.

—¿Qué pasa, cantante? ¿Te quedaste sin saliva de tanto cantar y vienes a buscar un poco?

Saqué mi iPhone hecho esquirlas de cristal, que no se fue al suelo a por su muerte de puro milagro y apunté con él a Marta, que se estaba sacudiendo la parte de atrás de los vaqueros después de haberse levantado. Y se acercaba.Ojo: a mí. Por si las dudas.

—¿Lo puedes repetir? Es para guardarlo en el bloc de notas y convertirlo en una canción.

—¿Así ligas, cantante? ¿Diciendo que lo vas a convertir todo en una canción?

Metió la mano en mi flequillo despeinado y, con un suave movimiento de muñeca, lo recolocó. Supe, en ese sitio, a esa hora y en ese preciso momento, que me casaría con ella tan pronto como tuviera pasta para un anillo y huevos para sacar el tema. Es gracioso cómo se dieron las cosas llegado el momento, pero no estamos aquí para hablar de eso.

—Cada uno tira de lo que tiene, qué quieres que te diga.

—Claro… ¿Y qué es lo que tengo yo, cantante?

Se me paseó alrededor, como un ave rapaz que sabe que no tiene que molestarse en cazar a la presa porque ella solita va a echarse al suelo, muerta y con las tripas colgando, para que se dé un festín. Puede no ser la comparación más romántica del mundo, pero es la jodida verdad.

Al verla con aquel vaquero ceñido, una camiseta de Janis Joplin coronada con una especie de boa de plumas y sus Reebok blancas, entendí a Lennon y a Cobain. Dios, entendí a todos aquellos músicos que gustosos reventaron sus guitarras contra los amplificadores por una tía. Lo habría hecho.

—Nando había pensado que… a lo mejor podías echarnos algunas fotos para tener de material para el rollo de clase.

Marta asintió.

—¿Y te ofreciste voluntario para venir a buscarme?

—Los demás están jalando bocatas de Nocilla como si no hubiera un mañana, así que… —Se le agrandaron los ojos. Fue un segundo… pero lo noté—. Renuncié al mío. Te lo puedes quedar.

—Eres muy generoso, cantante, pero los bocadillos los hizo mi madre. Echó para todos.

Pues claro que sí, Chesco. Buen intento, pero… fue al palo.

—Pues eso no lo sabía y, aun así, te iba a regalar el mío. —Ella seguía dando vueltas y vueltas a mi alrededor, como una peonza envuelta en tela vaquera que además olía superbién—. Así de caballero soy que me iba a quedar sin merendar por ti.

—Lo que toda chica de roquero quiere oír.

No estaba muy seguro de cuáles eran los síntomas del paro cardíaco, pero estoy casi seguro de que me dio uno.

—¿Chica de roquero?

Marta se señaló a sí misma, luego a mí.

—Soy una chica. Eres un roquero, ¿no?

—Hasta la médula.

—Pues eso, cantante. Dos más dos…

—Yo es que soy de letras puras, Marta. —Le agarré la mano mientras giraba y tiré de ella. Chocamos, porque podían más las ganas que el acierto. Cuando la sentí cerca, intenté tragar saliva y, al hacerlo, recordé sus palabras. Al verla parpadear, me envalentoné, le miré la boca y luego los ojos. No sabía qué me alucinaba más. No era capaz de decidirme—. ¿Todavía te gusto?

Marta se echó a reír. Sus manos me rozaron la camiseta. Maldije para mí porque, otra vez, iba sudado. ¿Conseguiría algún estar presentable delante de ella?

—¿Me lo vas a preguntar todas las veces que nos veamos?

Fingí que lo meditaba con seriedad.

—Solo una de cada tres.

—Ay, cantante…

—¿Qué?

Me agarró la barbilla. Supe lo que venía. Adiós a la concentración durante las próximas cuatro horas.

—Cállate ya.

Lo de que la práctica hace al maestro es una verdad en la que estaba dispuesto a confiar, y la verdad, desde aquel día en La Puntilla, Marta y yo habíamos practicado a la menor ocasión. Nos encontramos en los pasillos de clase esa mañana y, como nadie usaba la entrada a la biblioteca —ahora uno de mis lugares predilectos—, se nos pegaron las bocas sin remedio. A la salida, decidí dar un rodeo considerable antes de tirar a mi casa y, por suerte para mí, el zumbido del patinete no tardó en seguirme. Acabamos enredados un rato en un banco, delante de la Fuente Luminosa, sintiéndonos fuertes, poderosos, intocables. Estábamos embebidos los dos en aquella recién descubierta actividad que tanto parecía gustarnos compartir: ratos robados a escondidas que sabían bien tanto por el brillo de labios de fresa de Marta como por lo prohibido. Porque lo que está *mal*, ya se sabe… y nosotros éramos más que conscientes de que las circunstancias de nuestro acercamiento se habían dado a espaldas de alguien que, como si lo hubiéramos llamado con la culpa de nuestros pensamientos más ocultos, se acercaba en ese momento justo hacia donde estábamos, dispuesto a descubrir nuestro teatro de las hormonas adolescentes y lanzarlo por los aires a resoplidos, como el lobo del cuento. Nada cimentado en mentiras u ocultaciones parece destinado a durar, pero incluso yo, que tenía callos sobre ese tema, me había permitido creer que sería posible.Pobre ingenuo. Menuda hostia. Literalmente.

—¡Hey, capullo!

No vi venir el puño de Aníbal, pero la verdad es que, de haberlo hecho, tampoco me habría podido apartar. Atiné a no besar el suelo, pero caí medio de rodillas, usando las manos como apoyo y arañándome las palmas. Noté algo caliente en la rodilla y supe que me había roto el pantalón y sangraba. Perfecto. Adelaida me iba a emparejar.

—¡¿Aníbal, qué coño haces?!

Marta le dio un empellón, pero no lo movió del sitio. Cuando él se lo devolvió, ella trastabilló un poco, pero tuvo mejor agarre que yo y solo se tambaleó. Me puse de pie como un resorte.

—¡Eh! ¡No te pases, idiota!

—¿Idiota? —Aníbal lanzó algo a mis pies: una bolsa, uno de los bocadillos envueltos en platina rodó hasta meterse debajo del coche del padre de Nando—. ¡Tú eres el idiota, gilipollas, imbécil!

—¡Aníbal, para!

La señaló con el dedo.

—¡Tú cállate, Marta!

Me hirvió la sangre: la que me quedaba dentro y la que me chorreaba por la nariz.

—No le hables así a tu hermana, Aníbal.

Sus ojos, tan grandes que hacían más ridículas las gafas redondas, parecieron a punto de salírsele de las cuencas. Dio un paso hacia mí y me puse un guardia levantando un poco los brazos, intentando acordarme de todas esas veces que había visto Rocky con mi padre. «Ese era fajador, Chesco, de los que reciben y reciben hasta que dejan KO al otro».Miré a Aníbal, inmenso en comparación conmigo, que tenía las costillas pegadas a la piel. Cojonudo.

—Mi hermana… ¿Ahora te acuerdas de eso? —Se acercó más, pero no me volvió a dar. Yo lo miré a la cara. Estaba empezando a ponerse el sol. Mi aspecto, patético de sudor, tierra y sangre, debió echarle para atrás. Negó y escupió al suelo—. Y yo diciéndole a Guille que iba a traerte un bocadillo antes de que se acabaran, por si acaso tenías hambre… mientras tú te reías de mí.

—Yo no… no me reía de ti, Aníbal. No me estaba…

—¿Que no? ¿Fingiendo que te parecía una mierda que viniera mi hermana y besándote con ella por detrás? ¿No era la Yoko Ono? ¿No decías que chicas no?

Miré a Marta de reojo. Estaba abrazada a su cámara. No lloraba, pero su cara desencajada dejaba claro que la situación era desesperada para ella también. Su hermano la había empujado por mi culpa. Gritaba por mi culpa. Yo, que no quería que ella lo pasara mal… había provocado una pelea. Y habíamos llegado a las manos. Por. Mi. Culpa.

¿Qué se le dice a un amigo de toda la vida, a un hermano, cuando sientes, y él sabe, que lo traicionaste? No se han inventado las palabras. O yo no las conocía.

—Las cosas cambiaron, Aníbal. Marta… nosotros…

—¿Ustedes? —Le dio una patada al suelo y ella se sobresaltó.

—¡Para ya, la estás asustando!

—¡Ustedes me estaban engañando! ¡Y tú, con todo ese discurso de mierda de la confianza, la verdad y la amistad!

Apreté los puños y me acerqué un paso. Ya estaba bien de recibir callado, ¿no?

—No mezcles las cosas, Aníbal, no es lo mismo.

—Eres mi amigo y te reíste de mí, Chesco.

—¡Que no me reí de ti, coño! ¡No tiene nada que ver que seamos amigos con lo que siento! Yo… ¡Me gusta!, ¿vale?

Aníbal nos miró a los dos, como si no terminara de decidir quién lo había jodido más. Marta bajó la cara. Me dio pavor pensar que, si tuviera que elegir, la decisión era tan evidente como que yo tendría el ojo morado una semana.

—Es mi hermana.

—Eso no cambia que ella me guste, Aníbal.

Afirmó despacio. Se metió las manos en los bolsillos. Supe que apretaba los puños, y que seguramente las uñas le dejarían marca en las palmas. Genial. Más cicatrices.

—También eras mi mejor amigo y eso tendría que haber hecho más difícil que te rieras de mí, pero, total, solo soy yo, ¿no?, el puto gordo de mierda. Si se ríen todos… ¿Qué más da?

—Aníbal…

Creo que nunca le vi dar zancadas tan largas como las que dio para alejarse, y pocas veces me sentí tan descorazonado como cuando Marta, con la cabeza gacha, abrió la boca para decirme algo que murió en sus labios. Lo siguió, por supuesto. ¿Qué iba a hacer si no? Sin embargo, y aunque estuve casi seguro de que la perdía en ese momento, sin casi haberla tenido de verdad, no fue eso lo que más me afectó. Y qué curioso, porque entendí entonces que antes no me había dado un infarto. De haber sido así, el corazón no se me habría hecho pedazos como pasó cuando las pisadas de Aníbal dejaron de oírse y me quedé donde estaba, sangrando y completamente solo.

31

Feel so restless, I am
Beat my head against a pole
Try to knock some sense
Down in my bones

Trasera de Fernando Guanarteme.
Días de arresto domiciliario voluntario: ??
Campañas del Call of Duty: ??

—¡Francisco, que salgas a comer! ¡No te llamo más!

Se me resbaló el mando de las manos al dar una cabezada. Me medio espabilé lo justo para decirle a mi madre que ya iba, aunque no tenía la menor intención de salir del cuarto antes de que ella se fuera a trabajar. Era mejor así. Cuando me quedara solo, seguiría jugando a los malabares con la papelera de mi cuarto, que ya sostenía en equilibrio paquetes de papas vacíos, un par de envoltorios de galletas, *bricks* de zumo espachurrados y algunos envases de natillas. La altura de la basura alcanzaba casi el borde del escritorio. Me sentía orgulloso.

—¡Francisco, que me voy!

—¡Pues adiós!

Adelaida murmuró algo, aunque, en honor a la verdad, tendría que haber hablado más bajo para que se pudiera considerar un murmullo, y no fue así. Se cuidaba mucho de meterse del todo, porque los dos pisábamos todavía terreno pantanoso, pero estaba claro que mi descenso al encierro y la falta de aseo personal empezaban a no gustarle. Pues qué pena… porque no tenía intención alguna de cambiar el chip. Breve resumen en lo que voy a por galletas.

Los exámenes terminaron apenas una semana después de mi encontronazo con Aníbal. Me defendí en el de Literatura tirando de imaginación; en Inglés, con suerte pasaría raspando; pero el de Filosofía había sido un siniestro total. Respondía la mayoría de las preguntas con paridas como que todo es relativo, que hasta lo peor se justifica y que la fuerza favorece a los valientes. La mitad de las frases ni siquiera tenían que ver con el autor que me había tocado; del resto, pura inventada.

Para las primeras pruebas aparecí con la cabeza gacha, mi ojo morado y la esperanza de poder hablar con Aníbal, que era todo lo que me importaba; sin embargo, apenas coincidí con él. Se saltó más pruebas de las que hizo y, cuando pisaba el instituto, hacía piña con Nando y Guillermo, que no entendían nada y, a fuerza de ser rechazados en todos sus intentos por comprender por qué el grupo se había hecho piscos cuando todo parecía ir bien, dejaron de insistir. No los culpo, supongo. A la larga yo también lo hice.

Pasábamos los recreos repasando, sentados cerca, pero sin hablar. Cuando yo intentaba una aproximación más directa, Aníbal se piraba con los puños apretados. No vi a Marta ni una sola vez, y el no saber si era por lealtad a su hermano o porque pasaba de mí, empezó a hacerme mella. Me comía el coco a todas horas analizando la bronca, las palabras de mi amigo y juzgando

mi traición de forma tan cruel que, por momentos, me aseguraba a mí mismo que no me merecía no solo no volver a ver a Marta, sino tampoco conseguir el perdón de Aníbal.

Solo estuvimos juntos para la entrega del trabajo de Iniciativa Emprendedora. Sacamos un sobresaliente y los compañeros, esos que habían soltado risitas en nuestras primeras presentaciones, hasta nos aplaudieron. Adjuntamos fotos, vídeos de ensayos, pequeñas entrevistas individuales que habíamos grabado en la que aparecíamos con los instrumentos y un *dossier* con algunas de mis letras escritas hasta el momento.

El plan era que tocáramos algo en la fiesta de fin de curso, delante de todo el IES Mesa y López, fechada para unos días después de los exámenes, cuando el alumnado hubiera tenido tiempo de ver sus notas, reclamar y demás. En otras circunstancias, le idea de un concierto donde habría tantas personas —aunque con algunas de ellas hubiera tenido mis rifirrafes durante aquellos años— me habría emocionado casi más que nada en el mundo. Si las circunstancias hubieran sido otras. Le dimos al profesor una respuesta vaga y nos dispersamos. Le eché más huevos que valor y agarré del suéter a Aníbal, pero se deshizo con un gesto antipático, me miró mal y se marchó.

—Pero ¿qué coño les pasa, chiquillos? En serio, ¿cuál es la movida?

—Ríndete, Guille, está claro que lo que sea nos deja fuera.

Fue la última vez que vi a mis tres amigos. Después de eso cada uno tiró a su casa y, aunque me levantaba, dormía y veía pasar las horas, no sabía en qué día vivía ni qué evento marcaba el calendario. Me sentía un perdedor, un chaval que se había creído capacitado para meterse en las movidas de los demás exigiendo honestidad y llevando la verdad por delante y que, al final, había resbalado en lo mismo. Por creerme con derecho a arañar un pisco de felicidad y mantener en secreto lo que sentía por Marta, ahora no solo la había perdido a ella, sino también todo lo demás.

Eché un ojo a las líneas torcidas donde había garabateado un inicio de arreglo musical que seguro que estaba peor que mal y me concentré en la letra. Se llamaba ***TU PERRO FIEL*** y hablaba sobre la amistad. Me planteé muy seriamente arrugar el papel y lanzarlo a la papelera, pero con la suerte que arrastraba últimamente, hacerlo solo me habría servido para que la torre inclinada de mierda acabara por el suelo, y no me apetecía echar la tarde recogiendo. Hice una bola, sí, pero la dejé sobre el escritorio. Me volví a la cama, subí los pies y me comí el yogur con nata mientras Lemmy se desgañitaba en mis oídos hablándome de su *As de Espadas*.

Me empezaron a pitar los tímpanos a eso de las seis y media. Cambié los cascos por el tocadiscos y empezaba a revolver entre la colección de vinilos que había dejado Rita cuando el timbrazo de mi móvil me desconcertó. Con el minipene del bebé en la piscina más famoso del mundo mirándome desde la portada de *Nevermind*, lo ignoré y seguí a lo mío. No quería nada suave ni que me hiciera pensar. Necesitaba ruido, algo que me distrajera del soberano fracaso que me rodeada por los cuatro flancos. No había conseguido mantener unida a mi familia.No había podido ayudar a Aníbal con su problema y, en lugar de eso, lo había perdido. No había logrado mantener mi primera relación ni siquiera una semana y, de hecho, no había sido capaz de decirle a la cara a la chica que me gustaba todo lo que sentía. Me había alejado de mis otros dos amigos por mi incapacidad para hacer las paces con un tercero. Vivía con miedo de que mi madre rehiciera su vida, porque era lo bastante egoísta como para no querer que fuera feliz si mi núcleo familiar jamás volvería a serlo. Mi padre vivía con mi abuela y apenas lo visitaba, porque

verlo en ese estado me hacía sentir inútil. Seguramente repetiría curso. No sabía qué coño hacer con mi vida. Y ***MÍSTICOS***… mis ***MÍSTICOS***…

—¡Joder! —A la cuarta vez que sonó el iPhone, lo arranqué del cargador sin miramientos. Como fuera de la compañía telefónica se iban a comer toda mi mala hostia en un menú especial con extra de todo. Miré la pantalla. Se me paró el puto corazón. Respondí en el acto—. ¿Aníbal?

Un segundo agónico de silencio.

—No. Soy yo, Marta. —Más silencio—. No tengo tu número y pensé…

—¿Pasó algo, Marta?

Recé porque dijera que no, pero su voz lo gritaba aunque estuviera hablando en susurros.

—Ven a mi casa, Chesco. Ahora, ya.

No me paré ni a cambiarme de ropa.

Cuando llegué a La Puntilla me ardían los gemelos, me dolían los pies y estaba echando los pulmones por la boca. El sudor me escurría por la nuca y, como no me había cambiado de ropa, descubrí con horror —y demasiado tarde— que tenía puesta la misma camiseta con la que llevaba dos días durmiendo: una de una compañía de cerramientos que había puesto las ventanas del patio en nuestra antigua casa de La Atalaya y que estaba ya más para convertir en trapo que para otra cosa.

Tiré de la bici y caminé sin mirar mi reflejo en ningún escaparate de todos con los que me crucé. Bastante tenía ya con mi propio bajón de autoestima como para que encima me lo gritaran las superficies reflectantes sin piedad.

Marta había sido parca, pero algo en sus pocas palabras me había activado la señal de peligro y por eso no me molesté en perder el tiempo con tonterías como una ducha, buscar ropa limpia o avisar a mi madre de que había salido. «Me va a arrancar la cabeza». Llamé al timbre. «Si no lo hace Aníbal antes…». Mis perspectivas de supervivencia no eran buenas, no nos vamos a engañar.

Me abrió la propia Marta que, para mi total y absoluta sorpresa —y gusto, no lo niego—, se lanzó a abrazarme nada más verme en el umbral. Debía oler como un cadáver al sol, pero a ella no parecía importarle. Con una torpeza que todavía hoy me recuerda, le devolví el gesto dándole mis acostumbrados golpecitos torpes en la espalda, un poco paralizado por el arranque después de tantos días de ausencia.

—Menos mal, cantante.

—¿Le pasa algo a Aníbal?

—Aníbal es un gilipollas.

Bueno. Bien. Lo había dicho ella, que conste.

—A ver, Marta… eres su hermana; yo, su mejor amigo…

—¡No me refiero a eso, cantante! —Se hizo a un lado y tiró de mí. Tropecé con la bici de tan fuerte como me hizo pasar—. ¡Lo que hizo es de imbécil!

—¿El puñetazo? Ya ni se me nota.

Marta se cruzó de brazos y me dio el equivalente a un nanosegundo para dejar la bicicleta arrimada en el rellano y después me siguió empujando por el pasillo. Recordaba más o menos la distribución de la casa y, a juzgar por la dirección que estábamos tomando…

—¿Te quieres callar, cantante? No te enteras de nada.

—¿Y de qué me voy a enterar si no te explicas? —Íbamos al cuarto de Aníbal. Mierda. Mierda —. Oye, Marta, espera, espera… Marta…

Me callé. Vaya si me callé. Como un muerto. Mi colega estaba en la cama, en camiseta. A su lado, una mesita supletoria a rebosar de cómics y novelas gráficas y un batido Bifrutas tropical con una pajita. Estaba con las piernas dobladas y el mando de su Play reposaba sobre la mesilla. Llevaba un vendaje en uno de los brazos, y el otro, al descubierto, mostraba hileras muy finas en distintos tonos rojizos. Las recorrí con una mirada, después me concentré en él.

—¿Qué hace este aquí, Marta?

—¡Viene a hablar contigo, capullo!

—¡Pues no tengo nada que decirle!

—¿No? ¿Seguro?

Marta se acercó al escritorio y le tiró encima una caja de apósitos, y otra cosa… que se parecía sospechosamente a esos pequeños neceseres de costura que llevan las madres en el bolso. Aníbal enrojeció, y yo, que había cateado las Mates sin la menor duda, sumé dos más dos.

—¿Qué hiciste, tío?

A mi lado, Marta se cruzó de brazos.

—Lo que lleva haciendo meses el muy subnormal, pero esta vez se le fue la mano, ¿no, Aníbal?

—Marta… cállate.

Me fijé en que Aníbal llevaba le pelo recogido. Tenía las gafas tan limpias que el brillo de sus ojos revelaba algo que parecía un potaje de sentimientos: había enfado, por supuesto, pero también vergüenza y, seguramente, un poco de miedo.

—Díselo a Chesco, Aníbal. Dile a tu mejor amigo lo que has estado haciendo y la razón de mierda por la que lo haces.

—¡Tú no lo entiendes!

—¡Que se lo digas!

¿Saben esos momentos superincómodos cuando la madre de un amigo le echa la bronca y ustedes están delante sin saber dónde meterse? Pues…

Marta recogió el neceser de costura que le había tirado a su hermano antes, lo abrió y sacó unas tijeras minúsculas, pero muy afiladas. Las levantó para que les diera bien el foco del techo. No me hizo falta que entrara en detalles. Me dio tal escalofrío que se me secó todo el sudor del cuerpo.

—No jodas, Aníbal…

—No es eso, ¿vale? No es…

—¿Que no es eso? ¿Que no es…? —Histérica, de nervios y probablemente de frustración, Marta le tiró un cojín—. ¡Te dieron tres puntos, idiota! ¡Tres puntos porque te cortaste el brazo con esa mierda! ¿Qué es lo que no es?

—Marta, Marta… —La cogí de la mano con cuidado para apartarla —. Dale un segundo.

Jamás había visto a Aníbal llorar. Y en honor a la verdad, no quería verlo. Tampoco estaba seguro de que fuese a hacerlo, pero sí que parecía lo bastante afectado como para romperse —y más—, en cualquier momento. Con la voz temblorosa, se frotó la palma de una de sus enormes manazas con el puño de la otra. Habló, pero le costó un mundo hacerlo, y a mí oírlo… no les quiero ni contar.

—Si me enfado, no grito. Yo no… rompo cosas ni hago movidas de esas, menos por lo de tu ojo—. Me lo toqué como si, por hablar de ello, el dolor pudiera volver—. Cuando necesito desahogarme y no me sale nada yo… yo solo…

—Te desahogas haciéndote daño.

Asintió. Algo se hundió dentro de mí. Algo pesado, sucio y lleno de culpa. ¿Desde cuándo? ¿Por qué? ¿Cómo no nos dimos cuenta?

—Cuando te pegué el otro día, en realidad no estaba mosqueado contigo, Chesco. —Fruncí el ceño—. Bueno, sí, todavía lo estoy. Es mi hermana.

—¡Corta el rollo, estúpido!

—Marta… —«Déjalo hablar», le susurré con un gesto. Ella rebufó, pero me hizo caso—. Sigue, Aníbal.

—Estaba celoso, ¿vale? Celoso y enfadado conmigo porque… Guille tiene sus mierdas con las pibas, a Nando… venga, sabes la pinta que tiene Nando. Ahora que se bajó de la parra empezará a darse cuenta de que media clase está por él.

—Es verdad, se las lleva a todas de calle. —Marta me dio un puntapié—. ¡Ay! ¿Qué?

—¿En serio, cantante? ¿Te parece momento para eso?

Abrí la boca, pero, por suerte, Aníbal había cogido carrerilla.

—No es que pensara que tú te ibas a quedar solo siempre, Chesco, pero… joder, ¡con mi hermana! ¿Dónde me dejaba eso a mí? No supe… no supe cómo… hacerlo, cómo entenderlo. Yo solo… me vi a mí y a ustedes y comparé y…

Entonces Aníbal llego al centro de la cuestión. Después de todo, él era el que siempre resumía las historias cuando los demás dábamos rodeos sin sentido. Su complejo, su falta de autoestima, la creencia de que lo poco que lo hacía especial no era atractivo ni deseable para el resto lo había ido acompañando durante años hasta apoderarse de él y convencerlo de que, en efecto, no era más que aquello que los que le miraban mal decían ver de él.

Sin dar crédito, me acerqué, me senté en la cama y le agarré el brazo vendado. Le di un pellizco.

—¡Joder! ¿Eres idiota?

—No sé, tú lo eres. ¿Me reconoces como un igual?

—¡Bien dicho, cantante!

Aníbal le dedicó una advertencia.

—¿Por qué no te piras, Marta?

—¿Por qué no te piras tú, Aníbal? —Ante mis palabras, me miró flipado—. Si tan poco vales, tan desagradable eres y toda esa mierda… ¿por qué sigues con nosotros?

—¿Qué pasa? ¿Nando te contó los juegos mentales de su loquero o qué?

—Pues no, Aníbal, pero igual deberías buscarte uno. —Me levanté señalando sus brazos y las tijeras que Marta había dejado en la mesilla—. ¿Crees que hacer esa mierda para llamar la atención sirve de algo? ¿Hacerte daño ayuda?

—En el momento… hace que sienta, que sienta cosas.

Me resistía a creerlo. No quería hacerlo. No quería ver hasta qué punto mi amigo había estado hundido en el fango sin que ninguno nos hubiéramos dado cuenta, pero ahora estábamos ahí, hasta las rodillas en la mierda con él. No volvería a quedarse solo. No volvería a necesitar el dolor para sentir algo nunca más.

—Por eso la sudadera, ¿no? Para que no se viera.

—Al principio pensé que podía ser parte de mi estilo, pero luego… sí, sirvió para tapar las marcas. —Avergonzado, bajó la cabeza—. Me hacían gracia, ¿sabes? Todas esas bromas de… si te sientas en la cara de alguien lo asfixias o… tu pupitre tiene que ser XXL, que siempre hubiera coñas con lo que llevaba para el recreo o lo que pedía cuando salíamos… pero después…

Después, las bromas internas pasaron a ser burlas del resto de la gente. Lo de «gordo», que al

final no es más que una puta palabra de cinco letras, un adjetivo más dentro del diccionario, había sido la mano invisible que le había dado a Aníbal las tijeras, el empujón final.

Carraspeé. Ahí iba Chesco, el que no tenía ni puta idea de cómo mirarse la viga en el ojo propio, a barrer la paja del ajeno.

—Estás gordo, Aníbal. ¿Y?

Me miró sin entender.

—Ya… y lo dices tú, que puedes comprarte las camisetas en la planta de niños.

—Vale. Es verdad, ¿y?

—¡Que no es lo mismo, Chesco!

—Vale, no es lo mismo. —Pensé más rápido que nunca en la vida—. ¿Cada cuántos días te afeitas, Aníbal? Todos, ¿a que sí? Yo me podría pasar un mes en una isla desierta y no me saldría ni un pelo en la barbilla. ¿Y Guille? Tiene los dedos gordos de los pies más grandes que el pie entero. —Se echó a reír—. Va en serio, ¿no te has fijado nunca? Siempre va en chanclas el tío, pero tiene unos dedos descomunales.

—Podría trepar los árboles como un puto mono.

—Ya te digo. —Sonreí. De reojo vi que Marta también—. ¿Qué me dices de Nando? Si le pones una camiseta del Primark vomita. Y el pobre para jugar al fútbol tiene dos zurdas.

—Pero si Nando es diestro.

Hice un gesto evidente.

—A lo que voy, Aníbal… joder, ¡nadie es perfecto! Lo tuyo se arregla corriendo un poco todos los días y bebiendo menos Coca Cola. Estás gordo, pero no te falta un brazo, es reversible si tú quieres. —Le señalé las heridas—. Esa mierda puede dejar marca, y entonces la llevarás para siempre.

—Ya lo sé, yo… lo sé, no quería hacerme daño, no en serio, ¿vale? Pero descubrí que ese pequeño momento me… aliviaba de la rabia, hacía que no tuviera que montar bronca. Me tragaba lo que sentía y después de unos segundos… me olvidaba.

—Ya, pues tu plan es una mierda. Y otra cosa, ¿no dices que estás gordo? Pues deja de tragar mierda.

Como era de esperar, me dio un empellón que casi me tiró de la cama. Marta se acercó a ayudarme y se sorprendió al ver que yo sonreía.

—¿Así me ayudas, capullo?

—¿No ves lo que pasó, Aníbal? En vez de callarte que te jodía mi comentario, reaccionaste. ¡Joder, tienes unas manos como plazas de aparcamiento! No te digo que repartas hostias como un cura, pero si estás enfadado, lo dices y te dejas de guardar las cosas dentro, que no eres una papelera de reciclaje.

—No fastidies con el compositor. —Marta me sonrió—. Bien jugado, cantante. Al final me vas a terminar gustando de verdad.

—Marta, aquí no… que está tu hermano de cuerpo presente.

—¡Y mucho más que piensa estarlo desde ahora! Esto tenemos que hablarlo los tres, y poner normas.

Marta se dio la vuelta y abrió la puerta, considerando que, como el problema de base estaba zanjado, ella no tenía mucho más que aportar.

—Bájate de esa nube, Manostijeras, que aquí al que van a vigilar con lupa es a ti.

Nos quedamos a solas, con el peso de la verdad revelada flotando a nuestro alrededor, igual que el aroma del perfume a coco de Marta. La tensión se fue alejando y, cómodos sin decir nada,

Aníbal y yo nos miramos un rato, aunque nuestros ojos no estaban en la misma línea de visión. Cuando hablé, mi voz sonó pastosa, mezcla del alivio que sentía ante la explosión de todo, mezcla de la incertidumbre por lo que ahora iba a pasar.

—¿Tus padres lo saben?

—Ellos me llevaron al médico. —Cortado, Aníbal se puso a ordenar la pila de cómics con precisión de cirujano—. Pidieron hora para un tío que se encarga de la prevención en caso de que intentes hacerte daño de forma… seria.

—Pero tú no…

—No, no… pero me va a ayudar a… usar otros métodos para expresarme. —Tragó—. Y también pensaron en algún deporte de contacto, tipo boxeo o algún arte marcial de esas.

Me habló de un nutricionista y de llevar un diario de comidas y de pensamientos. Aníbal iba a seguir una especie de programa que lo iba a educar otra vez para que su cerebro se olvidara de no compartir los traumas, las preocupaciones y los complejos y se decidiera a compartirlos para poder pelear contra ellos de manera saludable. Me contó que tenía ganas de empezar, que quería hablar con Guille y con Nando, que se había asustado al ver que el habitual corte se hacía grave y que Marta había llorado, su madre había perdido el habla y su padre había creído que era culpa suya. Me sentí egoísta por muchas razones.

—No quiero hacerlo más, Chesco. No quiero… seguir así.

Sacudí la cabeza. Tenía algo en los ojos que no me dejaba ver… jodida alergia primaveral, que aparecía cuando era casi diciembre. Le sonreí agarrándole la mano con fuerza.

—Cojonudo, batera, porque yo quiero justo eso. Y estoy seguro de que todos los demás también.

—¿Saldrás a correr conmigo por las noches?

—Y a las cinco de la mañana si hace falta. Nos hacemos el entrenamiento de los SEAL, de los boinas verdes y hasta de la cabra de la legión si tú quieres. —Se rio—. Y abdominales infernales con la tía esa de YouTube que ve Rita. Y yoga y bici, y patinamos sobre hielo.

—¿En Las Palmas?

—Yo te alquilo la pista de Las Arenas. —Las carcajadas retumbaron en la habitación—. Cuentas conmigo, Aníbal.

Se soltó la coleta. Los rizos, tan parecidos a los de Marta, se desparramaron sobre la almohada. Cuando me miró, los tintes de miedo y vergüenza de sus ojos seguían allí, pero eran mucho menos nítidos.

—¿Y no lo dices solo para poder seguir morreándote con mi hermana?

Fingí que me lo pensaba durante mucho tiempo.

—Bueno… un poco sí, para qué te voy a engañar, pero más por lo otro. —Me erguí, poniéndome todo lo solemne que podía cuando todavía tenía el susto en el cuerpo y llevaba puesta una camiseta patrocinada por Aluminios Fulanitodetal. Aquí no hacemos promoción sin *cash*, lo siento. —Ya lo sabes, colega: eres mi Charlie Watts, mi Tommy Lee.

Sonrió y estiró la mano. Yo se la estreché.

—Y tú mi Dick Grayson.

Hice un barrido rápido por mi memoria.

—¿El que le hace los coros a Batman? —Asintió—. Me sirve. Lo dejamos así.

Mantuvimos el apretón durante mucho rato, sabedores los dos de que, al soltarnos, habría que afrontar la realidad y el largo proceso, con subidas, bajadas y bifurcaciones, que nos quedaba por delante. Por suerte, el caballero de la noche siempre necesitaría un aliado. Y para acompañar a

mi amigo en sus momentos más oscuros, estaba yo, desde ese momento y hasta que la *Chescoseñal* se quedara sin luz.

32

Take me down to the paradise city
Where the grass is green and the girls are pretty
Take me home
Oh, won't you please take me home?

IES Mesa y López.
Fiesta de fin de curso.
Escenario. Cancha.

Antes del concierto… un poco de teloneo para ponernos en contexto: al final, solo Nando pasó limpio el trimestre. No fue una sorpresa. Guille tendría que ir a arrastrando Inglés, Aníbal había cateado Tecnología y Mates, y en esa última, se vería conmigo… que arrastraba también Literatura, Filosofía y… ¡Educación Física! «Me cago en el Camino de Santiago, joder».

—¿Cómo se puede suspender gimnasia, tío? ¡Gimnasia!

—Pues porque el profesor me tiene manía. No pudo soportar que venciera su récord de bádminton y por eso va y me pone un cuatro.

Aníbal y Nando intercambiaron *la* mirada. Mira… me rendía ya, secretitos entre dos, que se vayan a pastar.

—¿Y no tendrá algo que ver con que no entregaras ni una de las prácticas escritas obligatorias?

Lo miré mal por principios.

—Educación Física, gominas, es de toda la vida jugar al fútbol, al baloncesto y hacer luchada la semana del Día de Canarias. De nunca se ha entregado una mierda escrita en esa asignatura.

—Ahí tengo que estar de acuerdo con Chesco. —Guille me pasó el brazo por encima—. ¡Nos vemos en la recuperación colega! *Weikmiapgüenseptemberends!*

Nos echamos a reír los cuatro a la vez. Sin prepararlo ni nada.

—Tío, los exámenes son después de Reyes. Y no me extraña que petaras en Inglés. Pronuncias de mierda.

—Por eso solo te hago los coros.

Decidimos crear como tradición ir a comer después de recoger los cateos. Como estábamos más pelados que una gamba, nos echamos unas chucherías del Casa Ricardo más cercano al instituto y caminamos por la avenida Marítima. Nando nos contó los avances con su psiquíatra. Estaba contento porque había sido capaz de sentarse con su padre y hablar de su madre, cosa que, por lo visto, no solían hacer.

—No la nombra casi nunca. Y me dio todas las fotos y vídeos de cuando estaba viva —nos explicó, atacando la bolsa de comunes y jalándose un par de dentaduras ácidas—. Ahora dedicamos un día a la semana para cenar juntos, preparamos algo que le gustara a ella y recordamos cosas.

—Qué bueno tío.

—Eso es genial.

—Nos alegramos, Nando. —Le di con el puño en el hombro y sonrió.

Todavía había noches que se pasaba en vela o se despertaba sudoroso recordando el día del fallecimiento, pero Nando prefería vencer a los ataques de pánico con esfuerzo y muchos huevos en lugar de tomar una sola pastilla más. Con el tiempo, acabaría por hacerse un activista de la medicina natural, lo que nos daría para muchas coñas a su costa. Joder, lo que nos íbamos a reír de él… pero bueno, eso es mucho adelantar.

—¿Y cómo va lo tuyo, Sid Vicious?

Evalué la respuesta física de Aníbal en silencio. Tenía puesta una camiseta. Era de manga larga, porque rozábamos el invierno y empezaba a refrescar cerca de la playa, que era donde más nos solíamos reunir, pero había descartado, por el momento, sus anchísimas sudaderas, que usaba como metáfora de escudo detrás del que esconderse. ¿Ven? Y luego suspendo Literatura, si es que…

—Estoy haciendo lo del diario de frustraciones y cambios a corto plazo. Todo lo que no pueda conseguir antes de tres meses tengo que posponerlo a otra columna, junto con lo que aspiro a tener de aquí al año que viene.

—Coño… y yo que solo puedo pensar en lo que voy a comer después.

Le tiré a Guillermo de la coleta.

—Tú solo piensas en bollería, perroflauta.

Metió la mano en la bolsa de chucherías y agarró un par de regalices azules. Se le iba a quedar la boca bonita.

—¿Qué quieres que te diga? Soy un tío sencillo. Solo aspiro a buena comida en la tripa y…

—¡Pibitas!

Nos aplaudió a los tres por haber acertado. Ni que fuera tan difícil.

Aníbal agarró un chicle de melón y un par de dedos viscosos de gominola. Se reunió con el resto de los chavales un par de días después de hablar conmigo y ahora todos sabíamos dónde estaba el problema y pensábamos ayudarle a solucionarlo.

—También voy más relajado con el tema de comer delante de la gente —explicó mientras se llevaba a la boca las mierdas que había cogido—, sobre todo porque sé que luego voy a quemar lo que coma.

—Ya te digo, pequeño Padawan. —Le quité la bolsa a Nando y pesqué—. Le estoy dando una caña que flipas.

—Y yo te lo agradezco, Chesco. —Aníbal se rascó el ojo metiendo el dedo con cuidado por el lateral de las gafas—. Pero lo de salir los sábados a las siete de la mañana igual podríamos mirarlo.

—¡Ni de coña! El sufrimiento es parte del resultado. Se madruga y se corre por toda la avenida Marítima hasta el auditorio, un bañito y para casa. No hay rendición, como los Espartanos.

Nando, que el único deporte que practicaba era el de inclinarse para atarse sus deportivas nuevas, hizo un gesto de angustia. Recuperó la bolsa y sacó dos plátanos.

—Chacho, hay torturas chinas menos cabronas que eso.

—No me sean flojos. —Puse la vista al frente. El aire fresco olía a salitre, y el día por delante, sin clase, aulas, sirenas, pupitres ni deberes, a posibilidades infinitas—. El esfuerzo tiene su recompensa.

Yo me había comprometido a dormir los viernes en La Puntilla para salir a entrenar los sábados a primera hora con Aníbal. Me jodía porque no podíamos trasnochar mucho y porque llegaba luego a mi casa reventado, pero… desayunaba con Marta, que salía de la cama lo justo para

ofrecer diez minutos de resoplidos y caras de cansancio, algún que otro beso medio a escondidas y luego, se volvía a acostar. Con eso yo podría correr hasta Gando si me lo proponía.

—¡Tío! ¡Tienes al cuñado metido en casa!

—¡Anda trae, Rizos de Oro, no acapares!

Fingí un interés exagerado por buscar dentro de la bolsa cualquier porquería que no fueran esos corazones de dos colores que siempre se colaban y ninguno quería ser el primero en comerse. No es que Aníbal diera palmas con mi historia con Marta, la verdad, y no estaban las cosas para meter el dedo en la herida y hurgar. Él sabía que Marta y yo todavía nos gustábamos y que buscábamos rincones para poder estar a solas, cogernos de la mano y repasarnos un poco los empastes, pero no simulaba que aquello le hiciera gracia. Y nosotros íbamos con mucho cuidado de provocarlo.

Fruncí el ceño.

—Me levanto a las seis y media para llevarte a mover el *batcuerpo*, colega. ¿Cuánto me vas a tener a prueba?

Aníbal se encogió de hombros y, como estaba trabajando duro en su autoestima y en que la opinión del resto no le afectara, se cogió la chuche de corazón y le pegó una mordida.

—El tiempo que sea necesario, Chesco. Ni un día menos.

En el bautizo de mi hija se me acercaría por detrás de la pila bautismal para decirme que no me relajara. Palabrita del Niño Jesús.

Separamos caminos cuando se nos acabaron los suministros y las excusas para enfrentarnos al chaparrón paterno. Quedamos al día siguiente en la puerta principal de instituto una hora antes de que empezara la fiesta de Navidad. ***MÍSTICOS*** iba a tocar, tal como le confirmamos al profesor de Iniciativa Emprendedora, y yo no podía estarme quieto de los nervios. Mucha responsabilidad. Una ilusión que te cagas. Y de hecho… cagándome llevaba desde que entré en casa. Dichosas golosinas.

—Pero ¿quién suspende Educación Física, Francisco?

Apagué la luz del baño. Todavía me estaba secando las manos en la trasera de la camiseta cuando Adelaida me interceptó por el pasillo con el boletín en la mano. Señalé con un gesto.

—Yo no entraría. Más que plantar un pino parece que acabo de abonar en lo alto de Tejeda.

—¡Fran, no seas vulgar! —Movió el papel delante de mi cara, como si hiciera falta—. ¡Cuatro suspendidas para el segundo trimestre!

—Eso se recupera fácil, mamá. En serio. ¡Cómo si no me conocieras!

Quizá porque tenía un larguísimo currículum de escapadas épicas a mis espaldas, Adelaida no alargó la bronca más de lo justo. O a lo mejor es que tenía prisa por irse a currar, pero a mí me servía igual. Le prometí que el tema del grupo no iba a interferir, ni mis amigos ni otras cuestiones —«Marta, Marta, Marta…»— y que aprobaría el curso. Y haría testws. Y dejaría la cocina recogida cuando me comiera las papas gajo y los filetes de bistec empanado que me había dejado en el microondas.

El próximo concierto de Navidad, en riguroso directo y con público entregado, de ***MÍSTICOS***: «Buah, chaval… cómo me voy a venir arriba». Sonreí solo, desenrollé el micro y empecé a calentar la voz. Iba a ser una tarde muy larga. Practiqué con el pie de micro que me regaló Rita en mi cumpleaños y, entre intentos cutres de imitar al Rey en una versión con más entusiasmo que maña de *Hound Dog* y pruebas catastróficas con la poca gomina que me quedaba en el estante de mi cuarto, eché la tarde. Justo acababa de decidir grabarme cantando el tema nuevo

para ver cómo sonaba cuando mi madre llamó con los nudillos. Tenía el bolso colgado y el pelo suelto, en ondas rubias, alrededor de la cara. Estaba guapa.

—Fran, voy al súper. ¿Necesitas algo?

¿Echar atrás el tiempo y no haber sido tan gilipollas con ella? Dudaba que vendieran eso en el HiperDino, la verdad.

—Gomina.

Asintió, y se sacó un papel y un boli del bolso. Tomó nota.

—Parece que te la bebes, hijo, de verdad. Tienes que aprender a quitártela bien después, que me dejas la funda de la almohada hecha un desastre.

Y entonces, de la nada, sin más… me salió.

—Lo siento, mamá.

Ella resopló.

—Ya tengo apuntado el quitamanchas.

—No, yo… lo siento. —Levantó la cabeza de la lista de la compra y me miró—. Yo soy un crío y todos los críos quieren juntos a sus padres… pero esa no es razón para faltarte el respeto y portarme como un gilipollas.

—¡Fran, esa boca!

Sonreí.

—Perdona, otra vez.

Entró en la habitación. Con tiento, alzó la mano y me removió el flequillo. Debía estar pegajoso de sudor y ese fijador que tan poco controlaba, pero mi madre me había limpiado el culo, sonado los mocos y recogido el vómito de mi ropa desde que nací. Yo nunca le daría asco. Ella nunca me miraría así. ¿Cómo había podido yo tratarla menos que eso?

—No supimos llevar la situación, ni tu padre ni yo, esa es la verdad. Y admito que me equivoqué, intentamos mantener unido algo que estaba roto y luego no hice frente a las responsabilidades de mis actos.

—Pero no era asunto mío. Meterme y… opinar.

—Ay, Fran… eres parte de la familia. Rita y tú sois la parte más importante. Claro que puedes opinar. Y yo siento no haber tenido en cuenta esas opiniones y arrastrarte lejos de todo por razones equivocadas.

Me acongojé porque, que mi madre me pidiera perdón a mí, no es que me hiciera sentir humilde, es que me provocaba una sensación de irrealidad alucinante. La miré a los ojos y, sin pensarlo, estiré los brazos y le rodeé la cintura. Ella se sonrió. Era más bajita que yo.

—La parte de los partidos del Atlético estuvo bien.

—Ya, bueno. —La oí sorber por la nariz. Adelaida tenía su corazoncito. Después de todo, era mi madre—. Voy a poner doble champú en la lista, a ver si te convenzo de que te duches más.

—Jo, mamá, tú sí que sabes romper los momentos.

—Te quiero, Francisco. —Me agarró la barbilla y tiró un beso al aire—. Y acepto tus disculpas, pero hueles mal, hijo.

—Ahora me ducho cuando termine de ensayar.

Agarré el pie de micro y me puse a hacer poses. Mi madre se recolocó el bolso en el hombro y negó.

—Hazlo mañana también, antes del concierto. —Con una especie de sonrisilla misteriosa, salió de la habitación, aunque antes…—: No querrás que esa chica se acerque a ti cuando te bajes del escenario y solo perciba sudor.

—Pero… ¿cómo sabes?

—Soy tu madre… Chesco. Lo sé todo. Y, además, soy la que te lava las sábanas.

Fue mi turno de estirar la mano y cerrar la puerta, rojo como un tomate. Todavía se estaba riendo cuando se subió al coche para irse a la compra.

Viernes por la mañana. Día de la fiesta de Navidad y cierre de trimestre en el IES Mesa y López. Situación: histeria colectiva, porque estaba yo tan tenso que mi nerviosismo valía por el de treinta.

El escenario estaba montado y nuestro profesor de Iniciativa Emprendedora nos había puesto detrás de las chicas de cuarto de ESO que iban a hacer una especie de baile con piruetas que habían aprendido en sus clases de no sé qué.

—¿Vieron lo que hacen con las piernas y el aro? Eso… eso es disciplina, chiquillos. Técnica —decía Guillermo estirando el cuello cada vez que las veía pasar.

Yo ponía los ojos en blanco y pasaba de él, cada vez más nervioso. Habíamos quedado en prepararnos un poco en el vestuario de la cancha, pero Aníbal todavía no había llegado y, por alguna razón, Nando no me dejaba moverse del sitio hasta que apareciera.

—¡Pero es que no entiendo por qué tenemos que esperarlo en vez de ir adelantando!

—Tú hazme caso. Ten paciencia, Chesco.

Y Chesco respiraba hondo y contaba ovejas. Quería ver a Marta. Quería vivir el concierto y recordar aquel día el resto de mi vida. Quería vomitar, llorar, hacerme bola y esconderme. Quería que las tripas me dejaran de rugir. Quería que el Bulerías parara de sacar paquetes de Donettes de la mochila y focalizara. Quería…

—¡Ahí vienen!

Aníbal y Marta bajaban la escalera principal. Ella, sin su patinete, cargaba una bolsa de considerable tamaño, y él, los aperos de la batería.

—Ya era hora, coño.

—Para el carro, cantante, que te aseguro que te va a merecer la pena la espera.

Marta me sonrió y me tocó la nariz con el índice. Sonreía y echó a caminar, moviendo el cuerpo enfundado en una especie de vestido de tirantes, cubierto por una sudadera superancha que, aunque la hacía un poco amorfa, le quedaba muy bien. Aunque bueno, un saco de papas tampoco le haría mal tipo, es lo que tiene estar hasta las trancas, cosa que, por cierto, me tenía que sacar del buche.

—Marta… te tengo que decir una cosa.

—Después del concierto, cantante.

Los cinco nos fuimos al vestuario. Ella entregó la bolsa a Nando y me empujó dentro cuando yo intenté, de forma premeditada, hacer tiempo para poder estar un rato a solas. Una vez en el cubículo que tantas veces nos había visto cambiarnos después de echar un partidillo o una carrera alrededor del patio, Aníbal carraspeó.

—¿Estás preparado, Chesco?

Fruncí el ceño, confundido.

—Chavales… no hay tiempo que perder.

—Yo me tomaría eso como un sí —declaró Nando abriendo una de las bolsas—. ¿A la de tres o a palo seco?

—Bah, vamos sin anestesia.

Iba a volver a preguntar, pero… me quedé sin hablar. Joder, de hecho, sería un triunfo si era capaz de volver a pronunciar palabra en la vida. En las bolsas, dobladas con cuidado y ahora extendidas ante mis flipados ojos, cuatro chupas negras de cuero, con tachuelas, en cuya espalda se leía, escrito en letras blancas irregulares, la palabra ***MÍSTICOS***.

Me acerqué despacio, como si estuviera recorriendo un campo de minas y acepté la que un sonriente Aníbal me tendía. Era perfecta. Una auténtica pasada. Mi alergia primaveral, esa que a veces aparecía en pleno invierno, hizo que me picara algo detrás de los ojos. Miré a los chiquillos, que sonreían. Guille ya se había puesto la suya, Aníbal estaba desdoblando la que le pertenecía a él y Nando sostenía la propia entre las manos.

—No sé ni qué decir.

—Pues eres el cantante, colega —dijo Guille recogiéndose la mata de pelo rubia en una cola de caballo altísima—. Más te vale recuperar la voz.

—Es una pasada. No sé… ¿Cómo? ¿Cuándo?

—Fue idea de Marta —aclaró Nando colocándose su chupa por la espalda como si estuviera poniéndose un traje de los de El Corte Inglés—. Le tienes que gustar un huevo.

—Pero no te vengas arriba, porque ella tuvo la idea, pero la pasta la pusimos entre todos.

Le sonreí a Aníbal. Dijera lo que dijese, aquel puto subidón que me había puesto gordo como un tonel de orgullo, de entusiasmo, no me lo iba a quitar nadie. Me puse la chupa y giré sobre mí mismo. Me sentaba como un guante, igual que a ellos.

—Nando, ¿la tuya es de cuero auténtico?

Mi colega pijo se encogió de hombros y sonrió.

—Si hago las cosas, las hago bien.

Genio y figura. No puedo decir más.

Salimos como si nos estuviera esperando todo el Gran Canaria Arena lleno hasta la bandera. Yo, con el tupé engominado, camiseta de rotos, unas gafas de sol doradas estilo Elvis Presley y vaqueros llenos de parches; Aníbal, de oscuro, gorra hacia atrás y pañuelo anudado al codo; Guille, coleta alta, peto verde militar y zapatillas de plataforma; Nando, raya en medio, pantalones de raya diplomática y polo Jack&Jones de calaveras. Los cuatro, con las chupas de cuero negro, marcadas con el nombre de nuestro grupo, puestas. Yo sostenía el pie del micro entre el brazo y el codo, Aníbal llevaba sujetas las baquetas, y los otros, las guitarras en ristre. Éramos los putos amos del mundo. El cosmos nos pertenecía. Éramos jodidamente ***MÍSTICOS***. Nada más salir, el clic de la Nikon de Marta guardó el momento para siempre. Nuestra memoria haría el resto.

Fui hacia ella ciego de emoción. La apretujé y la mecí entre mis brazos, provocándole esas risitas nerviosas que sueltan las chicas cuando no saben muy bien cómo gestionar el momento. Pegué mi boca a la de ella como si fuera el último momento de mi vida. Al separarnos, giré sobre mí mismo y ella me hizo una foto. Luego nos pusimos en poses absurdas, pretendiendo ser mucho más guais de lo que seguramente seríamos jamás. Tras una sesión corta, los chavales tiraron para el escenario dispuesto en la cancha, y yo me entretuve un poco.

—Son una pasada, Marta, en serio.

—Bueno, alguien tenía que traer un poco de estilismo y rollo roquero a esta banda. Me pareció que podía ser yo.

—¿Crees que estamos bien así? Pensé coger un poco de lápiz de ojos y…

—Cantante, no te pases. Por cierto… —Se colgó la Nikon al cuello y abrió la cremallera de la sudadera sacando las mangas con cuidado. Me enseñó, muy sonriente, lo que llevaba a conjunto con el vestido—. ¿Qué te parece?

Una camiseta de la Patrulla Canina, con los cuatro perros luciendo mi careto, me saludó desde su pecho, que se agitaba a causa de las risas. Yo también me reí.

—Eres una cabrona.

—Dijo el que le hizo burla a una niña en un tanatorio.

—¿Y me lo vas a echar en cara siempre?

Los brazos de Marta me rodearon el cuello. Me besó despacio, con los labios separados lo justo para humedecer los míos. El beso, largo, lento, me mareó.

—Siempre.

Se me escapó un suspiro que no reconocería jamás.

—Eso espero.

—Anda, tira, cantante. Déjalos flipando con esa voz tan poquita y desagradable.

Le hice el gesto del *rock and roll* con los dedos índice y meñique y eché a correr.

En el escenario solo faltaba yo. Los demás estaban colocados: Aníbal detrás de su batería; Guille a mi lado, con la guitarra española colgada y lanzando besos a los entregados alumnos de Humanidades y Ciencias que nos acompañaban aquella tarde, entre risitas, cuchicheos y miradas de curiosidad; Nando, mucho más serio, enchufaba la Gibson a un pequeño amplificador que su padre le había comprado para la ocasión. Muchas gracias, señor Álvarez. Lo demás es cosa nuestra.

Coloqué el micrófono en el pie y lo encendí. Después de unos golpecitos, el *irrespetable* aulló. Me dio igual lo que estuvieran diciendo, decidí tomarlo como una buena señal. Estiré las manos, abarcando al grupo entero.

—¡Chavales, somos ***MÍSTICOS*** y… esto es lo que hay! —dije con la voz un poco más aguda de lo que pretendía. Giré la cabeza hacia los demás—: Empezamos por la nueva, que es la que mejor me sé. *¡Un, dos, un, dos, tres…!*

NO CONFÍO EN SER BASTANTE
NI EN LA TORMENTA AGUANTAR,
NO CONFÍO EN LA SUERTE NI EL TALANTE
Y SÉ QUE HASTA EL AXE ME VA A ABANDONAR.

POR NO CREER, NO CREO NI EN EL DESTINO
EL SINO, LA CASUALIDAD O EL PORVENIR.
HASTA AHORA SOLO HE CREÍDO EN MÍ MISMO
Y EN SORPRENDERME CON LO QUE TENGA QUE VENIR.

TÓXICO COMO EL AGUARRÁS,
NO TENGO NADA SALVO TU JODIDA AMISTAD.
ERES MÁS DE LO QUE NUNCA ESPERÉ,
QUÉDATE CONMIGO Y SERÉ TU PERRO FIEL.

ARRIÉSGATE, DIME QUE SÍ.
SERÉ TU PERRO FIEL.

APÓYATE EN MÍ, DIME QUE SÍ.
SERÉ TU PERRO FIEL.

SERÉ TU PERRO FIEL.
YO SERÉ TU PERRO FIEL.
¡¡AAAUUU!!

Nos aplaudieron, y la sensación no se pareció a nada que yo hubiera experimentado en la vida. Ni a nada de lo que sentí después. Sobrecogido por la emoción de quien ve cumplido un sueño, de quien bebe agua cuando se muere de sed, me incliné hacia adelante y dije lo único que se podía decir en un momento como aquel.

—¡¡Gracias, muchas gracias!!

Es curioso que esta sea la parte final, porque en realidad, fue un principio: el del concierto y el de todo lo que restaba por pasar.

Después de esa cantamos las otras tres canciones, y cuando las terminamos, tiramos de versiones. Cantamos hasta que la guitarra de Guille partió dos cuerdas y Aníbal pasó de seguir dándole a las baquetas por cansancio. Cantamos hasta que el *ampli* no dio más de sí y Nando agarró el trapo para limpiar las curvas de la Les Paul. Cantamos hasta que nos echaron y tuvimos que subir a las clases a echarnos los refrescos, tartas, queques y pinchos de tortilla fríos que siempre se compartían en esas ocasiones, hasta que nos recordaron la fecha de vuelta a clase después de Navidad, hasta que pude encontrar a Marta y llevarla de la mano a esa zona gris, entre los tabiques de los baños, para besarla hasta que mi garganta, ya medio seca, pareció un estropajo de ollas y sartenes.

Termino aquí, no porque sea el final, sino porque es un momento álgido. La cúspide. El puto punto donde puedes guardar la partida para, cuando vuelvas a abrir el juego, tires desde una zona segura y protegida. En aquel momento, con las chupas puestas y las cabezas llenas de gomina, laca y fijador industrial, con mis tres amigos a vista de pájaro y la chica que me gustaba dejándome impregnado su perfume en una camiseta que no pensaba lavar en días, sentí que el cuento, lejos del colorín colorado, estaba listo para arrancar.

Por delante, un mogollón de movidas buenas, ***MÍSTICAS***, y de esas que pondrían a prueba nuestra amistad. En menos de dos años, una pandemia mundial cambiaría la realidad que conocíamos, uno de nosotros sufriría un infarto antes de los treinta, otro se separaría dos veces y un tercero sería padre de familia numerosa. No llenaríamos estadios, pero viviríamos la música de maneras diversas, y encontraríamos el momento de reunirnos para tocar esos temas creados de chiquillos y los nuevos que estaban todavía por escribir lo que el destino habría de deparar.

Quién sabe, igual un día me animo y se los cuento. Habría mucho que disfrutar, que aprender. Pero por ahora decidí centrarme solo en cantar el presente. Después de todo, esto es una historia de *rock* adolescente.

#Soundtrack

00. ***STARWAY TO HEAVEN*** – LED ZEPPELIN
01. ***AVIONES*** – WHISKY CARAVAN
02. ***PAINT IT BLACK*** – THE ROLLING STONES
03. ***ÉPICO*** – CANSERBERO
04. ***VENENO*** – ARDE BOGOTÁ
05. ***LIVE WIRE*** – MÖTLEY CRÜE
06. ***VÉRTIGO*** – GRITANDO EN EL SILENCIO
07. ***JAILHOUSE ROCK*** – ELVIS PRESLEY
08. ***HIGHWAY TO HELL*** – AC/DC
09. ***THE MAN WHO SOLD THE WORLD*** – DAVID BOWIE
10. ***GIRLS, GIRLS, GIRLS*** – MÖTLEY CRÜE
11. ***THE PRETENDER*** – FOO FIGHTERS
12. ***WE ARE MOTÖRHEAD*** – MOTÖRHEAD
13. ***LEARNING TO FLY*** – PINK FLOYD
14. ***JOHNNY B. GOODE*** – CHUCK BERRY
15. ***DREAM ON*** – AEROSMITH
16. ***BENDECIDA*** – HÉROES DEL SILENCIO.
17. ***ABOUT A GIRL*** – NIRVANA
18. ***BAILA CONMIGO*** – LOS ZIGARROS
19. ***FREEDOM*** – JIMI HENDRIX
20. ***BACK TO BLACK*** – AMY WINEHOUSE
21. ***THE TROOPER*** – IRON MAIDEN
22. ***GRETA GARBO*** – ENRIQUE BUNBURY
23. ***GOD OF THUNDER*** – KISS
24. ***THE END*** – THE DOORS
25. ***EL BIEN*** – VIVA SUECIA
26. ***COME AS YOU ARE*** – NIRVANA
27. ***I WANT TO BREAK FREE*** – QUEEN
28. ***EVERLONG*** – FOO FIGHTERS
29. ***HIGHWAY STAR*** – DEEP PURPLE
30. ***VIVE*** – LA REVOLUCIÓN DEL MONO
31. ***YOU CAN'T PUT YOUR ARMS AROUND A MEMORY*** – JOHNNY THUNDERS
32. ***PARADISE CITY*** – GUNS N' ROSES

AGRADECIMIENTOS

Siempre he dicho, y probablemente lo mantendré tanto tiempo como pueda seguir llegando a esta página en particular de libros que pueda llegar a escribir… que los agradecimientos son la parte más dificil de narrar.

Condensar en unas pocas líneas a todas las personas que te acompañan durante la maduración, creación y posterior nacimiento de una historia; agradecerles su tiempo, o la escasez de él que has tenido para ellas, su paciencia al contarles los mil y un cambios en la trama, los giros, las vueltas de tuerca, hablarles de esos personajes que han sido parte de la casa, la comida y la convivencia… es una tarea ardua. También porque significa la última parte del proceso.

El pajarito está casi listo para volar… ¡y cómo cuesta verle batir esas alas temblorosas por primera vez! Te mueres de miedo, ¿cómo lo recibirán los lectores? ¿Calará la idea que he querido expresar? ¿Se entenderá el contexto? ¿Les hará sonreír? y, en este particular… ¿les hará cantar?

Por eso he decidido hacer de estos agradecimientos algo diferente. Algo especial. Casi tanto como lo es este libro para mí.

Porque sí, todas las novelas que escribo son importantes, incomparables las unas con las otras, llenas de momentos, recuerdos y vicisitudes por los que atravesé mientras navegaba por sus páginas, unas veces en yate y otras en piragua. A veces con tripulación de abordo y agradables tés a media tarde, otras, remando contra la corriente, empapada y llena de temor.

MÍSTICOS, UNA HISTORIA DE ROCK ADOLESCENTE es de las segundas. Le debo más de lo que nunca podré darle, si bien sabemos, tanto ella como yo, que al tener el pedazo más grande de mi corazón voy a pelearla e intentar que llegue a cuantos más lectores sea posible; pero ni aún siendo leída por cada persona existente en el mundo… sería bastante para lo que ella se merece. Porque me salvó. Como a menudo hacen las cosas que amamos cuando más lo necesitamos.

Unificar música y escritura, dos de mis soportes básicos en la vida en una historia que, no solo está afincada en la tierra donde me crié y amo, sino espolvoreada de unos personajes que tienen, todos y cada uno de ellos, pinceladas de personas cercanas, queridas y conocidas, ha sido un lujo y un consuelo. Un agradable aliento cuando faltaba el aire. Cuando afloraba el miedo.

Esta es una historia que puede entenderse como una manta en una noche fría. Como un abrazo cuando el llanto va a romper. Como ese apretón de manos antes de dar un suspiro que sabes que dice mucho y lo calla todo. No pretendo que sea un salvavidas para los problemas de todos los y las adolescentes del mundo, pero como docente, sí espero que sea un altavoz, de tamaño considerable, que deje ver que también sufren, tienen preocupaciones, transitan cambios y, a veces, no son tomados todo lo en serio que deberían. Pero que escuchamos. Y que estamos aquí para ellos.

Prepararme para esta historia me hizo feliz. Me hizo fuerte. Me dio un propósito en un momento en el que me costaba encontrarlo, pese a ser afortunada al poder dedicarme, en distintas ramas y ámbitos a muchos oficios y labores que me enriquecen mucho. Este libro mi hizo pedir ayuda cuando fue preciso. Detenerme cuando no pude más. Arremangarme cuando tocaba y

aceptar el empuje cuando lo necesité. Si se convierte en algo semejante para tan solo una persona que la tenga en sus momentos, no habrá agradecimiento suficiente que poder dar.

Aparte de a Ismael Lozano, editor de Siete Islas, que tomó a Chesco y su banda, con instrumentos hechos de chicle y clips y les dotó de la que sin duda será, una gran "carrera musical", quiero agradecer también y de forma muy especial a mi compañero y colega Miguel Aguerralde, por hacer el contacto y poner en marcha la máquina. A Andrea, magistral portidista que arrancó de mis torpes indicaciones una cubierta soberbia; y a todas las correctoras y personas encargadas de que los chicos salgan al escenario listos y preparados.

A ellos, a los cuatro de Las Palmas, por hacerme revisionar con muchísimo gusto el imaginario del rock, las anécdotas, las canciones, los entresijos… de modo que pudiera dotar a esta historia del trasfondo *gruncho* y rockero que necesitaba que tuviera.

Gracias a mi familia por su implicación. A mis hermanos, Samuel, David y Jose Pablo por su inspiración y ayuda. Al Taxi, por existir, y a mis compañeros por estar. Si el estreno sale como esperamos va a ser algo para no olvidar. ¿Futura hamburguesa con el nombre de la banda en la carta? ;)

A todos y todas mis alumnos y alumnas, ¡sí, esta sí podéis leerla! Espero que la tengáis disponible en los coles e institutos y que encontréis lo que en el momento vital estéis buscando. Pedid ayuda. Levantad la voz. Repito: estamos aquí.

Y a las páginas, secretos, confesiones, lágrimas y sonrisas que se esconden en esta historia tan especial para mí.

Este es más un concierto que un libro.

Está basado en miles de historias reales.

Si decides unirte al grupo, podrás leer la música.

Gracias, infinitas, por permitirme una vez más, llegar hasta aquí.

¡¡Nos vemos en la gira!!

Romina Naranjo

escucha la banda sonora

de nuestra novela



Índice

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
#Soundtrack
Agradecimientos

OTRAS NOVELAS DE LA EDITORIAL SIETE ISLAS:



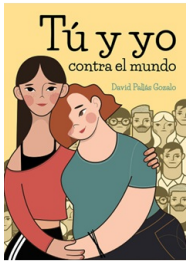
LA CHICA QUE OÍA CANCIONES DE KURT COBAIN / MIGUEL AGUERRALDE

Seguro que tú también recuerdas la primavera del noventa y cuatro. Una época de amistad, de ilusiones, de los primeros amores y las decepciones más crueles. Y recordarás cómo el suicidio del líder de Nirvana sacudió el mundo de la música y lo truncó para siempre. Así fue también para mí, entonces veinte años más joven, y ahora quiero contarte cómo descubrí, entre tigretones, chicles de a duro, programas del 'Un, dos, tres' y a golpe de beso y guitarra, que la vida era mucho más que una partida de videojuego.

Quiero contarte cómo irrumpió en mi vida y cómo cambió mi universo la chica que oía canciones de Kurt Cobain.

Esta es la historia de cómo el primer amor pone patas arriba las piezas de nuestro tablero, de cómo la música alimenta nuestro corazón y de esos recuerdos que vuelven a visitarnos cuando menos lo esperamos.

#lachicaqueoiacancionesdekurtcobain



TU Y YO CONTRA EL MUNDO / DAVID PALLÁS GOZALO

Sía tiene un sueño: poder tocar su música ante un gran público para poderles demostrar todo lo que lleva dentro. Pero es un sueño imposible ¿Cómo va a poder hacerlo si no se atreve ni a levantar la vista del suelo por culpa de sus compañeros?

Foca. Ballena. Vaca. Gorda.

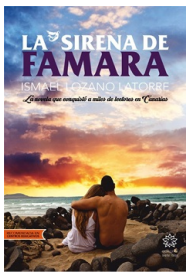
Sia sufre bullying, en clase, desde hace años. Día a día, tiene que aguantar burlas, insultos y golpes que la dejan sin fuerza para continuar. Lo más doloroso, es que uno de sus agresores, es su propio novio.

La llegada de Tania, una nueva compañera, pondrá su mundo del revés y hará que luche para que sus sueños empiecen a materializarse.

Atrévete a leer la esperada novela del autor de El plumas, que conquistó a la crítica y el corazón de los lectores.

Atrévete a disfrutar de lo nuevo de David Pallás y descubrir lo que esconde el corazón de Sía.

#tuyyocontraelmundo



LA SIRENA DE FAMARA / ISMAEL LOZANO LATORRE

Cuando Dora conoció a Juan trataba de huir de un futuro que ya estaba escrito para ella, él llenó su vida de magia y durante dos años dejó de ser una simple cajera para convertirse en una sirena enamorada del pescador de sueños.

Pero la fantasía no duró eternamente, Juan desapareció sin dejar rastro y Dora tuvo que reinventarse a sí misma, renacer de las cenizas y enfrentarse a la realidad.

Esta es la historia de una búsqueda cargada de secretos, un relato de amor, amistad y misterio que transcurre en uno de los lugares más cautivadores de la Tierra, Famara, un pueblo costero de la isla de Lanzarote donde los sueños se mezclan con el rumor de las olas y cualquier acontecimiento se engrandece por la espectacularidad del paisaje.

¿Se puede perdonar lo imperdonable? ¿Se puede ser feliz tras la felicidad?

#lasirenadefamara



SEIS VECES TU / JUDITH FERNÁNDEZ BATISTA

Amelia es pintora, pero solo pinta flores. Su falta de confianza en sí misma le impide retratar personas.

Un encargo, imposible de rechazar, la obligará a enfrentarse a sus miedos y una extraña chica, en una mansión abandonada, se convertirá en su musa.

Fresas, tréboles y caricias.

¿Se puede dibujar el amor?

Recorre con Amelia, el rostro de Silvia y descubre los enigmas que ocultan su mirada.

Atrévete a leer a Judith Fernández Batista, la nueva voz de la literatura canaria, que ha conseguido con su primera novela, ser finalista en el Premio de Literatura Diversa 2023.

#seisvecestu



LA LEYENDA DE GARA Y JONAY / ISMAEL LOZANO LATORRE

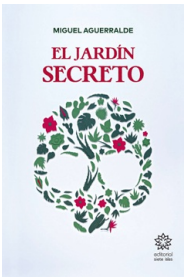
Gara siempre supo que su destino estaba ligado a la antigua leyenda guanche de la princesa de Agulo y el hijo del Mencey, sus suspiros pertenecían a un joven que no conocía pero que sabía que no tardaría en aparecer ¿Había un Jonay para ella o los príncipes azules sólo existen en las novelas románticas?

Dos amantes destinados a encontrarse, un amor prohibido, un final trágico que los persigue y del que desean escapar ¿Puede una leyenda guanche cumplirse en el mundo moderno? ¿Es más fuerte el amor o la amistad?

Secretos y mentiras acompañan a Gara en este viaje a través de los paisajes y fábulas canarias. Vive la pérdida de la inocencia y recuerda lo que es enamorarte por primera vez.

¿Te atreves a reescribir la historia?

#laleyendadegarayjonay



EL JARDIN SECRETO / MIGUEL AGUERRALDE

En vísperas de la noche de San Juan, la tormenta castiga la fachada del Instituto Atlante del Sol, en Playa Blanca, al sur de Lanzarote. En su interior tiene lugar la fiesta de despedida previa al Festival de Talentos de Fin de Curso, a celebrar al día siguiente.

Algo ha salido mal: la joven Ico, estrella del festival, es encontrada muerta en el interior del ascensor, asfixiada por el humo en un macabro recuerdo de la leyenda a la que honra su nombre.

Profesores y estudiantes presentes quedan marcados a la vez como testigos y como sospechosos de lo que parece un crimen terrible, sin embargo, el caso se cierra semanas después por falta de pruebas concluyentes. Accidente, fue el dictamen de las autoridades.

Ahora Naima, aspirante a periodista y compañera de Ico, convencida de que las piezas no encajan, ha decidido retomar la investigación y volver a entrevistar a todos los asistentes a la fiesta hasta dar con la respuesta a la pregunta que continúa flotando en el aire:

¿Quién asesinó a Ico?

#eljardinsecreto